
Una tentación
PARA EL
HIGHLANDER
MARCOS A.C.

Una tentación para el Highlander

MARCOS A.C.

Primera edición.

Una tentación para el Highlander

©Marcos A.C.

©enero, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Capítulo 1



Durante los últimos dos años de mi vida, me había sentido como si hubiera estado viviendo en una jaula de la que sabía que me podía liberar cuando quisiera, pero me aferraba a que todo cambiara y volviera a estar bien.

El caso es que llegó ese momento en el que me sentí tan vacía que abrí la puerta de la jaula y, sin mirar hacia atrás, salí de ella para volar en otra dirección. La única que tenía. Estaba decidida a dejar atrás a esa Triana encerrada en algo que no funcionaba, donde yo era la única que intentaba avanzar, mientras él no hacía ningún esfuerzo por acompañarme en ese viaje.

Cinco años atrás, mi madre conoció casualmente a un escocés, con quien se casó y se marchó a su país, concretamente a un pueblo de las *Highlands*. En aquellos entonces, ella llevaba viuda veinte años, ya que mi padre murió cuando yo apenas tenía cinco años.

Siempre dijo que mi padre fue el gran amor de su vida, ese al que querría siempre, y así fue hasta que el amor volvió a llamar a su puerta, como suele decirse. Ella, que no pensó nunca en volver a sentir esas mariposas en el estómago, las sintió, y de qué manera.

Me alegré por ella y aún hoy en día me alegraba, porque todo el mundo merece ser feliz al lado de la persona indicada, y en este caso, ese escocés que llegó por sorpresa a su vida, sin lugar a duda, lo era.

Cuando mi padre falleció, nos dejó como herencia la casa, la cual era completamente de su propiedad, porque la heredó de sus progenitores. Nunca se me ocurrió decirle a mi madre de venderla, ni mucho menos, ya que era su hogar y así sería hasta el fin de sus días.

La aparición del escocés a su vida le hizo cambiar sus planes, decidiendo marcharse con él a su país. En ese momento, yo permanecí en la casa, dado que tenía trabajo fijo como cajera en un supermercado y estaba comenzando una relación con Raúl, mi encargado. La mayor cagada de mi vida, algo que ahora veo, pero no en aquel entonces.

Raúl era simpático, siempre andaba haciendo alguna de las suyas para buscarme la lengua y sacarme una sonrisa. Su mirada era de esas nobles que transmitían paz, y no solo porque tuviera

los ojos de un bonito color miel que resaltaban con su cabello castaño.

Muchas de las chicas del supermercado decían que era el novio perfecto que toda madre querría para sus hijas. Esa opinión también era compartida por algunas clientas, quienes, al verlo por los pasillos, no dudaban en decirle que qué buena pareja haría con su niña.

Él se reía, y acababa diciendo que ya tenía ocupado el corazón, aunque ahora me daba cuenta de que quererme, con lo que eso significaba, no es que me quisiera mucho, la verdad.

Estuve tres años en esa relación con él antes de dar el paso de irme a vivir a su piso. Fue cuando le propuse a mi madre alquilar la nuestra y me dijo que para eso prefería venderla y vivir ya tranquila en ese país.

No lo rebatí, siempre dije que esa casa era suya por derecho, aunque mi padre nos la dejara en herencia a las dos, y lo que quisiera hacer, estaba bien, así que ella decidía.

Se vendió y ambas nos quedamos con la mitad, así que yo me quedé con un buen remanente por si quería comprarme algo. El caso es que se vendió ocho meses atrás y en ese momento ya estaba tocando fondo con Raúl, así que decidí no contarle nada sobre la existencia de ese dinero. Además, él creía que la casa era solo de mi madre, por ese motivo nunca se le ocurrió preguntarme por la venta.

Si lo hubiera sabido, estaba segura de que se habría gastado una buena parte poniendo excusas de manera frívola, como había hecho en el último tiempo. Está claro que yo me fui a su casa y que ambos debíamos contribuir económicamente, lo entendía perfectamente, pero había una gran diferencia entre ayudar con los gastos del hogar y que él me tomara por tonta más tiempo.

Y no, tenía más que claro que Raúl con el dinero de mi familia no iba a jugar y menos viendo que nada cambiaba entre nosotros y lo iba a necesitar.

Porque a veces las señales se nos presentan para abrirnos los ojos de alguna manera, y a mí me costó verlas, hasta que comprendí que siempre habían estado ahí.

No quería darle quebraderos de cabeza a mi madre, pero cuando me preguntaba cómo estaba todo con Raúl y yo suspiraba antes de darle una respuesta, se adelantaba a lo que pudiera decirle, y nuestra conversación pasaba a ser la siguiente:

—Mi niña, sabes que aquí tienes tu casa con Douglas y conmigo, que no nos estorbas para nada, y que si ese chico ya no te hace feliz… —decía ella, sin acabar nunca esa última parte.

—Lo sé, mamá, lo sé, pero como siempre te digo, sabes que en todas las parejas suele haber altos y bajos, que no es todo un camino de rosas —contestaba, y la que suspiraba en ese momento era ella.

—Bueno, pero que aquí con nosotros también estarías bien, ¿sí? Eres mi niña y te quiero, y

no deseo nada más que seas feliz.

—Mientras tú lo seas con tu escocés del alma, yo lo seré.

—Qué cosas tienes, hija. —Reía, y así dábamos el tema de mi relación por cerrado.

Mi madre, con su parte, compró un apartamento nuevo en el centro del pueblo en el que vivía y que era de lo más coqueto. Decía que lo iba a alquilar, pero nunca terminaba de decidirse.

Me enseñó algunas fotos y vídeos, y la verdad es que se veía precioso, amplio y luminoso, y quien lo alquilase iba a disfrutar de unas vistas preciosas.

Por mucho que me dijera que lo compró a modo de inversión, yo sabía que lo había hecho con la intención de que algún día fuera mío, quería dejarme una buena herencia y que con ese apartamento hiciera lo que me viniera en gana.

Y dado que nunca lo alquiló, mi sospecha de que era más pensando en mi futuro que como inversión para tener un dinero, ¿quién acabó instalándose en él? Sí, yo misma, porque hacía un mes que decidí salir de esa jaula en la que me había recluido sin necesidad de tener que hacerlo, y lo hice sin mirar atrás, sin pensarlo más que lo necesario porque entendí que nada me ataba allí ni debería atarme, aprovechando que tenía que venir precipitadamente a enterrar a mi madre.

Sí, la persona que más me quería en el mundo había fallecido de manera súbita e inesperada, algo que me dejó completamente desolada y destrozada porque desde que era una niña solo la había tenido a ella, que no solo era mi madre, sino también mi amiga.

Su fallecimiento fue también un duro golpe para Douglas, el marido de mi madre, que desde que la conoció la amaba con locura.

A Raúl le dejé una nota sobre la mesa diciéndole que me preparase la baja, ya que no iba a regresar más al supermercado. Y que me lo hiciera todo *online* porque no iba a volver más a la ciudad.

Se tiró dos días llamándome como un loco sin saber dónde estaba, incluso llamó al móvil de mi madre, por lo que vi, ya que ahora era yo quien lo tenía. Ni se podía imaginar lo que había sucedido.

Lo que más me costó fue dejar allí a mi mejor amiga, Eva, a quien conocía desde que comenzamos el colegio siendo unas niñas. Pero como ella decía, la distancia no era nada y, en cuanto pudieran, ella y Rodrigo, su marido, cogían al niño y me hacían una visita.

Ella tenía mi edad, Rodrigo dos años más, y el pequeño Carlos, su hijo, tenía cuatro años y era un amor de niño.

A pesar de que el cambio de país y de casa había sido una locura, Douglas me ayudó con todo.

Me entregó las pertenencias de mi madre, las llaves del apartamento nuevo y me informó del estado de sus cuentas. No dudó en acompañarme en todo el proceso. Mi madre dejó el testamento hecho allí cuando compró el apartamento y eso lo iba a agilizar todo.

Tenía pensado quedarme aquí una época y cambiar de vida. Nuevos aires, nuevas caras y una paz que allí no se respiraba. Y quién sabe si me instalaría para siempre…

Había venido en estos cinco años unas seis veces, lo hacía, sobre todo, en Navidad y verano. Me gustaba este lugar. Curioso es que Raúl siempre se negó a acompañarme, pero claro, siempre tenía una excusa que dar para no hacerlo, principalmente que en vacaciones de verano solo coincidíamos juntos unos días nada más, y no todos.

Ahora estaba en un momento muy triste, diría que la desolación me tenía consumida, pero, sacaba fuerzas y disfrutaba de mi nuevo hogar. Salía a dar mis paseos, a tomarme un café, a hacer la compra.

Era muy triste verse con solo treinta años sin familia, porque mis padres no tenían hermanos. Estuvo mi tío Andrés, pero murió en un accidente con cuarenta años y de eso hacía ya diez, por lo que me veía más sola que la una sin nada que me atara a ese lugar en el que nací y crecí, salvo por Eva.

Ahora estaba reacia al amor, como era obvio, pero, aun así, tenía claro que, si encontrase a alguien que mereciera la pena, me encantaría tener por lo menos tres hijos para que se tuvieran los unos a los otros, no había nada como la sensación de soledad al ser hija única, a pesar de contar con una amiga que era como una hermana para mí. Aunque evidentemente había muchos matrimonios que luego, a la hora de la verdad, era como si no tuvieran a nadie en el mundo, puesto que los hijos iban cada uno por su lado, pero bueno, también estaba en la forma en que se criaran. El caso es que me veía con familia numerosa, aunque a este paso se me iba a pasar el arroz, como alguna vez me había dicho mi madre, y hasta las lentejas.

Tenía muy buen humor y todos los que me conocían decían que era muy irónica. Tenían más razón que un santo. Era una chica con carácter, ese que me quitó Raúl durante nuestra convivencia en su piso. Me dejaba sin fuerzas, era tan pasota, tan descarado y chulo que me aniquilaba por completo. Le podía decir cien veces algo que, si quería, se hacía el sordo sin importarle un pimiento lo que causara en mí. Ahora, por suerte, era pasado.

Ahora empezaba mi nueva vida, después de todo lo que conllevó el cambio y hacerme a la idea de que estaba en otro lugar, comenzaba a ser esa Triana que una vez fui y que ahora quería volver a dejarse ver.

Capítulo 2



Estaba tomándome un café mientras miraba por la ventana del salón. Muchos eran los que a esa hora de la tarde paseaban por el centro, hacían algunas compras o simplemente volvían a casa.

Incluso me entretenía viendo a las madres o niñeras con los pequeños en el parque, quienes se quejaban de que tuvieran que marcharse, y esto lo sabía por sus gestos, esos que todos los niños habíamos hecho alguna vez en la vida al tener que irnos de vuelta a casa.

Los paisajes que se podían apreciar desde la ventana del apartamento eran realmente impresionantes; me brindaban una paz interior que valoraba enormemente y me hacían sentir que estaba en el lugar correcto.

Me encantaba el apartamento, y en verdad agradecía que mi madre no lo hubiera llegado a alquilar nunca porque estaba completamente enamorada de él.

Era acogedor, luminoso y con el espacio muy aprovechado, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural y lo hacía aún más cálido.

El salón tenía un precioso suelo de madera que le daba una sensación de amplitud, mucho más de lo que ya era. Las paredes estaban pintadas en color blanco y marrón muy suave, creando un ambiente acogedor. En el centro había un sofá de tres plazas que se podía convertir en cama, ideal para cuando Eva y su familia pudiesen venir a visitarme, además de una mesa de café.

En uno de los rincones había una mesa con cuatro sillas, perfecta para comer y cenar, solo que por el momento no esperaba muchas visitas.

La cocina era preciosa, estaba equipada por completo con los mejores electrodomésticos y tenía una barra de desayuno que servía como divisor entre la cocina y el salón, creando un ambiente de concepto abierto.

Contaba con dos habitaciones, las dos muy espaciosas y luminosas, con armarios empotrados, de modo que el espacio se aprovechaba al máximo. Solo en la habitación principal, que era la

mía, había cuarto de baño propio.

Desde la ventana de mi habitación, disfrutaba de unas vistas inmejorables hacia varias colinas verdes, que en verano se veían mucho más bonitas y coloridas que en este momento.

También tenía un pequeño aseo para las visitas.

La verdad es que todo el apartamento era una cucada, y desde el primer momento en el que me instalé, sentí que estaba realmente en mi casa.

Había dado mi toque, eso era inevitable, y al igual que hizo mi madre cuando se mudó, traje conmigo un pedacito del lugar donde nací, esa preciosa Sevilla que, como decía la canción, tenía un color especial.

En la habitación, coloqué una foto que tenía con mi madre en una de las ferias, las dos bien guapas con nuestros vestidos, el moño, la flor y la sonrisa, y otra en la que estaba con Eva.

En el salón tenía un par de láminas que hacían las veces de cuadros, una mostrando la hermosa Sevilla durante el día y la otra, iluminada y bien bonita, representando la ciudad de noche.

No iba a mentir diciendo que no echaría de menos aquel que fue mi hogar, porque la verdad es que lo haría; allí viví muchos momentos y acumulé un sinfín de recuerdos, pero esta era una nueva etapa que estaba más que dispuesta a vivir y disfrutar.

Empezó a sonar mi móvil y, al llegar a la mesa del sofá, vi que era una videollamada de Eva que me sacó una amplia sonrisa.

—Hola, cariño —dije al descolgar y verla allí, tan guapa como siempre, con su melena rubia y sus ojos verdes.

—¿Ya te has vuelto escocesa por completo? —preguntó y me eché a reír.

—No, no, sigo siendo la misma andaluza que se vino. Pero sí es cierto que el idioma se me da mucho mejor.

—Pues ya nos enseñarás cuando vayamos.

—Para cuando eso ocurra, seguro que al hablar en escocés no me notas ni el acento andaluz.

—Anda que no, ese no se pierde nunca, niña. ¿Cómo estás?

—Aquí ando.

—Hombre, digo yo que volando no vas a los sitios.

—Tonta, tú me entiendes. —Reí.

—Sí, sí, que vas bien entonces. Me alegro. ¿Y ya has conocido a algún zagal de por allí? ¿Alguien así con su faldita escocesa y eso?

—Madre mía, Eva, que ya no usan el *kilt* —resoplé riendo—. Visten modernos, solo lo llevan en ocasiones especiales, y cuando se casan.

—Mándame un kit de esos, que se lo pongo a mi Rodrigo, que tiene que estar…

—*Kilt* —reí a carcajadas—, con una «l» antes de la «t».

—*Ojú* la niña, que al final sí que se me vuelve escocesa de verdad. Mira, esto da para película, «Una sevillana en las *Highlands*». Y si te enamoras, me imagino a un tipo así, rollo el actor este que interpreta a Loki, que no sé ahora cómo se llama, pero que no veas cómo baila.

—Señorita Eva María, que está usted casada —sonreí.

—Casada sí, pero ciega no, qué coño —resopló.

—Mami, ya me he puesto el pijama. —Escuché la vocecita de Carlos y ella sonrió mirando por donde él apareció—. ¿Es la tía Triana?

—Sí, mi niño, soy yo —sonreí al ver su carita. Era precioso, una mezcla perfecta de sus padres, pues tenía rasgos de ambos, era moreno como su padre y los ojos verdes eran de Eva.

—Hola, tía. —Agitó la mano—. ¿Cuándo vas a volver? Que tengo muchas cosas que contarte del cole.

—Pues no lo sé, cariño, pero ¿y si me lo cuentas mientras mamá te hace la merienda?

—Venga, sí, charla un rato con tu tía mientras yo voy a prepararte el vaso de leche y cacao con galletas. —Le dio un beso en la sien y le dejó con el móvil.

Carlos se sentó en el sofá y estuvo contándome esas cosas que para él eran tan importantes, como que había aprendido una canción nueva, que me cantó, obviamente, y que hacía unos días estuvo en el cumpleaños de una de sus amiguitas y tuvieron hasta un payaso haciendo globos en la fiesta.

Cuando Eva volvió para decirle que tenía la merienda en la mesa, me lanzó un besito que fingí coger en el aire y me lo puse en la mejilla.

—Adiós, tía Triana. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, mi niño.

—Te echa de menos, que lo sepas —me dijo Eva—, y yo más —suspiró.

—Lo sé, pero allí no me queda nada, aquí al menos tengo a Douglas y sabes que necesitaba sacar a Raúl de mi vida.

—Hablando del señor Linares… —Carraspeó, pues como era cliente del banco en el que ella era cajera, cuando Raúl aparecía por allí le tenía que tratar de usted, aunque le conociera.

—No me cuentes nada, que de verdad que no quiero escucharlo.

—No es gran cosa, solo que me preguntó por ti. Pero tranquila que yo. —Se llevó los dedos a la boca y los pasó por los labios como si cerrara una cremallera—. Ni *mijita* le dije.

—Gracias, porque ni siquiera he contestado a sus mensajes.

—Chiquilla, es que te fuiste a por tabaco y sin avisarle. —Rio.

—Le dejé una nota, y porque me interesaba por lo del finiquito, que, si no, ni eso le habría dejado.

—¿Ya has hecho amistades? —Curioseó, porque la última vez que hablamos le dije que no.

—Sin novedades al respecto.

—Triana, hija mía, que ellos no van a ir llamando a tu puerta para decirte: –«Hola, ¿quieres ser mi amiga?» —Volteó los ojos—. En serio, sal, relaciónate, conoce gente, haz amigos, que yo no estoy para salir contigo a comer y cenar. Y no quiero que estés sola, que me muero de la pena.

—Sola, sola, no estoy, tengo a Douglas, que ya te lo he dicho.

—Ya, pero no creo que salir con él te permita conocer al verdadero amor de tu vida.

—¡Hala! Echa el freno, guapa, que yo de amoríos ahora mismo no quiero ni oír hablar.

—Pero en algún momento tendrás que hacerlo, digo yo, ¿o piensas entrar en un convento en Escocia? ¿Hay conventos allí? —preguntó mientras entrecerraba los ojos, como pensando— Da igual, como sea. Sal, no te pases la vida metida en casa, que si no te da el aire te vas a momificar ahí dentro tú sola. Por cierto, ¿ese es el mismo pijama del otro día, o es que tienes dos iguales.?

—Es el mismo, y no vayas por donde sé, porque está lavado y me lo he puesto limpio hoy. Y claro que salgo…

—Sí, sí, claro —me cortó—. A la compra y demos gracias porque no quieres morir de inanición, que, si no, la calle te iba a ver en pintura, vamos.

—Mira que has sido siempre exagerada, Eva, de verdad —sonreí.

—Y realista, que soy muy realista. Venga, dime qué planes tienes para mañana.

Suspiré, pero acabé contándole lo que tenía pensado hacer, en caso de que me decidiera, porque la verdad es que, en casa, con el pijama, la calefacción, una manta y una taza de café viendo una película o serie en el sofá, estaba la mar de bien.

Nos despedimos cuando llegó Rodrigo, su marido, que trabajaba como contable en una empresa. Me saludó con una sonrisa y hablamos un poquito. La verdad es que verlos juntos era una maravilla, hacían una bonita pareja.

Rodrigo era un hombre guapísimo, que nada tenía que envidiarle a ningún actor. Moreno, con los ojos marrones, alto y una sonrisa de anuncio que fue la que conquistó a mi amiga.

Colgué con una sonrisa y ese pellizquito en el pecho que me quedaba a veces cuando hablaba con ella, porque la echaba de menos y me hacía falta, más de la que ella se podía llegar a imaginar.

Capítulo 3



Llevaba varios días viendo anunciado que se celebraría una fiesta en uno de los *pubs* tipo taberna que abría los fines de semana. Al parecer, venía un grupo escocés a tocar y se iba a poner muy animado, según lo que había escuchado mientras compraba el pan o aguardaba en la cola del súper.

El caso es que la primera vez que vine al pueblo me llamó tanto la atención que me puse a estudiar escocés por mi cuenta, ya que los idiomas se me daban muy bien y el inglés lo hablaba muy fluido.

Había estudiado hasta bachillerato y luego me metí en una academia oficial de idiomas para sacarme todos los niveles de inglés. Justo después entré en el supermercado a trabajar.

Tomaba el café mientras pensaba en la posibilidad de salir esta noche, aunque fuera solo un ratito para ver ese mini concierto de música típica del país en la taberna. Quizás debía hacer caso a Eva y salir más, que la gente no iba a venir a mí a conocerme para que hiciera amistades y quedáramos para comer o cenar.

Conocía a mucha gente del pueblo de saludarnos al coincidir en la panadería, en los supermercados o en la farmacia, pero no tenía confianza con nadie más que con Douglas, quien siempre venía a traerme algo de comida que hubiera preparado. Era un hombre de lo más sano, humilde y lleno de bondad; para mí era alguien verdaderamente especial.

Y hablando de él…

—Buenos días. —Le abrí sonriente. Me había avisado de que pasaba para traerme el pan de leña que compraba los viernes en un obrador que solo abría los fines de semana.

—Buenos días, Triana. ¿Qué tal estás? —Puso el pan en mis manos.

—Bien, y tú veo que algo mejor —dije por la sonrisa que desprendía, aunque no se le podía quitar la tristeza de su cara, ya que echaba muchísimo de menos a mi madre.

—Intento transmitirte lo que tu madre querría. —Me pellizcó la cara.

Era un encanto de hombre, de verdad que sí, y su presencia en mi vida me daba una paz increíble, pues sin serlo, me cuidaba como si fuera mi padre, ese al que conocí apenas en mis primeros cinco años de vida y del que recuerdos tenía, pero muy poquitos, dado que era muy pequeña para recordar muchos de los momentos que pasé con él y que había visto en fotos que me enseñó mi madre.

—¿Un café? —pregunté una vez que entramos en la cocina y guardé el pan.

—Claro, hija —sonreía.

—Estoy por salir esta noche a tomar algo al *pub* donde tocará un grupo escocés —dije mientras metía la cápsula en la cafetera.

—Claro, cariño, tienes que salir. Eso sí, abrígate bien que las temperaturas han caído hoy en picado. Para ser principios de noviembre, parece que estuviéramos en mitad de diciembre.

—Lo tendré en cuenta, porque si ya se nota el fresquito, tendré que ir preparándome para otras Navidades frías en las *Highlands* —contesté, cogiendo una cajita de galletas para tomarnos con el café—. A ver si de aquí a la tarde no me invade la pereza y me pongo el pijama de nuevo después de ducharme y me quedo en el sofá —sonreí.

—No lo hagas, aunque sea solo a dar la vueltecita y tomarte algo. No te quedes en casa, cariño, que sabes que te vendrá bien tomar un poco de aire, y no me vengas con que lo haces en la terracita o asomada a la ventana —me advirtió y me salió una risita—. Tienes que comenzar a hacer vida social, Triana, que eres muy joven y estás en la flor de la vida.

—Bueno, que tú a tus sesenta años estás como uno de cuarenta, y ahora que estás soltero otra vez… —le dije causándole una carcajada.

—Me cuidaba mucho para gustarle a tu madre —sonrió recordándola—. Se nos fue muy pronto. Me hubiera encantado envejecer a su lado. Éramos tan iguales.

Douglas la quiso muchísimo y se lo demostró siempre. Aún la amaba con todo su corazón, pero debía estar muy orgulloso de haber dejado tanto amor en ella durante esos cinco años. Y sí, bromeaba con él por el hecho de que ahora pudiera gustarle a otras mujeres, porque si había una cosa que él tenía clara, era que no habría más mujer en su vida después de perder a mi madre.

Estuvo un ratito conmigo y se marchó, ya que quería hacer unos rellenos de carne que ya me traería una vez hechos. Era tan bueno conmigo que me sentía bendecida. Como digo, tener a Douglas en estos momentos en que no me quedaba nadie, era como tener un padre que se encargaba de que no me faltase de nada.

Me pasé el día limpiando el apartamento y organizando cosas. La ropa de mi madre la había

donado por completo, quedándome solo con dos abrigos que me encantaban, y, obviamente, también con sus joyitas de oro, sus álbumes de fotos y alguna cosita que para mí era muy especial de ella.

Pasaba las tardes en el sofá con una taza de café viendo esas fotos, sobre todo de sus últimos años aquí con Douglas y en las que la veía radiante, sonriendo feliz al lado de un hombre que, sin duda alguna, el destino le tenía puesto en el camino para hacer sus últimos años de vida mucho mejores y llenos de amor.

Eva me puso un mensaje para ver si me había decidido a salir por fin de mi cueva, decía que era como un murciélago y que parecía que le tuviera alergia a la calle como para estar en ella más tiempo del necesario, pero bueno, es que ella era muy exagerada.

Y sí, finalmente decidí que iba a salir porque me apetecía ver de primera mano ese ambiente que iba a haber en el *pub* y del que todos hablaban.

Así pues, eran las siete de la tarde cuando ya estaba lista con mis vaqueros de licra ajustados y unas botas de color piel por encima, que iban a juego con el jersey que era del mismo color. Me puse un abrigo en color blanco, el cual que era una virguería, que se ajustaba perfectamente a mi figura y me quedaba justo por encima de las rodillas.

Sonreí al verme en el espejo, me hice una foto y se la mandé a Eva, que no tardó en contestar.

Eva: *Ole y ole qué guapa vas. Viva la madre que te parió, qué pedazo de bombón que hizo. Vete por la sombra, a ver si te me derrites por el sol.*

Solté una carcajada porque sol, con este frío y en esta época, poco hacía.

Triana: *¿Qué sol, jodida? Y menos a esta hora, que dentro de nada será de noche.*

Eva: *Diviértete, y habla con alguien, que no te ha comido la lengua el gato. Mañana me cuentas. Un beso, preciosa.*

Salí y el aire frío se estampó contra mi cara para advertirme de su temperatura. Santa razón la que tenía Douglas cuando me avisó de ello.

Me dirigí al *pub* que estaba a pocos minutos andando y ya se veía el ambiente por la calle. Aquí la noche empezaba pronto, al igual que oscurecía.

Aún no estaba lleno, pero se veía el ambiente. Me pedí una cerveza mientras me quitaba el abrigo que dejé en un perchero que había al lado de una mesa alta que estaba vacía y que sería para mí.

La música sonaba de fondo antes de que el grupo comenzase a tocar un ratito después. A

medida que el local se fue llenando, el concierto dio inicio. La verdad es que no tenía ni la más mínima idea de quiénes eran, pero su música enganchaba de tal forma que te hacía sentir parte del ambiente de una manera increíble.

Cogí el móvil y grabé un poquito en vídeo para mandárselo a Eva, y es que en ese momento me vino a la cabeza el concierto al que fuimos cuando no éramos más que un par de crías, donde estuvimos a punto de poder colarnos en la zona de los camerinos y ver a nuestros ídolos. Madre mía, la de locuras que se hacían a ciertas edades.

Sonreí pensando en eso y guardé el móvil negando. Cogí la cerveza y, mientras daba un trago, me crucé con la mirada de un joven que desde la barra me miraba sonriente. Le devolví la sonrisa y vi cómo se acercaba hacia mí. Era alto, muy guapo, rubio con unos ojos azules de lo más expresivos, y se veía muy bien con los vaqueros y el jersey *beige* que llevaba.

—Hola —le dije en un tono que pudiera escucharme.

—Hola. Tengo una curiosidad.

—Dime.

—Me has llamado la atención porque pareces española —me hablaba en inglés.

—Sí, soy de España. ¿Llevo un letrero en la frente? —Apreté los dientes mirándolo mientras fruncía la cara.

—Digamos que me han dado un chivatazo. —Carraspeó, pero en tono amable y sin perder la sonrisa.

—¿Ya tengo chivatos en el pueblo? —Arqueé la ceja.

—Por lo visto sí. —Le salió una risita—. ¿Te suena un señor muy adorable que se llama Douglas?

—Oh, sí, el viudo de mi madre —sonreí.

—Así es. Esta tarde, mientras estaba en la cafetería disfrutando de un café, se acercó y se sentó a charlar un rato conmigo. Le comenté que planeaba salir un poco más tarde para escuchar música en este local, y me dijo que la hija de su mujer, que se había mudado desde España, también iba a ir. Hablaba con mucho cariño de ti. Por eso, cuando te he visto, por tus rasgos, he deducido que debías ser tú. Me llamo Sloan. —Extendió su mano.

—Yo me llamo Triana. —Acepté su mano y noté que era fuerte, un apretón firme, pero cálido al mismo tiempo.

—Es un nombre muy bonito.

—Gracias. Mis padres tuvieron diversas opiniones sobre cómo llamarme.

—Vamos, que no se ponían de acuerdo.

—Ni por asomo. —Reí—. El caso es que a los dos les gustaba mucho pasear y contemplar el Guadalquivir, ese que baña mi querida Sevilla y el barrio de Triana, un lugar que para ellos era especial porque ahí es donde mi padre se declaró y, tiempo después, mi madre le dijo que estaba embarazada. Así que al final, llegaron a un acuerdo y llevo el nombre de ese rinconcito que tan importante fue para ellos.

—Te has emocionado —dijo con una leve sonrisa.

—Sí, es que aún no me hago a la idea de no tener a mi madre.

—Tu madre era muy buena mujer, estaba llena de alegría y era muy feliz junto a Douglas. Se fue demasiado pronto. Ha sido una terrible pérdida que dejó a todos quienes la conocíamos sobrecogidos. Se había ganado el cariño de los vecinos. Y el mío, no sabes la de platos que me enviaba con Douglas cuando supo que me separé.

—Estaría muy orgullosa de escuchar esas palabras —le dije sonriendo y emocionada por escucharlo.

Tenía treinta y siete años, trabajaba como médico de cabecera en el centro de salud del pueblo y llevaba un año viviendo solo, tras separarse de su mujer con la que estuvo casado durante dos años. Justo el mismo tiempo que yo conviví con mi ex. Por lo que me había dejado entrever, él también había luchado por algo que se consumía, hasta que finalmente entendió que nada volvería a ser como antes.

Habíamos disfrutado de una cerveza juntos, y cuando me invitó a otra, no me permitió ni la más mínima negativa. Fue en ese momento que me propuso ir a un lugar más calmado a tomar otra. Estaba tan a gusto con Sloan que no dudé en aceptar.

Sentí una bofetada de frío en la cara al salir del *pub* en el que había estado de lo más calentita.

—Dios, se me ha calado hasta el estómago —murmuré moviéndome por la temperatura que hacía.

—Es por el aire que hace, eso provoca que la sensación térmica sea aún más baja. —Me ofreció su codo para agarrarme y buscar un poco más de calor.

—Tú no eres un asesino en serie ni nada por el estilo, ¿verdad? Mira que me imagino a mi madre observando desde el cielo con impotencia y gritando: «¡No te fíes de él!» —grité, causándole una carcajada bien grande.

—No, para nada —respondió todavía con una sonrisa—, y en mi defensa diré que a tu madre

le caía muy bien y hasta me envió con Douglas en más de una ocasión lasaña, porque sabía que desde que la probé una vez, quedé fascinado por su mano en ese plato.

—Me estás ganando, Sloan —murmuré mirándolo de lado mientras iba agarrada a su brazo.

—En este bar no cabe ni un alfiler —dijo asomándose—. Vamos a ir a ver el que está en la otra calle.

—Y digo yo, ¿no hay alguna tienda donde podamos conseguir cervezas a esta hora? Podríamos ir a mi casa y tomarlas ahí con la calefacción —pregunté riéndome— Yo lo único que tengo es café, latas de refresco y algún bote de zumo de manzana.

—Yo en la mía tengo de todo. ¿Nos vamos allí?

—¿Y si mejor pasamos a coger las bebidas y nos vamos a mi casa? Me muero por ponerme el pijama —le confesé riendo—. Puedes aprovechar y ponerte algo de ropa cómoda.

—¿Qué pasa que no me puedo llevar el pijama y así estamos en igualdad?

—Claro, pero no me mires así, que parece que te prohibí ponerte cómodo. —Apreté los dientes mientras girábamos hacia su calle y seguía agarrada a su brazo.

Llegamos a su casa y empezó a explicarme todo como si fuera un agente inmobiliario para hacer la broma. Al entrar, había un espacioso recibidor que al fondo le cruzaba un amplio pasillo donde había un cuarto de baño, tres habitaciones, entre ellas la suya que contaba con baño privado y unos armarios empotrados impresionantes. También estaba la cocina y un salón con una chimenea preciosa. La casa era muy bonita, reformada por completo y con un estilo *vintage* que le daba un toque especial.

Cogió una mochila en la que metió un pijama, una muda de ropa interior y un neceser con productos de aseo. Otro que, por lo visto, le gustaba estar cómodo y se apuntaba a eso de tomar la copa desde el confort.

—Tengo cerveza y *whisky*, pero también está la opción de tomarnos unos refrescos con chuches, palomitas y chocolatinas, que eso también es un planazo.

—Me acabas de alegrar la vida. —Me puse la mano en el pecho—. Yo tengo también muchas porquerías, como lo llamamos allí. ¡Me encanta!

—Pues no se hable más. —Comenzó a meter de todo en la mochila.

—No, refrescos tengo de cola y de naranja en cantidad. Confieso que es mi vicio, y no me pueden faltar una o dos diarias.

—Eso es malo, pero bueno, te lo voy a pasar por alto dado que tienes muy buen aspecto de salud.

—Gracias, doctor —sonreí con ironía.

Me caía bien, era un hombre simpático y, desde luego que, si a mi madre le gustaba, no podía ser mala persona, así que estaba a salvo de que me quisiera hacer cachitos.

Y sí, tendría que darles la razón a Douglas y a Eva por animarme a salir hoy.

Capítulo 4



Nos dirigimos hacia mi casa con la mochila a su espalda, lista para la fiesta de pijamas que me iba a montar con un desconocido al que mi madre se suponía que le tenía mucho cariño y al que Douglas le había hablado de mí.

Si esto no era una locura, que me lo explicasen, pero en mi defensa debía reconocer que Sloan era un hombre que caía bien por su manera de ser.

Pensaba en mi madre y sonreía con lo que diría si me viera con él, algo como: «Es un buen muchacho, cariño, no debes tenerle miedo».

Y no se lo tenía, porque ya me había quedado claro que no me iba a hacer daño y, comerme como si él fuera el lobo feroz, tampoco.

Otra que iba a flipar cuando le contara esto iba a ser Eva, y no sería de extrañar porque había pasado de no salir a la calle más que para comprar, como ella decía, a conocer a un tío y en la primera noche llevarlo a mi casa.

Era un paso grande, ¿eh? Pero, como contaba con el beneplácito de mi madre porque le había conocido y le tenía cariño, y el de Douglas que le dejó entrever que yo estaría en el *pub* y también le apreciaba, pues no había peligro en meterle en mi casa una noche.

Lo que sí me había dado cuenta mientras caminábamos era de que nos habíamos cruzado con varias personas que, al verlo, le daban las buenas noches llamándolo doctor y todos lo miraban con mucho respeto y simpatía.

Y si la gente del pueblo le apreciaba de ese modo, quedaba más que constatado que Sloan no podía ser un mal tipo.

Llegamos a mi casa, que estaba relativamente cerca, ya que todo allí pillaba a mano, y lo primero que hicimos fue ponernos los pijamas después de que le enseñara el apartamento y él me dijera que era muy coqueto y que le gustaba muchísimo, sobre todo, ese toque que le puse al salón con las dos láminas de Sevilla, y es que el tenerlas en esa pared era como tener una

pequeña ventanita que me dejara ver el lugar del que venía.

Madre mía, cómo estaba el doctor en pijama… Si ya vestido era un portento, con ese pijama que le quedaba perfecto a su cuerpo era para dar algún que otro suspiro. ¿Y qué hacía yo fijándome en un *Highlander*? ¡Joder, es que era tan guapo!

Si le viera Eva, seguro que diría que eso era un hombre y no mi ex, que muy fan suyo no había sido nunca, la verdad, pero, como mi mejor amiga que era, aunque me dijera que le mandara a freír espárragos con su bendita madre, aceptaba que yo le quería, aunque alguna que otra vez me dijera que debía ir a revisarme la vista porque mi ceguera con Raúl no era ni medio normal.

Razón no le faltaba, pero claro, eso lo veía ahora y no en aquellos momentos, hasta que dije «se acabó», como cantara María Jiménez en sus años, y le dejara en su casa sin decir una palabra de a dónde iba.

Me puse un pantalón de pijama blanco y una camiseta celeste de manga tres cuartos, mientras que él optó por unos pantalones de rayas en tonos grises, con un cordón en la cintura, y una camiseta blanca de manga larga. La verdad es que estaba para comérselo, porque se notaba que era de esos tipos que, sin importar lo que se pongan, siempre se ven increíbles.

Ay, por favor, ¿tanto efecto me habían hecho las dos cervezas que me había tomado o es que hacía tiempo que alguien no me atraía tanto? Porque estaba claro que Sloan me atraía mucho, de lo contrario no estaría yo aquí mirándole de refilón mientras nos movíamos de un lado al otro y observando esos brazos fuertes que tenía.

Pero si hasta mi ex dejó de atraerme los últimos meses con esa manera de actuar que tenía hacia mí… ¿Qué era lo que me pasaba con el doctor sexi? Mira, hasta apodo le había puesto ya y todo, ¡qué barbaridad! Qué fuertes eran las cervezas escocesas, válgame el Señor, como diría don Fernando, ese entrañable anciano que acudía al supermercado en el que trabajé a comprar todos los miércoles a la misma hora.

Pusimos las chuches y chocolatinas en la mesita que había delante del sofá, y nos cogimos un par de latas de refresco cada uno. Al menos ya teníamos algo en común, y eso era un punto importante por si llegaba el caso de que quedáramos alguna vez para tomar algo, en plan amigos, como quería Eva.

Aunque no os lo he dicho, siempre he visto a mi amiga más que capaz de crearme un perfil en alguna aplicación de esas para hacer amigos, ya sabéis, amigos y lo que surja. Ella siempre me decía que soy muy guapa y con un tipazo espectacular para lo desaprovechada que me tenía el insulso de Raúl.

—Y si ahora ponemos una película, será como estar en el cine —dijo y me salió una risita, pero razón no le faltaba.

Nos acomodamos juntos en el sofá y nos echamos la mantita por las piernas. Estaba a mi lado, pero se veía un tipo de lo más correcto y simpático, me encantaba la complicidad que estaba teniendo conmigo.

—Estas chocolatinas son un vicio —gemí probándolas.

—Las compro en el supermercado grande.

—Ni me había fijado y mira que compré cosas en esa sección, aunque reconozco que soy de las que casi ni me detengo, voy cogiendo a ciegas. Siempre cojo lo que necesito y luego es la vueltecita de echar en el carro lo que me llame la atención.

—Ni miras calorías, ni miras qué contiene ni nada… —Se reía.

—¿Tú lo haces? —Arqueé la ceja.

—Reconozco que intento cuidarme, pero no te creas que mucho. He tenido buena genética. Eso sí, antes de ducharme hago en casa media hora de deporte. Tengo una rutina. —Claro, ahora entendía que se le vieran así de fuertecitos los brazos y que tuviera un cuerpo de infarto.

—Yo no hago nada. Ni deporte, ni miro calorías, nada me llama la atención. Eso sí, me encanta caminar. A veces me voy a dar un paseo y termino dándole la vuelta al pueblo dos o tres veces, ya que me pongo algo de música en los *earpods* y me aíslo —sonreí.

—Pues estás muy bien, tienes buena genética también. Lo que debes de controlar son los niveles en las analíticas.

—La última la hice hace tres años, desde entonces no piso una consulta. Bueno, es que no me pasó nada en este tiempo más que algún resfriado que curé a base de paracetamol.

—¿Tres años sin hacerte una analítica? —preguntó con los ojos muy abiertos, y, coño, me asusté.

—¿Es mucho? —Él, que era médico, debía estar pensando que, mucho no, muchísimo.

—Esta semana te voy a mandar una, quiero ver los niveles. —Muchísimo tampoco, era demasiado tiempo, ya me había quedado claro.

—Ah, no, a mí pincharme por pinchar, no —dije moviendo las manos, que solo me faltó decir eso de «atrás, Satanás».

—¿Miedica? —Arqueó la ceja con una sonrisilla de medio lado, qué jodido el médico.

—A las agujas las temo. Siempre imaginé que se me quedaría una dentro. —Puse los ojos en blanco y mordí un trozo de chocolatina.

—No me vale como excusa. Los miedos están para afrontarlos.

—¿Y me lo dices con esa sonrisilla?

—Puedo decirlo chillando, pero despertaríamos a los vecinos y luego la tomarían contigo. —Me tocó la punta de la nariz con el dedo en un leve golpecito que me pareció de lo más cariñoso —. Por cierto, ¿qué planes tienes aparte de adaptarte a este lugar en el que veo que te mueves como pez en el agua? —Dio un bocado a la chocolatina.

—Quiero trabajar, voy a comenzar a buscar algo y ver si algún alma caritativa me da empleo, que, aunque tengo ahorros, tampoco quiero fundírmelos, y no está bien sobrevivir a base de la comida que me traiga Douglas —sonrió al igual que yo—. Pero bueno, que sinceramente aún no tengo mucha prisa. Me estoy tomando por primera vez un tiempo para mí, que falta me hacía —suspiré.

—Haces bien.

—Todo ha sido para mí un cambio radical. Desde dejar la relación, asumir que no vería más a mi madre y ciertas cosas que crean inquietudes, pero que, poco a poco, vas aprendiendo a gestionar. Debo reconocer que, gracias a Douglas, lo he tenido todo mucho más fácil y no me he sentido tan sola.

—Es un gran hombre. De verdad te lo digo. Todos los que tenemos la suerte de contar con su amistad somos muy afortunados. Siempre está pendiente, hace poco que estuve con la garganta fastidiada y él no dudó en hacerme una sopa de pollo y verduras que me llevó con mucho cariño en una cazuela, sorprendiéndome una vez más, porque es una persona que está ahí para otras.

—Mi madre estaba loca con él —sonreí—, decía que jamás pensó que después de mi padre conocería a alguien con tanta bondad.

—Se veían muy felices. Siempre juntos. La vida es jodidamente cruel y con ellos lo fue.

—Eso es lo que me da miedo. La cagué tanto en mis últimos años que pienso que cuando me pase algo bonito, seguro que pasa algo y se jode.

—¿Y por qué va a ser así? Cada persona somos un mundo y no todos corremos la misma suerte. Como decía un amigo, la suerte puede ser mala o buena, pero nunca se sabe cuál nos tocará. Yo, a pesar de todo, sigo confiando en que la vida me tenía guardado algo más bonito.

—¿Como yo? —le pregunté bromeando.

—A tanto no aspiraba —me dijo, causándome una carcajada.

—¿A tanto? Te gusta vacilar, ¿eh?

—¿Crees que te estoy vacilando? ¿Crees que porque conozca a una persona de un rato me voy a ir con ella a su casa? Ya has tenido que llamarme la atención para que yo esté aquí. —En su mirada notaba algo especial y un brillo que me gustaba—. Es más, cuando Douglas me habló de ti, fue lo que más me motivó a conocerte.

—¿Has ido al *pub* a conocerme? —Arqueé la ceja.

—Tenía pensado ir, como le dije, pero fue la chispa que me faltaba para terminarme de convencer. Y te reconozco que fue fácil. Cualquiera hubiera deducido que eras la extranjera —sonreía—. Es más, te voy a confesar algo, pero no me puedes vender nunca —me advirtió al tiempo que me señalaba con el dedo.

—Según lo que me paguen —sonreí—. Tranquilo, no le diré nada a Douglas. —Deduje que se refería a él.

—Me has entendido. —Se le escapó una risilla—. Pero me dijo que, si iba por el *pub* y te veía, que charlase un poquito contigo para que no estuvieras sola.

—Si es que a ese hombre me lo tengo que comer. —Reí—. Hasta que no se ha salido con la suya con eso de que tenía que socializar, no ha parado.

—¿Y a mí no, por haber ido? —preguntó en un tonito de broma, pero que a mí me hacía sentir flotando. Me estaba dando cuenta de que Sloan me gustaba, y me gustaba muchísimo.

—A ti al final te he cogido hasta cariño y además en un tiempo récord.

—Menos mal. —Carraspeó, mirándome de forma penetrante, pero con esa dulzura que desprendía.

—¿No te da la sensación como si nos conociésemos de mucho tiempo?

—Sí, sí que me la da. Creo que Douglas se quedó corto al hablar de tu carisma y de la energía que desprendes.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo… Pero tu madre también me habló mucho de ti este último año.

—¿Y qué te decía? —Curioseé, mirándole con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

—Que este apartamento lo compró como una forma de motivarte. Tenía la certeza de que en algún momento dejarías atrás esa vida que ya no te pertenecía y te vendrías a vivir aquí. Ella no creía que pudieras soportar esa situación por mucho más tiempo y notaba cómo te estabas consumiendo en una relación que no avanzaba. Me decía que tú le insistías en que lo alquilase, pero ella siempre te ponía excusas de que ya lo iba a hacer.

—Pues eso es verdad.

—Oye, que hasta ahora no te he mentido, en nada. —Metió su dedo en mi costilla para hacerme cosquillas, y no dejaba de mirarme los labios.

La atracción estaba ahí y podía casi palparla. Me moría de la risa pidiéndole que parase y terminé cayendo hacia el lado, momento que él aprovechó para abrazarme.

—¿Me vas a volver a llamar mentiroso? —me preguntó con su cara a unos centímetros de la mía y sin dejar de mirarme los labios, mientras yo sentía que mi respiración se aceleraba.

—No te he llamado mentiroso, eso no ha salido de mis labios. —Reía nerviosa mirando su cercanía—. Te he dicho que eso era verdad, ya que mi madre siempre me decía que la alquilaría, pero al final no lo hacía. Aunque, yo intuía que su intención era no hacerlo ya que lo había comprado para mí, no porque fuera a dejar a mi ex, sino porque quería asegurarme una buena herencia en caso de que ella faltara.

No me dio tiempo a seguir porque sus labios se pegaron a los míos y me dio tres picos seguidos.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó mientras seguía abrazándome.

—Se me ha olvidado —sonreí notando un cierto calor en las mejillas.

Sus labios no dudaron en regresar a los míos, y nos perdimos en una serie de besos, mientras las sonrisas que llevábamos y las miradas que compartíamos hablaban por sí solas.

Terminamos abriendo el sofá y arropándonos con una manta más grande, apoyados en las almohadas que cogimos de la habitación. Pusimos la televisión, sí, pero no le hicimos el menor caso, ya que estaba más como acompañamiento de fondo que otra cosa.

Hablamos, nos reímos y nos miramos a los ojos. Por momentos, podía sentir que había una conexión y una química entre nosotros que era imposible de ignorar.

Y fue así como acabamos los dos abrazados y entre besos, y nos quedamos dormidos…

Capítulo 5



Era alrededor de las ocho de la mañana, estábamos disfrutando de un café cuando recibí un mensaje de Douglas. Me decía que en un ratito me traía churros. Le respondí que quería doble ración, porque estaba muerta de hambre.

—Verás cuando te vea aquí. —Me reí.

—Y en pijama. —Volteó los ojos mientras se reía.

Los fines de semana siempre me traía churros, chocolate y hasta pasteles. Douglas siempre estaba pendiente de mí y sabía que eso a él le servía de distracción para dar su vueltecita.

Es que era como un padre, de verdad, y me alegraba tanto de poder tenerle en mi vida ahora que me faltaba mi madre, que ese hombre no podía hacerse una idea de lo mucho que le apreciaba y le agradecía que estuviera ahí.

Además, había puesto de alguna manera en mi camino a este *Highlander* que me tenía en un estado que hacía tanto tiempo que no sentía que no quería que se desvaneciera de mis manos. Me quedaba mirándole cuando no se daba cuenta, y es que notaba cómo mis labios se curvaban en una de esas sonrisillas de lo más tontorronas.

Le di un beso en los labios porque sí, porque me nació así, algo que hacía mucho, pero mucho tiempo, que con el hombre aquel de quien era mejor no acordarme no me pasaba. Luego, dejó su café sobre la mesa y me envolvió con sus brazos, como si quisiera que ese momento durara para siempre.

—¿Qué planes tenemos hoy? —me preguntó, haciendo que me saliese una amplia sonrisa, de esas que parecía ser que era experto en provocarme.

—Los que quieras, contigo cualquier plan seguro que es perfecto —contesté, ya que realmente no me importaba si nos quedábamos aquí encerrados todo el día o si prefería que saliéramos a dar un paseo y comer algo fuera.

—¿Y si pasamos el fin de semana juntos? —propuso al tiempo que me colocaba un mechón del flequillo detrás de la oreja.

—Claro —sonreí emocionada con la idea. Era sábado y no se me ocurría ningún plan mejor que estar con él estos dos días.

—Podemos irnos a mi casa y prometo cocinarte el mejor pollo al horno del mundo.

—Eso suena tentador, doctor —sonrió al escucharme llamarle así.

—Disfrutar de una copita de vino mientras preparo la cena y después, hacernos una sesión de peli y mantita.

—¿En pijama? —pregunté, sacándole otra sonrisa.

—En pijama, por supuesto —sonrió.

—Acepto. —Aplaudí emocionada.

En ese momento, sonó el timbre y le hice un gesto para que abriese él. Con una sonrisa, se dirigió hacia la puerta, mientras yo me asomaba al pasillo.

—¡Hombre! ¡Qué sorpresa, Sloan! —le dijo un emocionado Douglas al verle allí.

—¡Me han asaltado! —grité, causando una carcajada en los dos.

—Ya veo que coincidisteis anoche —murmuró observando que estábamos en pijama, y no se me pasó por alto ese modo en el que sonreía con disimulo, que ya le conocía bien.

—Fue fácil identificar a una española y, como me dijiste que estaría allí, me acerqué a preguntarle. —Carraspeó.

—Sí, sí, se acercó con cautela por si no era yo la que le habías dicho. —Reí.

—Estoy seguro de que la has cuidado bien —decía, acercándose a darme un beso en la mejilla y un abrazo.

—Bueno, creo que sí —contestó mirándome mientras sonreía.

—Me está cuidando. Es amable, simpático y fue todo un descubrimiento para mí —dije viendo la sonrisilla en ambos.

—Los dos sois muy buenas personas. Me alegro de que os hayáis conocido —contestó poniendo los churros en una bandeja, mientras yo preparaba el café para los tres.

—Ayer terminamos aquí comiendo chuches y chocolatinas, ya que en la calle hacía mucho frío y en el *pub* mucho ruido. Y hoy nos vamos a su casa y me quedaré hasta mañana —le informé, porque sabía cuánto se preocupaba por mí y, aunque conocía a Sloan y sabía que era un buen hombre, quería que supiera dónde iba a estar por si le daba por venir a hacerme una visita.

—Pero allí también nos puedes llevar churros —contestó Sloan como si fuera un chiquillo, causándonos una carcajada mientras cogía uno.

—Eso, eso, que los churros en fin de semana, es un pecado no comerlos, ¿eh?

—No sabéis lo feliz que me hace que os hayáis conocido. Vais a congeniar muy bien.

—Lo mismo nos hacemos mejores amigos y todo. ¿Qué te parece, Douglas? —dije poniendo los cafés sobre la mesa.

—Pensé que ya lo éramos —respondió Sloan antes de dar un carraspeo.

—Anda, que va a ser verdad que ya casi, casi, lo somos. —Reí, y Douglas hacía lo mismo porque ya me conocía.

—Lo vais a pasar muy bien juntos, se os ve la complicidad que hay.

—Douglas, si tiene algo oscuro, dímelo ahora que estoy a tiempo de mandarlo a su casa solo y evitarme un susto —le pedí, y Sloan se echó a reír.

—Ya te he dicho que, asesino, no soy —contestó cogiendo otro churro.

—Es un gran hombre, hija —me aseguró Douglas con una sonrisilla—. Tu madre le tenía mucho cariño.

—Vale, entonces me quedo más tranquila. —Me puse la mano en el pecho y me tiré a plomo en la silla.

—Te lo dije, es muy divertida.

—Douglas, te tengo que dar la razón. —Me miraba sonriente.

Me gustaba estar así con ellos, que se notaba que también se llevaban bien y eran muy cercanos.

Estuvimos hablando de la noche anterior, del concierto que me había gustado, y no se me pasó el hecho de que Douglas nos mirara a Sloan y a mí con una leve sonrisilla.

Tras el desayuno, Douglas se despidió de nosotros deseándonos de corazón que tuviéramos un

gran fin de semana juntos. Se le podía ver en la cara que se iba feliz de haberlo encontrado aquí. A los dos nos llenó de elogios.

Sloan entró a ducharse después que yo y, mientras lo hacía, metí en una bolsa un pijama limpio, ropa interior y mis productos personales. No podía dejar de pensar en lo que iba a hacer, en esa pequeña locura de irme a casa de aquel medio desconocido a pasar un fin de semana.

Mientras él terminaba de vestirse, me llegó un mensaje de Eva preguntando qué tal lo había pasado en el concierto y si había hablado con alguien. Me limité a decirle que ya le contaría en otro momento, y no tardó en responder con un montón de emojis de esos, arqueando la ceja y con signos de interrogación.

Sonreí, pero sintiéndolo mucho, mi amiga se iba a quedar con las ganas de saber más hasta el lunes.

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando, al salir de casa, me cogió de la mano y me llevaba con esa felicidad. Igualito que mi ex, que en los últimos tiempos de nuestra relación prefería cruzar a la acera de enfrente en lugar de caminar a mi lado.

Por el camino, hicimos una parada para comprar pan recién hecho, aunque también llevaba el de leña que me trajo Douglas el día anterior, que para las tostadas era un espectáculo. También nos detuvimos en la carnicería, donde compramos el pollo y unas hamburguesas que nos haríamos por la noche.

Me paré ante una floristería que tenía un escaparate precioso y vi una orquídea que llamó mi atención.

—La voy a comprar para el apartamento —dije, dispuesta a entrar.

—Te la regalo yo.

—No, no. Además, aún estoy enfadada porque no me has dejado pagar nada de lo que hemos comprado.

—En eso siento decirte que estoy hecho a la antigua. —Ladeó su cabeza y entró en la floristería para comprar la orquídea.

—Voy a pagar yo —dije, mientras volvió a ignorarme—. Pues verás cuando pasemos por la joyería y te señale unos pendientes de diamantes, a ver si eres tan chulo —comenté, provocándole una risa hasta a la dependienta.

—Tampoco te voy a dejar ser una caprichosa —murmuró en mi oído cuando íbamos saliendo con la orquídea.

—Ni yo te voy a permitir que me lo pagues todo. —Me encogí de hombros.

—Te recuerdo, o te comento por si no te has dado cuenta, que aquí me conocen todos y con una sola mirada, me hacen caso, así que cuando vayas conmigo no te quedará más remedio que ni intentarlo.

—Pues no entro contigo a las tiendas. Solucionado. Cuando tú vayas a una, yo —me señalé con el dedo en el pecho—, me voy a otra y compro.

—Todavía puedo conseguir que no te dejen entrar en ninguna —murmuró, causándome una carcajada.

No se podía negar que el *Highlander* tenía un humor sin igual.

Entramos en su casa y lo primero que hicimos fue ponernos los pijamas. A los dos nos gustaba esa sensación de estar cómodos y en casa. En muchos sentidos, era muy parecido a mí; en otros, éramos dos mundos que se atraían con fuerza, como los imanes.

Sacamos las compras en la cocina y se dispuso a preparar la verdura para el pollo.

Comenzamos a trocear las zanahorias, puerro, cebolla, tomate, pimiento y unos dientes de ajo. El que lo iba a hacer era él, así que yo me limitaba a ayudarlo mientras tomábamos una copa de vino y me explicaba el proceso. Estaba dándome cuenta de que era un cocinillas además de una eminencia como médico, según soltó Douglas esta mañana.

Colocó a un lado de la bandeja todas las piezas del pollo a las que les había echado unas pastillas de ave, añadiendo sobre ellas unos trozos de mantequilla. En el otro lado, colocó las verduras junto con unas patatas que había cortado en rodajas. Luego, salpimentó y roció un poco de aceite por encima.

—Y esto —cerró el horno— está listo para que, en un rato, nos chupemos los dedos. —Se acercó y me dio un beso.

—Tiene muy buena pinta. Yo lo hago parecido, pero no le pongo ni la mantequilla ni las pastillas de caldo.

—No es una mantequilla cualquiera, es la mejor para cocinar el pollo.

—Tomo nota.

—Se compra en la tienda de productos de la tierra que hay al final de la calle principal, a la salida.

—Sí, estuve allí la semana pasada y compré algunos embutidos. Douglas me la recomendó y me llevé muy buena sensación. Volveré y compraré esa mantequilla si se me hace el pollo tan delicioso como dices.

—Nunca miento. —Me acarició la mejilla.

Y no mintió, porque lo que tardó en hacerse el pollo, estuvimos disfrutando de esos besos llenos de complicidad, pero cuando llegó el momento de probar el primer bocado al plato…

—Dios mío, que mi madre me perdone, pero es el mejor pollo que he comido en mi vida, está riquísimo.

—Nunca miento… —repitió— Y esta noche te comerás la mejor de las hamburguesas.

—De eso estoy segura, porque yo las que me como son las de los restaurantes de comida rápida. —Nos reímos—. Que, por cierto, ya le vale al pueblo no tener uno, es lo que más echo de menos.

—¿No has ido a la brasería?

—No. He pasado por allí, pero nunca he entrado.

—No solo hacen unas costillas a la barbacoa que son la joya del lugar, también preparan unas hamburguesas de carne de primera que son toda una delicia. Casi le tengo cogido el truco y es en la que me inspiraré para hacer la de esta noche.

—Buen doctor, buen cocinero. —Enumeré levantando los dedos—. ¿Dónde está el fallo?

—Tengo muchos, pero los intento compensar con mi lado bueno —sonreía.

Era increíble que nos hubiéramos conocido la noche anterior y no nos hubiéramos separado. Había una complicidad tan grande que me hacía sentir que lo conocía de toda la vida. Me sentía cómoda en todo momento y debo de admitir, que Sloan lo ponía muy fácil.

Recogimos la cocina y nos fuimos al salón a ver una peli. Abrió su sofá para ponernos cómodos y decidimos ver una de suspense.

Capítulo 6



Tras la película, nos quedamos dormidos como la noche anterior en mi casa, abrazados y sin apenas darnos cuenta.

Eran las siete de la tarde cuando nos despertamos a la vez. Según me decía, no solía hacer siesta, pero estuvo tan a gusto a mi lado que se quedó frito abrazado a mí.

No dije nada, pero me había pasado lo mismo, me encontraba tan bien con Sloan que hasta el simple hecho de abrazarnos en el sofá me daba una paz increíble.

Tomábamos un café entre risas porque era solo mirarnos y causarnos una carcajada tras otra. Claramente, los dos estábamos pensando en lo mismo, ya que todo había sucedido como por arte de magia, pero aquí estábamos, disfrutando de un momento en el que los dos nos sentíamos en armonía.

—Esta noche no dormimos en el sofá —dijo sin apartar los ojos de los míos.

—Vale…

—Pensé que me lo ibas a poner más difícil. —Acariciaba mi espalda.

—¿Qué más dará dormir en el sofá o en la cama si al final estamos acostados juntos?

—Pues por eso. —Mordisqueó mi labio.

Nuestros cuerpos se atraían con una intensidad que me generaba una mezcla de emoción y temor. Bueno, no era exactamente miedo, sino esa sensación que todos hemos tenido alguna vez, esa inquietud de que cuando de repente vivimos algo bonito se pueda joder. Bien es cierto que no me había prometido amor eterno ni nada por el estilo; solo me había pedido pasar el fin de semana juntos. Sin embargo, sentía que no era necesario hacer promesas para que ambos estuviéramos en la misma sintonía, como si ya supiéramos que seguiríamos descubriéndonos el uno al otro. Al menos eso esperaba, porque lo último que quería era estrellarme contra un muro, porque eso significaría que nunca más me acercaría a un hombre en mi vida.

Vamos, que al final Eva acabaría por tener razón y acabaría en un convento.

Sloan era especial, paciente, simpático, correcto y me hacía sentir en calma entre sus brazos. Su manera de mirarme era un chute de felicidad, esa que me hacía recordar que, a pesar de todo lo vivido, aún había motivos para sonreír. Y de qué manera, quién me lo iba a decir.

Me senté en la cocina mirándolo mientras preparaba las hamburguesas para cenar. Era muy delicado para todo y lo hacía con mucho mimo. Y no, no me dejó ayudarle esta vez, sino que dijo que me quedara disfrutando de esa copa de vino que puso en mis manos.

Hasta preparó una salsa para poner en el pan de hamburguesa después de dorarlo en mantequilla. Fundió el queso encima de la carne con un quemador y estaba quedando de tal manera que se me estaba haciendo la boca agua. Para rematar, añadió un beicon crujiente que él doró en la sartén.

—Dios, esto está que cruje de bueno —murmuré gimiendo tras ese primer bocado que me supo a gloria—. Qué hamburguesa más buena, por favor.

—Van dos de dos —se refirió a que con el pollo también me había impresionado—. Menos mal que tengo muchas recetas aún para seguir conquistando tu estómago. —Se rio.

—¿Solo el estómago?

—El estómago es el complemento a lo demás y creo que eso, poquito a poco, me lo estoy ganando.

—Sí, la verdad es que llevas un año ahí al pie del cañón —bromeé, volteando los ojos.

—A veces, un solo minuto puede cambiar todo un mundo.

—Pues sí, aunque no quiera, te voy a tener que dar la razón.

—¿Aunque no quieras? —Carraspeó.

—Sí, jamás imaginé que en tan poco tiempo se pudiera vivir tanto —confesé.

—Me encanta escuchar que los dos lo estamos viviendo de la misma manera. —Estiró la mano, cogiendo la mía y besándola—. Estoy feliz de haberte conocido y de que hayamos tenido esta conexión. Ojalá sigamos en este camino —confesó él, dejándome con una sonrisa de esas que no hay dinero que pague.

En cuanto terminamos de cenar y recoger todo, nos acomodamos en el sofá para ver una película, pero estaba claro que no la acabaríamos de ver.

Comenzamos a besarnos y sobra decir que nos fuimos dejando llevar tanto que, cuando nos

dimos cuenta, Sloan me tenía sentada a horcajadas sobre sus piernas mientras me acariciaba la espalda por dentro de la camiseta.

Tenía unas manos muy suaves y notaba cómo me estremecía mientras las deslizaba por mi piel. Sin darme cuenta empecé a moverme sobre él, notando ese roce que provocaba un escalofrío por todo mi cuerpo al sentir la dureza de su entrepierna en mi zona.

Gemí mientras seguía jugando con los dedos entre su cabello, ese que era tan sedoso como imaginé la primera vez que le vi.

Sloan me atrajo más hacia él sin dejar de besarme y sentí sus manos deslizándose por mis costados hasta alcanzar ambos pechos, esos que reaccionaron ante el contacto y masajeó con sumo cuidado y delicadeza.

Bajé mis manos hacia su cintura, comencé a quitarle la camiseta y se apartó para que se la sacara solo unos segundos antes de volver a besarme.

No pude, ni tampoco quise, evitar tocarle el torso, bajar las yemas de mis dedos por esa piel que se fue estremeciendo al ser tocada, y sí, comprobé que tenía unos buenos abdominales.

Sloan me quitó la camiseta y me salió una risilla nerviosa mientras me sonrojaba, era el primer hombre en mucho tiempo que me iba a ver desnuda, pues eso tan solo lo había hecho Raúl en los últimos tres años.

—Ahora sí estamos iguales —dijo dándome un mordisquito en el labio, le cogí ambas mejillas entre mis manos y le besé mientras él llevaba las suyas a mis caderas y dejaba un leve apretón al notar que me seguía moviendo sobre él.

Me estaba excitando y eso mismo le pasaba a Sloan, era evidente dada la dureza que ya tenía entre las piernas y que notaba en mi zona.

Acabó por levantarse conmigo en brazos sin el más mínimo esfuerzo, y comenzó a caminar hasta que llegamos a la habitación.

Cuando me recostó en la cama, me miró fijamente a los ojos, era como si me estuviera preguntando si quería, si estaba preparada para eso, y sí que lo estaba. Así que sonreí, le acaricié la mejilla y le atraje hacia mí para besarle.

No tardó en rodearme con el brazo, quedando piel con piel de manera que podía sentir el latido de su corazón acompasado con el mío.

Flexioné la pierna y le rodeé con ella por la cadera, de manera que acabé moviéndome inconscientemente para hacer de nuevo fricción entre nuestras zonas, y gemí.

Gemí porque ese roce me hizo estremecer de nuevo, anticipándome a lo que estaba a punto de

ocurrir.

Mis manos se movían por la espalda de Sloan despacio, como si de ese modo se aseguraran que yo recordara cada rincón de su cuerpo después de esa noche.

Sentí que se estremecía entre mis brazos antes de abandonar mis labios y bajar, dejando suaves besos en el cuello, el hombro, uno de mis pechos y así hasta llegar a mi vientre. Me miró de nuevo con esos ojos azules que ahora estaban mucho más brillantes por el deseo que había en ellos, y comenzó a bajarme los pantalones, llevándose también la ropa interior.

No tardó en quitarme ambas prendas y dejarme completamente desnuda, observándome allí recostada en su cama.

Se colocó entre mis piernas y besó el interior del muslo mientras me miraba, llevó la mano a mi zona y gemí mientras arqueaba la espalda y dejaba caer la cabeza un poco hacia atrás con los ojos cerrados en cuanto sentí su pulgar en el clítoris.

Sloan me tocó despacio, lo hacía sin prisa y se notaba que quería hacerme disfrutar de ese momento. Y lo hacía, prueba de ello eran mis gemidos, esos que se escuchaban alto y claro en toda la habitación, hasta que fueron sustituidos por un grito de placer cuando, en vez del pulgar, era su lengua la que en ese momento se apoderaba de mi clítoris, mientras me penetraba con un dedo.

Acabé moviéndome despacio mientras él seguía llevándome a ese punto de no retorno que culminó con un orgasmo, un grito saliendo de lo más profundo de mi ser, y ese escalofrío que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza.

Dejó otro beso en el interior del muslo y noté que se incorporaba para quitarse el resto de su ropa. Se situó entre mis piernas y, tras colocarme el cabello detrás de la oreja y acariciarme la mejilla, volvió a besarme.

Llevé las manos de nuevo a su espalda y la acaricié mientras él me rodeaba con el brazo y notaba su miembro rozándose con mi excitado sexo.

Gemí, me moví para incitarle a seguir adelante, necesitaba y quería que avanzara y me penetrara por fin, quería sentirle y dejarme llevar por completo, pero, entonces…

—Joder —murmuró apartándose y me miró fijamente.

—¿Qué pasa?

—Pues, que acabo de caer en algo.

—Por favor, dime que no es en que tienes novia, que me da algo —lo decía en broma, pero con cierta verdad, porque era lo peor que podría pasarme, vaya.

—No —sonrió y volvió a besarme—. Desde que me divorcié no he estado con nadie, y tampoco pensaba que fuera a conocer a cierta española que acabaría esta noche en mi cama.

—¿Entonces?

—Pues, que no tengo condones —suspiró.

—Ah, bueno, ¿es eso? A ver, que sí, que es una faena, y más para un médico —carraspeé—, pero tranquilo porque tomo la píldora.

—¿Entonces…?

—Entonces, siga usted avanzando, doctor Sloan —contesté y sonrió al escucharme llamarme así.

Volvió a besarme y, poco a poco, sentí cómo su miembro se situaba en mi entrada, abriéndose paso entre los músculos de mi vagina. Sloan no solo era un hombre imponente, sino que todo en él, y cuando digo todo, me refería a cada parte, estaba perfectamente proporcionado.

Gemí al sentirle unido a mí por completo y se quedó inmóvil unos instantes mientras seguíamos besándonos. Entonces volvió a moverse muy despacio, entrando y saliendo lentamente.

Me acariciaba y tocaba por todas partes, mientras yo hacía lo mismo, gemíamos y nos dejábamos llevar por lo que sentíamos en ese momento.

Tanto nos estábamos entregando el uno al otro en ese momento, que nos olvidamos del mundo y de lo que nos rodeaba, era como si tan solo fuéramos nosotros, como si no hubiera nada ni nadie más que importara en este instante.

Sentí el momento justo en el que me acercaba por segunda vez en la noche al clímax, Sloan lo notó también y comenzó a moverse un poco más rápido. Me agarré con tanta fuerza a sus brazos que temí acabar clavándole las uñas.

Siguió penetrándome sin parar ni bajar el ritmo hasta que los dos llegamos al unísono a ese clímax, gimiendo y gritando mientras sentía todo mi cuerpo de lo más tembloroso.

Cuando se acabó el momento tan intenso, Sloan se inclinó para besarme y acariciar mi mejilla.

—Eres preciosa, Triana —dijo mirándome fijamente a los ojos.

Sonreí notando que me sonrojaba aún más y, tras un último beso, Sloan se retiró y fui al baño para asearme un poco, momento en el que me miré en el espejo y suspiré con una sonrisa de absoluta paz y felicidad.

Él entró después y volví a meterme en la cama, no tardó en unirse a mí haciendo la cucharita conmigo, y así, desnudos y abrazados, me dio un beso en el hombro deseándome buenas noches.

Sonreí respondiéndole de igual modo y me quedé allí entre sus brazos, con nuestras manos entrelazadas, observando la luna a través de la ventana.

¿Había sido aquello una locura o un sueño? Si era lo último, si Sloan no era más que producto de un sueño, ojalá pudiera seguir soñando para sentir que la felicidad existe de verdad, y que en el mundo aún quedaban hombres capaces de hacer sentir a una mujer como la más dichosa del mundo.

Capítulo 7



¿En qué momento de mi vida pensé que mi mundo se acababa cuando no había hecho más que empezar y descubrir que había una piel que me hacía sentir más viva que nunca?

Y esa piel era la de Sloan, que abrazada a la mía me hacía sentir que hoy el sol brillaba con más intensidad, a pesar de que el día estaba gris y se podía ver tras los cristales.

Ni me movía, estaba despierta observando ese nuevo día que daba comienzo y lo hacía en la cama de un hombre al que acababa de conocer, pero que me transmitía una paz y una calma increíbles. Por no hablar de su forma de tratarme, con tanto cariño.

Tenía razón Douglas al decir que Sloan era un buen hombre, y yo me preguntaba cómo su mujer había dejado que la relación que tenían se deteriorase, pero claro, eso mismo me había estado preguntando de Raúl, de por qué llegó un momento en el que me hizo sentir de menos, con esos gestos feos.

Y qué buen ojo tuvo mi madre al fijarse en el escocés que le robó el corazón, porque ahora entendía que eso estaba destinado a ocurrir sí o sí, para que algún día yo también conociera a mi propio *Highlander*.

Si a mi madre Sloan le había parecido un buen hombre, al igual que se lo parecía a Douglas, no era solo porque lo fuera, sino que también se dejaba querer y estaba claro que era un hombre de lo más cariñoso.

Sentía que todo encajaba a la perfección a su lado, como si así debiera ser, y nada más podía pedirle a la vida si me había quitado a ese hombre que me robó la alegría para poner en mi camino al que me la devolvería sin esfuerzo y en tan poco tiempo.

Pero como él mismo me había dicho, a veces tan solo bastaba un minuto para que todo nuestro mundo cambiara para siempre.

Y el mío lo estaba haciendo de manera inesperada y desde hacía apenas un día y algunas horas.

Desde luego que, cuando la vida, el universo o el destino querían sorprendernos, movían los hilos de tal manera que todo se alineaba para que aquello que estaba predestinado a nosotros ocurriera.

Noté que Sloan se movía y supe que estaba despertando, miré por encima del hombro y le vi comenzando a abrir los ojos.

—Buenos días, doctor —murmuré con ese primer beso que dejaba en mis labios con una bonita sonrisa.

—Buenos días, bombón de mujer. Si me vuelves a llamar así —apretó mi nalga— te hago una intensa revisión.

—Ojalá y la Esperanza de Triana te escuche —murmuré causándole una carcajada, y junté mis manos en medio de los dos a modo de plegaria.

No me dio tiempo a nada más cuando ya lo tenía recorriendo mi cuerpo con sus manos y labios. La piel se me erizó de inmediato. Apenas habían pasado unas horas desde que nos entregamos al deseo de sentirnos, y ya estaba de nuevo haciendo que mi cuerpo reaccionase a su tacto y que disfrutase de cada segundo como lo había hecho la noche anterior.

Me encantaba su torso, su cara… bueno, me gustaba todo de él porque no tenía desperdicio por ningún lado, y encandilaba con esos gestos que tenía para mí en todo momento.

Nos sumergimos una vez más en nuestros deseos, dando así la bienvenida a un nuevo día que, de nuevo, pasaríamos juntos.

Sloan trabajaba de ocho de la mañana a dos de la tarde de lunes a viernes, por lo que gozaba de mucho tiempo libre, y ya me había dejado caer que no me iba a librar de él. Con mucho gusto recibía esa advertencia de saber que lo vería cada día.

Había escuchado mi móvil sonar con un mensaje y pensé que pudiera ser Douglas, que estuviera preocupado y quisiera saber si estaba bien, pero claro, él conocía a Sloan mejor que yo y sabía que, por supuesto, con él iba a estar bien, o mejor que bien, porque estaba claro que Douglas no era tonto, y con la edad decían que nos volvíamos mucho más sabios, así que…

Pero no, resultó que era Eva, que enviaba un emoji de un reloj, otro pensativo y el signo de interrogación. Sonreí al verlo y es que la paciencia no era una virtud que tuviera mi mejor amiga, desde luego.

Me limité a responder con emojis igual que ella, en mi caso, un teléfono, la chica relajándose y una taza de café. Lo que quería decir era que esperase relajada a que la llamara el lunes, tal como le había dicho.

Sloan y yo nos fuimos a la cocina a desayunar y, con una mirada, me estaba dando la orden de

que lo dejara a él ser el que lo preparase. Sonreí, negando.

—No voy a mirar siempre cómo lo haces tú todo —protesté.

—Hombre, imagino que algún día cocinarás para cuando yo salga de trabajar. ¿O me vas a dejar solito? —Arqueó la ceja, y me gustó el hecho de que dijera aquello porque estaba claro que él quería tanto como yo que siguiéramos viéndonos.

—El lunes te voy a hacer unas lentejas que vas a flipar, señor *Highlander*.

—Lunes, es mañana… —dijo como si yo no supiera el día que era, que podría ser, no iba a decir que no, porque dada la noche y el despertar que había tenido, cualquier mujer de este mundo sentiría que le fallaba la mente y hasta las piernas.

—Efectivamente, pero decirlo así es una manera de alargar el fin de semana. No quiero que se acabe —murmuré en alto esto último que solo quería que se quedase en un pensamiento, algo que a veces me pasaba, y en este caso era una faena que él lo hubiera escuchado.

—Me encantas. —Se acercó agarrando mi barbilla y besándome en los labios—. Yo también estoy muy a gusto a tu lado. Nada se acaba, todo depende de cómo pintemos nuestros días. Y mañana quiero esas lentejas. —dijo señalándome con el dedo a modo de advertencia, como si de verdad fuera a negarme a hacérselas si, en honor a la verdad, quería volver a verle.

—Las tendrás —sonreí, comprobando que su mirada era capaz de tranquilizar mi alma. Al igual que sus palabras.

La casa de Sloan era de lo más acogedora y me sentía muy cómoda, como si estuviera en la mía propia, pero es que, como ya dije, estando con él tenía la sensación como si nos conociéramos de mucho antes.

Ojalá hubiera sido él quien se cruzara en mi camino años atrás cuando conocí a mi ex, ojalá.

—¿En esta casa vivías de casado? —le pregunté, curiosa.

—No, no —sonrió y volteó los ojos—. Vivíamos en el edificio que hay en la entrada del supermercado. Lo vendimos rápido, ya que ella se iba a Edimburgo, donde tenía una casa en propiedad y a su familia. Trabajaba telemáticamente y no tuvo problemas en hacer todo rápidamente. Con mi parte reformé esta casa que es propiedad de mis padres y que tuvieron alquilada hasta unos meses antes, que se fueron los inquilinos y ellos pensaron en arreglarla. Mis padres viven en una preciosa casa frente al lago a unos kilómetros de aquí y tienen un par de pisos arrendados en Glasgow.

—¿Tienes más hermanos? —Quería saber todo cuanto pudiera, ya que entre mi madre y Douglas le habían contado cosas sobre mí que él ya sabía.

—No, soy hijo único. Mi padre es médico también, de ahí que yo quisiera seguir sus pasos.

Ahora está jubilado. Trabajó en el hospital de Glasgow. Mi madre, sin embargo, se dedicó a la casa. Mi padre la tuvo siempre como una reina —sonrió—. Y a ella le encanta que la mimen. Es una niña pequeña. Pudo haber trabajado, pero no quiso, decía que prefería encargarse de mí, de la casa y cuidar a la familia. Tienen sesenta y ocho años, pero para verlos, como si tuvieran cincuenta. Ahora están en Londres unos días. Viajaron con Stuart y Mery, sus mejores amigos, además de que mi padre y él fueron compañeros de trabajo hasta hace poco que se jubilaron con dos meses de diferencia. Les encanta viajar.

—Hacen bien, me parece genial. Ahora les toca vivir la vida.

—Bueno, siempre la han vivido. Ya te digo que tienen una marcha… —Ladeó la cabeza—. No hay fin de semana que no se tomen sus copitas o hagan planes.

—Qué bueno.

—Se llevan increíblemente bien. Son tal para cual. La inspiración para creer en el amor. Nunca dejaron de mirarse bonito.

—Es una suerte encontrar esa persona que sea tu complemento perfecto.

—¿Quién nos dice que no la hayamos encontrado? —me preguntó haciéndome un guiño y yo me derretí por completo.

—El tiempo dirá. —Le acaricié la mano y él me la agarró y la llevó a sus labios.

—El tiempo será el que va a remar a nuestro favor, no lo dudes. —Besó mi mano.

Y ojalá fuera cierto, porque por más horas que iba pasando a su lado, más me atraía. La realidad era que me había quedado enganchada a Sloan desde el primer momento. No podía compararlo con nada de lo que hasta ahora había vivido, pues él era diferente y me hacía sentir diferente a mí de como siempre me había sentido.

Podría ser una locura esto que ahora estaba viviendo, no lo negaba, pero ojalá todas las locuras resultaran ser tan buenas como esta. Y ojalá que todo se pusiera a mi favor, que los astros se alinearan para que mi vida, esa que había empezado a vivir en un lugar de las *Highlands* al que sin duda estaba escrito que me traería mi madre, cambiara y fuera mejor de lo que había sido la que dejé atrás.

Por eso, porque mi nueva vida empezó cuando me mudé a este bonito rincón de Escocia y él parecía que iba a estar en ella durante un tiempo, cuando me propuso salir a comer a un lugar que decía que era mágico y que quería que conociese, acepté de lo más feliz.

Capítulo 8



Pasamos por mi apartamento para que me cambiara de ropa antes de dirigirnos hacia su coche para irnos a comer. Me sentía como una niña pequeña con zapatos nuevos, y es que Sloan se estaba convirtiendo en mi nueva gran ilusión, esa que llega y mueve todo tu mundo, demostrándote que la vida no se acaba cuando pensamos.

—Qué bonito el coche, por favor —murmuré observándolo. El color blanco era mi favorito y el BMW era un SUV.

—Te gusta mi casa, mi coche…

—Y tú, y tú —dije poniéndome el cinturón.

—Qué afortunado soy. —Me besó en la mejilla antes de darle al botón de arranque.

—Y encima eres médico. ¡Si es que lo tienes todo! —exclamé riendo— No sabes lo que odio ir al centro de urgencias y esperar dos horas a que me atiendan. Ahora tengo tu número, solo te tengo que preguntar qué tomarme y no me muevo de mi casa.

—Si me llamas, dejo todo y voy a verte. —Reía—. Has pasado a convertirte en mi paciente favorita.

El trayecto duró como veinte minutos en dirección a Glasgow. Estaba más o menos en la entrada de un pueblo pequeñísimo que era como una pedanía.

El restaurante se encontraba sobre una explanada grande a un lado de la carretera. Una preciosidad de madera con unos detalles que hacían que el exterior fuera de lo más llamativo.

El interior también me sorprendió mucho por la calidez y los rincones tan cuidados que tenía. Nos acomodamos en una mesa que estaba delante de un sofá en forma de «L» pequeñito, para dos o tres plazas.

Nos decantamos por unos mejillones que vinieron acompañados con pan de ajo, una sopa

llamada C*ullen Skink* y unos filetes finos de carne de *Angus*.

Estaba en todo momento atento a mí, acariciándome la mano constantemente mientras me hablaba. Me hacía sentir especial, eso que hacía tanto que no sentía y, además, nunca lo había experimentado de esta manera.

Madurez, eso es lo que me transmitía en todo momento. Era la calma a ese nerviosismo que él mismo me provocaba.

—¿Me vas a echar de menos esta noche? —me preguntó mientras me miraba de una manera de lo más penetrante.

—Ya te echo de menos con solo pensarlo.

—Qué bonita eres, por favor. —Estiró el brazo y acarició mi mejilla.

—Pero para eso quedan unas horas, ahora estoy disfrutando de la comida y de ti. No me recuerdes que esta noche… —Me eché a reír.

—Así desearás con más ganas que llegue el viernes, porque imagino que de nuevo aceptarás pasarlo conmigo. ¿O me equivoco? —Carraspeó.

—Para nada, estoy deseando pasarlo otra vez contigo.

—Había pensado en la posibilidad de que nos fuésemos a pasar el fin de semana a Edimburgo —comentó y noté las mariposillas revoloteando en mi estómago de una manera que nunca antes había sentido.

—Me encanta la idea —dije emocionada.

—Pues lo anoto en mi agenda —sonreía, y a mí acababa de hacerme la mujer más feliz del mundo.

—No lo conozco, siempre he aterrizado en Glasgow y nunca pasé siquiera por el aeropuerto de Edimburgo.

—Es una ciudad muy envolvente. Estoy seguro de que te va a encantar.

—Junto a ti cualquier lugar es bonito —murmuré sin pensarlo y a él le provoqué que esbozara una amplia sonrisa. Y qué sonrisa, tan bonita como le veía a él en su forma de ser conmigo.

¡Otro plan con mi chico escocés! Me moría de amor, en serio, sentía que todo era tan perfecto que hacía que me preguntase: «¿podía regalarme la vida algo así con un hombre como él?» ¡Sí! Parecía que sí, que tal como siempre escuché decir, después de algo bueno siempre llega algo mejor, y Sloan era lo mejor que me había pasado en este último tiempo.

Cuando terminamos de comer, nos tomamos un café en la terraza de atrás que tenía unas vistas impresionantes.

Apoyé mi taza en la barandilla y él se colocó detrás, besando mi cuello y rodeando mi cintura.

Lo escuchaba relatarme en el oído, contándome la de veces que venían sus padres a este lugar y lo que les gustaba. Su acento en ese tono tan dulce y varonil a la vez me causaba un montón de sensaciones que eran de lo más inexplicables.

Pese a todo el subidón que me daba estar con él, a la vez me relajaba en muchos sentidos y me hacía olvidar toda la destrucción emocional que había pasado unos meses atrás.

Cerré los ojos y cogí aire mientras una sonrisa se dibujaba en mis labios. Sí, en ese momento sentía que mi madre estaba mirándome desde algún lugar y estaba feliz de verme con él y viviendo en ese apartamento que ella compró con ilusión para mí. La echaba demasiado de menos y maldecía no haberla podido disfrutar más. Me hubiera encantado pasar esta época tan bonita de mi vida junto a ella. Dos días con Sloan habían sido suficientes para mover todo mi ser.

—¿En qué piensas? —me preguntó y abrí los ojos, girándome para mirarle fijamente.

—En lo feliz que hubiera estado mi madre de verme de esta manera —murmuré y él dejó salir un suspiro.

—Lo estaba pensando yo también —dijo, consiguiendo que me diera cuenta de que nuestra conexión iba más allá de lo que pensaba.

Me giré y le di un beso mientras observaba cómo cerraba los ojos y lo sentía. Lo mejor es cuando terminaba abrazándome y besando mi mejilla con insistencia. Alcé una ceja y a los dos nos salió una sonrisa.

—No sé qué deseo más, si a las lentejas o a ti.

—Eso es un golpe bajo —dije apoyando mi frente en su hombro mientras esbozaba una carcajada.

Regresamos hacia el pueblo, marchándonos a mi casa, ya que iba a dejar hechas las lentejas para el día siguiente. Mientras yo las hacía, Sloan se puso a preparar la masa de *pizza* que quería hacer para cenar. Se quedaría conmigo hasta entonces y luego se iría a dormir a su casa, para al día siguiente irse al trabajo.

—Con lo fácil que es comprar la masa y dejarse de complicaciones.

—No sale igual, verás cuando la pruebes —decía mientras la amasaba, mirándome sin perder la sonrisa en ningún momento.

No entendía cómo su mujer dejó a alguien como él, de verdad que no. Un hombre que tenía tantas cualidades bonitas que parecía que estaba hecho de diseño y a medida, no se encontraba todos los días. Nada que ver con aquel hombre pasota y sin respeto, como con el que yo estuve. La verdad es que no había color. Estaba experimentando el simple hecho de sentirme especial para alguien. Eso era.

—Ya huelen que alimentan —se refería a las lentejas.

—Hasta mañana no las pruebas, que capaz eres de no venir.

—Me has dicho que haces las mejores del mundo.

—Por si acaso, ya sabes eso de que para gustos los colores.

—No me pierdo el venir ni, aunque te salgan quemadas —decía abrazándome con fuerza.

Y yo me dejaba mimar, ya no solo porque estuviera aún flojita de ánimo porque echara de menos a mi madre, sino porque me gustaba esa sensación que Sloan provocaba en todo mi ser cuando me tenía entre sus brazos. De verdad que me sentía en paz, en esa calma que él transmitía en cada momento que compartía conmigo.

Su *pizza* quedó riquísima, tenía razón en eso de la masa y es que le había quedado fina, crujiente y perfecta.

Estuvimos cenando mientras me contaba un poco sobre las mañanas en el ambulatorio, como lo llamábamos en España. Amaba su trabajo y era de esos médicos que, cuando veía que sus pacientes habían estado de urgencias fuera de su turno, se preocupaba por llamarlos para hacerles un seguimiento.

Los vecinos le llevaban hasta regalos, sobre todo, en estas fiestas navideñas que ya comenzaban a asomar la cabeza, aunque aún faltaba un mes y pico, pero se notaba que el ambiente ya se estaba preparando. Incluso habían comenzado a adornar las calles.

No habíamos hablado de eso, pero imaginaba que si seguíamos a este ritmo nos encontraríamos con esos días, pero claramente lo pasaría con su familia. No iba a llegar yo y besar el santo. Eso sí, contaba con Douglas, con el que pensaba pasar los días señalados.

Mi mente volaba demasiado deprisa, queriendo tener con Sloan planes de todo tipo y es que sentía que todas esas horas que no iba a estar a su lado, lo iba a echar mucho de menos. ¿Cómo era posible que estuviera así con alguien al que había conocido cuarenta y ocho horas atrás?

—Bueno, me tengo que ir, pero solo es un hasta luego. Mañana me tienes aquí comiendo. —Me pegó a él y me abrazaba mientras besaba mi cuello—. Cualquier cosa, me mandas un mensaje o me llamas.

—Claro —sonreí, y se inclinó para darme un último beso.

No, no era un adiós, eso me quedaba más que claro, y estaba dispuesta a vivir cada momento que pasáramos juntos como si fuera el último.

Se marchó y me quedé con esa sonrisa en la cara, pero a la vez el agobio de saber que no dormiría abrazada a él. Entendía que no me hubiera dicho de dormir, él tenía su responsabilidad y rutina. Pero ¿quién sabía si más adelante…?

Capítulo 9



Ese lunes desperté como en una nube, y sobra decir que además lo hice encontrando un mensaje de Sloan deseándome los buenos días y diciendo que me había echado de menos.

¿Se podía ser más bonito? No lo creía, de verdad que no, porque si fuera más bonito, ya estaría enamorada de él hasta la médula.

Me levanté y fui a la cocina a prepararme un café, eché un vistazo a la hora y sabía que no tardaría en tener la visita de Douglas trayendo alguno de sus dulces. No me equivoqué, y en cuanto el café estaba listo, sonó el timbre.

—Buenos días —sonreí al verle y le di un abrazo cuando entró.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal?

—Hambrienta, ¿eso que huelo son donuts con glaseado y *muffins*?

—Qué olfato tienes. —Rio.

Dejó la cajita en la cocina y puse los dos cafés, no pude resistirme a coger uno de esos donuts que tan buena pinta tenían y, tras el primer bocado, gemí.

—Es que están buenísimos —dije cuando vi que me miraba con la ceja arqueada.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? —Curioseó dando un sorbo a su café.

—Muy bien, la verdad es que Sloan es una bellísima persona. Y muy cariñoso, Douglas —sonreí—, me ha tratado superbién.

—Entonces tu madre estaba en lo cierto.

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el ceño.

—Dijo que haríais una buena pareja. Ella quería a un buen hombre en tu vida, Triana, no sabes cuánto sufría al saber que seguías con ese chico que, ni te quería, ni mucho menos te merecía.

—Y tú has sido su mensajero en la tierra, vaya. —Reí.

—Algo así. —Soltó una carcajada—. Me puedo dedicar mis últimos años de vida a hacer de casamentero.

—Sí, sí, como en los programas de la tele.

Le conté sin detalles excesivos el fin de semana tan bonito que habíamos pasado y él me escuchaba con atención, con una leve sonrisilla en los labios, y cuando acabé se quedó mirándome.

—¿Qué?

—Te veo feliz, y el brillo en tus ojos te delata por completo —contestó.

—Pues no te voy a negar que lo estoy, Douglas, y mucho.

—Me alegra escuchar eso, hija —sonrió.

Nos despedimos poco después y, cuando me quedé sola, le di un repasito a la casa hasta que escuché el móvil y vi que era una videollamada de Eva. Sonreí, porque mucho había tardado.

—Hola —saludé.

—¿Hola? ¿En serio? —Tenía una cara de mosqueo que tuve que contenerme para no reír—. Me tienes aquí esperando noticias, desgraciada, y, ¿me dices hola? Quiero que me cuentes ahora mismo todo lo que sea que has hecho este fin de semana, porque esto tiene más misterio que un programa de *Cuarto Milenio*.

—Buenos días, ¿eh? ¿Dónde estás? —pregunté al ver que llevaba un jersey fino y no la camisa del trabajo.

—En casa, que hoy le toca una revisión en el pediatra a Carlos, y para no ir a la carrera, me pedí el día.

—Haces bien.

—Sí, sí, pero venga, cuéntame qué es eso que ha pasado.

—He conocido a alguien.

—¡¡Aleluya!! —gritó levantando las manos— Detalles, quiero detalles. ¿Es guapo? ¿Cómo se llama? ¿Folla bien? ¿Y qué tal besa? ¿A qué se dedica?

—¡Hala! —Reí—. ¿Alguna pregunta más? Joder, Eva, que pareces abogada.

—No te hagas la sueca, que eres de Sevilla y residente en Escocia. Vamos, habla ahora o calla para siempre.

Sonreí negando y le conté todo, a cada cosa que le decía ella abría un poco más los ojos, hasta que llegué al momento de que nos acostamos el sábado en su casa y ahí poco le faltó para descorchar el champán a la muy cabrita.

—Te dije que socializaras y acabas en la cama con un tío, nena, eso es batir un récord y lo demás son tonterías. —Rio—. Y con un médico, que ese te tiene que hacer unas revisiones que…

—Bueno, surgió así. —Me encogí de hombros sonriendo.

—Pues me alegro. Y por lo que dices, parece guapo.

—Es muy guapo.

—Pues quiero ver una foto.

—Pues no tengo ninguna.

—Se la haces, a ver si me voy a tener que esperar a conocerle el día que os caséis.

—¿Y por qué vas tan deprisa? Que nos hemos acostado, no hecho una promesa de amor eterno.

—La haréis, seguro, que por cómo te brillan los ojos cuando hablas de él, es que hay más de lo que dices —sonrió—. Pero me alegro de que ya tengas a alguien con quien salir, que te veía en casa rodeada de gatos, o en una granja en los verdes prados escoceses con muchos animales.

—Joder, Eva. —Reí.

Estuvimos hablando un rato más y, antes de despedirnos, me dijo que, pasara lo que pasara con el *Highlander*, disfrutara el momento sin más, sin importar nada que no fuera mi felicidad porque así me veía.

Cuando corté la videollamada, me di una ducha rápida y me puse el pijama mientras calentaba las lentejas y preparaba la mesa para cuando llegara Sloan, ese que apareció de lo más puntual y guapo con el pan recién hecho.

—Hola, preciosa —sonrió y me dio un beso en los labios antes de entrar.

—Bienvenido, doctor.

—Uf, ya huele que alimenta. No he tomado más que un café en mi descanso para poder comerme las lentejas.

—Pues venga, a la mesa que ya están listas —dije yendo a la cocina.

Cogí la olla y la llevé a la mesa, Sloan se asomó para verla y hasta hizo un sonido de esos de que tenía buena pinta además de oler de maravilla.

Llené ambos platos y me senté esperando a que cogiera la primera cucharada.

—Buenísimas, en serio —dijo y sonreí—. Ya sé dónde voy a comer todos los días cuando acabe de trabajar.

—Y encima te lo ahorras en compra. —Reí.

—No, mujer, eso no.

—Entonces, ¿te gustan mis lentejas?

—Mucho, pero menos que tú. —Hizo un guiño y sonreí de nuevo, porque ese hombre tenía una facilidad para sacarme las sonrisas, que era increíble.

Comimos mientras me contaba cómo le había ido la mañana, repitió un poquito más porque de verdad que le habían gustado las lentejas, y después de tomarnos el café y de que me ayudara a recoger todo, nos acomodamos en el sofá con otro café para ver un rato la televisión.

Sobra decir que en ese momento nos abrazamos y comenzamos a besarnos, pero no llegamos a más.

—Por cierto, mañana tienes cita en mi consulta para hacerte una analítica —dijo de pronto mientras nos levantábamos para preparar algo de merienda.

—Vaya por Dios, y yo que pensé que se te había olvidado…

—No, no, no se me ha olvidado. Tenemos que revisar tus niveles.

—Ni que fuera un coche para ver si tengo bien el aceite y los filtros —resoplé.

—Hazle caso a tu médico, que sabe lo que dice.

—¿Desde cuándo eres tú mi médico? —Arqueé la ceja con una sonrisita.

—Pues hace casi setenta y dos horas, desde que nos conocimos.

—Sloan, que las agujas y yo no nos llevamos bien, en serio.

—Triana, tres años desde la última analítica, es mucho tiempo.

—Vale —claudiqué—, pero una cosa te digo, mañana cuando vengas a comer, me traes unos pasteles, me da igual cuáles, pero que tengan relleno de nata, trufa o crema. Que mi sufrimiento con la aguja se vea recompensado con un poquito de dulce.

—Tú sí que eres dulce —dijo abrazándome y sí, lo de la merienda como que quedó en el olvido porque nos acabamos dejando llevar tanto entre besos y caricias que… ya sabéis cómo acabó la cosa.

Se marchó temprano para cenar, darse una ducha y meterse en la cama a descansar hasta el día siguiente, ese en el que a mí me haría una analítica a pesar de mis negativas.

Le mandé un mensaje a Douglas para decirle que saldría temprano de casa por eso de la analítica y dijo que pasaba a buscarme y me acompañaba a la consulta de Sloan.

Si es que era un amor, se comportaba conmigo como todo un padre, ese que también fue un hombre de los que se vestían por los pies y al que recordaba poco, pero esos recuerdos que conservaba me hacían saber que nos quiso mucho a mi madre y a mí, y que siempre estuvo muy pendiente de las dos.

Y, efectivamente, la mañana del martes Douglas pasó a recogerme para ir a la consulta de Sloan, que me esperaba allí con una sonrisa.

Después de hacerme la extracción de sangre y de que me pusiera blanca como la pared, porque lo de que las agujas me daban un poquito de miedo no era ninguna mentira, nos acompañó a desayunar.

Dijo que los resultados estarían en un par de días y no necesitaría ni pasar por la consulta, que él me los daría en persona, a lo que Douglas dijo que era bueno tener un médico en la familia.

Nos reímos porque no era para menos, que ese hombre tenía confianza con Sloan más que de sobra y si necesitaba algo no esperaba a que estuviera en la consulta, le llamaba y él le atendía con gusto.

Cuando Douglas me llevaba de vuelta a casa, aproveché que él tenía que hacer compra y fui con él, que así no tendría que volver cargada con las bolsas.

Cogió unos buenos trozos de carne para asar y me dijo que me llevaría al día siguiente por la mañana para que tuviera comida para mí y para Sloan, puesto que el propio médico le había dicho a Douglas que comería en mi casa todos los días al salir del trabajo.

Yo cogí un pescado fresco que pensaba preparar para comer con unas verduras y patatas que mi madre solía hacer cuando vivíamos juntas, y la verdad es que hacía mucho tiempo que no lo preparaba como ella.

Me dejó en casa y, después de guardar la compra, puse algo de música de mi tierra y empecé a preparar la comida, además de un flan para el postre que me había apetecido.

Estaba más que acostumbrada a cocinar cuando vivía con ese al que no quiero mencionar, pero la mayoría de las veces lo hacía por las tardes para dejarlo todo listo para el día siguiente.

La verdad es que lo de no ser parte de la población activa y estar en un periodo de descanso laboral, por llamarlo de alguna manera, tenía sus ventajas.

El pescado me estaba quedando con una pinta brutal, ya olía que alimentaba, como diría Sloan, y el flan estaba en la nevera enfriándose.

Aproveché mientras se terminaba de hacer todo para mandarle un mensaje a Eva y preguntar qué tal le había ido la visita en el pediatra.

No tardó en contestar que todo bien, le pusieron una vacuna y Carlos, que parecía hijo mío más que de ella porque les tenía terror a las agujas, acabó llorando. Pero, como siempre, ahí estaba Supermamá para consolarle y, al salir del médico, le compró un donut y unos cromos.

Cuando el pescado estuvo listo, puse la mesa y no tardó en llegar mi escocés, ese que me saludó de nuevo con un beso que me dejaba con ganas de más.

El pescado le gustó tanto o más que las lentejas, y no digamos el flan, al que acompañé con nata montada y unos barquillos a modo de decoración.

Nos tomamos el café en el sofá y allí pasamos las horas, viendo la televisión, charlando, besándonos y con esas miradas cómplices que no nos faltaban a ninguno de los dos. Me encantaba estar así con él, sintiéndome en paz y en calma, sabiendo que los sentimientos que yo tenía por él, él también los tenía por mí. Y como dijo Eva, no importaba qué pasara después, porque atesoraría cada momento con Sloan como si fuera el último.

Y como el día anterior, tuvo que marcharse de nuevo y me quedé sola, pensando en las ganas que tenía de que llegara el fin de semana para no tener que separarnos.

Capítulo 10



El miércoles llegó Douglas con el desayuno y ese envase con la carne asada para que comiéramos Sloan y yo. Nos quedamos allí charlando un ratito y cuando se marchó, aproveché para lavar y guardar ropa antes de que mi médico favorito llegara.

Trajo unos pasteles para el café además de chocolatinas, y es que a pesar de que se cuidaba y hacía sus rutinas de ejercicio, era un poquito goloso.

Vimos una película mientras nos tomábamos el café y acabamos dejándonos llevar de nuevo por las ganas y el deseo que nos envolvían cuando estábamos juntos.

Pero al quedarme sola de nuevo, me llenaba de esa tristeza que solo se disipaba al pensar en que el fin de semana no tendríamos que separarnos.

Al fin era jueves y Douglas no faltó tampoco esa mañana a su cita para desayunar conmigo, esa a la que llegó cargado con unos cruasanes recién hechos y unos bollos con canela y azúcar que ya había comido antes y estaban buenísimos.

—Buenos días, hija —sonrió y le di un beso.

—Buenos días. El café está listo.

—Ya lo huelo, ya. —Dejó los bollos en la cocina, abrió la cajita y cogí uno mientras ponía los cafés—. A tu madre le encantaban —dijo con una sonrisa y esa mirada melancólica que a veces acompañaba a ese gesto.

—Es que están buenísimos, son un vicio. Tan blanditos y esponjosos —sonreí.

—¿Qué tal con Sloan? Perdona que pregunte tanto, pero eres como una hija para mí.

—Ay, qué bonito eso. —Le di un abrazo—. Yo también siento que eres como un padre. Al mío le tuve poquito tiempo —suspiré.

—Por lo que me contó tu madre, ese hombre te quería con locura, ella decía que eras la niña de sus ojos y que, cuando eras pequeñita, le escuchó decirte una noche mientras te dormía que no iba a dejar que ningún hombre te hiciera daño.

—Pues si estuviera vivo, me habría ahorrado varios años con mi ex —resoplé.

—Bueno, hija, dicen que todo lo que nos pasa tiene un motivo.

—El de que yo tuviera que estar con él, está claro —dejé la taza tras dar un sorbo—: darme cuenta de que valgo mucho más de lo que él me hacía ver. Y de que me tengo que querer más, que ya lo estoy haciendo —sonreí.

—No eres la única que te quiere —sonrió.

—En eso llevas razón, porque Eva me quiere mucho y me da unas charlas en plan bronca, que es como una madre. —Volteé los ojos—. Que ella es madre, y por eso le sale tan bien lo de reñirme. —Se echó a reír—. Su hijo Carlos también me quiere mucho, soy su tía favorita. Y Rodrigo, su marido, también me tiene mucho cariño.

—No te olvides de mí, que eres la hija de la mujer que más he amado en la vida, y también te quiero mucho.

—Y yo a ti, Douglas, que eres un hombre maravilloso.

—Sloan también debe quererte ya, aunque no lo diga, pero yo que soy ya muy mayor…

—Claro, claro, de la edad de Matusalén eres —resoplé—. Qué estás hecho un chaval, Douglas. Cuántos quisieran llegar así a tu edad, y los que ya la tienen y se ven más estropeados, te digo yo que darían lo que fuera por estar como tú.

—Al final me lo voy a acabar hasta creyendo, ya verás. —Rio.

—Debes, debes. —Reí.

Terminamos de desayunar y le dije que me iba a pasar el fin de semana con Sloan a Edimburgo, para que no se asustara al no encontrarme en casa si pasaba para desayunar o traerme algo de comida.

Me dijo que se alegraba de que estuviera saliendo de casa por fin, y mucho más de que lo hiciera con Sloan, porque era el hombre más noble y con el corazón más grande que había conocido nunca.

Se quedó un ratito más conmigo y preparamos unas tortillas de patatas y unas milanesas para comer, y que se llevara él también, ya que decía que no quería molestar y quedarse en casa para que pudiera estar sola con Sloan.

Tonterías porque bien sabía él que a mí no me molestaba tenerle allí, y a Sloan mucho menos.

Cuando se fue, me dijo que me divirtiera en Edimburgo y me dio un abrazo de esos paternales que tanto me gustaba recibir por su parte.

Estaba ya sola en casa y, cuando me disponía a ir guardando la ropa que llevarme el fin de semana, me llegó un mensaje de Eva preguntando qué tal me iba la vida con mi *Highlander*.

Me reí mientras le contestaba que todo bien y lo que iba a hacer, no tardó en llamarme por videollamada.

—¿No se supone que estás trabajando? —pregunté arqueando la ceja.

—Es mi hora del descanso, y estoy en la cafetería sola desayunando, ¿Qué es eso de que te vas de fin de semana a conocer Edimburgo? ¿Y por qué yo no sabía nada?

—Se me pasó contártelo el lunes.

—¿Y el martes?

—Hablamos del pediatra.

—¿Y ayer?

—No hablamos. —Reí.

—Mierda, es verdad, tenía que hacer un curso por la tarde —resopló—. Bueno, da igual, ya puedes contarme qué vas a llevarte a ese viaje.

—¿Cómo que qué voy a llevarme?

—Sí, Triana, que qué ropa te vas a llevar.

—Pues, no sé, un poco de todo.

—Virgen de la Macarena, dame paciencia, que esta niña está atontada —dijo mirando hacia el techo y resopló—. A ver, *miarma* —suspiró—. Que no es lo mismo que te lleves unas bragas cristianas, que unas de esas que dicen «arráncame a bocados».

—Joder, Eva, ya te vale. —Reí.

—¿Qué? Es que nos conocemos, niña, y seguro que llevas las de abuela que te ponías con el insulso ese. Que, por cierto…

—Ni lo nombres, que no quiero saber nada.

—Vale, le bautizamos desde ya como el maligno y no lo mencionamos. A lo que iba, enséñame el cajón de tus bragas —dijo, y en ese momento pasó un hombre por allí que se quedó mirándola.

—Eva, por Dios, habla más bajo, que se te ha quedado mirando ese hombre.

—¿Quién? —Miró hacia atrás—. Ah, ese, tranquila, es Jesús, un cliente, y es gay. —Le quitó importancia al asunto con la mano—. Venga, quiero ver tu lencería más sexi, porque si no, veo que al final hago una comprita y te la mando yo del Women's Secret.

—No me mandes nada, que ya me puedo comprar yo la lencería que quiera, pero vamos, que tengo de sobra.

—Pues mete tangas en la maleta, no se te ocurra llevarte las bragas de abuela.

—Qué paciencia tengo contigo, en serio.

—Pero me quieres, que lo sé yo.

—Te dejo, que al final llega Sloan a comer y sigo de cháchara contigo.

—Quiero una foto, que sigo sin conocer a tu futuro marido.

—Madre mía, qué perra te ha dado con la foto.

—¿Y qué quieres? No estás aquí al lado para que me lo presentes tomando café —resopló—. Diviértete en Edimburgo, ¿de acuerdo? Y hazte fotos con él.

—Que sí, pesada. —Reí—. Dales un beso a tus chicos.

—Vale, cariño. Te quiero.

—Y yo.

Corté la videollamada y estuve un rato mirando qué llevarme para el fin de semana, hasta que fui a poner la mesa para que estuviera todo listo cuando llegara Sloan.

Cuando llamó al timbre y abrí, me cogió por la cintura, haciendo que me riera mientras me alzaba en brazos y le rodeaba con mis piernas antes de que me diera un beso.

—Vaya, hola. —Reí.

—Hola, preciosa. ¿Me echabas de menos?

—¿Y tú a mí?

—Siempre. —Hizo un guiño y así me llevó hasta el salón, donde se sentó en el sofá sin bajarme.

—Sloan, que nos está esperando la comida. —Reí.

—Ahora vamos, deja que me quede un poquito así contigo. Que no sabes lo que es dormir y no abrazarte —dijo mientras me apretaba contra su pecho con fuerza.

—¿Qué tal el día?

—Tranquilo, así que, bien. Por cierto, tengo los resultados de tu analítica.

—Ay, Dios, es verdad. Espera, no me dirás que son unos resultados malos y por eso estás tan meloso conmigo. —Le sostuve ambas mejillas para mirarle a los ojos y se echó a reír.

—No, no, son unos resultados fantásticos. Estás perfecta en todo.

—¿Ves? Te lo dije, y no me creías. Me hiciste pasar por esos pinchazos con lo poquito que me gustan a mí las agujas —resoplé.

—Pero me he quedado muy tranquilo, no fuera a ser que tuvieras, no sé, falta de hierro o de alguna vitamina, que eso es mejor cogerlo a tiempo, Triana. La salud es importante, preciosa, con esa no hay que jugársela.

—Lo sé, y más ahora que mi madre se fue tan de repente —suspiré, y me dio un beso en la frente.

—¿Qué comemos hoy? —preguntó mientras se ponía de nuevo en pie para llevarme a la cocina.

—Puedes dejarme en el suelo que de aquí allí no me va a pasar nada —dije riendo.

—Me gusta llevarte, pesas poco y no me cuesta.

—Qué cosas más bonitas me dices. —Volteé los ojos.

—Tú sí que eres bonita, que dan ganas de comerte a besos.

—Pues no te cortes, cómeme de postre.

—No me des ideas… —Rio, y me dio un beso en la mejilla.

Cuando llegamos a la cocina y saqué las tortillas y las milanesas, se le hizo la boca agua.

Decía que mi madre alguna vez había mandado a Douglas con una tortilla para él y le gustaba, y es que mi madre siempre las hizo riquísimas. Yo aprendí de ella, pero desde luego que no tenía su toque y me faltaba un poquito para que fueran iguales.

Aun así, a Sloan le encantó y dijo que se iba a hacer fan de mis comidas.

Nos tomamos el café en el sofá, estábamos allí la mar de cómodos y a gusto y había descubierto que éramos los dos iguales, que, aunque nos gustara salir a pasear y disfrutar de algún lugar, estar en casa en plan relajados lo disfrutábamos de igual modo.

Comenzó a besarme el cuello, cerré los ojos y noté que llevaba la mano por dentro de mi camiseta. Eso fue el punto de partida para lo que vendría después, y es que acabamos por dejarnos llevar entre esos besos y caricias y con las ganas que nos teníamos.

Me quitó poco a poco toda la ropa y se fue desnudando él hasta quedar en igualdad de condiciones, y allí mismo nos entregamos al deseo y el placer, piel con piel, compartiendo ese momento de intimidad que a los dos nos gustaría poder compartir antes de dormir por la noche.

—Estoy deseando que llegue mañana —dijo mientras me tenía abrazada en el sofá. Estábamos desnudos y cubiertos con la manta.

—Yo también, me apetece mucho ir a Edimburgo.

—Vaya, y yo que pensaba que lo que te apetecía era dormir conmigo.

—También, también. —Reí—. Como has dicho, a mí también me gusta que me abraces en la cama.

—Pues te voy a dar todos los abrazos que pueda durante todo el fin de semana. —Me besó en la sien.

—Te tomo la palabra, ¿eh? Que un abrazo es una muy buena cura para el alma.

—Lo sé —sonrió—, mi madre siempre me dijo eso.

—La mía también —suspiré—. Todavía la echo de menos, y eso que ha pasado el tiempo.

—Es normal, preciosa. Poco a poco dejarás de sentir que duele, aunque la seguirás extrañando, eso seguro.

Y nos quedamos allí abrazados y en silencio, hasta que acabamos por quedarnos dormidos.

Cuando nos despertamos era casi de noche, así que Sloan se vistió y, tras un beso y la promesa de pasar un fin de semana inolvidable, se fue dejándome de nuevo sola.

Capítulo 11



Estaba atacada de los nervios mientras tomaba el primer café y soñaba con este fin de semana que llevaba deseando todo este tiempo.

Douglas apareció por mi casa a sabiendas de que hoy me iba con Sloan a Edimburgo y quería verme antes de que me fuera.

—Buenos días, hija. Te he traído unos panecillos calentitos —me dijo tras darme un beso en la mejilla—. ¿Ya tienes todo preparado?

—Sí, es poca cosa, tampoco es mucho tiempo —sonreí cogiéndole por el brazo para ir a la cocina y prepararle el café.

—Te he traído este detallito —dijo dándome una bolsa de papel de una tienda de ropa del pueblo.

—¿Un regalito? —sonreí emocionada.

—Un detallito, poca cosa.

—Oh, qué bonito, Douglas, me lo voy a llevar a Edimburgo. —Tocaba el tacto tan suave y calentito que tenía la bufanda en color tierra que me había comprado—. Eres un cielo. —Le di un beso en la mejilla.

—Si no te gusta, no tengas compromiso, que lo puedes descambiar por otra cosa sin problemas.

—De eso nada. Tienes muy buen gusto —sonreí—, me viene genial con mis botas. Tengo unas de este color, pero nada que ver con este tacto. Me ha encantado, de verdad.

—Hija, yo sé que ahora mismo estás cubierta, pero si en algún momento necesitaras algo…

—Douglas, tengo el dinero de la venta de la casa de España y unos ahorros que me dejó mi

madre. No pago casa, no tengo apenas gastos, así que no te preocupes, por favor, que, si necesitara algo, no dudaría en contar contigo.

—Te he dejado mi casa en testamento…

—¿Cómo?

—Para mí eres la hija que nunca tuve. Con perdón de tu padre, que no tuve el placer de conocerlo, pero me han hablado siempre con mucho cariño de él.

—Douglas, eres tan bueno. —Lo abracé al verlo emocionado—. Gracias, pero por favor, dúrame muchos años que eres de los pocos tesoros que me quedan.

—Si supieras el apoyo que es tenerte en mi vida… Es como si pudiera estar un poco más cerca de tu madre.

—Los dos lo sentimos así —sonreí.

Era tan bueno conmigo que no me salían las palabras de agradecimiento. No había que olvidar que, además, había hecho muy feliz a mi madre sus últimos años de vida.

Se marchó un rato después y me quedé con la sensación de que mi madre me había dejado rodeada de ángeles, como si todo estuviera destinado a que se enamorara de un escocés, lo que me permitió tener la vida que tengo aquí.

Me abrigué y salí a la calle principal, ya que desde hacía días estaba barajando la posibilidad de comprar un portátil porque estaba sintiendo la necesidad de comenzar un proyecto que hacía muchos años rondaba por mi cabeza. Quería escribir una novela romántica…

Entré en la tienda de informática y el dependiente me estuvo comentando las características de cada uno y los precios. Estaba entre, si hacerlo o no, pero me decidí.

—Quiero este —sonreí.

—Buena elección. ¿Te lo llevas?

—Sí, claro.

El señor sacó uno del almacén y metió la caja en la bolsa antes de cobrarme.

—Esto va de regalo —dijo metiendo un ratón y caí en la cuenta de que ni lo había pensado.

—Gracias —sonreí feliz por tener los medios para intentar hacer algo de ese proyecto.

Me paré ante un escaparate de una papelería y sonreí pensando que ojalá algún día pudiera

publicar uno mío. Lo iba a intentar, otra cosa es que no valiera ni para limpiarse el culo, pero las ganas las tenía.

Entré a comprar un bolígrafo y un cuaderno para apuntar mis ideas. Tuve un amor a primera vista con un conjunto que era en tono crema con corazones celestes. Una cucada que no dudé en comprarme.

Me sentía súper motivada para coger una rutina en mi vida, donde las mañanas las dedicase a algo, no solo a limpiar sobre limpio y hacer comida. Necesitaba poner en marcha ese proyecto que tantas veces había soñado y demostrarme a mí misma que podía convertirlo en realidad.

Entré en una cafetería y me senté a tomar un té, ya que me gustaba por lo coqueta que era. Estaba ganando tiempo para que saliera Sloan de trabajar, ya que yo lo tenía todo listo.

Estuve un buen rato mirando las páginas de Instagram de autoras. Yo tenía uno en el que no tenía a nadie y estaba totalmente privatizado, solo lo usaba para ver *reels* y demás. Si todo marchaba viento en popa con el libro, me crearía un perfil con un seudónimo.

Me dirigí a casa para empezar a calentar la pasta. Dejé el ordenador sobre una mesa y me puse un delantal para no mancharme, ya que estaba vestida tal y como me iría.

Sloan apareció tan guapo como siempre, y es que siempre iba como un pincel. Me envolvió con sus brazos y comenzó a cubrirme de besos, mientras yo esbozaba una sonrisa radiante. Sentía que estaba viviendo un sueño, sintiendo que era la afortunada que había captado su atención.

Le encantaron los espaguetis a la boloñesa que le había hecho con todo el cariño del mundo. Bueno, cociné para los dos, pero mi principal objetivo era que lo disfrutase tanto como yo había disfrutado de sus comidas.

—¿Y cómo es que te dio por comprarte un portátil? —me preguntó una vez en el coche.

—Tengo algo en mente.

—¿Y se puede saber?

—Claro. Llevo muchos años soñando con escribir una novela romántica y ahora es como si viera el momento de comenzar ese proyecto que siempre tuve en mente.

—Me dejas impresionado. Eso de que tengas un proyecto es una idea buenísima. Necesitas comenzar a hacer cosas que te motiven y, si encima es algo que siempre tuviste ahí, ya va siendo hora de que lo dejes fluir.

—A ver si soy capaz, aunque siempre se me dio bien hacer relatos. Me servía de desconexión, pero eran cortitos, de apenas diez folios.

—¿Y dónde los tienes?

—En la basura. —Me reí negando—. Solía escribirlos en un cuaderno y un día, durante una bronca con mi ex, este, sin decirme nada, decidió deshacerse de él y lo tiró a la basura.

—¿En serio?

—Sí, él es así. Cualquier cosa que pudiera molestarme la usaba como arma arrojadiza.

—Ahora que estás liberándote, estoy convencido de que harás una gran novela. Ya estoy deseando leerla. —Apretó mi muslo—. Confía en ti y déjate llevar. Que nada frene tus sueños.

—Lo intentaré —sonreí acariciando su mano, mientras la otra seguía en el volante.

El trayecto hacia Edimburgo fue de lo más chulo, ya que estuvimos hablando sobre el libro y eso me inspiró un montón para organizar mis ideas. Era obvio que su formación académica le proporcionaba una forma más ordenada de trabajar, y eso es justo lo que me estaba transmitiendo. Me hacía sentir muy bien el hecho de que me motivara en esta idea que cada vez sentía más latente en mí.

Llegamos a la ciudad y se notaba el cambio de un sitio a otro. Un núcleo urbano bastante grande y comercial, nada que ver con la calma de un pueblo en el que todo se veía menos transitado. Era diferente, pero me gustaba sentir este cambio y conocer otro lado de este país.

Dejó el coche en un parquin al lado del hotel donde había reservado, muy céntrico. Se veía bonito y acogedor, no era un gran hotel de lujo, pero tampoco era uno de tres estrellas.

Nos dieron la llave y subimos en el ascensor, que era pequeñito, hasta la tercera planta.

La habitación estaba muy bien, ya que contaba con una amplia cama, su baño, un sofá y, lo mejor de todo, un balcón con unas vistas a toda la calle que era de lo más animada.

Dejamos las cosas y salimos a cenar, dado que eran casi las siete de la tarde, con lo cual ya deberíamos de estar cenando, ya que aquí los días eran cortos y los horarios diferentes a los de España. A las cuatro de la tarde anochecía en Escocia.

Entramos en un restaurante asiático a cenar, ya que a los dos nos apetecía y lo estuvo mirando antes de venir. Tenía muy buenas críticas, las comandas se hacían a través de una Tablet y te iba llegando todo a la mesa.

Acompañamos el *sushi* con vino blanco, con el que brindamos por el fin de semana. Pintaba que iba a ser para recordar porque lo que estaba viviendo con él todo era de lo que se quedaba grabado en el corazón.

—Estoy entusiasmado con lo del libro —recordó mientras cenaba, consiguiendo que me

saliera una sonrisa. No se imaginaba lo importante que era para mí el hecho de que me animara y se interesara.

—Miedo me da que leas un capítulo y no te guste.

—De miedo nada, seguro que te vale para que te dé mi perspectiva y algún consejo. He tenido que escribir mucho en la carrera —sonrió—. Además, que estuve una época haciendo columnas para un periódico de Glasgow.

—¿En serio?

—Sí, sobre medicina, conceptos y patologías.

—Me vas a ayudar, lo veo. Yo quiero escribir en primera persona, que me sienta en todo momento el personaje.

—Te lo iba a decir. Es una forma de escribir que te hace conectar mucho más con la historia.

—¡Ay, que ya tengo un fan! —exclamé, causándole una carcajada.

—No lo dudes. Tu fan número uno —sonreía.

Sus gestos me provocaban saltar por encima de la mesa y comérmelo a besos, pero no era plan de montar un numerito en un restaurante asiático donde probablemente acabaría discutiendo con un japonés que no entendería ni una palabra de lo que decía. Así que decidí que era mejor mantener esa idea solo en mi mente y quedarme quietecita.

Cuando salimos del restaurante, nos metimos en un *pub* que no estaba muy lleno y pidió dos cubatas.

—¿Sabes que me estás haciendo rejuvenecer unos años?

—Pero si eres muy joven —dije arqueando la ceja y agarrando su hombro mientras negaba sonriendo.

—Claro, pero me siento como si hubiera retrocedido unos siete años más.

—Esa es mi edad.

—Aunque no lo creas, hay un mundo. Es otra época. Yo dejé la tuya hace unos años. Me encanta la sensación de sentirme más joven. Tú tienes la culpa —dijo señalándome con el dedo, ese que me metí en la boca y lo lamí—. No puedo contigo. —Se reía mientras los sacaba—. Menos mal que no estamos en el pueblo. —Se doblaba de la risa y hasta los ojos se le empañaban.

—Hubiéramos tenido entretenidos a los vecinos por lo menos un mes. —Me encogí de hombros y me dio un tirón de pelo llevándome a sus labios.

—Ya los tenemos desde el fin de semana pasado —murmuró mientras besaba mis labios.

—Sí, sí, que ya me he dado cuenta de que lo sabe hasta el que viene a repartir de Amazon.

—Tendremos que dar ejemplo.

—Ríete, estás deseando.

—No me hagas estas cosas allí, por favor.

—No me saques a la calle. —Ladeé la cabeza.

—Tienes que ser una escritora que dé ejemplo.

—Tú lo que quieres es que no te meta en ningún aprieto. —Me reí.

—Me he ganado el respeto del pueblo. —Estalló a reír negando, viendo cómo le ponía caras de que iba a hacer lo que me diera la gana.

—Hasta un payaso puede ganarse el respeto. —Le hice una burla.

—Tú procura portarte bien. —Reía volteando los ojos y poniendo cara de resignación.

—Pide dos copas más y arreglamos el mundo.

—Ahora mismo. —Se puso firme con sus manos a cada lado del cuerpo extendidas y se fue caminando como un militar.

Luego decía que yo me comportase…

Capítulo 12



—Escucha, machito, que he dormido con el culo al aire —le dije tirando de las sábanas y la manta. Literalmente estaba desnuda, abrazada sobre mí misma cuando me desperté.

—¿En serio estabas sin cubrirte?

—Y sin un abrazo tuyo. Qué triste despertar. —Me hice la indignada, poniendo mi cara hacia arriba y negando.

—Ven para acá, preciosa mía. Perdón por no darme cuenta. —Me abrazaba y tapaba.

—Tú y tu manía de dormir desnudos después de hacerlo. Joder, si por lo menos no lo hubiéramos hecho y quisiéramos que el roce hiciera algo, pero después de hacerlo no tiene sentido. Con lo bien que se duerme en pijama.

—¿Me estás riñendo? —Carraspeó.

—Esta noche duermo hasta con el abrigo puesto —dije mientras me levantaba de la cama y me dirigía hacia la ducha, donde él me siguió.

—¿Con el abrigo? Eso no está permitido. Si acaso con una camiseta.

—Me niego. —Me abracé a su cuello mientras el agua comenzaba a caer sobre nosotros, le mordisqueé el labio inferior y noté cómo su miembro se venía arriba de inmediato.

Nuestros cuerpos entrelazados se unieron ardiendo en deseos. Era tanto lo que nos provocábamos, que muchas veces sentíamos que no llegábamos a saciarnos y nos comíamos con una intensidad descontrolada.

Me puse la bufanda que me había regalado Douglas y que me venía de lujo para mi *outfit*. Sloan agarró mi mano y parecía que sabía a dónde iba, ya que terminamos en una cafetería que era toda una tentación para el paladar, ya que tenía unos sándwiches en el expositor que no daban elección a cuál elegir. Se me antojaban todos.

Pedimos dos diferentes para compartir y así probar variedad. Lo acompañamos con un café y un zumo de naranja.

Realmente, en Escocia se desayunaba fuerte a base de huevos, beicon, champiñones, salchichas, torta de patatas y tostadas, entre otras cosas, pero a mí no me entraban de buena mañana.

—¿Y dónde vamos a ir ahora? —pregunté mientras tomaba el zumo.

—Al castillo, uno de los más importantes del país.

—Mira, lo mismo me coronan como reina. Qué emoción. —Hice la que me emocionaba por completo.

—¿No te conformas con ser la reina de mi corazón?

—Oh, qué bonito, doctor —sonreí con ironía y le hice un guiño.

—Y luego me preguntas que por qué me siento más joven a tu lado…

Un taxi nos recogió en la misma puerta de la cafetería y nos llevó hasta la colina del centro histórico donde dominaba el castillo.

Entramos en sus capillas y en el museo que había de la guerra. Lo mejor que tenía este lugar eran las vistas, esas que me dejaron impresionada.

—Me ha encantado —murmuré cuando me tiró la última foto en este lugar.

—Ahora nos vamos a ir dando un paseo hasta la Royal Mile.

—¿Qué es eso? ¿Otro castillo?

—No —se rio—, es la calle más importante y famosa de la ciudad. Va desde el castillo hasta el palacio de Holyrood.

—Suena bien.

—Además, pasaremos por tabernas, edificios históricos, iglesias muy antiguas y muchas tiendas de productos locales o de recuerdos.

—Venga, has terminado de convencerme —dije, andado como si tuviera otra opción. La verdad es que quería conocer el lugar de mano de él. ¿De quién mejor si no?

Pasamos por delante de una impresionante iglesia de estilo gótico donde me tiré una foto.

—Es la iglesia Highland Tolbooth Kirk.

—Un placer, señora Iglesia —dije estirando la mano en dirección a ella.

—No te tomas nada en serio. —Se reía—. Y como último dato, gracias a esa aguja que tiene más de setenta metros, se convierte en el edificio más alto de la ciudad.

—Iglesia —me dirigí a ella—, felicidades por tu récord Guinness.

—Lo dicho, no te tomas nada en serio. —Echó su mano por mi hombro y giró mi cara hacia él para darme un beso mientras se reía.

Notaba que estaba explorando la verdadera esencia de la ciudad, donde resaltaban los pasadizos que te llevaban a unos patios interiores que eran a cada cual más bonito. Había un sinfín de callejones que descendían por la colina, ofreciendo unas vistas increíbles.

Hicimos un paseo precioso antes de terminar en Victoria Street, por lo que pude leer en un cartel.

—¿Qué tiene de especial esta calle, doctor?

—Pero ¿te vas a tomar en serio mis explicaciones?

—¿Quieres que te explique lo de la iglesia gótica? Te puedo repetir cada una de tus palabras y recordaré siempre que gracias a esa aguja es el edificio más alto de la ciudad —le comenté para que viera que, aunque bromeara, tomaba atención a todo lo que me contaba.

—Te lo has ganado. —Me dio un beso apretándome contra él—. Pues esta calle tiene de especial que es tan famosa como la anterior por la que hemos venido. Si te das cuenta, tiene dos niveles; la parte baja, con las casas de colores que son tiendas de lo más exclusivas y la alta, llena de restaurantes con terraza. Y si seguimos por allí, llegamos a Grassmarket, que es una plaza histórica donde nos podemos tomar una cerveza en cualquiera de sus terrazas.

—Entonces vamos por buen camino, doctor.

—Está todo controlado. —Me hizo un guiño y me abrazó de lado.

Me detuve ante un escaparate y se me abrió la boca por completo al fijarme en un bolso precioso y comprobar el precio. Cuatro mil libras esterlinas. Miré a Sloan riendo.

—¿Qué clase de psicópata se gasta eso para llevarlo colgado en el hombro cuando los hay iguales por cien libras?

—Hay personas a las que les va la exclusividad de una firma.

—Ya, pero hay que estar muy enfermos para gastar eso con la de posibilidades que hay hoy en día a precios competitivos.

—Yo soy de firmas, pero no de lujo. No me voy a gastar en un cinturón quinientas, pero cien sí.

—Tú eres pijo. Los otros son carajotes.

—Una manera más de definirlo.

Llegamos a la plaza donde estaban las terrazas preparadas, equipadas con calefactores que hacían que todo fuera mucho más agradable. Me quité el abrigo rápido, porque la verdad es que entré en calor de manera inmediata. La verdad se estaba de maravilla.

Pedimos dos cervezas, una ensalada César y unas canastas de un tipo de ensaladilla que tenían una pinta espectacular, y que venían acompañadas de una empanadilla frita con relleno de carne en tomate.

—Dicen que hay personas que marcan la diferencia, y yo estoy seguro de que tengo ante mí a una de ellas —decía mirándome con una leve sonrisa y acariciando mi mano.

—Tú sí que marcas la diferencia, Sloan. Te lo digo en serio, aunque me veas cierto punto de broma, es para esconder en cierto modo esa ligera timidez, pero tú eres de las personas más especiales que he conocido. Si te hubiera conocido en otra tesitura, creo que te hubiera visto como un imposible.

—Eso mismo he pensado yo, pero al revés, que quizás en otro lugar ni te hubieras fijado en mí.

—Anda que no. ¡Sabes que no hay diferencia entre tú y lo que allí había en el mercado! —exclamé riendo— Eres perfecto, Sloan, te lo juro. No soy capaz de pillarte ni un solo fallo, y mira que lo he intentado.

—¿En serio? —Se reía.

—Claro. Aunque alguno te pillaré. ¡Vamos que sí!

—Me pillarás muchos, tiempo al tiempo. —Reía.

—¿Y tú a mí?

—No ando buscándote fallos. —Se reía y a mí me hacía babear por completo.

—Qué golpe más bajo —negué mordiéndome el labio.

Seguimos paseando a pesar de que ya estaba oscureciendo, pero también tenía su punto y, al ser sábado, estaba todo de lo más animado. Aprovechamos para terminar metidos en un local tomando unas cervezas.

Parecíamos dos quinceañeros que nos mirábamos con esa felicidad de estar experimentando algo nuevo. Me había llenado de vida, pero él también me expresaba lo mismo: que había llegado para mover su mundo.

Para cenar me llevó a un restaurante llamado The Elephant House, al parecer un lugar imperdible de la ciudad con uno de los decorados más espectaculares que hasta ahora había visto aquí. Según Sloan, tenía fama por su deliciosa gastronomía que, para más sorpresa, atraía a muchos escritores. Esto me lo dijo con un guiño a mi nuevo proyecto.

Y no lo dijo por decir, por lo visto aquí se habían encontrado a muchos escritores de renombre escribiendo en algunos de sus rincones. De ahí a que vinieran muchos fanáticos de *Harry Potter* porque, según decían, era donde todo empezó. Esa escritora venía a escribir el primer libro de la saga mientras tomaba un café. Nadie en ese momento podía presagiar el éxito mundial al que se iba a enfrentar con esa obra.

Escuchar a Sloan hablar sobre los lugares me encantaba, pero como todo lo que decía, ya que se veía que tenía un nivel cultural muy alto. Obviamente, era un tipo preparado.

Tras cenar en ese lugar con tanta magia, nos dirigimos hacia el hotel. El día había estado bien aprovechado y me había hecho un digno recorrido por la ciudad. Ahora tocaba descansar desde la intimidad que los dos buscábamos.

No nos dio tiempo a cerrar la puerta cuando ya estábamos entrelazados y deshaciéndonos de nuestras ropas. De nuevo buscábamos ese contacto corporal que tanto deseábamos.

Capítulo 13



—No me quiero ir —murmuré con tristeza al despertar mientras me abrazaba a él.

—El fin de semana pasado tampoco querías que terminase, pero mira, dio paso a otro muy bonito. Confía en que todo lo que se acaba es para dar paso a algo mejor. —Me besaba mientras sonreía, calmando mis inquietudes.

—Bueno, pero el camino…

—Nos vemos todos los días. —Seguía con esos besos mientras sostenía en todo momento su preciosa sonrisa—. Pero el día no hizo más que comenzar. Vamos a llevar las cosas al coche, salimos de la ciudad y nos vamos a ir a desayunar a un lugar que te va a encantar.

—Acepto. —Me toqué la barriga e hice círculos en señal de hambre.

—¿Y cuándo no tienes apetito?

—Nunca, eso en mí no existe —dije levantándome.

La sorpresa fue mayúscula cuando salió de la ciudad y me llevó a un restaurante en medio de una especie de pradera con una granja de animales donde podías dar biberones a los más pequeños. Me fui directa para ver esos terneros que se movían pidiendo nuestra atención sobre la valla de madera que nos separaba.

—Qué monada, me he enamorado.

—No te veo con uno de esos en tu apartamento. —Carraspeó.

—¿Y quién dice que no? —pregunté riéndome mientras le tocaba la cabecita.

A lo lejos se veía una *Angus Aberdeen*, que estaba considerada como la joya del gurmé del país. Un ejemplar en este caso negro que imponía por su tamaño.

—¿Sabes que está considerada por su docilidad y tranquilidad?

—Pues da miedo mirarlo, aunque sea de lejos. Menos mal que no tiene cuernos.

—Esta raza no los tiene, con lo que facilita mucho la cosa, al menos para sus criadores.

—Lo fea que es y lo rica que está sobre el plato —dije riendo y adentrándome en el restaurante para desayunar.

En esta ocasión, decidimos pedir un desayuno escocés completo para compartir, ya que era para dos personas. Lo que más me gustaba eran las salchichas, aunque debo decir que se pasaron un poco con las porciones; era consciente de eso que dicen que hay que desayunar como un rey, pero en este caso lo hacían por toda la familia real al completo.

Hablando de familia real… Sloan me había contado el día anterior que la última reina de Escocia fue María Estuardo, la cual es importante porque fue la madre del primero que sirvió para las dos coronas como monarca común. Como decía, Sloan estaba muy puesto tanto en la historia de su país como en cultura general. Aprendía mucho junto a él.

Me sentía como si me hubieran hecho una reforma total, ya que me sentía una mujer nueva. Era como si en mi anterior relación estuviera muerta en vida, sin sentirme atractiva, deseada o plena. Ahora, todo era diferente; me sentía más viva que nunca, llena de energía y confianza. Y todo gracias a él, ese *Highlander* que, con su sonrisa eterna, había cambiado por completo la dirección de mi vida.

Continuamos nuestro camino hacia un pueblo cercano al nuestro, donde nos sentamos en una terraza para disfrutar de una cerveza mientras contemplábamos ese espectacular lago icónico en su versión más natural y salvaje. Él optó por pedirla sin alcohol, ya que después tenía que conducir media hora más para llegar al pueblo.

Esta parada fue el momento perfecto para apreciar el paisaje y aprovechar las horas de luz que aún teníamos. Después de tomarnos las cervezas, decidimos estirar las piernas y explorar un sendero que nos llevó a unas impresionantes cascadas, donde nos hicimos alguna que otra foto para recordar ese día.

Lo que me pude reír no está pagado, ya que salí rodando por un caminito de piedras en el que resbalé y caí de culo.

—Me he matado —dije, soplando por el dolor de culo que me había acabado de entrar al aterrizar en el suelo.

—Pero ¿dónde ibas? —Se agachó riendo para ayudarme a levantar.

—El culo me lo he partido. —Me levantaba con su ayuda a duras penas.

—No, mujer, no será para tanto. —Me sacudía con cuidado el abrigo y se reía al comprobar que no me pasaba nada.

—Doctor, ¿dónde le regalaron el diploma? ¡Estoy en una emergencia! —grité, cogiéndole por las solapas de la chaqueta.

—Relájese o me veré obligado a ponerle un sedante.

—¡La vida te escuche! —le provoqué.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—¡Espabila! Que te lo estoy poniendo muy fácil. Lo dicho, a ti te han regalado el título. Pobres pacientes que caen tus manos.

—Te recuerdo que tú eres ya parte de mis pacientes.

—Es verdad. —Me persigné y luego junté mis manos en modo plegaria.

—No me queda más remedio que… —Me pegó contra él y comenzó a besarme.

—Quiero sexo aquí.

—Nos pueden ver, además hay corrientes de aire frío.

—¿Frío? Pues yo tengo un calentón… —Le piqué un poquito.

—No me provoques.

—Eres el hombre de hielo.

—Sabes que no. —Se reía—. ¿Y qué tal si llegamos pronto a casa y allí reviso qué te ha pasado?

—Genial. ¡Cógeme! —Salté a sus caderas—. Ya puedes llevarme así hasta el coche.

—Veré si puedo llegar. —Carraspeó bromeando y le di una colleja.

—Vas a llegar sí o sí, por honor a Escocia. Cualquier *Highlander* recorrería el país conmigo en lo alto.

—Lo reviento. Nadie se atrevería a rozarte.

—¿Celoso? —preguntaba mientras él seguía caminando conmigo en brazos hasta el coche.

—Debo reconocer que sí, que estás sacando esa parte que desconocía que tenía.

—Es bueno saberlo. —Le besé riendo.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos hacia mi casa, parando antes a comprar algo de comida hecha en un restaurante para no meternos en berenjenales.

Nos pusimos los pijamas nada más llegar y cerré la puerta con el pestillo, advirtiendo que hoy no se escapaba. Que dormía conmigo.

—Pero mañana trabajo.

—Te vas desde aquí, solo hoy.

—No quiero que te levantes tan temprano con el ruido.

—¡Qué te calles y comas! —chillé, provocándole una carcajada.

—¿A qué te cojo y te ato? —me preguntó, causando ahora en mí una carcajada.

—No eres capaz.

—Pero a la silla, para que no te muevas.

—Ah, bueno, ya decía yo. —Me reí, negando mientras ponía los ojos en blanco y escuchaba su risa—. Pero hoy te quedas conmigo. No es lo mismo que mañana ya sepa que te tienes que ir, pero hoy sé que puedes retener esas horas a mi lado. —Intenté convencerlo mientras comíamos.

—Si es lo que deseas, yo me quedo a tu lado.

—Pero ¿tú también lo deseas?

—A ver si ahora vas a meterme en una guerra. —Reía—. Yo siempre lo deseo.

—Pues no se nota.

—Lo sabía. —Se reía—. Claro que quiero quedarme.

—Pero de ti no sale.

—Soy muy responsable con mis horarios y mis horas de sueño antes de incorporarme al trabajo.

—Pues nada, te vas a tu casa.

—Pero ¿no querías que me quedara? ¿En qué quedamos?

—Que a ti no te apetece.

—No quieras darle la vuelta a la cosa, no dije eso. Y hoy me quedaré con mucho gusto porque también lo deseo. Solo te estoy diciendo que soy de horarios entre semana.

—Es domingo.

—No me vas a entender por mucho que te diga. —Reía.

—Y encima te ríes —negué resoplando.

—Me encanta verte así, señal de que estás en confianza conmigo.

—No me toques las narices.

—Te lo has buscado. —Se levantó y vino hacia mí para hacerme cosquillas, mientras yo intentaba liberarme de él.

El resultado nos llevó a terminar en el sofá, desnudos y entregados el uno al otro a nuestra manera, donde la conexión, la seducción y la tentación se entrelazaban en lo que compartíamos.

Lo amaba con locura, eso no había duda, y estaba segura de que él también estaba viviendo algo muy bonito a mi lado. Sin embargo, me gustaba buscarlo y, en el fondo, necesitaba que me demostrara que no solo era su plan de fin de semana y de las tardes después del trabajo.

Nos echamos una siesta después de ese momento de lo más *hot,* donde terminamos gimiendo el uno y el otro.

Por la noche, nos preparamos una ensalada y un par de hojaldres de carne que nos sobró del mediodía, y vimos una peli relajados en el sofá antes de irnos a dormir, ya que él tenía por costumbre levantarse bien temprano.

Lo abracé feliz por regalarme una noche más a su lado, esa que le pedí entre bromas, pero que lo necesitaba de corazón. Cada minuto junto a él me llenaba de vida y quería beberme hasta el último segundo a su lado.

Capítulo 14



Lo sentí moverse, pero decidí hacerme la dormida para que viese que no me despertaba al irse. Era una estrategia para que se quedase conmigo más veces, y no solo esos fines de semana.

Se metió en la ducha y se preparó un café. Intentaba hacer el menor ruido, mientras yo me aferraba al silencio y a fingir que dormía plácidamente.

Vino hacia mí y me besó la mejilla con mucho cuidado para no despertarme. Tuve que contenerme y no esbozar una sonrisa, o peor aún, lanzarme a sus brazos y hacer que llegase tarde al trabajo.

Cuando habían pasado unos minutos desde que él se había ido, decidí levantarme para prepararme un café. Lo llevé a la mesa del salón, donde ya tenía el ordenador encendido, mi cuaderno y un bolígrafo nuevo que estaba deseando usar. ¡Qué bonito se veía todo y qué *ilu* me hacía!

Me rondaba una idea en la cabeza sobre una historia a la que le tenía que dar forma, así que comencé a escribir y anotar los nombres de los protagonistas que me inspiraban para lo que esperaba que fuese mi primera obra. Motivada estaba; otra cosa es que lo consiguiera, pero estaba dispuesta a poner todo mi empeño, ilusión y ganas en ello.

Comencé a estructurar en la libreta los primeros capítulos y a dar forma a sus viviendas, familiares y círculos de amigos.

Sobre las diez de la mañana, ya tenía un montón de ideas anotadas y en la mente el cómo comenzaría esos capítulos.

Le abrí a Douglas porque sabía que iba a venir a verme y no fallé. Le di un abrazo y en su sonrisa pude ver la felicidad de encontrarse conmigo. Le preparé un café, mientras le contaba cómo nos había ido en Edimburgo y los lugares que había visitado. Obviamente, él los conocía todos.

Estuvo un buen rato conmigo y también aproveché para decirle lo de mi nuevo proyecto, ya

que había visto el cuaderno y el ordenador, todo bien colocadito en mi mesa. Se emocionó mucho y me dijo que mi madre estaría muy orgullosa de ver esta nueva iniciativa que había tenido.

Hice mi primer capítulo, que más o menos, era el reflejo de la situación que yo viví estando encadenada a una relación que no iba en buena dirección. Obviamente, la historia no tenía que ver con la mía, pero en cierto modo sentía que en el libro siempre iría una parte de mí, esa que se quedaría plasmada sin quererlo, pero que era inevitable. Además, ¿no es más bonito dejar en cierta forma la esencia de una? Pues claro que sí, que para eso era mi novela y la pintaba a mi forma.

No se necesita ser un genio para darse cuenta de que hay que conquistar a la gente con lo que uno es, y que lo que para unos puede parecer una mierda, para otros serían esas letras en las que sumergirse y dejarse llevar por una historia que les llegaría al corazón. De ahí el refrán de que para gustos los colores. Sirvan como ejemplo para este caso.

A la hora de su descanso, Eva me mandó un mensaje para ver qué tal mi fin de semana con el doctor. Sonreí mientras le contestaba que había ido todo muy bien, le mandé una foto de ambos y respondió que el doctor estaba para ir de urgencias a la consulta y no salir hasta que hubiera hecho una más que exhaustiva revisión.

Solté una carcajada porque estaba loca, pero es que razón tampoco le faltaba. Aproveché para contarle lo de la novela, ella sabía lo de mis relatos y se alegró de que por fin me hubiera decidido, y, al igual que Sloan, dijo que estaba deseando poder leer el que sería el primero de mis muchos éxitos.

Echaba de menos a mi amiga, pero me alegraba saber que, aun en la distancia, siempre la tendría.

A las dos de la tarde estaba calentando la comida y con un capítulo terminado. Increíblemente me había dado lugar a hacer uno entero que luego revisaría para corregir los fallos que encontrase, aunque la última corrección, la más importante, se había comprometido Sloan en hacerla y para eso me fiaba un mundo de él.

Llegó y lo recibí con un abrazo poniéndolo al día de mi avance. Fue después de comer cuando nos sentamos en el sofá y comenzó a leer ese primer capítulo.

Esperaba impaciente a que me diera su sincera opinión sobre ese primer capítulo que había escrito con todo mi corazón, porque lo había hecho con toda la ilusión y cariño.

—¿Sinceramente? —me preguntó al acabarlo.

—Venga, sin miedo, si no valgo, me mandas a limpiar tu clínica.

—Me encanta. Utilizas un lenguaje muy cercano, coloquial, llano, fácil y ágil de leer para

todo tipo de personas, y eso lo hace muy atractivo. Hay algunas palabras que repites mucho dentro del mismo párrafo, pero yo me encargaré de corregir eso y tú deberás estar más atenta para evitar esas repeticiones, buscando sinónimos para que no parezca repetitivo.

»Por lo demás, está bien estructurado, lineal y creo que tienes mucho potencial. Honestamente, me has sorprendido gratamente, y ya estoy deseando continuar leyendo la historia.

—¿No me lo dices para regalarme el oído? —pregunté sentándome encima de él.

—Para nada, no me hace falta mentirte, es más, quiero ser crítico para ayudarte a que quede lo más limpia posible. Por cierto, dime que tendrá un final precioso porque si es una comedia romántica, lo mejor es que la cierres así.

—Por supuesto, después de todo lo malo que le pasó a la pobre, ahora le tocará vivir un gran amor, pero claro, no todo será un camino de rosas porque entonces no tendría gracia.

—Me gusta el enfoque. —Me abrazaba mientras me regalaba un montón de besos que a mí me hacían sentir de lo más segura.

Me encantaba él y la forma en que transformaba mi vida, como si cada día fuese una feria llena de luces y colores. Todo había cambiado demasiado en estos días desde que lo conocí. Si ya me hizo bien trasladarme a este lugar, el conocerlo a él había sido como encontrar el remedio perfecto para las cicatrices de mi corazón, esas que se estaban curando más rápido de lo que nunca pude imaginar.

Se quedó conmigo hasta después de la cena que preparó él. Unos sándwiches de pollo y lechuga que estaban de lo más ricos. La verdad es que en la cocina nos desenvolvíamos de una manera increíble los dos.

Quedamos en vernos al día siguiente después del trabajo y, aunque me costó lo mío soltarlo, sabía que era un pasito más para que un día pudiésemos estar para siempre juntos.

Todo iba viento en popa y a toda vela. No me podía quejar en absoluto de nada, es más, debía estar muy agradecida a que todo me hubiera llevado al camino en el que me encontraba hoy. Lo único que me dolía era que, para llegar hasta aquí, hubiera costado la vida de mi madre.

La echaba mucho de menos, y bastantes eran las veces al cabo del día que le hablaba como si ella me escuchase. En cierto modo estaba segura de que lo hacía. Al menos me quería aferrar a esa idea.

Antes de dormir, le di unas vueltas a ese primer capítulo y fui quitando las palabras repetidas y cambiándolas por sinónimos, como me había dicho él. Ahora que me fijaba, tenía mucha razón, por lo que pude limpiar mucho más el texto que quedó precioso, al menos para mí y también para él, o eso es lo que me había transmitido.

Cuando me levanté tenía uno de los mensajes de Sloan que no me faltaban entre semana, de esos que te sacan de buena mañana la mejor de las sonrisas.

Sloan: *Buenos días, encanto. ¿Qué tal te has levantado? ¿Animada para seguir tecleando? Me gustas un mundo. ¿Lo sabías?*

Triana: *Buenos días, mi vida. Me levanté al igual que me acosté, pensando en ti como no podía ser de otra manera. Anoche estuve haciendo unos cambios en el primer capítulo y quité muchas palabras repetidas, como me dijiste. Ahora me pondré con el segundo. Más que animada, ilusionada y todo porque te tengo en mi vida. ¿Te he dicho que te amo?*

Sloan: *Yo también te amo, mi locura. Estoy deseando leer ese segundo capítulo. Me alegro mucho de que hayas mejorado el primero, seguro que te quedó brillante. ¿Qué tenemos hoy para comer?*

Triana: *Unas albóndigas en tomate casero que te vas a chupar hasta los muñones, doctor. Por cierto, me pongo con el segundo capítulo. Te deseo un buen turno y que me eches mucho de menos.*

Sloan: *Deseando llegar a tu casa y estar contigo. Te amo.*

Triana: *Yo también te amo con todo mi corazón. Gracias por iluminar mi vida.*

Me tomé el café mientras freía las albóndigas y hacía la salsa de tomate. No me llevó mucho tiempo, ya que en media hora lo tenía todo listo y pude sentarme a seguir dejando volar mi imaginación.

Eso que decían que para escribir necesitamos tener a nuestras musas revoloteando debía ser cierto, porque yo estaba en ese punto en que mis dedos hablaban lo que mi corazón sentía con cada escena que plasmaba de la historia que iba cociendo a fuego lento. Me emocioné con una escena de la protagonista con su mamá y que escribí como si fuera yo quien le hablaba a la mía. En cierto modo me inspiraba en ella para ese personaje.

Douglas no vino por la mañana, ya que iba a Glasgow a hacer un trámite que tenía pendiente, con lo cual no me entretuve lo más mínimo y a la una y media de la tarde, daba por finalizado el segundo capítulo. Estaba de lo más contenta con cómo me había quedado y me había forzado mucho para que no apareciera la repetición de palabras. Eso se me había quedado grabado como aprendizaje para mejorar mi escritura.

Tal y como llegó Sloan, le puse la cabeza como un bombo sobre ese capítulo y él me escuchaba feliz. Nos pasamos toda la comida hablando sobre eso y luego, al echarnos en el sofá, leyó de nuevo el primer capítulo que había retocado y luego descubrió el segundo.

—Estás avanzando muchísimo, cariño. Aquí no se nota apenas ninguna repetición, el lenguaje

está más cuidado y las frases tienen mucho sentido sobre la escena para atrapar por completo. Al final te estás ganando a pulso que sea tu fan número uno.

Me emocionaba que me motivara y me dijera todas esas cosas para yo sentirme más segura y seguir. Me dio algunos *tips* para que tuviera en cuenta y un montón de ideas para desarrollar los diálogos y que tuviera más atractivo aún.

Sloan me contaba que su mañana en la consulta había sido de lo más movidita, ya que hubo varios intoxicados por una comida con síntomas muy fuertes y que tuvieron que mandar a Glasgow, debido a que estaban teniendo varias patologías. Aún no se sabía a qué era debido dado que tras preguntarles no habían conseguido averiguar el nexo en común cosa que ya tendrían que investigar más a fondo en el hospital. Aquí apenas habían tenido tiempo más que intentar mejorarlos y estabilizarlos hasta llegar a la ciudad.

Se le notaba agobiado, y es que se implicaba muchísimo con sus pacientes. Hasta estuvo mensajeándose durante la tarde con algunos con los que tenía mucha confianza para saber si estaban mejorando. Gracias a Dios que sí, pero aún no sabían las causas de la intoxicación.

Se marchó después de la cena. Momento en que me puse a anotar algunas ideas para el capítulo del día siguiente. Estaba metida completamente en mi historia y la estaba viviendo con una ilusión enorme. Sentía que estaba haciendo algo que me motivaba como todo lo que estaba pasando ahora en mi vida.

Me quedé hasta las once de la noche en el sofá anotando cosas en el cuaderno, mientras me venían nuevas ideas para futuros capítulos. Sonreía pensando en que mi musa era la más generosa del mundo.

Lo peor que llevaba era irme a la cama sin Sloan. Esos abrazos que me daba arropándome en la noche, era imposible sustituirlos por mucho que me abrazase a la almohada buscando calmar mi vacío, porque así me sentía cuando no estaba en la noche junto a él, como si me faltase algo muy grande en mi vida y es que en eso se había convertido, en lo más grande que se pudo poner en mi camino.

Capítulo 15



Me levanté a las seis y media de la mañana. ¿Quién me llamaba a esa hora en mis sueños? Al ver la hora, hice un intento de seguir durmiendo, pero era imposible, mi musa me estaba pataleando para que me levantase a desarrollar todas esas ideas que tenía frescas en mi mente.

El primer sorbo de café fue como una bendición para terminar de despertarme. Cogí una galleta y la mojé en el café para hacer esos barquitos que de vez en cuando me apetecía, aunque en realidad prefería las tostadas. No es que tuviera hambre, pero la verdad es que estaba nerviosa por sentarme a teclear, dejándome llevar por esa historia en la que me sentía totalmente la protagonista. Cada frase que escribía resonaba en mí de una manera especial.

No eran ni las siete de la mañana cuando ya estaba sentada dispuesta a dejar volar la imaginación. Mis dedos iban a la velocidad casi de mis palabras, y el ambiente me envolvía por completo, ya que este apartamento me daba mucha paz y armonía.

Dos horas después y volcada por completo en mi capítulo, me llegó mi mensaje favorito.

Sloan: *Buenos días, cariño. Ya por fin mis pacientes fueron dados de alta de urgencias en Glasgow. Te echo mucho de menos. ¿Qué tal tu novela?*

Triana: *Hola, corazón mío. Aquí estoy tecleando y feliz de lo rápida que voy. Me alegro mucho por lo de tus pacientes, conociéndote estoy segura de que hasta que no has sido informado de que todo estaba bien, no te has quedado tranquilo. ¿Se sabe qué es lo que pasó?*

Sloan: *Sí, por lo visto fue una partida de huevos que no estaba bien y que compraron a uno que lo trae de su campo. Me alegro mucho de que vayas deprisa y disfrutando de tu nuevo proyecto. No prepares nada para comer que he encargado una empanada de carne riquísima en el obrador que hay junto a la clínica.*

Triana: *Qué bueno. Perfecto, así tendré más tiempo para escribir. Te amo muchísimo, doctor.*

Sloan: *Y yo a ti, mi escritora favorita.*

Un rato después apareció Douglas, que al verme con todo me dejó el pan y dijo que se marchaba para que no se me fueran las musas. No lo dejé irse sin tomarse su café, que, aunque fuera exprés, un ratito me gustaba tenerlo conmigo.

Igual que a Eva, que me escribió para saber cómo iba con mi novela y le dije que todo fluía de maravilla. Le pregunté por sus chicos y me dijo que el día anterior y hoy se había quedado en casa con Carlos porque había estado malito desde la tarde del lunes. Le llevaron a urgencias por la noche y resultó que mi *sobri* había cogido un resfriado que, por suerte, no estaba yendo a más. Le dije que le diera un beso y un abrazo fuertes de su tía y quedamos en ir hablando, otra que no quería entretenerme mucho.

La mañana me salió tan redonda que terminé el tercer capítulo con un montón de palabras y de lo más bonito. Hasta me emocioné escribiendo y derramé alguna que otra lagrimilla con una de las escenas.

Sloan vino con la empanada a la hora de la comida y diciendo que estaba deseando de leer el capítulo. Era graciosísimo cuando se ponía a hacerse el nervioso por descubrir cómo iba la historia, que ya empezaba a cobrar un poco de trama.

Se quedó encantando, más que yo con la empanada que estaba de vicio. Me comí un buen pedazo y disfruté con cada uno de los bocados.

—De verdad, te estás superando por días. Cada vez se ve más profesional el texto y los diálogos muy fluidos. Me estás enganchando de una manera increíble, y eso que no soy muy dado a la romántica.

Si el capítulo que escribí ese día me quedó bonito, no quiero ni contaros cómo fueron los dos que logré hacer el jueves. Estuve escribiéndolos con lágrimas en los ojos toda la mañana, y digo «los» porque conseguí hacer dos y estaba que no cabía en mí de felicidad, por haber avanzado un poco más de lo normal.

—¡Tengo dos! —le grité a Sloan cuando apareció por mi casa.

—¡Felicidades! Te estás volviendo toda una escritora.

—Bueno, bueno, que aún estoy empezando el libro y me queda mucho recorrido por delante. ¿A que no adivinas qué hice para comer?

—Pues huele que alimenta, pero no sabría qué decir.

—Un puchero, uno totalmente de mi tierra, porque me he encargado de que Douglas me consiga todos los ingredientes. Te vas a quedar flipado, como decimos allí.

Serví el arroz con el caldo y sobre una bandeja, puse toda la pringada del puchero. Solo probó la primera cucharada y se puso a gemir.

—Pero esto ¿cómo es que no me lo habías hecho antes?

—Es uno de mis ases en la cocina. Verás cuando te haga uno de mis potajes.

—¿Le has preparado a Douglas?

—Ya se llevó su cazuela —sonreí—. Mi madre se lo hacía mucho y le ha traído muchos recuerdos.

—Me gustaría ir a Inverness a comprar una cosa que necesito. ¿Te apetece que vayamos ahora?

—Siempre y cuando, cuando volvamos, te tomes el tiempo de leer mis capítulos.

—Hombre, por favor, no me perdería eso por nada del mundo.

Disfrutó del puchero muchísimo y decía que por mi culpa no se podía mover. Lo que me reí fue poco, y es que no estaba acostumbrado a meterse esas pringadas tan ricas que preparábamos en el puchero.

Llegamos a Inverness y nos dirigimos a una tienda de electrodomésticos donde adquirió una cafetera nueva de cápsulas, ya que la suya le estaba fallando, y compró el microondas que, por lo visto, se le había averiado y no le merecía la pena arreglarlo.

Aprovechamos para dar una vuelta por la ciudad y tomar un café en uno de sus preciosos bares. Cuando íbamos hacia el coche, donde ya habíamos dejado los electrodomésticos antes, me detuve delante de una tienda monísima de pijamas. Me gustaban todos los que había en el escaparate, por lo que no dudé en entrar y hacerme con un par de ellos. Sloan, como siempre, no permitió que lo pagara y salí echando pestes por la boca y recriminándole que no me dejara sacar la tarjeta nunca. No valió para nada porque me ignoraba por completo.

—No vuelvo a ir de compras en la vida contigo —le advertí al montarnos en el coche.

—¿Te parece si cogemos unas *pizzas* para cenar?

—El día está frío. —Lo ignoré como él hacía conmigo y le saqué una carcajada—. No es justo, Sloan, en Edimburgo no pagué ni un paquete de pipas.

—No soy de comer pipas.

—Me estás enfadando, que lo sepas —le advertí en un tono más serio, pero tampoco sirvió para nada.

Ni me bajé cuando entró a por las *pizzas* que encargó por el camino para que se las fuesen haciendo. Total, no me las iba a dejar pagar…

—¿Te vas a quitar esa cara de enfadada?

—No, porque me da rabia.

—Decías que era perfecto. Ya ves que no, tengo mis manías.

—Pero yo tengo derecho a comprarme lo que quiera sin tener que contar con tu tarjeta, que para eso tengo una.

—¿Y me lo tienes que decir con esa cara? —Se reía mientras conducía para aparcar alrededor de mi apartamento.

Subimos y nos sentamos en el sofá a cenar las *pizzas* mientras él leía los dos capítulos.

Lo veía sonreír y mirarme con algunas escenas que sabía que le estaban gustando muchísimo, pero él, hasta no acabarlo, no iba a pronunciar ni una sola palabra. Y yo estaba de los nervios por saber su opinión.

—Bueno, bueno. —Me miró y acarició mi mejilla—. Cada vez me quedo con más ganas de seguir leyendo. Te felicito. Para ser tu primera novela fuera de relatos, te garantizo que me está encantando.

—¿¡De verdad!?

—Claro, si no fuera así, te lo diría. Me gusta mucho cómo te superas cada día, de verdad. Estoy muy orgulloso de ti.

—Acabo de morir de amor. —Lo abracé emocionada.

Lo bueno de todo es que, además, hoy era jueves y el fin de semana de nuevo lo tendría para mí. Estaba deseando de pasar esas noches junto a él y amanecer entre sus brazos.

Todo iba viento en popa y cada día me sentía más feliz y realizada. La verdad es que Escocia estaba renovando mi vida y él curando mi corazón, ese que un día dejaron bien tocado y hundido.

Cuando se marchó no pude evitar caer en la tentación y me puse a escribir un capítulo antes de acostarme, al menos pretendía dejarlo avanzado, pero tal fue la emoción que estuve hasta la una de la mañana, que fue cuando lo di por zanjado.

Capítulo 16



Había desayunado con Douglas y, en cuanto se marchó a casa, salí para hacer compra de algunas cositas que se me habían acabado.

De regreso a casa preparé esa lasaña que mi madre hacía y a Sloan tanto le gustaba, según me dijo, y cuando llegó del trabajo se fue directo a la cocina diciendo que olía que alimentaba.

Me eché a reír, pero es que tenía toda la razón, la verdad sea dicha.

—Buenísima, igual que la que hacía tu madre —dijo tras el primer bocado.

—No, igual no es, me falta un poquito aún.

—Estás muy cerca, eso te lo digo yo que soy de buen paladar y esta lasaña se parece mucho a la que me mandaba tu madre.

—Pues, gracias —sonreí.

—Ahora ya sé por qué me dijiste que comíamos aquí.

—Es que sabe mucho mejor recién hecha, que recalentada.

—En eso te doy la razón.

Después de comer y de que me ayudara a recoger todo, nos tomamos un café y Sloan cogió mi bolsa de ropa para irnos a su casa. Nuestras rutinas eran así, entre semana comíamos y estábamos hasta la tarde en mi casa, pero los fines de semana los pasaríamos en la suya.

Una vez en el coche, fuimos hasta el mercado porque Sloan quería hacer unas hamburguesas para la cena, y como las que él preparaba estaban tan buenas, no me pude resistir.

En cuanto llegamos a su casa, dejé mi bolsa en la habitación, nos pusimos los pijamas y me uní a él en la cocina, donde ya estaba empezando a preparar todo para hacer las hamburguesas.

Quise ayudarle, pero no hubo manera, insistió en que me quedara allí sentada y tranquila, que bastante hacía con prepararle la comida todos los días.

Así que yo, que era de lo más obediente, me quedé observando el modo en el que preparaba la cena mientras nos tomábamos una copa de vino.

—He pensado que mañana podíamos salir a desayunar fuera y dar un paseo, si te parece bien —dije tras dejar la copa.

—Es una buena idea, sí, pero tendremos que dejarla para más adelante.

—Oh, ¿y eso?

—Porque voy a llevarte a un sitio a pasar el fin de semana.

—¿Otra vez lo pasamos fuera? Tendrías que habérmelo dicho, para meter más ropa en a bolsa.

—Tranquila, que seguro que llevas suficiente. Y si no, pasamos por tu casa antes de irnos.

—¿Y dónde me llevas?

—A un sitio —respondió mientras terminaba de dorar el beicon.

—Pero ¿a qué sitio? Y no te hagas de rogar, ¿eh?

—Es un sitio que estoy seguro de que te va a gustar.

—Pues vaya cosa me dices —resoplé.

—A cenar. —Me dio un beso en la mejilla al pasar por mi lado con los dos platos en la mano.

Cogí su copa de vino y fuimos al salón para comernos aquellas deliciosas hamburguesas que habíamos acompañado con unas patatas chips.

Y, por más que traté de sonsacarle dónde iba a llevarme, el *Highlander* no soltó prenda alguna.

Después de cenar nos acomodamos en el sofá con la mantita para ver una película, pero sin darme cuenta, y como estaba de lo más cómoda con él, acabé quedándome dormida.

No fue hasta que noté la claridad del día entrando por la ventana que me desperté comprobando que estaba en la cama con Sloan.

Me tenía bien abrazada y pegadita a él, podía notar su pecho subiendo y bajando en mi

espalda con cada respiración que daba. Le miré por encima del hombro y sonreí, se le veía tan tranquilo y en paz.

Le acaricié la mejilla y comenzó a moverse, hasta que abrió los ojos.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días. Me quedé dormida viendo la peli, ¿a que sí?

—Pero de qué manera, si dabas unos ronquidos…

—¿Qué? —Me incorporé con los ojos muy abiertos—. Yo no ronco.

—Claro que sí, como un oso pardo —contestó, y se mantuvo serio solo unos segundos, el tiempo que tardó en soltar una carcajada.

—Serás… —Le di un manotazo en el hombro y me agarró la muñeca para tirar de mí hasta que unió sus labios a los míos.

—Vamos, hora de levantarse que tenemos que irnos —dijo dándome un leve azote en la nalga.

—¿Y a dónde vamos, señor Misterioso?

—Ya lo verás cuando lleguemos. —Me dio un mordisquito en los labios y un beso.

Después de ducharnos, coger las bolsas con la ropa y tomar un desayuno rápido, nos pusimos rumbo hacia donde fuera que iba a llevarme a pasar el fin de semana mi *Highlander*.

Íbamos en el coche escuchando música y él, no perdía la oportunidad de coger mi mano. Cada vez que podía, la acercaba a sus labios para darme un suave beso o simplemente me daba un apretón. Lo importante era que simplemente buscaba esa conexión física conmigo, como si necesitara sentirme cerca en cada momento.

Entramos en un pueblecito y siguió conduciendo, podía ver desde donde estábamos un poco del lago, y cuando quise darme cuenta, me dijo que estábamos llegando.

Pero no dijo a dónde, porque el señor doctor seguía con sus misterios.

Hasta que vi una casa a la que nos acercábamos, era de estilo muy tradicional, con sus paredes de piedra gris y el tejado en color negro, que le daba un aire encantador. La imagen era simplemente preciosa, especialmente con esos impresionantes paisajes escoceses de fondo.

Entró en la propiedad, y por un momento pensé que era una especie de casa rural, dado que había otros coches aparcados en un lateral, y que allí pasaríamos el fin de semana y

disfrutaríamos de paseos por la naturaleza o qué sé yo, hasta que vi que se abría la puerta de la casa y apareció una mujer que sonrió al tiempo que se llevaba las manos entrelazadas al pecho.

—Sloan, ¿dónde estamos? —pregunté.

—En casa de mis padres —contestó parando el coche delante de la casa, y yo, como hiciera Escarlata O'Hara, a Dios ponía por testigo de que no me dio un infarto en ese momento de pura casualidad.

Sloan se bajó del coche con una amplia sonrisa y le escuché saludar a su madre, que resultó ser la mujer que había salido de la casa. Y yo seguía sentada allí dentro, con la mano en el manillar de la puerta por si a él le daba por abrirla y pedirme que bajara.

No podía ser que me hubiera preparado esta encerrona, vamos, que no, que no era posible, en serio. Pero sí, ahí estaba yo, viendo cómo Sloan abrazaba a su madre con fuerza mientras ella le acariciaba la espalda con cariño.

Y entonces los dos miraron hacia el coche, o sea, hacia mí, y yo me hice la sueca, a pesar de ser una sevillana residente en Escocia, como me había dicho Eva.

—Triana. —Sloan llamó a la ventanilla con un par de golpecitos, pero ni me moví—. Vamos, baja que están deseando conocerte. —Y bajé, sí, pero la ventanilla.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste que íbamos a venir a casa de tus padres? Que me muero de vergüenza, por Dios.

—Pues que no te dé, porque son gente normal. Vega, baja, que están todos esperando para que te presente.

—¿Todos? —Miré de refilón hacia la casa y vi a su madre con otras dos mujeres— ¿Quiénes son todos, Sloan?

—Mi familia, preciosa —sonrió—. Mis padres, tíos y primos. Ah, y los hijos de estos.

—Qué vergüenza, yo me muero.

—A ver, es que ya tenía el compromiso de venir este fin de semana, porque se celebra una fiesta. Luego te conocí, y, ni podía cancelar esto, ni quería dejarte sola para que no pensaras que me iba con otra.

—En este momento, te juro que habría preferido pensar eso, de verdad que sí —resoplé y él se echó a reír—. No, pero no te rías —protesté.

—Anda, baja que no te van a comer. —Abrió la puerta y noté que me ponía a temblar como un flan, pero acabé bajando.

—Esta me la paga, señor doctor —le advertí con el dedo.

Cogí aire y le seguí hasta la puerta, donde su madre y las otras dos mujeres seguían esperando de lo más sonrientes.

—Es preciosa, hermana. —Escuché que decía una de las mujeres a la que debía ser la madre de Sloan.

—Sí que lo es, sí —sonrió.

—Mamá, tías, ella es Triana —dijo Sloan con una amplia sonrisa mientras me miraba.

—Hola —saludé.

—Bienvenida, hija. —La madre de Sloan, que tenía el mismo color de ojos que él, me dio un abrazo—. Soy Helen, su madre. Y ellas son mi hermana Hanna y mi cuñada Lucy.

—Dame un abrazo, preciosa. —Esa era Hanna, se notaba que era hermana de Helen porque, además del color de ojos, tenían un gran parecido físico.

—Cuando te vean mi hija y mis nueras, te van a querer acaparar, así que, deja que te abrace, bonita. —Y esa era la tía Lucy, que también me dio un fuerte abrazo.

—Vamos, señoras, dejemos que entren y le presentamos al resto —dijo la madre de Sloan.

—Voy a aparcar el coche y a coger nuestras bolsas. —Le oí decir a él.

—Vale, hijo. Nosotras vamos llevando a Triana al salón.

Miré a Sloan con los ojos abiertos porque no podía ser que me dejara sola en ese momento, y él simplemente me hizo un guiño, había que joderse.

Esas tres mujeres, que debía admitir que me parecían de lo más entrañables y se las veía muy cariñosas, me llevaron por el pasillo hasta un salón donde había más gente de la que hubiera imaginado.

Por el parecido que encontré en el rostro del hombre que estaba de pie junto a la ventana, intuí que era su padre, y sí, así fue como me le presentó Helen.

—Cameron, mi amor, ella es Triana —le dijo con una sonrisa.

—Encantada de conocerle, señor.

—Bienvenida a nuestra casa, Triana, pero, por favor, no me llames de usted.

—Vale —sonreí.

—¿En serio el primo Sloan la ha dejado sola? No me lo puedo creer —dijo una chica guapísima con una melena rojiza que enmarcaba un rostro dulce y unos bonitos ojos verdes. Era mucho más joven que Lucy, pero se parecía muchísimo, así que debía ser su madre.

—Ingrid, que vas a asustar a la pobre chica —le dijo una mujer rubia a su lado.

—Hombre, yo lo estaría, que somos muchos —dijo el hombre que estaba al lado de la rubia, uno que tenía un ligero parecido con Sloan.

—Vale, vamos a ir poco a poco —dijo Helen—. Deja que te presente, cielo. Él es Greg —señaló a un hombre de edad similar a la suya y de Cameron—, hermano de mi marido y, por ende, tío de Sloan —sonrió y yo también—, además del marido de Lucy.

—Me toca —dijo Ingrid, que se notaba que tenía mucho desparpajo—. Yo soy Ingrid, la hija pequeña de Greg y Lucy, hermana de Mike y Steven, y sí, llegué cuando no me esperaban porque Steven debería haber sido la niña. —Se encogió de hombros y todos sonrieron—. Lorie es la mujer de Mike, y estos de aquí, sus adorables hijos, Hans y Kimberly.

—Hola —dijeron ambos al unísono.

—Hola, chicos —sonreí.

—Seguimos. —Carraspeó Ingrid—. Mia, mujer de Steven, y sus peques, Tom y Megan. Y este de aquí es mi prometido, Max —sonrió mientras se agarraba del brazo de un chico moreno y de ojos grises.

—Pues, felicidades por el compromiso —les dije.

—Gracias, para eso estamos hoy aquí, para celebrar nuestra fiesta de compromiso.

—¿Ya te han comido, preciosa? —preguntó Sloan a mi espalda, y no se cortó lo más mínimo a la hora de rodearme con el brazo y darme un beso en los labios cuando le miré por encima del hombro.

—Estábamos en ello, primo, repartiéndonos el pedazo que nos corresponde a cada uno —dijo Ingrid.

—Mami, ¿nos vamos a comer a Triana? —preguntó Megan, que era la más pequeña y debía tener unos seis años.

—No, enana, que la tía lo ha dicho en broma —le contestó Tom, su hermano.

—Hijo, enséñale la casa mientras preparamos la mesa en el porche —le dijo Helen, y Sloan

sonrió cogiéndome la mano.

En cuanto salimos de nuevo al pasillo, le frené en seco.

—Menuda encerrona —dije con el ceño fruncido.

—Pero les has encantado a todos. —Me dio un beso y tiró de mí para llevarme a ver la casa.

Todos los suelos eran de madera envejecida, y el salón que habíamos dejado atrás era amplio y muy acogedor, con una chimenea de gran tamaño y una decoración exquisita, demostrando muy buen gusto. Las paredes, pintadas en un suave tono crema, aportaban sensación de calidez y elegancia a cada rincón de la casa.

Los grandes ventanales se sucedían por cada rincón, lo que permitía que entrara mucha luz natural y todo pareciera mucho más grande.

La cocina era como de ensueño: amplia, luminosa, con muebles en madera, una isla en el centro que hacía las veces de mesa para el desayuno, y desde ahí, al igual que desde el salón, se podía acceder al jardín, que por lo que había visto, era bastante extenso.

Pasamos a la zona de comedor y la mesa en el centro era de madera robusta y alargada, con unas veinte sillas o tal vez más, no me detuve a contarlas, pero estaba claro que esta era una familia numerosa y que en las reuniones como a la que habíamos venido, debían tener mucho espacio.

En esa planta había una biblioteca grandísima al final del pasillo, así como un aseo para las visitas, y después me llevó a la primera planta donde estaban todas las habitaciones, que eran ocho en total.

Todas amplias y luminosas, con armarios empotrados y cuarto de baño propio, y, salvo una que era en la que me dijo que dormían los niños y había literas, el resto tenían todas camas de matrimonio.

Regresamos abajo y me llevó al jardín, ese rincón del que me enamoré por completo, pues, tal como me dijo, la casa estaba frente al lago y las vistas desde allí, con esos preciosos paisajes al fondo, eran una maravilla.

La madre de Sloan tenía unas preciosas flores en un invernadero en el que, nada más entrar, te hacía sentir como si estuvieras en un precioso campo por el olor que había en él.

Volvimos al interior de la casa y me llevó hasta el porche, que estaba acristalado y contaba con calefacción como en el resto de las habitaciones, de modo que allí se estaba la mar de cómodo.

Nos sentamos a la mesa y comimos algunos de los platos típicos, esos a los que me había

acostumbrado y que tanto me gustaban.

Y yo que pensaba que solo sería esa comida la que tendríamos para celebrar el compromiso, entendí que no podía estar más equivocada cuando habló Ingrid.

—Espero que estéis todos preparados para la fiesta.

—¿No estamos ya celebrando el compromiso? —Curioseé.

—No, no, ni mucho menos. La auténtica fiesta, al más puro estilo escocés, es esta noche —contestó haciéndome un guiño, y por cómo sonreía Sloan cuando me miró, me pregunté que dónde me había metido.

Capítulo 17



Lo primero que hice cuando Ingrid me dio aquel traje típico para usar en la fiesta fue mirar a Sloan, que se encogió de hombros.

Resultó que ella quería una fiesta de compromiso como la que tuvieron su madre y su tía, esa que durante años muchas parejas habían celebrado llevando el atuendo adecuado.

Sloan y yo íbamos a dormir en su habitación, así que allí nos vestimos, él lo hizo en el cuarto de baño y yo fuera.

Mi traje era realmente espectacular, la verdad. Consistía en una falda, que también llamaban *kilt*, era larga y, en mi caso, de cuadros granates y negros. La camisa era de seda blanca, de manga larga, y que se ajustaba perfectamente a mi figura. Para completar el conjunto, llevaba una chaqueta negra de corte entallado con los botones metálicos plateados, además de unas botas de tacón bajo que tenían como adorno el mismo tipo de botones que la chaqueta, y unos pendientes de plata que eran una verdadera joya.

Me hice una foto y se la envié a Eva, quien no tardó en responder que estaba guapísima y que si llevaba un tanga decente debajo de esa falda. Yo es que la mataba.

Cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y miré, juro que me quedé sin aire y con la baba caída. Sloan estaba impresionante, parecía un auténtico *Highlander* de las series y películas antiguas.

Su *kilt* tenía los mismos colores y diseño que el mío, de cuadros granates y negros. La camisa que llevaba era de lino blanco, complementada con un chaleco de lana negro que le daba un toque elegante. La chaqueta, hecha de cuero negro, se ajustaba perfectamente a su figura, y el corbatín granate junto con un broche plateado en la solapa de la chaqueta. Al igual que yo, calzaba unas botas de cuero negras, pero en lugar de botones llevaba hebillas plateadas.

Solo pensé que, si Eva lo viera así, se desmayaría.

—Triana, ¿me has escuchado? —preguntó.

—¿Eh? ¿Qué? No.

—Ya veo —sonrió de medio lado, y por Dios que juraría que acababa de humedecerme—. Que si estás lista para bajar.

—Ah, sí, sí. Vamos —dije yendo hacia la puerta, pero me cogió por la muñeca atrayéndome hacia él y me besó con intensidad.

—Estás preciosa con ese traje —susurró, mirándome fijamente a los ojos.

—Y tú estás buenísimo vestido así.

—Así que te gusta lo que has visto —sonrió de medio lado al tiempo que arqueaba la ceja.

—Mucho. Pero siempre me he preguntado…

—Si quieres saber si debajo del *kilt* llevo ropa interior —me cortó y se inclinó para susurrarme en el oído— tendrás que averiguarlo. Y ahora vamos —me dio un apretón en la nalga —, que nos están esperando.

Cuando salimos al porche, todos estaban ya allí, vestidos igual que nosotros con el traje típico en diferentes colores, cada pareja del mismo color, obviamente, menos la tía Hanna, que no tenía marido. Y es que, según me contó Sloan cuando subimos a la habitación después de comer, ella tuvo un novio con el que iba a casarse, pero este murió en un accidente y ella dijo que le había querido tanto que nunca podría querer a nadie más, así que permaneció soltera y no tuvo hijos. Aunque había cuidado y ayudado a su hermana y a su cuñada a cuidar de Sloan y de sus primos como si fueran sus propios hijos.

La tía Hanna era la menor de los adultos, pues tenía sesenta años mientras que Greg y Lucy tenían sesenta y seis, y me daba pena porque llevaba cuarenta años viuda sin haber llegado a casarse, pero ella se sentía así, como si aquel amor al que perdió fuera su marido.

Kimberly y la pequeña Megan corrieron hacia mí y me sonrieron, cada una me cogió de una mano y me llevaron hacia donde estaban todas las mujeres, que me dijeron que parecía una auténtica escocesa.

Nos hicimos algunas fotos y Sloan no dudó en posar conmigo en varias, así que aproveché para preguntarle si podía enviarle una a Eva.

—Mientras no intente quitarte el ligue —contestó, y me eché a reír.

Le mandé la foto a mi amiga y lo que me envió fue justo lo que sabía que haría al verle. Era un GIF de una mujer desmayándose y cayendo hacia atrás en la silla, vamos, que era como verla

a ella.

Me dijo que vaya pedazo de médico y que más me valía no dejarle escapar en mi vida o me las vería con ella. En serio, estaba fatal.

La música sonaba de fondo y era de lo más bonita, esas gaitas y demás instrumentos típicos de Escocia, así como la voz de mujeres que cantaban, era de lo más dulce.

¿Y qué decir de la comida? La mesa del porche estaba repleta de platos típicos. Kimberly y Megan, que según me dijo la tía Hanna se habían encariñado conmigo, y a mí me había pasado lo mismo con ellas, me fueron diciendo lo que había en cada plato para que comiera.

Teníamos *Scotch pies*, que eran unos pasteles rellenos de carne picada y especias que tenían muy buena pinta. También había salmón ahumado, *Cullen Skink*, *haggis*, que era un plato clásico en esas celebraciones, y *shortbread*, que eran unas galletas de mantequilla que las niñas me dijeron que estaban buenísimas.

En cuanto a la bebida, no podía faltar el *whisky* escocés, pero también había agua y refrescos, así como vino, tanto tinto como blanco.

La verdad es que me estaba divirtiendo, y más aún cuando las dos niñas me cogieron para que bailara con ellas.

—Ay, que no sé. —Reí—. Yo soy más de sevillanas.

—¿Nos enseñas las sevillanas, Triana? —preguntó Megan.

—Claro, cariño, yo os enseño los pasos. Pero así, con esta música…

Y entonces la música se cortó y vi a Sloan con el móvil en la mano y en él comenzó a sonar una sevillana y sonreí.

—Venga, vosotras, seguidme los pasos —les dije a las pequeñas.

A pesar de no ser andaluzas y no haber bailado una sevillana en su vida, tanto Kimberly, a sus diez años, como Megan, a sus seis, lo hicieron bastante bien, todos nos aplaudieron e incluso Sloan se acercó a robarme un beso que hizo que me sonrojara.

Volvieron a poner la música escocesa y yo seguí los pasos que me iban indicando las niñas hasta que hice un baile más o menos decente.

Me sentía muy bien entre la familia de Sloan, y no se me pasaba el modo en el que sus primos y sus mujeres, así como sus padres y sus tíos, hablaban de nosotros mirándonos cuando estábamos juntos.

Estaba disfrutando mucho, y bebiendo también, porque, como había dicho Ingrid, esta era una fiesta de celebración y el vino no podía faltar.

Como tampoco faltaron los besos que me daba Sloan, el modo en el que me pasaba el brazo por los hombros y se quedaba hablando conmigo cuando las hijas de sus primos no venían en mi busca, o cómo me miraba y veía en sus ojos esas mismas ganas que tenía yo.

—Bueno, ha llegado el momento —dijo Ingrid, y vi que ella y Max, su prometido, se cogían de la mano para colocarse delante de todos.

La tía Hanna sonrió y se acercó a ellos, poniéndose a su lado. Observé que llevaba unas cintas que coincidían con los colores de los trajes de Ingrid y Max: blanco, azul marino y azul celeste. Con un gesto cariñoso, tomó las manos de ambos y las unió con las cintas.

—Que estas manos unidas en este día sean el símbolo de vuestro amor eterno, que crezca y no se rompa, como estas cintas que ahora os unen. —La tía Hanna sonrió y Max tomó la palabra.

—Te prometo que siempre voy a quererte como el primer día, y que te haré feliz hasta que deje este mundo.

—Te prometo que nunca querré a nadie más que a ti, y que me esforzaré cada día por hacerte feliz —le dijo Ingrid a Max.

Se les veía enamorados, hacían una bonita pareja, y me emocioné al verlos así. La tía Hanna desató las cintas y se las dio a Ingrid para que las guardara, ellos se dieron un beso y un abrazo. Sloan me dijo que aquel era un ritual que las parejas solían hacer antes de casarse, pero no todas lo hacían, por eso no recordaba que mi madre lo hubiera hecho con Douglas.

Le pregunté si su tía Hanna lo hizo y sonrió al tiempo que asentía.

—Para ella fue una promesa, y no ha querido romperla —me dijo antes de darme un beso.

Sus primos le llamaron para que fuera a tomarse un *whisky* con ellos, su padre y su tío, y yo me quedé con las mujeres y los niños.

Las horas fueron pasando y a mí el alcohol me estaba sentando de maravilla, estaba feliz y me encontraba súper a gusto en aquella casa. Sloan también había bebido lo suyo. Y llegó el momento de irnos a la cama, nos despedimos de todos deseándoles buenas noches y subimos a la habitación.

En cuanto traspasamos la puerta, Sloan me cogió en brazos y así me llevó hasta la cama, donde me recostó y comenzó a desnudarme mientras me miraba con los ojos cargados de deseo.

Una vez se deshizo de toda mi ropa, comenzó a quitarse la suya, lo hacía despacio y sin apartar la vista de la mía, hasta que llegó al *kilt* y sonrió.

—¿Quieres ver qué hay debajo?

—Lo que quiero es que vengas ya aquí, que me tienes de lo más encendida y apenas me has tocado.

—¿Y a qué viene tanta prisa, preciosa?

—Viene —dije mientras me incorporaba para quedarme de rodillas en la cama— a que me has estado provocando toda la noche y quiero mis besos. —Le atraje hacia mí con la mano en la nuca para besarle y él me correspondió.

No tardó más de unos segundos en quitarse el *kilt,* y vi que se quedaba únicamente con el bóxer.

—A Eva la voy a decepcionar cuando se lo cuente —dije y se echó a reír.

No tardó en quitarse también el bóxer y acompañarme en la cama. Comenzó a besarme, a acariciarme, a jugar con mis pezones entre sus dedos, tirando de ellos y arrancándome más de un gemido.

Bajó con los labios besándome por todo el cuerpo, lamió ambos pezones y siguió bajando hasta que noté su lengua húmeda y traviesa jugando entre mis labios vaginales.

Sloan empezó a moverla rápido y sin parar, y tuve que contenerme de no soltar un grito para que nadie en la casa me escuchara.

Pero cuando me penetró con dos dedos, mi resistencia se fue al traste y tuve que coger la almohada para cubrirme la cara con ella y gritar mientras movía las caderas.

Él seguía lamiendo rápido mientras me penetraba, y yo notaba que cada vez me acercaba más y más rápido al clímax. Sloan lo supo también y aumentó el ritmo de esa lengua y esos dedos que me hicieron gritar como una loca mientras liberaba el clímax.

Aparté la almohada y le vi ahí, observándome, con el brillo en sus ojos azules que me indicaban que iba a seguir jugando, y vaya si lo hizo.

No dudó en colocarme de rodillas para comenzar a penetrarme desde atrás, agarrado a mis caderas con fuerza mientras yo mantenía de nuevo la almohada en mi cara para poder gritar y gemir a mi antojo sin que me escucharan.

Solo me faltaba que a la mañana siguiente me miraran todos sabiendo que había tenido sexo en esa casa.

Sloan se movía rápido y muy profundamente, tanto que acabé por tener un segundo orgasmo.

Se retiró y me recostó de nuevo bocarriba, nos besamos y acariciamos, y comenzó a penetrarme de nuevo. Nos movíamos al unísono, acompasados sin dejar de besarnos, notando el modo en el que el cuerpo del otro temblaba entre nuestros brazos.

Nos dejamos ir por completo, Sloan me penetraba cada vez más rápido y acabamos llegando juntos al clímax, liberando así toda la tensión que habíamos acumulado durante la noche con miradas, besos, algún que otro roce y, sobre todo, el deseo de estar a solas.

Permanecimos abrazados mientras recobrábamos el aliento, yo le acariciaba la espalda y él me besaba el cuello. Hasta que noté que su miembro volvía a estar de nuevo en pie de guerra.

—¿Te has tomado viagra o algo? —pregunté, curiosa.

—No, pero nadie sabe qué tiene ese licor que prepara la tía Lucy, que todo el que tiene pareja y acude a una de estas fiestas, acaba la noche a lo grande.

—¿Qué me estás contando? —Le miré con los ojos abiertos.

—Pues, que menos los niños, y la tía Hanna, puedes hacerte una idea de lo que van a hacer el resto de los adultos en esta casa.

—No te creo —dije, y de pronto me pareció escuchar un gemido, por lo que incorporé la cabeza para escuchar mejor.

—Esa es Ingrid, duerme justo en la habitación de al lado.

—Ay Dios, que yo no quiero que me escuchen.

—Tranquila, que estarán muy concentrados en lo suyo. Y ahora… ¿Estás cansada, preciosa? —Me miró de un modo que me hizo tragar saliva con fuerza.

—Si me miras así, me dejo hacer lo que quieras.

—No me des ideas —sonrió de medio lado.

Y sí, el licor de la tía Lucy debía ser algo muy parecido a un potente afrodisíaco, porque menuda noche a la escocesa tuvimos Sloan y yo, comiéndonos a besos y haciéndolo de mil posturas hasta caer rendidos.

Cuando despertamos en esa mañana de domingo, nos dimos una ducha, nos vestimos y bajamos a desayunar al porche, donde ya estaban todos reunidos. Sin duda alguna, por las caras de las parejas, todos habían estado haciendo lo mismo.

Las niñas seguían buscándome todo el tiempo, incluso Helen me dijo que a la ex de Sloan no la tenían tanto cariño, a lo que Hanna dijo que eso era porque la mujer era muy poco cariñosa y

no le gustaban los niños.

Fue Cameron, el padre de Sloan, quien les pidió a ambas que dejaran el tema y ellas, obedientes, lo dejaron.

Cogí la mano de Sloan y le di un apretón, él me miró sonriendo y se la llevó a los labios para darme un beso.

Después del desayuno los niños quisieron jugar con él y sus padres, así que fueron al salón mientras nosotras preparábamos la comida.

Sloan me dijo que hiciera unas tortillas de patatas y sonreí, pues a mi *Highlander* le gustaban todos mis platos.

Su madre sonreía al vernos así de cómplices y, en un momento que nos quedamos a solas, me dijo que le encantaba ver a su hijo así de ilusionado.

Me sonrojé y seguí cocinando.

Comimos de nuevo todos juntos en el porche y sí, mis tortillas de patatas gustaron mucho.

Tras el café y entre besos y abrazos, todos me dijeron que esperaban volver a verme, y yo dije que estaría encantada de hacerlo.

El camino hasta mi casa se me hizo demasiado corto, no quería que acabara el fin de semana y sí que Sloan se quedara a dormir conmigo, pero como siempre, tenía que descansar para trabajar al día siguiente.

Nos despedimos con un beso en la puerta del edificio, me deseó buenas noches y le vi subir de nuevo al coche.

Cuando entré en el apartamento, una sonrisa se dibujó en mi rostro, ya que, si Sloan no sintiera algo fuerte por mí, no me habría llevado a conocer a toda su familia.

En cuanto a mí, no puedo más que admitir que, con cada día que pasaba, mi amor por mi *Highlander* favorito crecía un poco más.

Capítulo 18



Y sin que apenas me diera cuenta, había pasado algo más de un mes y ya estábamos a solo un día de comenzar realmente con las fiestas navideñas.

Mi novela estaba muy avanzada. Sloan leía cada capítulo cuando venía a casa entre semana e incluso los fines de semana que pasábamos juntos me dejaba tiempo para escribir alguna idea que me viniera en ese momento, mientras él preparaba la comida o la cena.

Eva también estaba ilusionada, preguntando cuándo podría leerla o verla en las librerías. Es que me tenía que reír, porque, aunque yo misma hubiera soñado con esa posibilidad, me hacía gracia que ella mostrara tanto entusiasmo.

Douglas seguía feliz y orgulloso por los logros que estaba alcanzando con mi cambio de vida, por no hablar de que estaba más que encantado con el hecho de que Sloan y yo tuviéramos esa relación tan bonita.

Al igual que en mis anteriores visitas al pueblo para celebrar las Navidades con mi madre y Douglas, una vez más, volvía a enamorarme de Escocia.

El paisaje era una mezcla de montañas cubiertas de nieve, lagos cristalinos y bosques espesos. De algún modo, todo parecía más mágico en esa época del año, a pesar de ese frío que nos recibía al poner un pie en la calle y que no solo invitaba a abrigarse bien, sino que también sugería a quedarse en casa, con una mantita y disfrutando de una taza de café en el sofá.

Acababa de terminar un nuevo capítulo cuando sonó mi móvil y vi que era Eva, seguramente llamaba porque ya había recibido mis regalos de Navidad para ellos.

—Buenos días, señora asesora —sonreí.

—Ay, calla, que estoy de los nervios.

—Tienes quince días para hacerte a la idea.

—Ya, ya, pero es que no me esperaba esto, la verdad.

Hacía unos días, antes de que se cogiera las vacaciones de Navidad para estar con Carlos en casa, que me dijo que la habían ascendido y que comenzaría como asesora del banco para las empresas que tenían como clientes y empezaría a la vuelta.

Se lo merecía porque había estado en esa sucursal desde el principio, y ahora que querían renovar a parte del personal, a ella la ascendían para llevar a otra chica a ocupar su puesto.

—Bueno, que te llamaba porque acaba de llegar tu paquete —dijo, y aunque no podía verla, sabía que estaba sonriendo y con los ojos vidriosos—. Te has pasado, maja. —Rio—. Al niño le va a encantar todo.

—¿Dónde está?

—En la habitación, lo tengo ordenando el cajón de los juguetes.

—Vamos, que le has enviado allí para que no vea lo que había en la caja. —Reí.

—Efectivamente. Ahora en serio, Triana, es todo precioso, muchas gracias. A Rodrigo esos gemelos le van a encantar. Y yo ya estoy deseando que llegue el día de Navidad para estrenar ese conjuntito de joyas.

—Me alegro de que te guste todo, ya que no estoy para dártelo en persona…

—Bueno, tú tranquila que ya podremos vernos. No creo que tarde en llegar un paquete también para ti —dijo, y justo en ese momento llamaron a la puerta.

—Pues espera, que creo que ya está aquí.

Fui a abrir con el móvil en la mano, cogí la caja y, tras firmar el recibí, la dejé en la mesa y activé el altavoz para abrirla.

—Ay, por favor, que me muero —dije y me eché a reír.

Había todo tipo de cucadas para escribir, desde cuadernos en colores pastel, hasta bolígrafos, banderitas de Post-it y marcadores fluorescentes y también pastel. Además de un bolígrafo precioso en el que se veía mi nombre grabado. Pero no era lo único, porque también me había comprado un conjunto de bufanda, guantes y gorro en color blanco que era una virguería, y una pulsera rígida de plata con el árbol de la vida y el símbolo del infinito.

—Al final me vas a hacer llorar, jodida —dije, cogiendo de nuevo el móvil—. Me encanta todo, no veas el uso que voy a darle a las cositas de escritura. —Reí.

—Lo sabía. Bueno, ¿y cómo se presentan las fiestas? ¿Te vas a quedar en casa?

—Pues mira, resulta que Sloan, o más bien sus padres —sonreí—, quieren que pasemos esos días allí en su casa, con toda la familia a la que ya conocí, y también han dicho que venga Douglas, ya que no tiene a nadie más que a mí.

—Entonces me alegro de que vayas a estar en familia, porque está claro que el doctor te metió de lleno en la suya.

—Eso parece, sí. —Reí.

—Bueno, que, aunque te mandaré un mensajito y fotos de tu *sobri* esos días, que te deseo las mejores Navidades de tu vida, cariño, y que el próximo año sea mucho mejor que este.

—Igual para ti, preciosa. Que os quiero mucho a los tres.

—Y nosotros, y nosotros. Que ya iremos en cuanto podamos a verte, ¿vale? Venga, termina la novela que quiero poder tener uno de los primeros ejemplares en mi poder.

—Vale. —Reí—. Adiós, preciosa mía.

—Adiós, cariño.

Tuve que secarme esas lagrimillas que habían empezado a caerme por las mejillas, porque la extrañaba mucho; aunque, al menos teníamos estos ratitos para charlar y ponernos al día de nuestras vidas.

Hice el relleno para los canelones y la bechamel y, cuando estuvo listo, los preparé y metí en el horno para que estuvieran listos justo para cuando llegara Sloan. Aproveché para seguir escribiendo y no me detuve hasta que volvieron a llamar al timbre.

Sonreí al recibir las cajas que acababan de traerme, ya que contenían todos los regalos que iba a llevar a casa de los padres de Sloan para entregarlos en la mañana de Navidad. Comencé a buscar el regalo que había elegido para él, y una vez que lo encontré, lo envolví en primer lugar para dejarlo bien guardado en la maleta que tenía a medias.

El resto le pediría a él que me ayudara porque ese hombre tenía una familia de lo más numerosa.

Terminé un segundo capítulo en el momento en el que Sloan llegaba.

—Hola, preciosa. —Me rodeó por la cintura para darme un beso—. Hum, qué bien huele. ¿Qué tenemos de comer? —preguntó mientras se quitaba el abrigo.

—Canelones de atún —sonreí—. Y de postre, regalos para envolver. —Me miró con la ceja arqueada y señalé hacia el suelo, donde estaban todas las cajas de regalos.

—¿Ya ha llegado Santa Claus?

—Pues sí, eso es lo que hay que llevar a casa de tus padres.

—Menos mal que tengo un SUV. —Volteó los ojos.

—Eso, menos mal. —Reí.

Fuimos a poner la mesa, saqué los canelones del horno, que tenían una pinta buenísima, y nos sentamos a comer antes de comenzar con los regalos.

Me comentó que sus padres y tíos ya habían resuelto el leve problemilla de alojamiento, y es que en la casa no había ninguna habitación disponible para Douglas pudiera dormir, así que Ingrid y Max dormirían en el salón en un colchón hinchable que iban a llevar ellos. De esta manera, él podría dormir en la habitación de su prima.

Y dado que Douglas era como un padre para mí, si a mi querido *Highlander* le daba por jugar a los médicos conmigo, me tendría que tapar con la almohada de nuevo.

Después de comer y tomarnos el café, nos pusimos manos a la obra con los regalos. Él estaba al tanto de que tenía la intención de comprar un pequeño detalle para cada uno de ellos, algo que sería de parte de Douglas y mía. Aunque él me dijo que no era necesario, para nosotros sí lo era, porque ya que nos invitaban a pasar esas fiestas con ellos, no pensábamos ir con las manos vacías.

Sloan también había comprado regalos para todos, pero él lo hizo en las tiendas del pueblo y allí mismo se las habían envuelto, así que ese trabajo nos lo ahorrábamos, como decía él.

Cada cosa que veía y le decía para quién era al pedirle que me preparara la pegatina con el nombre, sonreía diciendo que le iba a encantar.

Había tenido la oportunidad de ir a comer un par de días más con toda la familia, así que me fijé en sus gustos para comprarles regalos acordes a ellos.

Cuando acabamos, preparé otro café mientras Sloan leía esos nuevos capítulos. Me acomodé en el sofá a su lado y sonrió al coger su taza para volver a centrarse en la lectura.

—Me encantan, y me tienes de lo más intrigado para saber qué pasará al final.

—Pues todavía te queda hasta averiguarlo, porque tengo algunas ideas más de cositas que van a ir pasando —sonreí.

—Al final tendré que ponerme uñas postizas porque veo que me las morderé todas con la intriga.

—Qué bobo eres. —Reí, dejando caer la cabeza en su hombro.

Me encantaba estar así con él, y en los momentos que compartíamos juntos cuando llegaba a mi casa para las comidas, era como si fuéramos una pareja de muchos años juntos de relación.

Capítulo 19



Llegó el día de Nochebuena, y los tres pusimos rumbo a la casa de los padres de Sloan después de desayunar los churros que había traído Douglas.

Él seguía dándole las gracias a Sloan por haberle invitado a pasar esos días con su familia, aunque decía que no quería molestar, a lo que el señor doctor le contestaba que nada de molestar, sino todo lo contrario, pues su familia sabía que él era como un padre para mí y estas fechas eran para estar juntos.

Cuando llegamos, sonreí al ver aquella bonita estampa navideña, con la casa enmarcada por ese fondo con el paisaje cubierto de nieve.

Sloan paró en la puerta y bajamos para ir sacando todo lo que llevábamos para esos días y dejarlo en la puerta, hasta que Helen abrió y sonrió al vernos.

—Triana, hija, qué alegría verte otra vez. —Me dio un abrazo.

—Hola, Helen. Él es Douglas —sonreí al presentárselo.

—Mucho gusto —dijo él, tendiéndole la mano.

—A mí me das dos besos, la mano, a mi marido. —Nos echamos a reír al ver que le cogía de la mano y tiraba de él para darle dos besos—. Pero ¿qué traéis aquí?

—Equipaje y regalos —murmuré.

—Hola, mamá. —Sloan se unió a nosotros y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, hijo. Venga, sube los regalos a vuestra habitación antes de que los vean los niños —le pidió en flojito, y él cogió las cajas, pues en bolsas iban a verse más.

Douglas y yo cogimos el equipaje y subimos a las habitaciones, le indiqué cuál era la suya y tras dejarlo todo, fuimos a reunirnos con el resto de la familia.

Tras hacer las presentaciones, Cameron y Greg se llevaron a Douglas al porche a tomar una copa de vino y charlar, mientras que Mike, Steven y Max, junto con Hans y Tom, se iban a encargar de preparar unas cestas con chuches y chocolatinas para todos.

Y es que Helen estaba en el salón dando órdenes a todos de lo que teníamos que hacer para ayudar con la preparación de la comida y la cena.

—No sé por qué no nos dejan hacerlo con ellos —dijo Megan, la más chiquitina.

—Porque te comerías más chocolatinas de las que pondrías en la cesta, hija mía —contestó Steven, su padre, y me tuve que reír.

—Bienvenida a la guerra de Navidad de cada año —murmuró Sloan con una sonrisa.

El salón estaba decorado de un modo precioso, con un árbol enorme en la esquina que quedaba junto a la ventana que daba al porche, lleno de guirnaldas de varios colores, luces y un montón de adornos.

También había figuras típicas navideñas en el mueble, y en la chimenea habían colgado un calcetín para cada uno, con el nombre bordado. Sloan me dijo que a su madre le encantaban estas fiestas y que, aunque las pasaba cocinando y dando órdenes, las disfrutaba como si fuera una niña.

Ese primer día de fiesta, fue una constante montaña rusa de preparativos. Todos tenían su tarea, y a Sloan y a mí nos tocó pelar patatas y trocear verduras, que después Helen, Hanna y Lucy cocinarían para la cena.

Para la comida habían preparado la sopa y un pescado al horno, mientras que para la cena tendríamos una gran variedad de recetas tradicionales como los *haggis* que, según me dijo Sloan, nunca faltaban en las cenas navideñas. Pero también un pavo asado, que ya estaba en el horno y que tenía una pinta buenísima.

Después de comer todos decidimos irnos a descansar unas horas, pues nos esperaba una noche de fiesta sinfín, como había dicho Ingrid, que mucho me temía que acabaría llevando la batuta como quien dirige una orquesta.

Para esa noche me puse un vestido de punto en color *beige* y las botas marrones, me maquillé un poquito en tonos muy suaves y naturales, y me recogí el cabello en una coleta alta.

Cogí el móvil para hacerme una foto y se la mandé a Eva, que me envió una de ellos tres de vuelta, deseándome una feliz noche.

Sloan se había puesto un pantalón negro y una camisa blanca que le sentaban de muerte, se veía sexi y de lo más apetecible.

—Tengo una pregunta —dije cuando se acercó, y acabó inclinándose para darme un beso.

—¿Qué pregunta?

—¿Tu tía Lucy ha traído ese licor de la fiesta de compromiso de Ingrid?

—Ese licor nunca falta en estas fiestas.

—Pues, entonces he hecho bien en dormirme una siesta —suspiré y él soltó una carcajada.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también.

—Vamos.

Bajamos con las manos entrelazadas y fuimos hacia el comedor, desde donde nos llegaba todo un torbellino de risas y caos, pero también el delicioso aroma de la comida.

Al entrar, me quedé sorprendida de ver aquella mesa en la que no faltaba de nada, y estaba preciosa decorada.

Hasta que vi a Megan cogiendo un trozo de queso con disimulo y, al saberse sorprendida con las manos en la masa, cerró la boca y me miró con terror. Pero le hice un guiño para que supiera que no iba a delatarla, a lo que vi que soltaba el aire.

Me encantaba esa niña, en realidad, todos los hijos de los primos de Sloan eran muy cariñosos y simpáticos, pero ella me había robado el corazón por completo.

Todos estaban de lo más elegantes vestidos. Douglas se acercó a nosotros y me dio una copa de vino con la que brindamos.

—Por tu madre —me dijo con los ojos vidriosos, y le acaricié la mejilla.

—Estaría feliz de vernos juntos.

—Lo sé, siempre le dije que te quería como a una hija. —Me abrazó.

—Bueno, pues ya estamos todos —anunció Helen entrando en ese momento con una cesta llena de pan—. ¿Quién tiene hambre?

—¡Yo! —gritamos todos al unísono, y acabamos riendo.

—A ver si no vamos a tener bastante comida. —Helen arqueó la ceja.

—Pues, si no hay bastante, tía Helen, pedimos unas *pizzas* —contestó Ingrid.

—Claro, como que la pizzería va a estar abierta por si llamas —le dijo Steven, volteando los ojos con ese humor que tanto me recordaba al de Sloan.

Nos fuimos sentando, cada uno en su lugar, más que preparados para disfrutar de esa primera cena navideña.

La mesa estaba llena de platos tradicionales escoceses, como el famoso *haggis* y el pavo relleno que a Helen y las tías les había quedado buenísimo. Había una gran variedad de guarniciones, patatas, zanahorias glaseadas, *brussels sprouts,* que eran las típicas coles de Bruselas, que según me dijo Douglas la primera Navidad que pasé aquí, eran esenciales en toda Navidad escocesa, además de unos postres que tenían una pinta deliciosa, como los tradicionales *mince pies*, pequeñas tartas rellenas con una mezcla de frutas secas, especias, azúcar y un poquito de licor como el brandy o el ron, de ahí que no le dieran a los niños ese postre, además de un enorme *Christmas pudding*.

—Vamos a brindar —dijo la tía Hanna poniéndose en pie con su copa en alto.

—Nosotros no tenemos bebida, tía Hanna —dijo Megan.

—Solo nos faltaba daros una copa. —Rio Mike.

—Espera, que voy a por la botella de zumo de uva para vosotros. —Ingrid fue a la cocina y regresó con el zumo, rellenó las copas de los cuatro niños y, entonces sí, todos nos pusimos en pie con nuestras copas en alto.

—Por la familia, y que, a partir de hoy, pasemos todos juntos las fiestas de Navidad.

—¡Por la familia! —gritamos todos, y no pude evitar emocionarme al pensar en lo mucho que habría disfrutado mi madre este año con tanta gente.

Porque sabía que ella y la madre de Helen, así como sus tías, se habrían llevado muy bien.

—Triana. —Noté que Megan me tiraba de la manga.

—Dime, cariño.

—¿Nos ayudas a Kimberly y a mí con la guerra de bombones?

—¿Guerra de bombones? —pregunté frunciendo el ceño mientras sonreía.

—Es una especie de tradición familiar —me dijo Sloan—. Cada uno coge unos poquitos bombones y, cuando alguien esté despistado, lo lanza al plato de esa persona.

—Madre mía, pero si con un bombón podéis dejar a alguien tuerto. —Reí.

—¿Nos ayudas, Triana? —insistió la pequeña.

—Vale, pero hay que tener cuidado de no hacer daño a nadie.

—Voy a buscar a Kimberly. —Se fue corriendo.

—La niña tiene buena puntería.

—¿Siempre acierta en el plato? —Curioseé.

—No, en la cabeza de su objetivo —dijo, y me eché a reír.

Estábamos sentados todos tranquilamente en la mesa, Mike y Steven repartieron las cestitas con chuches y chocolatinas y también una cajita con bombones.

—Esos son para la guerra —me dijo Sloan señalando la cajita.

No tardaron Megan y Kimberly en venir donde estábamos nosotros, así que la pequeña se sentó sobre mi regazo y Kimberly en el de Sloan.

Entre los dos las ayudamos a que los bombones acabaran dentro del plato, porque solo faltaba que alguno se levantase el día de Navidad con un ojo morado.

Continuamos con la noche en el salón, tomando champán y el famoso licor de la tía Lucy, y cantando villancicos hasta que nadie pudo más y nos fuimos a la cama, o eso les dijimos a los niños, porque todos volvimos a bajar poco a poco para colocar los regalos en el árbol.

En cuanto Sloan y yo cruzamos la puerta de nuestra habitación, notamos el efecto del licor de la tía Lucy, y fueron nuestros cuerpos y el deseo que ambos sentíamos quienes tomaron el control del momento.

Capítulo 20



Me desperté con una suave caricia de Sloan en la espalda que me hizo sonreír, aunque no tardó en bajar la mano y llevarla entre mis piernas para comenzar de nuevo con esas caricias que me había estado haciendo durante toda la noche.

Acabé girándome y ni los buenos días nos dimos, directamente fuimos a por los labios del otro para besarnos con esas ganas que parecía que no se nos acabasen nunca.

Sus manos recorrían todo mi cuerpo, me estremecía ante el contacto de las yemas de sus dedos y sentía cómo mi clítoris pedía atención.

Llevé una mano entre ambos y no dudé en envolver su miembro con ella para acariciarle también, hasta que le incité a que me penetrara con dos dedos. Y aquello fue una locura.

Gemí en su boca y ambos nos movíamos al unísono con ese placer que sentíamos al tocarnos, hasta que me dejé llevar y liberé el clímax.

No tardó en penetrarme mientras nuestras manos estaban entrelazadas a ambos lados de mi cabeza, moviéndonos de lo más acompasados hasta que llegamos a un fuerte orgasmo al unísono.

—Buenos días, preciosa —dijo cuando recobramos el aliento.

—Buenos días —sonreí, y Sloan se inclinó para darme un beso en los labios.

—Venga, a la ducha, que toca desayunar chocolate caliente y abrir los regalos.

—No sabes si Santa Claus ha venido ya o no —dije, y se echó a reír, y entonces…

—¡¡Ha venido Santa Claus!! ¡¡Ha venido Santa Claus!! —gritó Megan.

—Ya la has oído. —Rio él—. A la ducha, y que sea rápido.

Y lo fue, porque nos duchamos juntos para ahorrar tiempo y agua, según dijo él, y en cinco

minutos estábamos empezando a ponernos el pijama para bajar.

—Vamos, que sois los últimos —protestó Megan, que se la veía de lo más nerviosa e impaciente.

—Pero ¡qué de regalos! —dije al entrar en el salón, aunque ya lo había visto la noche anterior.

Helen sonrió al tiempo que nos entregaba nuestras tazas de chocolate, y Sloan y yo fuimos a sentarnos junto a Douglas.

Muchos de esos regalos estaban envueltos con papel dorado y lazos rojos, otros, con papel plateado y lazos negros. Había algunos con papel blanco, otros rosas, celestes y algunos verdes.

Primero empezó a abrirlos Megan, era normal porque al ser la chiquitina de la familia era la más nerviosa y menos paciente para hacerlo.

Gritó con cada uno de ellos de un modo que no sabía cómo no se quedaba sin voz, pero es que se veía que le gustaban todos los que iba descubriendo.

Había botas, zapatos, ropa, un abrigo precioso en color rosa pastel, un conjunto de gorra, guantes y bufanda, pijamas, cuentos, juguetes y algunas muñecas.

Sloan me dio un apretón en la mano al ver que la muñeca y el cuento que yo le había comprado le gustaron, pues resultó ser de uno de sus personajes Disney favoritos.

Los siguientes en abrir sus regalos fueron Kimberly, Hans y Tom, quienes también quedaron más que encantados con todo lo que Santa Claus les había dejado esa noche mágica bajo el árbol.

Los adultos no esperamos turnos, Ingrid fue repartiendo los de cada uno y cuando teníamos todos, los abrimos.

Ropa, zapatos, perfumes, algunos relojes, pulseras y pendientes, y todos más que encantados.

Yo había comprado una pulsera a cada una de ellas con su inicial y un cristal del color que más les había visto puesto, cada una era diferente, y las cuatro quedaron encantadas. Mientras que para ellos me decanté por una bufanda y unos guantes de piel.

A Douglas le había comprado un reloj en el que grabé mi nombre y el de mi madre junto a un «Te queremos» que hizo que me mirara con los ojos vidriosos.

A Sloan le compré un bolígrafo de una firma muy conocida para que lo llevara al trabajo, sabía que eso era algo que iba a usar mucho, además de una cartera de piel de la misma firma para que guardara la documentación y demás, pues había visto que la suya estaba ya un poquito gastada.

Y me emocioné al ver todo lo que me había regalado a mí la familia de Sloan. Había pijamas, vestidos de punto, un par de botas negras, un abrigo y un perfume. Sloan me había comprado un reloj de lo más fino y delicado que no me esperaba para nada, así como unos pendientes preciosos con forma de corazón.

Douglas, por su parte, me regaló una preciosa cadena de oro con un colgante con forma de trébol también de oro.

La emoción de abrir los regalos pasó también llena de risas, y tras tomarnos el chocolate, Helen dijo que el desayuno esperaba en el comedor, así que allí fuimos todos dejando los regalos en el salón.

—Triana, ¿vienes con nosotros a hacer muñecos de nieve? —me preguntó Megan cuando acabamos de desayunar.

—Vale, pero tenéis que abrigaros bien.

—Sí, sí, vamos a vestirnos, Kimberly. —Cogió de la mano a su prima y las dos salieron corriendo para ir hacia las escaleras.

—Esas dos niñas van a acabar contigo estos días, hija —dijo Helen sonriendo.

—Tranquila que, con todo lo que vais a poner de comer, me vendrá bien hacer ejercicio.

—No me digas que mi primo no te pone a hacerlo por las noches —soltó Ingrid sin cortarse lo más mínimo.

—Qué cotilla eres, hermanita —la reprendió Mike.

—Ah, que tú y Steven no habéis pensado lo mismo, ¿verdad? Por favor. —Volteó los ojos y me eché a reír, pero sonrojada.

—Prima, me alegra saber que te preocupas por las rutinas de ejercicio nocturno de mi chica —contestó Sloan, y ahí sí que no sabía dónde meterme.

—¿Queréis parar? La pobre Triana está roja como los tomates —comentó Lorie—. Perdónalos, que cuando se juntan los cuatro…

Sonreí, y justo en ese momento aparecieron las niñas ya vestidas.

—Venga, todo el mundo a por sus abrigos que salimos a hacer muñecos de nieve —anunció la tía Lucy dando una palmada.

—Eso, al menos así dejamos un poquito de lado tu licor —le dijo Greg, su marido.

Y sí, salimos todos al jardín para disfrutar de la nieve antes de sentarnos a la mesa a comer en ese día de Navidad que había comenzado cargado de risas y bromas.

—Vas a ver que todos son unos expertos en hacer muñecos de nieve. Tendrás que ponerte a la altura de las circunstancias —me dijo Sloan con una sonrisa de lo más traviesa.

Abrigada como si estuviera en la casa de Santa Claus por el frío que hacía, salí al jardín con los demás, riendo mientras corría detrás de las dos niñas que ya comenzaban a amontonar bolas de nieve para su muñeco.

Y mientras las ayudaba a ellas, Sloan me contó historias de cuando era niño y de las Navidades que había pasado en esta casa con sus padres, tíos y primos.

Los muñecos estaban quedando muy bien, todos repartidos por el jardín, y entonces vi que Megan cogía una bola de nieve y se le iba dibujando una sonrisilla de lo más traviesa en la cara, casi como la de Sloan antes de que saliéramos de la casa.

No tardé en descubrir el motivo de aquellas sonrisas, cuando vi que la niña lanzaba la bola con todas sus fuerzas hacia donde estaba su hermano Tom, que gritó al recibir tremendo bolazo.

—¡¡Megan!! —gritó, y claro que supo que había sido ella porque era la única de toda la familia que estaba disimulando.

—¡¡Guerra de nieve!! —anunció Ingrid a chillidos, con una bola en cada mano, lanzando una hacia donde estaba su hermano Mike y la otra, hacia Steven.

De lleno, al igual que Megan, Ingrid les dio a los dos de lleno con las bolas en la espalda, y ahí comenzó la guerra tal como había dicho.

Hasta Douglas se animó a lanzar algunas bolas, y cuando muchas de las que todos lanzaban venían hacia mí, por ser la recién llegada a la familia, me puse detrás de Sloan pidiendo que parasen.

—No, no, a Triana no, que nos quiere mucho a los cuatro primos —dijo Megan, que comenzó a lanzar nieve a puñados a toda la familia.

—Eso, cariño, tú defiéndeme a mí que somos amigas, ¿vale?

—Sí, yo te defiendo, Triana —contestó, y siguió lanzando nieve y bolas con una fuerza, que a más de uno le dio de lleno en la cara y se la dejó bien roja.

Desde luego que estas estaban siendo unas fiestas muy diferentes para mí. Me faltaba mi madre, pero había ganado una nueva familia que, de alguna manera, me estaba mostrando el verdadero significado de la Navidad.

Capítulo 21



Los días habían ido pasando y en cada uno de ellos no faltaron risas ni tampoco las bromas por parte de toda la familia de Sloan. Incluso Douglas se había sumado a esas bromas con las niñas, pues vi que con la pequeña Megan tenía una conexión especial.

Ojalá, él y mi madre se hubieran conocido mucho antes, siendo más jóvenes, y quién sabe si hubieran tenido familia, si me hubieran dado hermanos que algún día me hicieran tía.

Estaba claro que cada cosa que nos pasaba en la vida tenía su momento y razón de ser, y que Douglas se cruzó en el camino de mi madre justo cuando decía hacerlo, ni antes, ni después.

En estos días le había visto sonreír y reír como ninguno de los días que hacía que llegué a Escocia.

Me alegraba que estuviera disfrutando de este momento tanto como yo, y de que hoy, último día del año, fuera a tener la suerte de poder decir adiós a esos momentos de dolor por los que ambos habíamos pasado, y dar la bienvenida a nuevos tiempos.

Durante estos días, toda la familia de Sloan nos había hecho sentir a los dos parte de ella, nos acogieron desde el principio y la verdad que era de agradecer.

Estaba en la habitación, acababa de ducharme y estaba a punto de vestirme cuando me entró una llamada de Eva.

—¡Hola, cariño! —grité al descolgar.

—Hola, preciosa. No te entretengo mucho, que seguro que estás ya a punto de prepararte para despedir el año.

—Pues, sí, en toalla me pillas. —Reí.

—Anda, que estás esperando a que llegue tu médico para que te haga una revisión, pillina.

—Qué loca estás. —Volví a reír.

—Que se acaba el año, mi niña, y quería decirte que, aunque sea lejos, porque me da en la nariz que, volver a Sevilla, no vuelves, que sepas que me vas a seguir teniendo siempre que lo necesites, ¿de acuerdo? Que eres como una hermana para mí, Triana, y que te quiero mucho, *miarma*.

—Jolín, Eva, menos mal que no me había maquillado todavía, que me has hecho llorar, capulla —dije secándome esas lagrimillas que caían por mis mejillas—. Tú también me tienes, y te quiero mucho.

—Lo sé, pero ¿sabes? Me alegro de que al fin encontraras una persona que te vea de verdad y te valore, mereces ser feliz.

—Y yo también me alegro, que le quiero mucho y es recíproco.

—Venga, ponte el tanga sexi para que te lo arranque esta noche y así empezáis bien el año —me dijo, y solté una carcajada—. Disfruta de la noche, cariño.

—Y tú. Dales un beso a tus chicos.

—De tu parte. Adiós.

Colgué y se me quedó un nudito en la garganta mientras las lágrimas seguían cayendo.

Las limpié y saqué el vestido de lana negro que iba a ponerme esta noche con las botas del mismo color.

Iba a empezar a maquillarme cuando entró Sloan para darse una ducha, y es que él y Max habían estado trayendo más leña para la chimenea porque esta iba a ser una noche un poco más fría que las demás.

Me dio un beso rápido en los labios y cuando le vi quitarse el jersey y la camiseta, me mordí el labio de manera inconsciente.

No era para menos porque mi *Highlander* estaba para mojar pan y repetir por golosa.

Aparté algunos pensamientos lujuriosos de mi mente porque no había tiempo para ellos. Me maquillé y sequé el pelo mientras esperaba a que Sloan terminara de preparase, para así bajar juntos.

Una vez que estuvimos listos, me pidió que nos hiciéramos una foto, la última del año, dijo, y sonreí.

Se colocó a mi espalda, rodeándome con ambos brazos por la cintura, y posamos para un selfi los dos sonriendo, además de para una foto de cuerpo entero que nos hicimos a través del reflejo del espejo que tenía en la habitación y quedó preciosa. Me dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Tengo algo para ti —dijo mientras nos mirábamos a través del reflejo.

—¿Para mí? —Fruncí el ceño.

—Sí. —Llevó la mano a su bolsillo y sacó una caja de tamaño mediano, esa que abrió sin dejar de rodearme con sus brazos y dejó ver una fina y elegante pulsera de plata con un pequeño árbol de Navidad colgando.

—Sloan, es muy bonita. ¿Me la pones?

—Claro —sonrió y se colocó delante de mí para ponerme la pulsera.

—Pero ya me habías hecho un regalo por Navidad.

—Lo sé, pero el otro día cuando fuimos con las niñas a pasar la tarde fuera, lo vi y me gustó para ti. Quería que tuvieras un buen recuerdo de nuestra primera Navidad juntos. —Me acarició la mejilla.

—Nuestra primera Navidad —murmuré mirando la pulsera, y eso me sonaba a que habría muchas más, o eso esperaba—. Muchas gracias, Sloan, por todo.

Me puse de puntillas para besarle y él me pegó a su cuerpo en un abrazo que me hacía saber que todo lo que sentía por mí era real. Cuando se apartó, sonreímos y bajamos para reunirnos con los demás.

—Triana ¿nos ayudas a preparar nuestras uvas? —me preguntó Megan, que estaba esperándome en el pasillo del salón con Kimberly.

—Claro, vamos, así preparo también las de Sloan y las mías.

Megan se agarró a mi mano y me llevó hasta la cocina, donde Helen y las tías estaban terminando de preparar la cena, porque para esta última noche del año dijeron que no querían a nadie en la cocina.

Cogimos las uvas de la nevera y los cuencos pequeñitos que ya tenían preparados para ellas, y comencé a colocar las más pequeñitas para Megan, después las de Kimberly y, por último, las de Sloan y mías.

Helen me sonrió y hasta me frotó la espalda cuando pasó por mi lado una de las veces. Era una mujer muy cariñosa y me trataba muy bien, al igual que su hijo.

Volvimos al salón y avisé de que ya podíamos pasar al comedor, tal como me había dicho la tía Lucy, por lo que todos fueron saliendo para ir al comedor y ocupar sus asientos.

Sloan me dio un beso en la mejilla y me preguntó si estaba bien. Sonreí al tiempo que asentía para tranquilizarle, pero, la verdad es que hoy notaba mucho más que nunca la ausencia de mi madre.

Sabía que todo era cuestión de tiempo y que en algún momento dejaría de dolerme su partida, pero hasta que eso ocurriera, lo iba a pasar un poquito mal, la verdad.

Una vez sentados, vimos entrar a Helen y las tías, llevando cada una su bandeja que pusieron sobre la mesa.

Desde luego que con hambre no íbamos a quedarnos porque allí había comida más que de sobra y tendríamos para el día siguiente, como pasó en Navidad.

Comenzamos a cenar y de nuevo un montón de risas y comentarios, por no hablar de esos que hacían alusión al famoso licor de la tía Lucy.

—Algún día tendrás que decirnos qué lleva, mamá —dijo Ingrid.

—No, ese secreto se irá conmigo al más allá.

—No, no, mamá, déjalo en el más acá, que, si no, las fiestas van a ser muy aburridas. —Rio de nuevo Ingrid.

—Pues yo no sé qué es lo que tendrá ese licor, pero sí sé que varios de los presentes son fruto de una de esas fiestas en las que no faltó el licor.

Todos se miraron entre ellos y a sus padres, al igual que a Mike y Steven, y en sus caras se veía la duda de si serían ellos o sus hijos.

Pero nadie dijo nada, por lo que seguimos disfrutando de la cena, hasta que tomamos el postre y después nos preparamos para despedir el año con esas campanadas.

Cogimos las uvas, el champán y las copas, y nos fuimos acomodando en el salón delante de la televisión.

Sloan me tenía sobre sus piernas y me acariciaba la mía de manera distraída por encima del vestido mientras observábamos la imagen de la pantalla.

Pronto comenzaron a enfocar el reloj en un primer plano, sonaron los cuartos y todos estábamos listos para tomar la primera uva, y lo hicimos.

Y así, una a una, nos tomamos las doce uvas para decir adiós a un año en el que había perdido

a quien más quería, pero que también me había dado a quien más amaba.

—¡¡Feliz Año Nuevo!! —gritaron Ingrid y las niñas al unísono levantando los brazos.

Todos coreamos lo mismo y comenzamos con los besos y abrazos de buenos deseos, así como ese primer brindis del año.

—Feliz año, preciosa —murmuró Sloan acariciándome la mejilla, mirándome fijamente a los ojos.

—Feliz año, mi vida. —Me acerqué a besarle.

Sin duda, aquellas habían sido unas Navidades que nunca iba a poder olvidar, porque las había pasado con el hombre al que amaba con todo mi corazón y que me amaba de igual manera.

Capítulo 22



Enero venía pisando fuerte después de unas fiestas en las que había sentido que había sido el punto de unión más fuerte entre nosotros dos.

No había más que ver cómo me trató durante aquellos días, teniéndome en todo momento cerca, cogiéndome la mano, abrazándome y haciéndome todo tipo de muestras de cariño sin que le importase que nos viera su familia, eso para nada le hacía sentir incómodo, y aunque yo me sonrojaba, Sloan me demostraba que esas muestras entre nosotros eran de lo más normales.

Seguíamos viéndonos en mi casa entre semana y en la suya los fines de semana, compartiendo cada momento que podíamos juntos sin desaprovechar la ocasión de abrazarnos y quedarnos acurrucados en el sofá bajo la manta.

Dormir con él abrazándome esas dos noches era lo que más atesoraba, pues el resto de la semana no podía disfrutar de ese momento tan íntimo.

En estos días estaba avanzando en mi novela a toda leche, como diría mi madre. Tanto era así que esta mañana me había levantado temprano y, tras prepararme el café, comencé a escribir un nuevo capítulo que ya tenía muy avanzado.

Sloan había vuelto al trabajo después de las vacaciones navideñas, y esperaba ese mensajito de buenos días que me mandaba siempre antes de comenzar la jornada, cuando apareció Douglas más temprano de lo normal.

—¿Te han echado de la cama? —le pregunté carraspeando con una leve risilla, pero se me cortó pronto la broma al ver su cara.

—Triana, tienes que venir conmigo. —Vi cómo las lágrimas le caían por la cara y sentí que algo malo pasaba.

—¿Qué pasa, Douglas? —pregunté, a punto de llorar yo también.

—Sloan sufrió un accidente esta mañana cuando iba hacia el trabajo. Un coche no lo vio y se

lo llevó por delante cuando estaba a punto de entrar en el centro de salud.

Al escuchar aquello, sentí que el corazón comenzaba a latirme de manera más rápida y frenética, no podía ser, debía haber un error.

—¿¡Qué me estás diciendo, Douglas!?

—Se lo han llevado a Glasgow, tenemos que ir para allá, hija. No sé mucho más, solo que iba en una situación muy delicada.

—¡No, por Dios! —grité llorando y él me abrazó. Sentía que iba a desfallecer.

—Vamos, hija, ve a vestirte y vamos a verle —me dijo en un tono bajo y con la voz entrecortada, muy emocionado él también por lo que estaba pasando.

Me quité el pijama a toda leche mientras notaba que mi cuerpo temblaba por completo. Era incapaz de coordinar. Estaba como si de repente se me fuera la vida con cada segundo que perdía en salir de casa para ir junto a él.

El camino fue horrible; largo, lleno de incertidumbre y sin saber qué me iba a encontrar al llegar.

Douglas me había dicho que los padres de Sloan ya iban de camino. No me atrevía ni siquiera a llamar a su madre para no ponerla más nerviosa. Y, además, estaba en *shock*, era incapaz de pensar con claridad y no podía más que llorar en silencio mientras les pedía a todos los santos del cielo que cuidaran de él.

Douglas trataba de calmarme, pero poco consuelo encontraba yo en un momento como este, sin saber nada, sin saber cómo estaba él, si saldría de esta…

No, no quería pensar en eso porque Sloan sí iba a salir de esta, no podía no hacerlo porque su familia se quedaría completamente desolada.

Tuvimos suerte al encontrar aparcamiento y corrimos hacia la puerta de urgencias del hospital, allí me encontré con sus padres, de lo más abatidos.

—Triana —me dijo su madre llorando desesperada, abrazándome—. Mi hijo, mi hijo tiene que salir de esta. —Estaba sin consuelo y por sus palabras sentí que el asunto era mucho más grave aún de lo que me pudiera imaginar.

—¿Sabéis algo más? ¿Cómo va todo? —preguntó Douglas a mi espalda, porque yo no podía hablar, no encontraba mi voz en ese momento, y solo podía dejar que Helen me diera consuelo, al igual que yo se lo daba a ella con nuestro abrazo.

—Aún no, pero voy a informarme. Estaba esperando a que llegarais para no dejarla sola —

contestó su padre.

—Ya me quedo yo con ellas —le dijo Douglas, que nos arropó a ambas.

Cameron entró hacia dentro, ya que a él lo conocían en el hospital dado que estuvo trabajando toda su vida como médico allí. Nos fuimos a la cafetería los tres hasta que él viniera con noticias.

Me encontraba en *shock*, su madre explicaba que lo estaban operando de gravedad, ya que tenía una lesión medular, y ya solo escuchar aquello hacía que me estremeciera, desde luego que no sonaba para nada bien. Yo no quería ni imaginar las consecuencias que podría tener para Sloan. Porque iba a salir, él era un hombre joven, fuerte y sano, y saldría de esta.

El caso es que todo pendía de un hilo y pensar que todo lo bonito que habíamos vivido se podía quedar en un recuerdo agridulce... ¡No podía ser! No, me negaba a aceptar tal cosa, y en mi mente hablaba con él, con Sloan, y le pedía que luchara con todas sus fuerzas para que, todos los que le queríamos, pudiéramos volver a abrazarle de nuevo.

Temblaba y no era de frío. Lo hacía de nerviosismo, inquietud, miedo, agobio, desgarro, impotencia y un montón de sentimientos tan feos y fuertes que no me dejaban pensar en nada más que en que estaba viendo mi vida desvanecerse, y es que él era mi motor, mi todo. Sin Sloan nada tendría sentido.

El tiempo pasaba y, con él, los nervios nos atenazaban a los tres. Helen y yo queríamos volver a la sala de urgencias, pero Douglas nos pedía que, por favor, nos quedáramos allí hasta que Cameron llegara con noticias.

Helen estuvo en todo momento en contacto con su hermana y su cuñado, incluso los primos de Sloan llamaron para saber si había novedades, pero no pudo decirles más que seguíamos esperando.

Dos horas después apareció su padre, pero por la cara con la que venía me di cuenta de que no traía buenas noticias.

—Ya lo han operado —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. El pronóstico no es bueno, pero aún hay que ser prudentes —suspiró—. La lesión es fuerte y no saben si va a volver a tener movilidad y, en caso de que sí, el proceso va a ser muy largo.

—Pero ¿va a vivir? —pregunté con miedo porque no podría soportar que la respuesta, fuera una negativa.

—Sí, eso sí —dijo su padre mientras su madre lloraba abrazada a Douglas.

—Pues eso es lo que nos debe importar, que viva —dije llorando desgarrada—, lo demás con amor lo irá superando. —Terminé de decir con dificultad porque el llanto no me dejaba ni hablar, y el padre me dio un abrazo fuerte en el que lloramos con todas nuestras ganas.

Desolados, así nos sentíamos en ese momento. El teléfono de Helen empezó a sonar y, al ver que era Greg, Cameron lo cogió para hablar con su hermano y contarle las novedades. Cuando colgó, dijo que él se encargaba de llamar al resto de la familia.

Ahora mismo no se podía entrar a verle ni nada, solo su padre podía acceder por lo que le unía a ese hospital y el respeto que le tenían. Al menos no tendríamos que esperar a que uno de los médicos que le atendían saliese para hablar con él, tendríamos información de primera mano.

Había que ser prudentes y yo lo único que le pedía a la vida era poder abrazarlo y ayudarlo en todo el proceso porque a mí me tenía de verdad, porque su corazón era el que me había enamorado y ese debía de seguir intacto.

Tenía la sensación de que la vida no me quería dejar avanzar, que me arrebataba todo para no dejarme ser feliz y que estaba arrastrando a las personas que más amaba en el mundo, primero a mi madre y ahora este palo con Sloan, por no hablar de que con cinco años me arrebató a mi padre. ¿En serio era necesario tanto dolor? ¿Tan mala había sido en otra vida y el karma o lo que fuera me lo hacía pagar en esta?

El caso es que esto iba para largo y hoy no lo vería, pero yo me quería quedar en Glasgow igual que iba a hacer su madre. Así que íbamos a coger unas habitaciones en un hostal que había al lado del hospital.

Fui con Douglas de regreso al pueblo sobre las tres de la tarde a preparar una bolsa con ropa. Me dejó en casa y me puse a meter de todo porque sabía que me esperaba un tiempo allí y no pensaba moverme de su lado, al igual que su familia.

Douglas había hecho lo mismo y vendría después a recogerme.

Pensaba que era él cuando sonó mi móvil y vi que era Eva. Respondí y no pude evitar derrumbarme al contarle lo ocurrido.

Lloró conmigo y trató de consolarme como pudo, me pidió al despedirnos que le fuera contando cómo iba todo, y bajé para encontrarme con Douglas.

En todo momento nos tenía el padre de Sloan al tanto, nos dijo que ya estaba despierto, pero sedado. El *shock* era muy grande y hasta el día siguiente no pasaría a planta.

Llegamos a Glasgow de nuevo a las diez de la noche, porque en el camino habíamos perdido bastante tiempo. Nos alojamos en la misma habitación, ya que él tampoco se quería mover de aquí para ayudarnos en todo.

Era imposible contener las lágrimas junto a su madre, nos apoyábamos la una a la otra en medio de la tormenta emocional, eran la una de la madrugada y el dolor que sentíamos era tan intenso que parecía que nos desgarraba por dentro. La habitación de su madre estaba justo al lado de la nuestra, mientras que su padre no se movía del hospital, manteniéndonos al tanto de lo que

sucedía, pero todo seguía en el aire. Nadie sabía realmente qué consecuencias tendría la lesión ni cómo afectaría a su vida en el futuro.

Capítulo 23



Había tenido noches malas en mi vida, pero sin lugar a duda, esta, era la peor de todas.

Apenas dormí, di vueltas y más vueltas tratando de coger el sueño, pero este se me escapaba como si yo tuviera la peste, vaya.

Y tampoco quería molestar a Douglas, aunque por lo que escuchaba, él tampoco durmió demasiado en una noche en la que lo peor de todo era el no saber cómo estaba Sloan realmente.

A las siete de la mañana estábamos todos en la cafetería del hospital con los nervios desquiciados. Incluso llegaron Hanna, Greg y Lucy y, en cuanto nos abrazaron a Helen y a mí, ellas dos también se echaron a llorar.

Se notaba que eran una familia muy unida. Greg dijo que los primos de Sloan vendrían por la tarde para verle, que era cuando podían, pues los tres trabajaban.

Cameron nos comentó que en un rato lo iban a pasar a planta porque hoy estaba algo más espabilado, aunque nos advirtió que Sloan estaba ahora mismo muy pesimista, de mal humor y perdido. No salían buenas palabras de su boca, lo cual era comprensible. Era importante ponerse en su lugar y entender que su vida había cambiado drásticamente, que todas esas rutinas que él tenía ya no serían las mismas. Si, como pensaban, no iba a tener movilidad, esas rutinas iban a ser muy, pero que muy distintas.

Los médicos le habían comentado a su padre que había que esperar el resultado de varias pruebas y estímulos para saber el alcance de todo, pero que no pintaba bien, que había que prepararse para cualquier escenario.

Eran momentos de desesperación total, por eso estaba deseando entrar a verle para decirle que todo lo íbamos a afrontar y que no tuviera miedo, ya que no estaba solo y éramos muchos los que le queríamos.

Necesitaba abrazarlo y sentir que íbamos a poder con todo. Que la vida, por muy perra que fuera, lo tenía con vida y eso era ya un motivo para celebrar, aunque fuera en estas

circunstancias.

Qué difícil era todo y, aunque me intentaba animarme con ese rayito de esperanza, la realidad es que me estaba muriendo de tristeza y desolación.

La tía Hanna, como me había pedido que la llamara al igual que hacían sus sobrinos de verdad, no dejaba de abrazarme y frotar mi brazo a modo de consuelo, como hacía con su hermana Helen, a quien Lucy tampoco dejaba sola. Entre todos nos arropábamos en esos momentos de incertidumbre y dolor, que no eran pocos.

Eran las nueve de la mañana cuando primero entró su madre y estuvo a solas con él, como era normal y de respetar. Una madre es una madre, y era a la que más necesitaba en estos momentos.

Yo solo esperaba mi turno, estaba claro que Cameron entraría a verle, así como sus tíos, y yo sería la última en hacerlo junto con Douglas. Contaba con ello y no me importaba, siempre que pudiera verle y darle un abrazo.

Fue sobre las diez y media cuando, al salir ella de la habitación, fue su padre quien me dijo que ya podía entrar yo. Me sorprendió y, al mirar a sus tíos, todos asintieron y dijeron que me consideraban la pareja de su sobrino, así que, como tal, era mi turno. Me crucé fuera de la habitación con su madre y esta estalló en un sollozo diciéndome que tenía que animarlo, que no reconocía a su hijo. Eso me dejó de lo más cabizbaja.

Antes de abrir la puerta, cogía aire y, al entrar, me lo encontré mirando hacia el otro lado, donde había una ventana con la persiana completamente levantadas, dejando entrar la luz del día.

—Hola, mi vida —murmuré, intentando que me prestara atención, pero él seguía mirando hacia el otro lado de la cama—. ¿No me vas a saludar? —le pregunté mientras me acercaba, notando cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No deberías estar aquí —murmuró con tristeza, pero en tono firme.

—¿Cómo que no debería estar aquí, Sloan? ¿Qué cojones me estás diciendo? —pregunté con rabia y un llanto de impotencia al comprobar que no hacía ni el más mínimo gesto de alegrarse por verme.

—Esto lo ha cambiado todo…

—¿Qué me estás diciendo? —pregunté entre sollozos e inmóvil, sin saber cómo actuar. Estaba de lo más incrédula.

—No es lugar ahora mismo para ti, Triana. ¿Qué parte no quieres entender?

—¡Que me mires a la cara! —le grité con rabia, pero no lo hizo.

—Triana, no es momento de entrar en debates. Deberías tener un poco de empatía por la situación en la que me encuentro.

—¿Empatía? —grité— ¿Empatía para ti es que me vaya, dejando atrás lo que significas para mí?

—Puede que no vuelva a ser el mismo hombre al que conociste.

—¿Qué pasa, que te han arrancado el corazón? ¡Eres un imbécil! —exclamé, sintiéndome más herida que nunca en mi vida— A mí no me trates así, porque, aunque tú te pongas como quieras, no tengo intención de irme de Glasgow ni de alejarme de ti. Aquí estamos todos a una, te guste o no.

—No me hagas pedir que te prohíban la entrada.

—¿¡En serio me estás diciendo eso!? ¿¡En serio, Sloan!? —Creí que me iba a volver loca y a comenzar a partir todo de la impotencia y rabia, pero me controlé.

—Necesito estar solo, Triana. —Su voz sonaba firme—. Esta situación debo enfrentarla por mi cuenta, sin la compañía de nadie, solo yo.

—¿Me estás echando de tu vida? ¿Es eso? ¿De verdad pretendes que me vaya como si nada?

—Solo te digo que no son momentos para compartir con nadie.

No podía creer lo que estaba diciendo, y menos aún con la indiferencia con que me hablaba, que era lo más parecido a todo un desprecio.

Estaba en ese punto en el que no sabía si dar tres gritos, golpearle con el bolso en la cara para que espabilara o simplemente marcharme… Intentaba contar hasta cien, o incluso mil si hacía falta, mientras trataba de procesar lo que me estaba diciendo.

No parecía el mismo hombre que había conocido hasta ese momento, pero también intentaba ponerme en su lugar; debía estar completamente sobrepasado con su nueva realidad, ya que estaba al tanto de todo, como nos había dicho Cameron.

—Sloan, te entiendo, pero no lo pagues conmigo —murmuré en un tono bajo en un intento de hablar con él desde la tranquilidad—. Me moría por darte un abrazo, por decirte que estoy aquí para ti. Sé que no estás bien y que ahora todo te sobra, pero no me merezco esto cuando para mí el simple hecho de que respires ya me devuelve la vida.

—Necesito estar solo —dijo señalando hacia la puerta mientras las lágrimas le caían y era incapaz de mirarme.

—Me iré, pero vendré cada día y no me moveré de Glasgow.

—Regresa al pueblo, por favor. Aquí no pintas nada.

—¿De verdad crees que no pinto nada? ¿Vas a borrar de tu memoria todo lo que hemos compartido? ¿Y qué hay de la pulsera? —Le mostré la que me había regalado la noche de fin de año, esa con el árbol de Navidad, pero él seguía sin mirarme, solo dejaba que las lágrimas resbalaran por sus mejillas mientras mantenía la mirada perdida en la ventana—. Algún día, te tendrás que comer estas palabras —contesté con la voz entrecortada, y llorando casi sin visibilidad.

Salí de la habitación y me derrumbé en los brazos de Douglas que se había quedado esperando en el pasillo. Lloraba, intentándole explicar el vacío que me había hecho Sloan. Él me consolaba, diciéndome que entendía lo frustrante que era estar en esta situación, y que, como hombre, eso lo hacía sentir un poco menos en estos momentos.

Juro que lo entendía, pero nos podríamos haber abrazado llorando y diciendo que íbamos a salir adelante, no que me encontré con un muro tan duro que fui incapaz de derribarlo.

Estuve tomando un café con su madre mientras trataba de tranquilizarme, pero su rostro mostraba una preocupación inmensa por la situación. A ella también le había dicho que no debía haber nadie más presente, sobre todo si no pertenecía a la familia. Era como si estuviera en mi contra o, tal vez, sentía la frustración de darse cuenta de que ya no era la misma persona de antes.

Sin embargo, Douglas entró a visitarlo y vino triste, pero a él ni lo echó, ni nada, eso sí, no me nombró en absoluto y él no quiso aún hacer intento de nada para no alterarlo.

Regresamos al pasillo donde seguían los tíos con Cameron, que también habían entrado a verle, y en ese momento escuchamos el repiqueteo de unos tacones que se acercaban corriendo.

—¿Dónde está? —preguntó a gritos una mujer que pensé que venía a ver a alguna de las otras personas que estaban ingresadas, hasta que dijo el nombre— ¿Dónde está Sloan?

—¿Qué haces aquí, Bianca? —preguntó Cameron, y yo estaba poniéndome de lo más nerviosa.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Por qué he tenido que enterarme por una de las enfermeras del centro de salud de que mi marido ha tenido un accidente?

Y al escuchar aquella pregunta, juro por Dios que me fallaron las piernas de tal modo, que Douglas tuvo que agarrarme para que no acabara cayendo al suelo.

—¿Tu marido? ¿Con qué derecho dices esa palabra? —gritó la tía Hanna.

—Siempre será mi marido, por mucho que…

—No es tu marido, y no pintas nada aquí —la cortó Helen.

—Vete con ese novio tuyo con el que engañaste a mi sobrino, que no sé cómo has tenido la poca vergüenza de presentarte aquí si ya no eres parte de esta familia.

—Quiero verlo.

—Pues más vale que me pisotees si quieres entrar, porque no pienso dejar que lo hagas —dijo Helen.

—¿Es que crees que puedes volver a echarme de su vida? Me necesita, ahora me necesita más que nunca.

—No, no, no te equivoques —dijo la tía Lucy—, necesita a su familia, a las personas que le quieren bien y le aman de verdad, no a quien le prometió fidelidad y le pagó con unos cuernos.

Yo estaba en *shock* con lo que escuchaba, nunca habíamos hablado sobre el motivo por el que se divorció, y me estaba enterando ahora.

Ella miró a todos y se detuvo en mí al ver que Douglas me sostenía entre sus brazos.

No dijo nada y tampoco la dejaron, puesto que la tía Hanna dio un paso al frente y, con un simple gesto de cabeza, le dijo que se fuera por donde había venido.

Esto era lo que me faltaba para rematar el día, la aparición de la exmujer de Sloan haciéndose ver la más afligida por la situación.

Capítulo 24



Un nuevo amanecer en Glasgow y dispuesta a entrar a verlo como haría cada día que estuviera aquí, así me tuviera que enfrentar al mismo diablo.

Solo esperaba que Bianca, su ex, no apareciera de nuevo para armar un espectáculo.

Por lo que me contaron Helen y Hanna, la madre de Sloan descubrió que su mujer tenía una aventura, le dijo que no iba a contarle nada a su hijo porque eso le correspondía a ella, pero al parecer siguió sin confesárselo a él hasta que Helen le dijo que, si tenía un poquito de decencia, se lo contaría antes del final de esa semana y le diría que quería el divorcio y se iría para siempre de la vida de su hijo.

Resultó que Sloan lo sospechaba ya desde hacía algún tiempo, pero no quería terminar de creerlo, hasta que Bianca se lo dijo. Cuando fue a hablar con su madre y esta le dijo que la había visto con ese otro hombre y que le pidió que confesara y no lo hizo, acabó por darle ese ultimátum.

Desde luego, si antes me preguntaba por qué su ex había dejado escapar a un hombre como él, ahora me preguntaba qué le faltaba con Sloan para que se buscara un amante. En fin, estaba claro que siempre habría cosas que se me escaparían de las manos.

Había dormido muy poco y fueron muchas las veces que me desvelé a lo largo de la noche. Otra más sin casi conciliar el sueño y deseando que aquello no fuera más que una terrible pesadilla de la que me quería despertar, pero la realidad golpeaba con fuerza en el momento de poner un pie fuera de la cama.

El padre de Sloan se quedó por la noche con él a pesar de que este lo intentó echar de mil maneras.

Nos reunimos en la cafetería con su familia, que estaba de lo más cabizbaja, pero muy pendientes de mí y tratándome con un cariño increíble, como si fuera una más, como siempre había sido en su casa, a pesar de las palabras de su hijo.

—Vaya carita tienes, hija —me dijo la tía Hanna acariciándome la mejilla.

—No ha dormido mucho. —Escuché que le decía Douglas, y cuando le miré, se encogió de hombros como diciendo que me sentía moverme.

—Eso nos pasa a todos, hasta que no esté fuera de aquí, ya podemos olvidarnos de dormir —comentó Cameron, y era cierto.

Después de comer algo, lo justo para que ninguno me diera la bronca, subimos a planta.

Esta vez entré yo la primera. Sabía a lo que me enfrentaba, pero no por eso iba a dejar que me doblegara y desistiera de estar allí con él, pues era el lugar en el que quería estar, a su lado en los malos momentos, al igual que lo había estado en los buenos.

—Buenos días, Sloan —dije en tono decidido.

—¿Qué haces aquí, Triana? —preguntó, llevando su cara de nuevo hacia la ventana.

—Pues mira, como no tengo otra cosa mejor que hacer, me dije a mí misma que con estas vueltecitas al hospital por lo menos me entretengo un ratito —contesté con ironía, pero ni por esas se dignó a mirarme.

—No deberías de estar aquí.

—Ni tú tampoco, pero ya ves, la vida nos pone a cada uno donde le da la gana y no podemos hacer nada contra eso. —Me encogí de hombros mientras intentaba aguantar el tipo a pesar de que me estaba muriendo de tristeza por dentro. Pero le iba a demostrar a Sloan que, a fuerte y cabezona, no me ganaba nadie.

—No deberías estar en Glasgow.

—Habló el alcalde de la ciudad. —Me senté a un lado de la cama mirando hacia la ventana.

—No quiero ser más duro, pero deberías irte.

—Mira que eres pesado, chaval —negué—. ¡Qué no me voy a ir a ningún lado! Joder, a ver si te enteras de una puta vez —resoplé como si de una bronca normal se tratase.

—¿No entiendes que ahora no me apetece nada? —preguntó en un tono más alto, pero sin llegar a gritar.

—Claro que sí, pero es que yo no soy juguete de nadie. No me puedes colocar en tu vida y al día siguiente tratarme como si no fuese nadie ni valiese nada para ti, ¿sabes? Si me quiero ir, me iré por mí, no porque tú me lo digas. A ver si lo vas entendiendo y así todo será más fácil.

—No quiero estar contigo, Triana.

—Y dale —eso me había matado, pero no pensaba entrar en su juego—, mira que eres pesado, hijo. No me importa lo que desees, que, como me dijiste una vez, no voy a permitir que nadie me dicte cómo debo vivir mi vida. Así que aplícate el cuento, porque no tengo intención de abandonar la ciudad hasta que salgas del hospital. ¿Te ha quedado claro o necesitas que te lo escriba?

—¿Y qué harás luego? ¿Piensas tirar la puerta de mi casa para entrar? ¿Colarte por una ventana?

—Tengo llave —sonreí mirándole, aunque él no me mantenía la vista—, pero si cambias la cerradura, ya te digo yo que la tiro si me da la gana, o llamo a un cerrajero de esos que trabajan veinticuatro horas, y digo que me las dejé en el otro bolso.

—Triana, mi vida ha cambiado. ¿No lo entiendes? —gritó con rabia.

—¡No me grites, chaval! ¡Que yo también sé gritar! —le chillé más fuerte— Está bien, si no quieres que vaya a tu casa, no iré, pero no me vas a echar de aquí porque simplemente no quiero. ¿Lo has entendido o necesitas que lo repita más alto? Ya estoy hasta las narices de ser la que elegís cuando os conviene, de que me uséis a vuestro antojo y luego me deis una patada como si fuera un trasto viejo e inútil. ¡No me voy! Y si no te queda claro, puedo decírtelo en varios idiomas.

Me senté en el sillón que pegué a la ventana y ahí me quedé, dejando claro que no me movía ni la Guardia Civil, que en este caso era imposible porque eso estaba en España, pero vamos, ni la policía de aquí me hacía salir de la habitación, al menos por un buen rato, ya que entrarían otros familiares a verlo.

Estaba hecha una mierda, dolida como Sloan no se hacía una idea, quería llorar, gritar más, patalear y hacerle ver, mientras le obligaba a mirarme a los ojos, que le quería tanto que esto que me estaba haciendo era el mayor dolor que alguien podría soportar.

Le amaba con toda mi alma y, en ese momento, sentía que mi corazón se rompía en mil pedazos por la forma en que me trataba y su indiferencia. Podía comprender su situación, pero él debía saber que cuando alguien te ama de verdad, cuando eres todo su universo, nunca te abandona, no te traiciona con otra persona ni te hace sentir que no vales nada.

—¿Hasta qué hora piensas quedarte? —me preguntó media hora después.

—Media hora más. Luego irán entrando los demás por turnos.

—Quiero que te vayas ya, por favor.

—No me voy a ir —murmuré mirando el móvil y pasando de él. Eva me había puesto un

mensaje para saber cómo estaba Sloan, y de manera resumida le conté lo que estaba pasando. Ella tampoco se lo podía creer, aunque se pusiera en su lugar y llegara a entenderlo.

—No me hagas decirte cuatro cosas.

—Como si me quieres decir cien, aquí estoy para escuchar esas cosas que necesites sacar.

—No me apetece estar contigo, no quiero seguir con algo que ahora mismo no siento.

—No voy a caer en tu trampa y responderte de una manera que te haga sentir aún peor. No te voy a obligar a tener una relación sentimental conmigo si no es lo que deseas, pero ten en cuenta que no me voy a ir de la ciudad y voy a seguir viniendo. Así que más te vale aceptarlo. ¿Está claro, señor *Highlander*?

—Lo nuestro ha terminado…

—Luego me voy a llorar a mi habitación. ¿Algo más?

—No regreses, por favor.

—Mañana por la mañana estaré aquí, y no regreso por la tarde porque todavía tienes derecho de número limitado de visitas. Sin embargo, la mía es innegociable, así que te quede claro que nadie, ni tu familia, puede quitarme ese derecho. Aunque para ser justos, dudo que ello lo hagan. Al menos hay algunos que todavía tienen un poco de sentido común.

—¿No comprendes que no me apetece verte?

—Eres muy pesado, Sloan, hijo, pareces un crío.

Se hizo otro silencio que duró otra media hora. Momento que sabía que me tenía que ir, ya que las visitas eran de hora en hora, y no en todos los horarios.

Lloré mucho al salir, pero delante de él conseguí hacerme la fuerte y no demostrar debilidad ni aceptación por lo que me estaba pidiendo. No lo iba a dejar por nada del mundo y entendía su frustración cada vez más.

Su madre y sus tías me abrazaron para consolarme antes de que entrara Helen, quien me dijo que, si pudiera, hablaría con él, pero las dos sabíamos que no iba a escuchar ni una palabra.

El día se me hizo eternamente largo y las esperanzas de que él volviera a andar cada vez eran menos, pero a mí no me importaban sus piernas, me importaba él y todo lo que me había hecho sentir. Lo amaba con todo mi corazón, ese que me latía con más fuerza para marcar mi perseverancia y que no decayera, porque sabía que, por mucho que me quisiera echar de su vida, me necesitaba a su lado.

Capítulo 25



Diez días habían pasado desde el fatídico accidente y aún seguía aquí luchando contra un Sloan que cada vez me trataba peor y era más injusto conmigo, ya que me decía cosas que me dolían demasiado, pero yo seguía en mis trece.

Y no, por suerte no supimos nada de su exmujer o, al menos, a mí nadie me dijo nada al respecto.

A Sloan le habían hecho un montón de pruebas y, por ahora, la idea de que pudiera volver a caminar era algo impensable debido a la gravedad de su lesión. Estábamos a solo un día de que le dieran el alta, según tenían previsto los médicos, y le habían dicho a Cameron que, siempre y cuando no hubiera cambios ni empeoramientos, podría regresar a su casa. Su padre se había encargado de comprarle una buena silla de ruedas, a la que debería de acostumbrarse.

Su tía Hanna se iba a ir a vivir con él al menos por una temporada, y yo me temía que no iba a tener lugar ni cabida en su vida porque él solo insistía en que me marchase y que no quería estar conmigo. Me había hecho demasiado daño con cada una de sus palabras, pero yo seguía ahí, dejándome la vida por estar al lado de mi gran amor, ese que temía perder una vez que regresásemos al pueblo.

Había ido a visitarlo todos los días, solo para que me dijera que me marchase. Y al ver que no lo hacía, nos quedábamos en silencio durante esa hora en la que podríamos haber charlado de tantas cosas. Podría haberle propuesto ir a su casa, ofrecerle mi ayuda y estar a su lado en esos momentos iniciales en los que realmente me necesitaba.

Pero aquel hombre era cabezón como él solo, y conmigo estaba claro que había dado con la horma de su zapato porque yo, cabezona, era un rato.

Eva estaba esos días también muy pendiente y preguntando si la cosa entre nosotros mejoraba. En cuanto le decía que todo seguía igual y que él no hacía ni el más mínimo intento de mirarme o hablar como personas civilizadas y adultas que éramos, me decía que tuviera paciencia, que al final seguro que entraba en razón y en unos años los dos nos acordaríamos de esto como una simple anécdota, porque el amor todo lo puede, y el nuestro, era de los fuertes.

Solo que no estaba yo tan segura de conseguir que Sloan se bajara del burro y me dejara seguir en su vida como quería hacerlo, porque estaba dispuesta a luchar a su lado y a ser ese punto de apoyo en este camino que tenía por delante.

Antes de mi última visita, disfruté de un café con su familia. Luego me iba para el pueblo, dado que a la mañana siguiente lo llevarían a él y no tendría la oportunidad de verlo, ya no habría visitas.

La tía Hanna me animaba y decía que, aunque su sobrino era un cabezota igual que su padre, su tío y sus dos primos, era un hombre de gran corazón que me quería, que ella se lo había visto en los ojos y que la mirada era el reflejo del alma.

Sabía que me había querido mucho y que por esto no podía dejar de hacerlo, no podía ser que se quisiera deshacer de mí solo porque no iba a poder caminar. ¿Qué importancia tenía? Podíamos seguir paseando por el pueblo como siempre, que a mí no me dolía tener que empujar la silla ni mucho menos. Pero no, él se encerraba en sí mismo y en sus pensamientos, y yo no le importaba en absoluto.

—Buenos días, Sloan —le saludé como cada mañana al entrar—. ¿Podemos hablar hoy desde la tranquilidad? Es el último día que puedo visitarte. —Intenté que este día no fueran reproches y ataques simultáneos.

—Triana, no empieces con lo mismo. ¿No entiendes que quiero estar solo y que no me apetece nada seguir con algo que ahora no contemplo de ninguna de las maneras?

—¿Y me lo tienes que decir en ese tono?

—En el mismo que llevamos todo este tiempo discutiendo. Que no quiero más que estar solo y replantearme mi vida, y tú sigues viniendo a pesar de que te pido una y otra vez que no vengas.

—En la que yo no tengo hueco… —dije con toda la pena del mundo y un dolor en mi corazón que no sabía ni cómo podía soportar.

—Desde que entré en este hospital ya no soy el mismo, Triana. ¿Tan difícil es de entender? —decía con un tono poco amigable mientras yo me derrumbaba por completo y no podía esta vez reprimir mis lágrimas.

Había evitado llorar delante de él a toda costa en estos días, pero hoy ya no podía más, hoy me sentía completa y absolutamente devastada por la situación. Tan dolida y rota por dentro, que las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas mientras Sloan seguía sin dirigirme una sola mirada.

Su indiferencia, sin lugar a duda, dolía como debían doler mil puñales clavándose en el cuerpo.

—¡Nos amábamos de verdad! —grité con rabia y esas lágrimas de dolor que no paraban de salir— Te amo con todo mi corazón y me da igual que te funcionen las piernas o no. Mi amor es de verdad, Sloan.

—No soy el mismo —repetía sin siquiera mirarme a los ojos.

—No eres el mismo porque no lo quieres ser, pero dudo que puedas dejar de sentir por una persona de esta manera.

—Ahora mismo mis prioridades son otras.

—Se tiene hueco para lo que se ama, pero tú eres un cobarde, eso me queda claro. Un cobarde que no quiere enfrentarse a la realidad y dejar que la mujer que le ama se quede a su lado para ayudarle, para ser su apoyo y demostrarle día a día que ese amor que siente es tan real como que estamos en esta habitación ahora mismo. No pido ser tu prioridad, Sloan, ni mucho menos, pero sí una parte de tu vida. ¿No lo entiendes? —grité.

—Por favor. —Señaló hacia la puerta.

—Ojalá fuera yo la que estuviera ahí y hubiera alguien con el mismo amor hacia mí que el que yo tengo por ti. Que te vaya muy bonito. —Cogí el bolso y salí de la habitación sabiendo que probablemente sería la última vez que lo viera, pero ¿qué podía hacer yo en contra de su decisión?

Me quedé con su familia mientras Douglas se despedía de él, ya que regresábamos al pueblo y ya habíamos recogido todo de la habitación y lo habíamos dejado en el coche a primera hora de la mañana.

Su madre y su tía estaban sufriendo al ver cómo me alejaba, a pesar de que yo había demostrado que me importaba, incluso con todos los desprecios que me venía haciendo a lo largo de los días que había estado aquí para poder verlo, aunque solo fuera un ratito.

Douglas regresó y me fui despidiendo de ellos entre lágrimas de desolación. Para mí se acababa todo, dado que yo no podía obligarlo a que me abriese las puertas de su casa y era algo que me había dejado bien claro, que allí no me recibiría.

El camino de regreso fue lo más doloroso que había sentido nunca, porque si cuando vine la primera vez venía asustada por lo que podía pasar, ahora me iba con la sensación de haberlo perdido todo, y eso era algo tan duro que me llenaba del más absoluto vacío.

Douglas intentaba calmarme y me decía que confiase en la vida, pero ¿cómo confiar en ella cuando solo me había dado golpe tras golpe y traído desgracias?

Llegué a casa y Douglas se ofreció a ir al supermercado para que yo no tuviera que enfrentarme ahora a las preguntas de los vecinos que, preocupados, se interesarían por su estado

de salud. Aunque estaba claro que ya sabían que su situación a partir de ahora sería diferente.

No podría volver a trabajar, según había escuchado decir a su padre, iba a empezar a cobrar la pensión, ya que él se había encargado de gestionar todos los trámites necesarios.

Empezar de cero, pero con el corazón más marchitado aún. Se me iban acumulando las tristezas y parecía que no veía un horizonte bonito para mi vida. Nada de lo que amaba permanecía en mi vida.

Me frustraba mucho que Sloan no fuera consciente del amor tan grande que sentía por él y de todo lo que habría estado dispuesta a sacrificar en mi vida solo para estar a su lado. No tenía ni la más mínima idea, pero, claro, él no me dejaba demostrarle ese amor tan grande que podría haber derrumbado todas esas barreras que la vida le había puesto.

Coloqué todo lo que me trajo Douglas, ya que antes había estado organizando la ropa y poniendo lavadoras. Me despedí de él con un fuerte abrazo hasta el día siguiente, que sabía que vendría a hacerme la visita rutinaria a la que me había tenido acostumbrada siempre.

Lloraba mientras colocaba la compra y me decía a mí misma que todo estaría bien, aunque sabía que no sería así, pero intentaba animarme en un momento que era todo desolación.

Me quedé el resto de la tarde-noche en el sofá, abrazada a un cojín mientras no podía dejar de llorar. Era mucho más que tristeza, era sentirme vacía por completo.

Capítulo 26



Me quería centrar en mi novela, pero no tenía manera de hacerlo. Me pasaba las horas frente al ordenador, sentada mirando esa pantalla en blanco que esperaba que pusiera algo más que esas dos primeras palabras del encabezado, y terminaba viendo nuestras fotos y llorando más de lo que ya lo hacía de por sí.

Sentía que la vida era injusta conmigo una vez más y, si no fuera porque aquí tenía a Douglas y que de algún modo quizás podría cruzarme con Sloan por la calle, me habría vuelto a España, si tuviera dónde quedarme, claro, porque, aunque estaba Eva, no quería invadir su casa.

Tres días hacía que me vine de Glasgow y dos de que él lo hiciera. Había intercambiado algunos mensajes con su tía y su madre, pero poca cosa. Eso sí, ellas me trataban con un amor infinito y se preocupaban por mi estado de ánimo.

Sloan seguía igual de irritable e insoportable, por lo que me contaba Hanna, que era la que convivía con él. Me daba mucha tristeza ver cómo él mismo se estaba hundiendo aún más en sus problemas, pero si no ponía de su parte, por más que los demás intentaran ayudarlo, no estaba facilitando las cosas en absoluto.

En este punto, había decidido rendirme porque era evidente que su situación iba a prolongarse, que no era cuestión de días, semanas o incluso meses. Así que, poco a poco, me fui alejando de su vida, dejando de estar incluso en segundo plano. Aceptar esta realidad me estaba costando, pero lo iba logrando a base de repetirme constantemente que ya no era el mismo hombre que un día conocí, y lo más doloroso era darme cuenta de que él tampoco quería volver a serlo.

Puse una canción de Melendi que a mí me encantaba, *Con solo una sonrisa*. Me quedé mirando una foto que me gustaba mucho de nosotros de esas Navidades que habíamos pasado juntos. Quién pudiera dar marcha atrás…

Me preparé otro café mientras intentaba pensar en la escena que quería hacer de la novela. Necesitaba perderme en ella y olvidarme del dolor que acechaba a mi corazón y que me tenía como una muerta en vida.

El día anterior salí a comprar el pan y que me diera el aire, pero fue tan horrible ver la preocupación de las personas preguntándome por él, que se me quitaron las ganas de salir en un tiempo.

Quería escribir, tenía necesidad de hacerlo, pero mis musas también parecía que me habían abandonado. Menos mal que me quedaba Douglas, porque más huérfana no podía sentirme.

Todo era demasiado duro, como una roca imposible de romper, y sabía que tenía que sacar fuerzas para al menos sobrevivir, aunque ¿de dónde se sacaban cuando de repente volvías al punto de partida, pero con un dolor añadido?

Lo que daría por tenerlo sentado en mi sofá y convertirme en su todo, en todo aquello que necesitara para ser feliz, porque su felicidad era la mía, esa que quedó a mitad del camino.

Le di un primer sorbo al café y me llegó un mensaje al móvil que, por mucho que quisiera que fuera de Sloan, no lo sería.

Eva: *Buenos días, cariño. ¿Cómo estás hoy? Sé que me vas a llamar pesada, no hace falta que me lo pongas, pero ahora mismo estás saturada y un cambio de aires te vendría bien. Te lo he dicho estos días y sigue en pie nuestra oferta, ven una temporada a casa que te vendrá bien. Sabes que te queremos mucho y nuestra casa es la tuya. Yo solo quiero que te animes un poco.*

Sí, mi mejor amiga siempre lo sería y siempre estaría ahí para apoyarme, y no dudó en ofrecerme su casa, pero, no me parecía bien invadir su espacio familiar.

Triana: *Buenos días, preciosa. Sigo, que no es poco, luchando con mis demonios y queriendo continuar con mis rutinas, pero es que ni siquiera salir a la calle voy a poder. La gente del pueblo está desolada y eso no me anima. Y sí, sé que vas a decirme que encerrarme en casa otra vez no es viable, pero no puedo hacer otra cosa.*

»Aquí, al menos, igual un día le veo paseando con su tía por la calle desde mi ventana. Os agradezco de corazón que me ofrezcáis vuestra casa, pero ahora mismo no tengo ánimo ni para viajar. Y no estoy sola por completo, ya lo sabes, Douglas está aquí y, como tú, siempre es un gran apoyo.

»Quiero seguir con la novela, por mucho que ahora me cueste poner algo más de dos palabras, pero es el proyecto que quiero sacar adelante y, si lo empecé aquí en Escocia, quiero acabarlo aquí. Te quiero mucho, y lo sabes, ya solo con saberte al otro lado de la línea, vale millones. Seguiré bien, te lo prometo, palabra de sevillana en Escocia.

Dejé el móvil en la encimera y me tomé el café allí, mirando por la ventana y contemplando ese día gris que me iba a acompañar hoy también. Ya no solo es que el tiempo fuera frío, sino que además se veía un día tan triste que no me animaba ni a salir al balcón.

Volví a mi mesa con el café en la mano y de nuevo me quedé ante esa pantalla que parecía decirme que le contara algo, pero ¿qué? Si no me salía nada, si en mi mente ahora mismo lo único que había era dolor y un desconsuelo enorme.

No me encontraba muy bien, estaba débil y en mis ojos se veía la tristeza y las pocas fuerzas que tenía en estos momentos para tirar de mi vida.

Preparé un puchero, ya que me apetecía mucho en este frío enero que pisaba muy fuerte en el país. Recordé lo que le gustaba a él y hasta tuve la tentación de enviarle un poco con Douglas, pero lo pensé bien y sabía que eso no iba a hacer más que cabrearlo. Ni lo aceptaría, estaba muy encerrado en sí mismo y no quería saber nada de lo que dejaba atrás. Y por mucho que me doliera, eso era yo.

Para él era como si lo que habíamos tenido no hubiera existido nunca, así lo percibía yo ante su indiferencia y el modo en el que me había estado hablando durante aquellos días en el hospital. No me lo merecía, porque lo único que quise fue ayudarle y demostrarle que estaba ahí con él, tanto en los buenos momentos como en los malos, porque eso es lo que realmente significa amar.

Puchero, tres cafés, mil vueltas por el apartamento y no conseguía centrarme en escribir ni una sola frase y, cuando lo hacía, la borraba, ya que parecía que estuviera escribiendo más mis sentimientos que los de la protagonista.

Había perdido todas las partidas y nada tenía sentido, pero la vida continuaba y tenía que enfrentarme a ella. Eso lo tenía claro, pero es que costaba un mundo cuando había rozado la felicidad de un gran amor que nació aquí, en el mismo sitio donde todo había terminado por culpa de un maldito accidente que vino a destruir nuestras vidas.

Esperaba que mi madre no me estuviera viendo en estos momentos porque se terminaría muriendo de la pena, a pesar de, por desgracia, ya estar muerta.

Miré en WhatsApp como tantas veces había hecho, y vi que él estaba en línea. Como siempre, me tuve que contener en escribirle y decirle que la vida sin él era muy difícil. Lloraba pensando en la de cosas que le diría para que entendiera cuánto lo amaba, pero claro, se quedaba en pensamientos, porque sabía que cualquier cosa que le dijera podía llevar a que me bloqueara.

Cambié la foto de mi perfil de WhatsApp, a pesar de que hacía mucho que no lo hacía. Puse una de mi mano con la taza de café que él me había regalado en diciembre. Se podía ver hasta el humo y la frase que decía que nunca abandones tus sueños, ironías de la vida, vaya, cuando él mismo me había hecho soñar con un amor que podría ser para siempre y se había quedado en apenas un intento.

No iba a causar nada en él ni sabía si la vería, pero ahí la dejaba como esa gota de esperanza, a que le llegase de algún modo el mensaje de que seguía presente en cada momento de mi vida.

Era demasiado duro para alguien como yo que había tenido que librar tantas batallas y que había conocido la sensación de estar sola en la vida. Le tenía que agradecer tanto a Douglas, que no tendría vida para hacerlo, ya que no se imaginaba cuán importante era para mí. Qué cierto era eso que decían de que la vida nos ponía a las personas correctas en nuestro camino en el

momento indicado, porque ese hombre desde luego que era como un ángel para mí, ese que me ayudó poco a poco a superar la pérdida de mi madre, cosa que aún hacía, y ahora debía sacarme de nuevo del pozo al perder a mi gran amor.

No podía dejar de pensar en él ni un solo segundo, y lo más doloroso era que no encontraba la forma de seguir adelante sin ese amor que me hizo sentir tan especial e importante en la vida de otra persona. Extrañaba sus abrazos, esos que iban a ser mi mayor dolor durante mucho tiempo, ya que era muy difícil vivir sabiendo que nunca más los tendría. Los echaba tanto de menos que, cuando me quedaba dormida, a veces sentía que estaba ahí conmigo, abrazándome y sintiendo su cálido aliento en mi cuello.

Al despertar, aún somnolienta, murmuraba su nombre mientras lo buscaba entre la neblina que había en mis ojos, solo para darme cuenta de que no estaba allí y que nunca volvería a estarlo.

Estos estaban siendo los días más difíciles de mi vida desde que perdí a mi madre.

Era todo muy injusto y doloroso, pero tenía que seguir, el caso es que, sin fuerzas y sin motivación, ¿cómo iba a hacerlo?

Quería terminar esa novela con la esperanza de que algún día él la leyera, porque fue el motor para que lo hiciera con más pasión e ilusión. Tenía que acabarla, pero ahora estaba en un duelo que era imposible centrarme en una historia que no fuese la mía, esa que fue de novela, pero con el peor de los finales.

Llamaron a la puerta y sabía que era Douglas. Esa mañana no vino porque iba a ver cómo estaba Sloan y así, traerme alguna noticia.

—Hola, hija —me saludó con esa tristeza que él veía reflejada en mí.

—Hola. —Dejé que me abrazara tras cerrar la puerta, y de nuevo me eché a llorar en sus brazos, mientras me consolaba frotando mi espalda y quedándose en silencio, sin juzgarme, simplemente dejando que sacara todo lo que tenía.

—¿Mejor? —preguntó cuando me aparté.

—Igual, pero no puedo hacer otra cosa. —Me encogí de hombros—. ¿Cómo lo has visto?

Fuimos a la cocina y preparé dos cafés mientras aún seguía con esas ganas de llorar que me estaban consumiendo día tras día.

—Lo he visto mejor que en el hospital, porque ya el que no esté en una cama postrado es un avance, pero sigue igual de pesimista y sin querer entrar en razones. Está abatido, hija, y a todos nos consume verle así y saber que se siente como si no valiera nada.

—Pero vale mucho, Douglas, y tú lo sabes.

—Lo sé, todos lo sabemos, pero él no lo ve así.

Puse los cafés y suspiré, mientras notaba cómo me caían algunas lágrimas por las mejillas. Al verlo, Douglas se puso en pie y vino a abrazarme para secarlas con sus pulgares.

—Me ha apartado de su vida, y eso duele, duele mucho. —Lloraba sin consuelo mientras Douglas sostenía mi cara entre sus manos y me miraba fijamente.

—Lo sé, hija, pero todos estamos convencidos de que, aunque tarde, ese hombre en algún momento entrará en razón y se dará cuenta de lo que ha hecho.

—Ojalá, Douglas, ojalá tengáis razón y eso pase, porque lo único que deseo es estar con él y poder ayudarle.

Capítulo 27



Habían pasado dos semanas desde que nos vinimos de Glasgow y en las que poco a poco, aunque muy lentamente, iba avanzando en mi novela.

Lloraba mucho, pero no tanto como antes, era como si me hubiera resignado a estar sin ese amor que para mí pasó a convertirse en el de mi vida.

Sabía que estaba en medio de un proceso de rehabilitación y que había comenzado un tratamiento experimental, pero a pesar de eso, seguía con ese malhumor y se mantenía escondido del mundo, encerrado en su casa. Solo salía para ir a las sesiones con los fisioterapeutas que lo trataban en Inverness, a donde se desplazaba todos los días a primerísima hora de la mañana en un taxi adaptado para personas con discapacidad.

Según me contaba Douglas, este se paraba en la misma puerta de su casa de manera que entrase directamente y apenas pudiera ser visto.

Dios sabe la pena que me daba por él porque en el fondo lo entendía, pero no podía hacer nada en contra de su voluntad y parecía que yo fuese su enemiga, ya que era a la última persona a la que quería ver.

Aunque salía poco, cuando lo hacía, intentaba pararme con el menor número de personas posibles para que no me preguntasen, aunque obviamente poco a poco se fueron dando cuenta de que yo seguía en mi casa, él en la suya y nadie me había visto entrar de nuevo por allí.

Y en eso Eva tenía mucho que ver porque me amenazó con que, o salía yo por mí misma, o le decía a Douglas que me sacara y me quitara las llaves de casa para que me quedara un par de horas tomando el aire, así me congelara hasta los huesos.

Es que Eva era mucha Eva, y a mí me venía bien que me diera esas broncas que me hacían abrir los ojos.

Dos días atrás hicimos una videollamada y, al verme la cara, me pidió, y cito textualmente, por el amor de *«Dior»* y todos los diseñadores de cosmética, que me pusiese un poquito de

antiojeras y base de maquillaje porque parecía una figurante del videoclip *Thriller* de Michael Jackson.

Que sí, no tenía muy buena cara porque estaba paliducha y con ojeras por no dormir bien, ya que no dejaba de pensar y darle vueltas a la cabeza con todo lo que me preocupaba. Tenía espejo y podía verme, pero escuchar eso de su boca me hizo darme cuenta de que necesitaba ponerme las pilas y cuidar de mí misma, porque si no, acabaría por enfermar, y eso era lo último que necesita. Aceptémoslo, no me sentía bien, y lo reconocí.

Ese día tenía que salir, ya que llevaba varios días encontrándome sin fuerzas, mal y con la sensación de que estaba cogiendo un virus estomacal, por lo que Douglas me acompañó a que me viesen en el centro de salud.

—¿Cómo estás hoy, hija? —me preguntó cuando bajé a reunirme con él y me dio un abrazo.

—Como siempre, sin cambios —suspiré al tiempo que me encogía de hombros.

—¿Y la novela? ¿La tienes un poco más avanzada? —Curioseó en un claro intento de cambiar de tema y que me olvidara un poco de Sloan, pero claro, eso era misión imposible porque ese hombre no se me iba de la cabeza ni, aunque me diera de cabezazos contra la pared, vaya.

—Ahí la llevo, poquito a poco recuperando a mis musas.

—Eso está bien —sonrió levemente y me pasó el brazo por el hombro para darme un apretón.

Cuando llegamos al centro de salud, muchos me miraban con una sonrisa de tristeza, pues al saber lo unidos que estuvimos Sloan y yo, se notaba que les daba cosita verme con esta cara de alma en pena con la que me paseaba por las calles como si fuera al purgatorio.

Esperamos en la sala hasta que fue la hora de mi cita y me hicieron pasar a la consulta.

El doctor, después de varias preguntas, me mandó una analítica rápida y me hizo esperar media hora en la sala antes de darme los resultados.

Algo debía haber visto que no le gustó, porque la última analítica que me hizo Sloan había salido perfecta de todo, según me dijo, y él no iba a mentirme.

Así que, o me faltaban vitaminas, porque la verdad no es que estuviera comiendo mucho, o quizás era falta de hierro, ya que no había comido apenas lentejas en estos días porque me recordaban a él.

Volvimos a entrar en la consulta cuando me llamó el doctor y, después de un vistazo rápido al papel con los resultados de mi analítica, me miró y volvió a hablar. Mejor dicho, más que hablar, soltó una bomba que no esperaba escuchar.

—Estás embarazada, Triana. Ahora te van a hacer una ecografía.

—¿Embarazada? —pregunté incrédula a la vez que se me pasaban un millón de cosas por la cabeza.

—Sí, señorita —sonrió—, embarazada.

—Pero, no puede ser, yo… A ver, que yo tomo la píldora y… —En *shock* me había quedado y no sabía ni qué decir.

—Y eso puede fallar si te olvidas alguna toma —me dijo con cierta ternura, porque me estaba viendo atacada de los nervios, que era tal como me sentía.

Douglas me observaba en silencio, con la mirada fija en mí. Entonces cogió mi mano y, casi sin que le saliesen las palabras a él tampoco, pudo pronunciar algo.

—No estás sola, cariño, no lo estás.

Embarazada, estaba embarazada, de ahí que me sintiera tan agotada y mal estos días, que ni el café había hecho que se me fuera el continuo cansancio, y yo pensando que era un virus estomacal o falta de hierro por no comer lentejas, había que joderse.

Salimos de la consulta de ese doctor que no conocíamos, ya que era nuevo en la clínica, y nos dirigimos hacia la consulta del ginecólogo donde Douglas entró conmigo y sostuvo mi mano en todo momento.

Los latidos del corazón nos emocionaron a los dos de tal manera, que nos echamos a llorar.

—Su hija está embarazada de seis semanas —le dijo pensando que era mi padre, y ninguno de los dos le corregimos.

—¿Y se sabe qué es? —preguntó el pobre desde su ignorancia.

—Para eso tendremos que esperar a los tres meses y probar suerte —dijo el doctor, sonriente ante las lágrimas que me seguían cayendo, escuchando el corazón de mi bebé.

Me recetaron ácido fólico y fui a la farmacia con Douglas. La verdad es que estaba en un estado de aturdimiento extraño. Había recibido una noticia que me había impactado, pero por alguna razón, sentía que me habían dado una segunda oportunidad. Iba a ser madre de un hijo de Sloan…

Douglas no dejaba de darme ánimos, pero yo sonreía y le decía que estaba bien. ¿Acaso no estaba mejor que antes? ¡Iba a ser madre!

—Sabes que a tu madre esto le habría hecho mucha ilusión, ¿verdad? —dijo cuando ya

íbamos de vuelta para mi casa.

—Sí —sonreí—. ¿Y a ti? Que, ya has oído al ginecólogo, vas a ser abuelo, papá. —Le hice un guiño y él soltó una carcajada.

Aquella noticia sin duda nos había caído a los dos bastante bien, porque desde lo de Sloan, ni yo tenía ganas de reír, ni a él le había escuchado hacerlo tampoco de ese modo.

—Como te he dicho, no estás sola, hija mía. —Me besó en la frente antes de dejarme en casa y dijo que hoy no me preocupara por comidas, que él me iba a preparar un guiso y me lo traía en un ratito.

Era un amor, Douglas era un amor de hombre y estaba segura de que, si la vida le hubiera dado la oportunidad, habría sido un gran padre. Conmigo, sin duda, actuaba como tal, y tenía la firme convicción de que también sería un abuelo maravilloso.

Estaba segura de que cualquiera pensaría que estaba loca en tomármelo así de bien cuando el padre del bebé que crecía en mi vientre no me quería ni ver, pero ese hombre era el gran amor de mi vida y, llamarme egoísta, pero iba a tener un hijo de él y para mí eso era el mejor regalo que me podía dar la vida.

No hacía falta decirle a Douglas que no dijera nada, porque sabía que él sin mi permiso no lo haría. Necesitaba buscar la forma y pensar de qué manera se lo haría saber, porque, que a nadie le quedase la menor duda de que se iba a enterar.

Estaba nerviosa mientras me preparaba un zumo; reía, lloraba, suspiraba... Era todo un torbellino de sentimientos que expresaba de mil maneras.

Le hablaba a mi madre y le preguntaba si ella era la culpable de haber hecho algo para que esto sucediera en mi vida. Me agarraba a cualquier cosa y, ¿quién no me decía que desde el más allá hubiera movido las energías para que algo así me pasara?

Que sí, que pensaba cosas de locos, pero ¿cuántas veces no se había demostrado que los locos tenían más razón que un santo?

Era una sensación increíble, un subidón que me llenaba por dentro. Aunque ni él ni yo lo habíamos buscado, no tenía sentido culparnos por lo que estaba pasando. Menos aún ahora, cuando esa chispa de esperanza empezaba a florecer en mi corazón.

No creía que esto me ayudara a recuperar el amor de Sloan, pero era evidente que habíamos creado juntos a un ser que era una parte de cada uno de nosotros. Y a este pequeñín, estaba convencida de que no podría darle la espalda como había hecho conmigo.

Sloan no era mala persona, solo se estaba protegiendo de lo que su corazón le hacía sentir. Creía que ya no era válido por estar en esa desigualdad, y eso no era así. El caso es que yo tenía

que respetar su manera de gestionar su nueva situación. Si a mí no me quería en su vida, pues me tenía que aguantar. Aunque, sabía que su falta de interés no era por la ausencia de sentimientos hacia mí, sino de su propia percepción de inferioridad, lo que le generaba una gran frustración.

Era consciente de que me esperaba un camino por delante sin él, que una cosa era que aceptara lo que venía y otra muy distinta que me aceptase a mí en su vida de nuevo, pero que me daba igual, yo solo quería que él tuviera un motivo de peso que le hiciera salir de ese bloqueo emocional que tenía y que le hacía aislarse del mundo.

Tenía claro que, se pusiera como se pusiese, esto iba a ser un motivo para ayudarlo a tener una ilusión en la vida. ¿O acaso había algo más fuerte que ser padre?

Llamé a Eva para contárselo porque, además de Douglas, ella también estaba en mi vida y necesitaba darle una noticia así. No tardó en descolgar.

—Hola, cariño, ¿está todo bien? —preguntó y escuché que cerraba una puerta.

—Ostras, que estás en el banco, lo siento.

—Tranquila, ahora que soy asesora, me puedo meter en la sala de reuniones para hablar con mis clientes. —Le salió una risilla.

—Qué cabrita eres, cómo se nota que tienes dinero mío en tu banco.

—Y me sé tu firma, así que cualquier día saco dinero y me doy un viaje con el niño a Disney. —Rio—. Bueno, ¿estás bien? Que me has asustado al llamarme ahora.

—He ido a ver al médico.

—¿A Sloan? Qué ovarios tienes, Triana.

—No, no, a ese médico no, pero vamos, que igual más pronto que tarde le veo, o eso espero. He ido al médico porque sabes que no me sentía bien.

—Sí. Y dime, ¿te ha mandado un corrector antiojeras potente?

—No, jolín, eso no se receta.

—No, pero se aconseja. ¿Qué te han dicho? Te faltan vitaminas ¿a que sí? Que lo sé yo.

—Estoy embarazada —dije, y de repente, se hizo el silencio.

Eva no dijo una sola palabra, se quedó allí sin decir nada y yo pensaba que se había cortado la llamada o que mi amiga se había desmayado, pero habría escuchado el golpe contra el suelo, digo yo.

—¿Eva?

—Sí, sí, es que… Nena, vaya notición me das y sin comer, que no he parado todavía. Ay, por favor, ¡qué voy a ser tita! —gritó, y ahí sí que volvía a ser la Eva de siempre.

Sobra decir que nos pusimos a llorar las dos de alegría y de lo más emocionadas. Preguntó si se lo contaría a Sloan y que, al decirle que sí, penaba igual que yo, que una noticia como esa tenía que hacerle abrir los ojos y no darle de lado.

Nos despedimos y me dijo que me cuidara mucho, además de pedirme que por favor comiera, ya que sabía que apenas lo hacía. También me pidió que la mantuviera informada sobre todo lo que pasara.

Poco después llegó Douglas con un guiso de carne que olía que alimentaba, y se quedó a comer conmigo. Le puse un café y, cuando se marchó, volví a sentarme frente al ordenador, esperando que las musas regresaran para acompañarme.

Capítulo 28



Siete días habían pasado desde que me dieron la noticia de que iba a ser madre. Siete días en los que Douglas y yo aún lo llevábamos en secreto. De Eva ni me preocupaba porque en España no se lo iba a contar más que a su marido, así que.

—Creo que hoy voy a mandarle una señal a Sloan —le dije a Douglas mientras le ponía el café sobre la mesa.

—Explica eso de señal, hija. —Le salió una risilla.

—Voy a poner la foto de la ecografía como mi imagen de perfil en WhatsApp.

—Ay, Dios. —Se puso la mano en la cara y negó riendo—. ¿Y no es mejor mandarle un mensaje claro y le envías la foto adjunta?

—Lo había pensado, pero es capaz de dejarme en visto y me va a doler más —le confesé nerviosa.

—Yo te recomiendo que le escribas un mensaje, para eso eres casi escritora —sonrió—. Lo máximo que puede pasar es que te bloquee hasta que lo asimile porque tarde o temprano lo tendrá que hacer.

—Eso es lo que siempre temí, pero ahora tiene una razón para desbloquearme —sonreí—. Aunque tarde un siglo. Pero bueno, que me espero cualquier cosa, como que se tire una eternidad en querer estar y lo mismo a nuestro bebé le salen dientes o, peor aún, que haga la comunión y el padre aún escondido. —Me reí negando.

—Todo puede pasar, pero si de algo no tengo duda, es de que se cree que así puede protegerte de vivir esclava de una relación difícil. Es un buen hombre.

—Así no me protege, lo que hace es hundirme.

—Bueno, no te alteres que ibas muy bien. Entonces, ¿le vas a poner el mensaje?

—Sí, luego cuando te vayas, que conociéndome me monto un melodrama y tardo una eternidad mientras lloro con las palabras. —Me reí e hice gesto de resignación—. Es más, lo haré en el ordenador para expresarme mejor y luego lo pego al mensaje, que, conociéndome, será la carta a los Corintios —suspiré volteando los ojos y él rio negando.

—Bueno. —Dio el último trago al café y se levantó—. Me voy y te dejo con tu inspiración. Mantenme al día y espérate cualquier cosa. Hay que tenerle paciencia.

—Claro. —Le di un abrazo.

Cuando me quedé sola, cogí aire un par de veces y lo solté, esas respiraciones siempre me habían funcionado para los nervios. Cuando me sentí un poquito mejor y más decidida, fui a mi rinconcito de escritora.

Me senté frente al ordenador y pensé en cómo expresarle la noticia antes de disponerme a dejarla plasmada. Borraba y escribía, por momentos quería explayarme y por otros ser corta y concisa. El caso es que no quería meter la pata y agobiarlo más de lo que ya estaba.

Después de una hora dándole vueltas al texto, me persigné al copiarlo en el mensaje y me santigüé antes de mandarlo. Al final fui corta y directa.

Triana: *Hola, feo. Solo pasaba por aquí para decirte que el garbancito que está en mi barriga es tuyo también. Y ahora, bloquéame si quieres, que ya tengo un pedacito de ti en mi interior. Feliz día, papá.*

Le agregué la eco y rompí a llorar. Quería parecer graciosa, cuando estaba con el corazón encogido y muerta de miedo por su respuesta. En ese momento cambió el visto a celeste, con lo cual, lo estaba viendo y aparecía en línea.

Miraba la pantalla esperando ver si me bloqueaba o hacía un amago de escribirme, aunque no lo hiciera. Las lágrimas enturbiaban mis ojos y me las secaba una y otra vez mientras, atenta, esperaba algún movimiento de su parte, aunque en el fondo sabía que eso no iba a pasar.

Esperaba que de verdad me contestara, que me dijera algo, lo que fuera, pero los segundos pasaban y a mí se me hacían interminables mientras esperaba, y esperaba por una respuesta que necesitaba.

Una respuesta que no llegaba y a mí me partía el alma porque no podía ser que ese hombre al que había conocido ahora no tuviera corazón.

No dejaba de llorar y de verdad que la sensación de que no iba a reaccionar de ninguna manera a ese mensaje me mataba.

Y, entonces, reaccionó. Le puso un corazón a la fotografía de la ecografía…

Comencé a saltar de alegría mientras lloraba en la más absoluta felicidad. Aunque solo fuera

un corazón, que no decía más que lo que yo quisiera interpretar, al menos no me había bloqueado, le había dado un corazoncito a esa imagen que le mandé en la que se veía ese bebé que los dos habíamos hecho con amor, sin buscarlo ni esperarlo, porque desde luego que había llegado por sorpresa, y en un momento de lo más delicado para todos.

Estuve como diez minutos dando vueltas por el apartamento de lo más nerviosa, llorando, sonriendo, hablando con mi madre de lo feliz que me había hecho ese simple corazoncito como reacción a la eco de nuestro bebé, hasta que volví a coger el teléfono con las manos de lo más temblorosas y aún emocionada con algunas lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Dime, cariño —dijo Douglas al descolgar.

—Le he escrito que… —se lo conté todo— Y a la imagen le ha dado un corazón. ¿No es increíble?

—Ahora te iba a llamar. Me ha escrito para preguntarme si es cierto.

—¿En serio?

—Sí. Y se lo he confirmado. Solo me ha dado las gracias, pero el simple hecho de preguntar, no sé, creo que algo le removió.

—Ojalá. Es lo único que no me esperaba, ese corazoncito a la foto y mira, lo hizo. Para mí es mucho, Douglas.

—Necesita tiempo, pero estoy seguro de que esta es la mejor noticia que podía recibir.

—Yo también. Espero que no tarde mucho en escribirme o hacer algo que deje entrever que está ahí.

—Tiempo, cariño, dale tiempo.

—No me queda otra. Dios sabe que hago de tripas corazón para no colarme en su casa y cogerlo por el cuello para que reaccione ante la noticia de que va a ser padre.

—Hija, que se acaba de enterar hace unos minutos. —Se reía.

—Por eso se va a librar. —Me reí.

Me encantaba tener a Douglas como esa persona que siempre estaba ahí para mí. Me decía las cosas de corazón y con ese humor que tenía me intentaba calmar de algún modo. Era el ser más especial y entrañable del planeta, no me extrañaba que mi madre no hubiese dudado en dejar su tierra para irse con ese amor que fue lo más bonito que vivió antes de marcharse.

Después de hablar con él, le mandé un mensaje a Eva para decirle que por fin había dado el

paso de contarle al *Highlander* que iba a ser padre. No dije nada más que eso, y no tardó en llegarme su respuesta.

Eva: *¿Y? ¿Qué ha hecho? ¿Te ha contestado? ¿Se ha caído desmayado? ¿Qué ha pasado, Triana? Coño, dime algo que me tienes en ascuas, jodida.*

Sonreí mientras cogía el móvil y tecleaba mis respuestas.

Triana: *Pues, le ha dado un corazoncito de me encanta a la eco, y ha escrito a Douglas para preguntarle si era verdad. No sé si se ha desmayado, no tengo cámaras en su casa.*

Me reí porque en ese momento me sentía tan, pero tan feliz, que no se me iba la risilla suelta.

Eva: *Deberíamos pensar seriamente en ponerlas, necesitamos ver a ese hombre en vivo y a diario como en los «reality shows» de la tele, nena. Es que, seguro que se ha desmayado, o se ha levantado de la silla de un salto. Vale, no, eso no lo habrá hecho porque no creo que Jesucristo se le haya presentado y le haya dicho lo que a Lázaro.*

»En fin, perdona que estoy desvariando, pero es que me alegro mucho de que haya reaccionado de algún modo, que va a ser padre y eso, a no ser que seas peor que el demonio y no quieras dejar descendencia en el mundo, es un motivo de alegría y de lucha por el amor que os tenéis.

»Ojalá se resuelva todo, mi niña, de verdad, porque te quiero volver a ver sonreír, que con eso de que te mandó a la mierda, te me estabas quedando mustia y seca. Bueno, me vas contando, ¿vale? Mantenme al tanto de las novedades y dale un besito a mi «sobri». Te quiero, cariño.

Desvariaba, sí, pero también sabía que Eva muchas veces decía tonterías para que me animara, aunque ahora lo estaba y mucho. Me estaba tomando lo del embarazo en serio, por lo que me cuidaba y cada día hablaba con mi garbancito y le decía cuánto le quería y que su papá, aunque sabíamos que tenía que hacerse a la idea, también llegaría a quererle.

O al menos eso quería pensar yo porque, si pensaba que no iba a querer a nuestro hijo y que le iba a dar de lado, me ponía mala y entonces empezaba a llorar.

Pero debía quererle, como dije, a mí me daba igual si no quería volver a tenerme en su vida, pero este bebé no tenía culpa de nada y necesitaba a su padre cerca.

Comencé a cocinar imaginándome a Sloan con su bebé en brazos, emocionado y entregándole todo ese amor de padre. Yo tenía claro quién era él y por lo que estaba pasando. No lo juzgaba, aunque a veces se me pasasen otras cosas por la cabeza, pero siempre terminaba empatizando con él porque sabía lo dura que era su situación.

Su madre y su tía me adoraban y me tenían muy presente. Sabía lo que les dolía esta situación, pero es que hasta a ellas se lo ponía el jodido de lo más difícil. Hanna era quien estaba con él

más tiempo y a la pobre la traía frita con esos humos, con el genio y con las palabras que salían de su boca, según me había contado en algún mensaje.

Y no, a ellas tampoco les dije nada del bebé y de verdad que esperaba que no me lo tomaran en cuenta cuando lo supieran, porque se lo acabaría contando pronto a no ser que el propio Sloan tomara la iniciativa de hacérselo saber a ellas y al resto de la familia.

Claro que, de ser así, posiblemente le dijeran que abriera los ojos de una vez y dejara de hacer el tonto perdiendo a la mujer que más iba a quererle en la vida y a ese bebé que venía en camino.

El doctor estaba siendo el peor paciente del planeta, pero tenía a su alrededor a personas que lo queríamos un mundo. Solo se tenía que dar cuenta de que estábamos ahí sin importarnos lo que le pasaba. Ayudarlo no era una carga, era un regalo para nosotros, pero claro, no nos dejaba, al menos a mí, que era a la que había apartado por completo de su vida.

Y así me pasaba los días y sabía que los seguiría pasando, sabiendo que el hombre al que más amaba del mundo levantó un muro entre nosotros en el momento en el que decidió por mí que no debía estar con él.

Lo odiaba por eso, pero le seguía queriendo.

Capítulo 29



Salía de hacerme la ecografía de los tres meses junto a la madre de Sloan, que no se había querido perder este momento.

Fui yo quien, la tarde del día que le mandé el mensaje a Sloan con la ecografía, les dije a Helen y Hanna que estaba embarazada.

Me llamaron las dos para preguntar si aquello era cierto o si me habían robado el móvil. Tuve que reírme porque anda que, que me robaran el móvil para acabar enviándoles un mensaje así, vaya par de hermanas.

Al final, el ginecólogo me había podido confirmar el sexo de mi bebé, y cuando lo escuchamos, tanto Helen como yo nos pusimos a llorar emocionadas.

Nos había dado la noticia de que era una niña.

No había tenido contacto con Sloan de ningún tipo desde ese corazón que le puso a la eco, pero por su madre y su tía sabía que cuando era conocedor de que habían estado conmigo, les preguntaba cómo me encontraba.

Porque sí, antes de lo del bebé alguna vez se habían acercado para verme, y desde que supieron de mi estado, esas visitas eran un poco más seguidas.

Bien es cierto que él del tema de lo que una vez tuvimos y de que me echara de su lado como si no le importara nada, no hablaba y no daba opción a nadie a hacerlo. No es que lo prohibiese, pero que no quería entrar en nada y era difícil saber lo que pensaba, pero al menos por mí se preocupaba y preguntaba, que ya era un paso grande y que me hacía ver que seguía teniendo corazón, aunque estuviera acorazado con muros a su alrededor que parecía no querer bajar por voluntad propia.

Era difícil para todos y más para ellas que estaban al lado de él viendo cómo no era el mismo de antes y que costaba que se abriera.

Helen decía que la tía Lucy también iba a menudo a verle con su tío Greg, así como sus primos que trataban de animarle.

Pero ni siquiera Ingrid, que era la más loquita de la familia, conseguía hacerle ver que la vida seguía y que él no estaba muerto.

Nada le animaba y eso nos preocupaba a todos. Su familia había temido durante semanas que acabara cayendo en una depresión, Dios no lo quisiera.

Sloan seguía con su rehabilitación y el tratamiento experimental, pero le advirtieron desde el principio que no se hiciera ilusiones de ni siquiera una ligera mejoría en la movilidad porque no había garantías.

Aunque, como Helen decía, la esperanza no la íbamos a perder por mínima que esta fuera, y se agarra a ella como ese salvavidas que te libra de irte al fondo del océano tras un naufragio.

Yo había seguido con mi novela, lenta, pero ahí iba, cogiendo cada vez más forma y emoción. De nuevo le volvía a poner el corazón y me servía de vía de escape. A algo me tenía que aferrar yo para no hundirme, como decía Eva, además de a mi bebé, que me había dado ese motivo para no dejarme caer en ningún momento.

Helen y yo fuimos hacia la cafetería en donde nos encontramos con Hanna, que venía loca por saber el sexo del bebé.

—¿Y? —preguntó, comiéndome a besos antes de sentarse.

—Una niña —murmuré con una emoción en el corazón de lo más grande.

—Oh, ¡qué bonito! ¿Le has mandado al bicho la eco?

—No, la tengo en el móvil, en cuanto llegue a casa se la envío —sonreí.

—A ver si esta vez, en vez de un corazón, te pone un beso, que tiene menos sangre… —Soltó el aire—. Por cierto, ¿a qué no sabéis lo que me ha pasado?

—No —dijimos las dos al unísono e intrigadas.

—Que me he equivocado…

—¿En qué? —pregunté sin entenderla.

—Que le puse un mensaje a mi amiga Diana diciéndole que nos debíamos un café y, total, que al rato me entra un mensaje y cuando miro…

—¿Qué pasó cuando lo miraste? —preguntó Helen, tan intrigada como yo.

—Que me di cuenta de que no se lo había enviado a ella, sino que se lo mandé a Douglas —volteó los ojos—, ya que tengo su número guardado desde que Sloan estuvo en el hospital.

—No me jodas… —dije a carcajadas limpias, pero me parecía de lo más gracioso— ¿Y qué te respondió?

—Que cuando quisiera —contestó, causándonos una carcajada—. Yo de verdad que me lo tomaría, pero no te faltaría a ti el respeto de esa manera.

—¿A mí? Douglas se merece ser feliz. El tiempo que estuvo con mi madre la hizo la mujer más feliz del mundo. Mi padre falleció y mi madre, aunque tardó, pero rehízo su vida. Él se merece ser feliz al igual que tú.

—Que no me voy a casar con él —advirtió riendo.

—¿Tú no eras la que nunca te ibas a enamorar? —le preguntó la hermana arqueando la ceja y poniendo cara de extrañada, puesto que tal como me dijo Sloan cuando conocí a su familia, Hanna llevaba cuarenta años soltera porque nunca amaría a nadie como amó a aquel hombre con el que iba a casarse.

—No he hablado de amor, pero reconozco que Douglas es adorable y todo un señor. —Se mordió el labio, causándonos una carcajada. Tenía sesenta años, pero en ese momento, parecía una chiquilla de veinte otra vez.

—¿Y no le has respondido? —Quiso saber su hermana, a quien yo veía de lo más intrigada, y no era para menos.

—Sí, le he dicho que ya lo aviso en estos días. —Se echó a reír—. Me quedé súper avergonzada cuando me di cuenta de que había metido la pata. Vamos, que si le digo que le llegó ese mensaje porque me equivoqué de «D», me muero si me dice algo.

—Hermana, que igual tienes que ir a hacerte unas gafas.

—¿Qué gafas, condenada? Si yo veo estupendamente.

—Entonces no te has equivocado —sonrió Helen con malicia y Hanna abrió la boca tan ofendida, que me salió una risilla.

—Que me he equivocado, leches, que están la «Di» y el «Dou» muy juntos.

—Mira, ya tienes hasta apodo cariñoso para él.

—Helen, que esto que me ha pasado es una vergüenza, que nunca me había ocurrido.

—Todo pasa por algo —le dije con una sonrisilla, sabiendo que era cierto y que yo misma lo

había vivido en mis propias carnes, como solía decirse.

—A mí, por tonta —resopló.

—Por ejemplo —le dijo la hermana, que le gustaba pincharle y eso se veía.

No me quería imaginar a estas dos mujeres en su época de niñas y adolescentes, pinchando la mayor a la pequeña, dado que Hanna, se veía que, aunque tenía una fuerza y un arrojo brutal como Helen, y ambas lo demostraron el día que la ex de Sloan apareció en el hospital, era la más timidilla de las dos en según qué cosas.

—Ojalá os toméis ese café. Los dos os merecéis que os pasen cosas bonitas.

Hanna fue a decir algo, pero no lo hizo, volvió a cerrar la boca y vi que Helen sonreía.

La verdad es que entendía a Hanna porque con mi madre viví lo que era sentir un amor tan grande por alguien que no quisiera volver a enamorarse. Pero la vida era quien se encargaba de poner ante nuestros ojos pequeñas pistas o señales que nos llevaban hacia una dirección concreta y con un propósito.

Si el hecho de que Hanna se hubiera equivocado de destinatario de mensaje quería decir que estaba escrito en su destino que así fuera, solo había que aceptar esa pequeña señal y esperar a ver qué ocurría después.

—Ay, déjame ver la eco, que no me la has enseñado todavía —me pidió Hanna.

—No se la mandes a tu sobrino, que te conozco, hermana —le advirtió Helen.

—*Ni si li mindis y ti sibrini* —contestó haciéndole burla y volteando los ojos al final.

—Valora ser hija única, Triana, que mira cómo te lo pagan después las hermanas pequeñas —suspiró Helen y me eché a reír.

—Ni caso, que lo que tiene es envidia porque ella fue la mayor y me tuvo que cambiar los pañales.

—¿Qué pañales te cambié yo, si tenía ocho años cuando naciste?

—Después, después, cuando tenías diez, nuestra madre me dijo que alguna vez la ayudaste a cambiarme los pañales.

—Pues mira si somos viejas, que, ni me acordaba.

—¡Hala! Otra como Douglas, por Dios —resoplé—. Que no sois viejas, estáis estupendas.

—Eso es porque nos conservamos por la noche en barricas de *whisky* —soltó Hanna y las tres estallamos en carcajadas.

Le dejé el móvil para que viera la eco de mi niña y sonrió, le brillaron los ojos y con disimulo retiró una lagrimilla que tanto Helen como yo fingimos no ver.

Sabía que a Hanna le encantaban los niños y, al no haberlos tenido, esa era una espinita que tenía en el corazón, pero quería a Sloan y a los hijos de Greg y Lucy como si fueran suyos también.

—Yo os digo una cosa. —Me devolvió el móvil—. El licor de Lucy es un afrodisíaco de la leche. Sloan, Steven, Ingrid y Megan son fruto de ese licor. —Rio.

—¿Qué? —Abrí los ojos y miré a Helen, que disimulada mirándose las uñas.

—Lo que oyes, sobrina —me dijo entre risas.

—A ver si me vas a decir que…

—Justo eso que estás pensando, sí.

Pues sí, que al parecer mi niña era también fruto de ese licor.

Después del café y ese buen ratito que había pasado con ellas, me acompañaron hasta el apartamento. Cuando entré, lo primero que hice fue ponerme el pijama y sentarme en el sofá a pensar la frase que le pondría a Sloan. Me costó un rato decidirme. Le iba a dejar entrever que era niña, pero sin decírselo como tal, sino de forma natural.

Triana: *Hola, feo. Nuestra bebé está creciendo y aquí te dejo esta imagen para que veas que sabe hasta posar. Creo que apunta para modelo. Comenzaré a pensar en nombres. Estoy por ponerle Esperanza, Milagros, Soledad, Dolores, Angustias… Aún no lo tengo claro.*

Le adjunté la foto y comencé a reírme por la ironía que le había puesto con los nombres debido a la situación que teníamos en estos momentos.

Volvió a darle un corazón a la eco, pero nada más. Esperé un rato, pero no hubo milagro ni esperanza a esta angustia. Ya me lo tenía que tomar a risa. Si no me alegraba yo ¿quién lo iba a hacer?

Por cierto, lo del mensaje de error de Hanna había sido buenísimo. Ojalá los dos congeniaran y tuvieran algo bonito, ya que se lo merecían.

Me tiré un tiempo pensativa, le mandé un mensaje a Eva para decirle que era una niña y me respondió que le iba a comprar todas esas cositas que nunca pudo comprar para su bebé porque había sido un cabezón como el padre, en fin, que era una loca, pero que amaba a su hijo con esa

misma locura que tenía.

Me dispuse a escribir un rato antes de comer. Tenía hecha una sopa de pescado que olía que alimentaba. Eso sí, me había dado por comer que daba gusto, estaba todo el día muerta de hambre y picoteando todo lo que veía.

Después de comer, me tumbé en el sofá y me puse a mirar nombres de niñas en el móvil. Algunos me llamaban la atención, pero no lo suficiente como para decir que era el que quería. Aunque, por otro lado, tenía la esperanza de que en algún momento se pronunciase Sloan y fuera partícipe de esta decisión.

Mi situación era complicada, pero conforme pasaban los días, me daba cuenta de que enfrentaba la vida con más coraje. No quería convertirme en una víctima de las circunstancias; deseaba ser una mujer fuerte, capaz de superar cualquier desafío que se me presentara. Y ahora, más que nunca, ya que venía de camino lo más grande que iba a tener en este mundo: mi hija.

Llena de dolor y rota en mil pedazos, pero dispuesta a salir hacia adelante y con la mejor de las actitudes. La vida estaba para enfrentarla y ahora más que nunca me sentía con fuerzas y capaz de hacerlo.

Capítulo 30



De cinco meses estaba ya, y tenía una barriguita preciosa que ya no podía disimular, especialmente porque con la llegada de mayo, la ropa se hacía cada vez más ligera.

En el pueblo, todos estaban al tanto de la situación y me felicitaban por ello, eso sí, nadie me hizo jamás una pregunta comprometida ni nada por el estilo. El respeto que sentían era muy grande, y se notaba en cada gesto de cariño que recibía de la gente.

Hacía dos meses que le mandé la eco a Sloan y seguía en ese absoluto silencio que tanto me mortificaba. Su tía y su madre no conseguían sacarle ni una palabra, pero eso sí, siempre les preguntaba que cómo me encontraba.

Helen estaba muy pendiente de mí, preguntando cada día si me sentía bien, si notaba alguna molestia o si necesitaba algo. Ella era la abuela de mi pequeña y había pasado por esto, y dado que yo no contaba con mi madre para que me aconsejara o ayudara en un momento como este, ella estaba más que dispuesta a asumir ese papel conmigo.

Me sentía agradecida con ella por eso, de verdad que sí, porque, aunque tuviera a Douglas y los consejos de la loquita de Eva, me venía bien contar con alguien que me diera una mano en caso de necesitarla.

Douglas y Hanna se encontraban cada tarde para disfrutar de la merienda juntos. Cuando los veía por separado, cada uno me contaba su versión a su manera, y a los dos se les notaba que estaban viviendo una ilusión. Él casi me pidió permiso para tomar algo con ella, así que aproveché la oportunidad para tranquilizarlo y hacerle ver que no estaba haciendo nada malo, que su vida tenía que seguir y que siempre contaría con mi apoyo.

Me hizo gracia porque en ese momento puse en práctica esa técnica de madre que Eva dominaba tan bien cuando Carlos le pedía algo y ella se negaba. Algún día yo misma debería hacer eso con mi pequeña.

Iba a ir a dar una vuelta por el pueblo y a comprar algo de fruta y carne. Me notaba la barriguita más redondita y grande. Me tiré una foto frente al espejo y de lado levantándome la

camiseta. Quedó tan bonita que se me ocurrió la idea de mandársela a Sloan.

Triana: *Hola, feo. Mira tu hija lo que está creciendo. ¿No te parece increíble? Obvia mi culo, ese ya no te pertenece.*

Me reí cuando adjunté la imagen. Lo del culo era un intento de sacarle una risa o de que espabilara. No lo sé, el caso es que salía respingón y se me ocurrió hacer la gracia. Lo más gracioso fue que le dio un corazón a la foto y le puso una carita de risa a mi comentario. ¡Se había reído! ¡Alabado sea el Señor!

Aunque pareciese una tontería, para mí era un mundo que me hacía ver una velita de esperanza al fondo de ese túnel que yo sola iba cruzando con este estado en el que me encontraba.

Sabía que Sloan seguía yendo a Inverness todos los días para sus sesiones de rehabilitación y que también iba a otro tratamiento a Glasgow una vez a la semana. Lo veían más animado y tenían conversaciones más largas con él, como que estaba más fluido, pero claro, había temas que no se podían hablar, ya que él ponía la barrera.

Conforme me iban contando con el transcurso de los días, me iba dando cuenta de que daba algunos pasitos por muy pequeños que fueran. Y ahora me dio a mí una doble reacción en mi mensaje. ¡Moría de amor por completo!

En ese momento me entró una videollamada de Eva y sonreí al responderle.

—Hola, cariño —saludé.

—¿Cómo está mi gordita?

—Tus muelas, desgraciada, que yo no te llamaba así cuando tenías al niño dentro —protesté riendo.

—Te jodes, habérmelo llamado. —Se encogió de hombros y vi que se llevaba un donut de chocolate a la boca.

—¿Ya estás comiendo? Que la que está embarazada soy yo.

—Sí, bueno, es que no sé qué pasa que me ha dado estos días por el chocolate.

—Eso es que no tienes sexo, como me decías a mí.

—Uy, qué malaje eres. —Me miró con los ojos entrecerrados.

—Malaje, no, sincera, como decías tú.

—Pues para tu información, mi Rodrigo me da lo mío y lo tuyo de manera regular, cumple como un campeón.

—Estaría bueno que tu marido quisiera meterme en su cama, vamos. —Reí.

—Tú me entiendes, niña, que llevas a palo seco un tiempo. Y por experiencia sé que ahora estarás que te subes por las paredes.

—Pues no, porque como chocolate. —Le hice una burla sacándole la lengua.

—Hija de fruta. —Rio—. A ver, ¿cómo va mi sobrina?

—Creciendo, que esto es ya como un baloncito —dije levantando la ropa y mostrándole la barriguita.

—Ay, por favor, qué mona, qué recuerdos de la mía. Pero claro, yo llevaba dentro un cabezón y estaba más grande que la tuya. Vas a tener suerte, que no vas a parecer una pelota de esas de playa.

—Joder, Eva, qué manera de darme ánimos. —Reí.

—Solo te pongo sobre aviso, nada más —dijo levantando ambas manos—. ¿Y el padre? ¿Da señales o sigue sin cobertura en la Antártida?

Sonreí, y le conté que justo acababa de mandarle un mensaje y una foto y que, aunque no hablaba, porque parecía que había hecho voto de silencio como un monje o algo, había reaccionado a la foto y al texto.

Me dolía mucho que no estuviera a mi lado en estos momentos para vivirlo conmigo, pero él lo quería así y contra eso no podía hacer nada.

Después de hablar un rato con Eva sobre sus chicos, el trabajo y mi novela, esa que se moría de ganas de poder leer porque la tenía ahí yendo despacito con cada capítulo, nos despedimos con un beso al aire y quedamos en volver a hablar en unos días, pues me había comentado que iba a estar bastante liada en el banco y visitando a varios clientes.

Me alegraba que hubiera tenido ese ascenso, ya no solo porque ahora ganaba más que antes, que eso era una buena inyección a su economía, sino porque siempre fue de lo más formal y puntual en la sucursal.

Salí a la calle y me detuve ante una tienda de confecciones que había para todas las edades, incluso para los bebés. Ya tenía algunas cosas que me habían regalado Helen, la tía Hanna, la tía Lucy y las primas de Sloan, todos estaban la mar de emocionados con la llegada de mi pequeña, pero yo no me atrevía a dar el paso. Hasta hoy, que me había venido arriba.

Entré en la tienda y me fui a la sección de bebés. No es que hubiera gran cosa, pero las que había eran de lo más monas.

Tuve un amor a primera vista con unos leotardos de punto con dibujitos bordados de flores en el mismo color blanco y otros en color *beige* que eran una monería. Los cogí de tres meses, como nacería en septiembre, en cualquier momento los podría usar. También cogí una cajita con tres bodies en tonos pastel y un par de pijamas que eran una monería.

No dudé en mandarle una foto a Eva para que lo viera y me respondió que ella quería tener una niña para poder comprar todas esas cositas tan cuquis. Me tuve que reír y la chica que me atendía sonrió al escucharme.

Salí de la tienda de lo más contenta y me dirigí a la carnicería, que la tenía a mano. Compré alitas de pollo porque estaba loca por comerme una buena fritada, además de filetes y otra cosa que cogí para estos días. En la frutería cogí una gran variedad de frutas y verduras, además de patatas y una docena de huevos de corral.

Douglas, que era mi ángel de la guarda, apareció en el momento justo y comenzó a quitarme bolsas de las manos porque iba bastante cargada. Además, había hecho una parada en la pescadería para comprar una dorada, y terminé cogiendo todos los ingredientes necesarios para preparar una deliciosa paella.

—Te veo muy animada —dijo viendo la compra que había hecho y lo que le había comentado de las bolsas de la tienda de ropa que eran para mi hija.

—Sí que lo estoy —sonreí—, la verdad es que me siento renovada en cierto modo.

—No sabes lo que me alegra verte así. Por cierto, quería comentarte que te quiero regalar el cuarto de la niña, así que, si quieres ir viendo algo por Internet, te lo agradecería.

—¿Qué? No, no, Douglas. No tienes por qué gastarte tanto. Con que le compres un detalle estás más que servido. —Me reí.

—No, quiero regalarle la habitación completa con cama y cuna, además del coche capota. ¿No soy su abuelo? Pues eso.

—Sí, claro, y un Ferrari para cuando cumpla los dieciocho años, no te digo. —Me reí.

—Por favor, me hace mucha ilusión —lo dijo con un tono de súplica y ese cariño que veía en sus ojos que me derretían, y sabía que si me seguía negando acabaría por decir que eso sería lo que habría querido hacer mi madre, así que, acepté.

—Está bien, Douglas, iré mirando.

—No mires precio, por favor.

—Sí hombre, tampoco es plan de derrochar que lo mismo en unos sitios los hay más baratos que en otros y es lo mismo.

—Elige el que te llame la atención, y ya, me pasas todo y yo lo encargo.

—Que sí, tranquilo. —Me reí.

Sabía que él me iba a regalar algo a lo grande porque no había duda de que era como el reflejo de mi madre, como si estuviera cumpliendo su función… Lo quería demasiado y lo veía como un padre, esa era la realidad. Y me gustaba tenerle en estos momentos, además de que él mismo estaba viviendo todo el embarazo de primera mano y le gustaba porque, al igual que Hanna, se quedó con esa espinita de no tener al menos un hijo.

Si es que yo tenía razón y aunque las cosas pasaran por algo, mi madre y él deberían haberse conocido mucho antes de lo que lo habían hecho para que me hubieran dado al menos un hermano pequeño.

Pero que conmigo estaba viviendo la ilusión de un abuelo viendo cada día cómo crecía mi barriguita.

Que él fuera la primera persona que escuchó conmigo los latidos del corazón de mi niña, era lo mejor que podía haberme pasado en la vida.

Coloqué en el cajón que tenía con cositas para la niña lo que hoy había comprado. Lo demás me lo había regalado la familia de Sloan. Se veía todo tan bonito que me emocionaba por completo. Y es que ya tenía ganas de ver a mi niña, de cogerla en brazos y mirar esa carita que, estaba segura, me iba a robar el corazón nada más que la mirara a los ojos.

Sonreí con ilusión porque llegara ese momento, el de tener a mi peque sobre mi pecho y acunarla, decirle por fin cuánto la quería y comérmela a besos.

Le tiré una foto al cajón y se la envié a Sloan. La segunda del día. Me estaba jugando que me mandase a la mierda, pero en esta ocasión no comenté nada, solo le añadí la imagen.

Que fuera lo que Dios quisiera, total, si no la abría, no iba a hacer un drama.

Pero la abrió y …

Le dio un corazón. A pesar de lo increíble y sorprendente que me seguía pareciendo, Sloan todo lo que le enviaba me lo leía casi al momento y reaccionaba de igual manera.

Capítulo 31



El tramo final del embarazo estaba siendo un tanto agridulce, dado que yo le había puesto toda la ilusión y amor del mundo, pero él solo puso corazones a las fotos que le enviaba de las ecos o de la habitación de mi niña y sus cositas, incluso de la mía con la barriga, pero jamás me dijo nada y eso a veces consiguió que derramara alguna que otra lagrimilla de tristeza.

Debo reconocer que su madre y la tía Hanna estuvieron ahí siempre, al igual que la tía Lucy que, como ella decía en algún mensaje que me envió, había pasado tres veces por lo mismo y era la más indicada para darme consejos. Desde luego que esas tres mujeres eran iguales, tenían una fuerza increíble, parecían leonas luchando por los suyos, y un sentido del humor que a mí me encantaba.

Incluso Cameron, el padre de Sloan, se mostró cercano y también muy pendiente, ya que pedía todos los informes de mis analíticas para echarles un vistazo y comprobar que todo estuviera perfecto. El caso es que estuvieron todos ahí menos el padre de mi pequeña.

Eso lo tenía clavado en el alma como el peor de los puñales, de verdad, la indiferencia que mostró durante todos los meses de embarazo, y sin tan siquiera enviarme un mensaje y preguntarme cómo estaba, si me sentía bien, si la niña ya daba patadas, si dormía bien por las noches… Cualquier cosa que preguntara me servía, de verdad, pero nunca llegó nada de eso.

Sloan seguía en ese voto de silencio que parecía haber hecho consigo mismo, además de no querer verme.

¿Qué habría pasado si hubiera sido al revés? ¿Si yo hubiera sufrido un accidente y le pidiera a él que se fuera de mi vida? ¿Cómo se habría sentido si le echara de ese modo y sin contemplaciones?

Porque a mí me pidió empatía cuando estuvo en el hospital, pero ¿la tenía él conmigo? ¿Llegó a plantearse, aunque fuera un poquito, el ponerse en mi lugar? ¿Acaso no pensó que me iba a sentir como una mierda por haberme echado de ese modo de su vida?

Y para colmo, me hacía sentir que mi niña tampoco le importaba, y eso sí que era lo peor de

todo.

Suspiré y llevé las manos a mi barriguita, sonreí pensando en mi pequeña y de nuevo en las inmensas ganas que tenía de verla por fin.

Me preguntaba cómo sería, si se parecería más a mí o a él, si tendría sus ojos, si heredaría algo de la esencia de su padre, pero no lo de echar de su vida a la persona que la amase, vaya, eso de verdad esperaba que no.

Y tenía a Douglas, que no fallaba ni un solo día en su cita para visitarme. Venía a mi casa dos veces al día y me ayudaba con todo, estaba pendiente de mí y se volcaba como si fuera mi verdadero padre, bueno, más que eso, porque ejerció de padre y madre en todo momento, superando ese rol con creces.

Mi novela estaba lista, sí, y revisada dos veces. Había pagado hasta a una correctora profesional para que me la dejara sin el más mínimo fallo, ya que algunos se podían pasar y con esto de que la RAE cambiaba mucho las reglas del juego, ya ni me fiaba.

Para mí había quedado preciosa, para la correctora, más que eso, decía que hacía mucho tiempo que no leía algo que la conmoviera tanto. Me felicitó muchas veces y me deseó la mejor de las suertes en caso de que la publicara.

Eva decía que tenía que hacerlo sí o sí, que ella quería ser la dueña del primer ejemplar del que sería un *best seller* y con el que llenaría librerías para firmar ejemplares.

Que yo había soñado con escribir una historia, pero ella soñaba a lo grande, vaya.

Eso sí, lo que me reía con mi mejor amiga en nuestras llamadas o videollamadas, no estaba pagado. Ella había sido quien me sacó de mis pensamientos más negativos en alguna que otra ocasión.

En cuanto a lo de publicar la novela, tenía serias dudas al respecto; por un lado, quería mandarla a alguna editorial y por otro autopublicarla en Amazon y lanzar una buena publicidad para que tuviera visibilidad, pero por otro, era como que no quería que saliera a luz sin que él me diera su visto bueno, pero claro ¿acaso le interesaba cuando no tenía ni la sutileza de preguntarme por su bebé que estaba a punto de nacer?

No le tenía ni rencor ni le echaba nada en cara, es más, juro que lo seguía entendiendo en todo, pero estaba muy sensible en estos momentos en los que estaba a punto de nacer mi hija y, a veces, mis hormonas se ponían patas arriba y lo maldecía, pero luego se me pasaba.

Seguía teniendo esos sentimientos que se fueron formando poco a poco por él, y es que le seguía queriendo como el primer día, a pesar del dolor que sufría por cómo me apartó de su lado cuando más me necesitaba.

Porque sí, cuando quieres a una persona y te ocurre algo malo, necesitas que esté contigo, que te apoye, te dé ánimos y te diga que todo irá bien, que luchará igual que tú y que juntos superaréis ese bache en el camino sin soltaros la mano.

Pero a pesar de que yo lo habría hecho por él, que habría estado ahí para él en todo momento, simplemente se limitó a darme una patada sin más.

Con Sloan aprendí que hay personas que se te quedan acunadas en el corazón y sientes que es el amor más grande que has podido sentir por un hombre y a él lo consideraba el amor de mi vida.

No tenía esperanzas de volver con él, esas las perdí mucho tiempo atrás, pero sí de que conociera a su hija y la quisiera como él sabía, porque a mí me hizo sentir la mujer más afortunada y querida del mundo. ¿Cómo no iba a ser así de cariñoso con su hija?

Me encontraba preparando la bolsa con las cosas de la niña y mías para cuando tuviera que ir para el hospital a Inverness, que era donde iba a dar a luz por cercanía. Según los médicos, cumplía en una semana.

En ese momento sonó mi móvil y sonreí al ver la videollamada de Eva.

—Hola —saludé agitando la mano.

—Hola, gordita. ¿Cómo estás?

—Haciendo la bolsa para el hospital.

—¿Te has depilado bien? Mira que conozco a una clienta que la pobre se hizo toda la parte central y dijo que se dejó los bigotes. —Volteó los ojos.

—Por Dios, Eva. —Reí—. Que yo tengo todo bien depilado, hija.

—Vale, vale, yo solo tacho cosas de la lista —contestó mientras fingía tener un boli en la mano y que la otra era la lista en cuestión—. ¿Qué tal te encuentras?

—Hinchada como un pavito, pero bastante bien.

—Si es que estás estupenda, esa niña no te ha dado ni guerra. Carlos, a mí me tuvo todo el embarazo en el baño, qué vomitonas, por favor —resopló.

—Sí, sí, de eso me acuerdo, que las primeras, hasta que supimos que estaba ahí dentro, las pasé contigo. —Reí.

—Uf, qué malita me ponía.

—¿Y tus chicos?

—Pues en el centro comercial, que resulta que me quieren dar una sorpresa para la cena, miedo me dan, que cocinan ellos.

—Tendrás queja, si Rodrigo cocina de lujo.

—El que me da miedo es mi hijo, que ese es capaz de hacerme una decoración nueva en la cocina.

—No creo que sea para tanto. —Reí.

—Ya te contaré, pero si es cuando hago un bizcocho y me ayuda con la harina y acaba para meterle en la bañera con ropa y todo, no te quiero contar, cocinando con el padre —resopló—. Bueno, que ya te queda poquito.

—Sí —sonreí—. Deseando verla estoy.

—Vas a llorar de lo lindo.

—Lo sé, de la emoción de verla.

—Y de los dolores de parirla, que eso es como si te partieran.

—Joder, Eva, qué manera de tranquilizarme. —Reí negando.

—Te pongo en antecedentes, cariño, que luego no te pille de sorpresa el dolor y que le dejes al pobre Douglas la mano a la virulé y le tengan que escayolar.

—Dios lo quiera.

—No, no, que se desmaya del dolor, como le pasó a Rodrigo.

—En serio, me estás pintando un parto de lo más terrorífico.

—No es para menos —sonrió y negué—. Te veo muy bien.

—Gracias.

—Bueno, que solo quería saber cómo estabas y charlar un ratito. Te quiero mucho. Hablamos estos días, ¿sí?

—Vale. Yo también te quiero.

—Acuérdate de que en cuanto nazca mi sobrina, y estéis en la habitación, te hagan muchas fotos para que me puedas enviar, ¿vale?

—De acuerdo. Adiós, dales un beso a tus chicos.

—Adiós, gordita mía. —Me tiró un beso al aire y negué mientras seguía sonriendo al cortar la llamada.

Era una loca, pero sin ella muchas de estas últimas semanas habrían sido peores de lo que ya de por sí eran.

Había cogido poco peso y me encontraba muy bien pese a mi avanzado estado de gestación.

La habitación había quedado preciosa y me habían hecho infinidad de regalos, no solo Douglas, que me regaló todo el mobiliario y un precioso coche capota, sino su familia, que me agasajaron con un montón de ropa, pañales, sonajeros, joyas de oro para la niña de recién nacida y un sinfín de cositas que esperaban para ser usadas. No me faltaba ni un perejil, como diría mi madre.

Por parte de Sloan solo recibí esos corazones en las imágenes. Sí, que lo estaba diciendo con ironía, ya que debería de haberse volcado un poco, pero claro, no sería yo quien le iba a decir qué debía o no hacer. Solo esperaba que algún día cambiara su absentismo por su presencia, pero bueno, cada vez tenía menos esperanzas.

Y hablando de esperanza, tampoco tenía claro el nombre de mi hija, sí, para matarme, pero todo era una ruleta y me pasé todo el embarazo pensando que esa decisión podía ser mutua. La realidad es que ya me tenía que poner las pilas y decidirlo por mí misma, dado que el padre no iba a colaborar en esa decisión tan importante.

Me gustaba mucho el nombre de Alexandra, pero también había otros que llamaban mi atención, como Antonella o Valeria. El caso es que seguía sin ser capaz de decidirme.

Sabía que Sloan seguía con su tratamiento en Glasgow y su rehabilitación aquí, pero que no se le veía ni por el pueblo, no se dejaba ver.

Douglas y Hanna seguían quedando para merendar o desayunar cada día. Es verdad que lo tomaban con calma, ya que él seguía muy perjudicado por la muerte de mi madre, pero al menos estaba comenzando una ilusión que, pese a ir a paso lento, iba viento en popa. Yo lo apoyaba en todo porque no había cosa que no hiciera desde el corazón y el respeto.

Y ahora tocaba dar la bienvenida a mi bebé. Me acaricié la barriga y sonreí porque, pese a mi dura situación, ella era esa velita de esperanza que venía a alegrar esos días que se me hacían cuesta arriba.

Soñaba con esos momentos junto a mi hija haciendo mil cosas y disfrutando de ella cada

segundo. Sabía que cuando la fuera viendo crecer sería para mí el mayor regalo como madre.

No quería por nada del mundo imaginar cuando se pusiera malita, solo de pensarlo me llenaba de tristeza. Era todo demasiado conmovedor, con lo bueno y lo malo del proceso.

Pero tenía la esperanza de que Sloan lo viviera como padre; los dos se merecían el contar el uno con el otro y estar presentes en sus vidas.

Miraba por la ventana con el vaso de zumo en mis manos y sonreí a la vez que se me derramaba alguna lagrimilla. Estaba demasiado impaciente por tenerla ya conmigo y darle las gracias por no haberme dado un mal embarazo, porque en eso, como decía Eva, había tenido mucha suerte.

Capítulo 32



Me encontraba mal y tenía unos dolores leves, pero cada vez más frecuentes. Avisé a Douglas y me dijo que preparase todo que ya me recogía.

A pesar de los dolores, sonreí mientras me preparaba para irme al saber que, tal vez, por fin iba a verle la carita a mi niña.

Había esperado el día en que naciera con toda la ilusión del mundo y es que no veía la hora de que llegara.

Ni cinco minutos habían pasado desde que le llamé y ya tenía Douglas el coche en la puerta y estaba ayudándome a meter la bolsa con mis cosas para irnos directos a Inverness, al menos para tener una opinión médica.

—¿Qué te notas, hija? —preguntó poco después de salir.

—Molestia y dolores, pero no muy fuertes al menos de momento.

—Vamos a ver qué dicen, que igual es una falsa alarma de esas que dice Hanna.

Sí, podría ser eso. Había leído que a veces daban leves contracciones como de parto, pero que solo eran avisos de que, ya sí, el bebé estaba preparándose para nacer y nos lo iba advirtiendo.

Tal y como llegamos, me hicieron el registro y avisaron para que viniera el doctor a verme. Entramos en la consulta y me indicó que estaba a nada de ponerme de parto, pero que aún quedaba, así que me dejaron ingresada en la habitación para que me acomodase y esperase. En esos momentos los dolores iban y venían.

Quedarme ingresada era un alivio, ya que así evitaba tener que estar yendo y viniendo en el coche. Capaz era mi niña de querer salir para ver el mundo en el camino, y al pobre Douglas no le veía yo muy preparado para ayudarme con el nacimiento de la niña.

Una vez me instalé en la habitación con todo bien colocado, me recosté en la cama con las

piernas en alto y cogí el móvil para decirle a Eva que me quedaba ingresada. No tardó en enviarme un mensaje en el que me decía que respirara como me habían enseñado en las clases, esas a las que, por cierto, me acompañaba Douglas, y que mantuviera la calma en todo momento.

Sonreí al leerlo, pues la muy cabrita acabó el texto con un emoji en plan desmayado. Vamos, solo me faltaba desmayarme en pleno parto, ahí sí que me daría algo.

Douglas avisó a Hanna de que ya estaba en el hospital, quien le dijo que se iba a encargar de avisar al resto de la familia. Sabía que tanto ella como los papás de Sloan vendrían de inmediato.

No tenía ni la más mínima idea de lo que habría pasado por la cabeza de Sloan al enterarse de que estaba a punto de ser padre. Por un lado, me emocionaba, pero por otro, me frustraba tener por su parte tan poca información de sus sentimientos hacia nuestra hija. Además, con su familia era bastante escueto y no daba muchos detalles, lo que hacía que todo fuera aún más complicado.

Procuraba estar tranquila, como me había pedido Eva, y no pensar en nada que me hiciera alterarme, pero es que yo era así, en cuanto había algo que me rondaba la cabeza, no se me iba y se quedaba dando vueltas y vueltas. Por eso, en esa ocasión, y mientras controlaba mis respiraciones, cerré los ojos con la cabeza apoyada en la cama y con las manos me acariciaba la barriga.

Pensaba en mi niña y me salía una sonrisita, quería verla y abrazarla por fin, darle un beso y decirle cuánto la quería.

Y también pensé en mi madre, y en lo mucho que le habría gustado estar compartiendo conmigo este momento de mi vida.

Douglas había salido para comprar unos zumos, ya que no me gustaban los que me habían dejado en la habitación, y al preguntar, nos dijeron que no había problema en que me trajesen mi favorito de la calle.

Y menos mal, porque me había pasado todo el embarazo bebiendo los mismos y ahora como que no me acostumbraba a otros.

Seguía respirando con calma y frotándome la barriga con ambas manos, hablándole a mi niña y diciéndole que la quería, pero que esto ya me dolía un poquito más. Y acabé riéndome yo sola, porque si alguien me escuchara…

—Adelante —dije poco después cuando llamaron dos veces a la puerta.

Cuando se abrió la puerta, juro por Dios que estaba preparada para ver a cualquier persona en ese momento, pero al ver quién estaba ahí, mi corazón se detuvo por completo.

—¿A tiempo? —preguntó Sloan con un ramo de flores en la mano y la sonrisa más bonita del mundo.

—¿Qué haces de pie? —pregunté ya con las lágrimas deslizándose por mis mejillas, porque habían comenzado a brotar sin que me diera cuenta.

Estaba allí delante de mí como tantas otras veces antes, y como hacía demasiado tiempo que no le veía, incluso pensé que aquello podía ser un sueño o un delirio fruto del dolor.

Pero joder, es que era tan real, que hasta podía oler su perfume.

—Es una larga historia. —Se acercó a mí, colocó el ramo en mis manos y, al mismo tiempo, se sentó a mi lado.

Yo miré cada movimiento que hizo y fue en el momento en el que cogí aquel ramo de flores cuando supe que de verdad estaba ahí, que Sloan acababa de entrar caminando en mi habitación con un ramo de flores en la mano y se había sentado en mi cama.

No, no era un sueño, ni una alucinación provocada por el dolor, ni tampoco lo estaba imaginando mientras intentaba mantener controladas mis respiraciones.

Él estaba allí, había venido, y yo no podía evitar las lágrimas ni el temblor que me recorría al tenerlo tan cerca.

—Pero… —No pude decir más, no me salían las palabras y en ese momento sentí que debía tocarlo para ver que de verdad estaba allí conmigo.

Pero ¿y si le tocaba y me daba cuenta de que solo estaba imaginándome que había venido? Estaba en *shock*, llorando y en *shock*.

—Regresé hace dos días de Houston…

—¿¡Has estado en Houston!? —pregunté gritando y con los ojos abiertos y llenos de lágrimas.

—Desde unos días después de saber que estabas embarazada —sonrió.

—No puede ser, si tu madre y tu tía…

—Hice un pacto con todos, incluido Douglas, al que le hice prometer que mantendría mi secreto.

—Pero ¿qué hacías en Houston y por qué andas?

—Verás. —Soltó una sonrisilla y me miró de lado con los ojos brillosos—. Me hicieron una prueba para un tratamiento experimental que…

—El que se supone que has estado haciendo hasta ahora en Glasgow —le interrumpí, porque eso era lo que yo tenía entendido.

—¿Me dejas que te explique? —Reía.

—Pero rápido, porque estoy notando por tu culpa las contracciones cada vez más fuertes. —Me toqué la barriga por abajo. Esta última me había dado fuerte.

—A los pocos días de que me contaras que estabas embarazada —continuó—, me dieron la noticia de que era apto para completar el tratamiento en Houston, ya que era una prueba en conjunto entre ambos países. Me informaron que tenía un sesenta por ciento de probabilidades de recuperar la movilidad y me tiré a la piscina. Era consciente de que el camino sería duro y largo, pero por esto —tocó mi barriga— acepté sin dudarlo.

—Pero no lo entiendo. —Lloraba a cántaros y me secaba las lágrimas mientras intentaba entender algo de lo que me estaba contando, que tonta no era, pero esto me había dejado impactada—. ¿Por qué me lo habéis ocultado?

—¿Qué hubieras hecho si lo hubieras sabido? —preguntó en respuesta, y yo no tenía ni que pensar la mía.

—Irme contigo, lo tengo claro.

—Eso era precisamente lo que no queríamos, ninguno. No iba a permitir que vivieras el embarazo en una habitación de hospital viendo mis bajones y aguantando el proceso, no te merecías eso.

—¿Y qué, me merecía estar aquí sola, sin saber si te importaba conocerla o no? ¿Era eso lo que me merecía? ¿Saber que me habías sacado de tu vida y pensar que el bebé nunca tendría un padre? —le pregunté—. No puedo entender por qué no me diste al menos un poco de ánimo, un mensaje de apoyo, algo, hijo, algo que me hiciera sentir que te importaba, porque me quedo loca —le reprochaba llorando y con rabia.

»Quiero que sepas que me alegra que te hayas recuperado —recalqué por el modo en el que me estaba poniendo, que una cosa no quitaba la otra. A mí verlo así era el mejor regalo que podía darme la vida, pero no lo entendía—, porque los médicos de Glasgow no nos dieron esperanzas, pero duele, Sloan, duele muchísimo todo lo que he tenido que soportar.

—Cuando ocurrió el accidente, me sentía completamente perdido —confesó con un leve suspiro—. No quería estar a tu lado porque me daba mucha vergüenza no poder ser el hombre que esperabas y arruinarte la vida de esa manera.

»A pesar de saber que me amas profundamente y deseabas estar conmigo sin importar las circunstancias, no podía permitir que eso sucediera. Tú tenías una vida por delante y no merecías vivir ata a alguien en mi situación. Y luego sucedió lo del embarazo… —Tragó saliva y rompió a llorar.

—No llores, por favor, pero quiero entenderlo todo —le cogí la mano y se la acaricié, sintiendo cómo la mía aún temblaba por todo lo que estaba descubriendo en esos momentos—. Quiero entenderte a ti y también a ellos, quiero saber el motivo de que me lo hayáis ocultado.

»Porque te prometo que lo habréis hecho con la mejor intención, para protegerme de mis propias locuras y de todo lo que tú quieras, Sloan, pero no logro entenderlo. Ahora mismo estoy furiosa con todos y a punto de dar a luz. No quiero tener esta sensación tan rara…

No podía dejar de llorar, que era lo peor de todo, y claro, entre las contracciones y los sollozos, estaba que en cualquier momento me podía dar algo.

Esto no era normal, de verdad que no, jamás me habría imaginado que tendría unos momentos tan surrealistas antes de que naciera mi bebé. Y la pobre Eva diciéndome que debía estar tranquila, pues, cuando supiera el papelón con el que me había encontrado y por sorpresa, iba a alucinar.

—No te enfades con ellos —me pidió—, los puse en un aprieto diciendo que, si te contaban algo, no los volvería a mirar a la cara a ninguno. Todo es cosa mía.

—Es que, ahora mismo, no tengo claro si lo que quiero es abofetearte, darte un abrazo o simplemente mandarte a la mierda y decirte que, si tú lo hiciste solo, yo también voy a pasar así el parto. Estoy realmente enfadada, lo siento, pero es que no logro entender nada —repetía de lo más agobiada.

Y seguía llorando, secándome esas lágrimas que no paraban de brotar, mientras las contracciones se volvían cada vez más intensas con cada momento que pasaba.

—No me dejas explicarte, mi vida.

—¿Tu vida? ¿En serio me acabas de llamar así? —pregunté llorando aún más porque no me podía creer que lo hubiera hecho, y con ese tono tan dulce y cariñoso— No seré tanto tu vida cuando me has dejado en el peor lugar y ajena a algo de lo que debería de haber estado al tanto.

—Tú lo has dicho, te hubieras ido allí y yo no quería hacerte pasar por eso. No me arrepiento de mi decisión porque yo solo sé lo que he vivido para intentar estar hoy así para nuestra hija.

—Y dale con nuestra hija, que ya me he enterado de que es por ella y no por mí —protesté secándome las lágrimas.

—¿Celosa? —sonrió de medio lado, y qué ganas de darle una bofetada y borrársela.

—¡Vete a la mierda! Tú y todos los que estén por llegar —exclamé con rabia mientras me levantaba y me acercaba a la ventana para liberar todo lo que llevaba dentro—. Sois un grupo de hipócritas, egoístas y despiadados. ¿Acaso nadie se puso en mi lugar ni una sola vez? ¿De verdad nadie lo hizo? —grité.

En ese momento que estaba diciendo eso, me di cuenta de que sus padres, su tía Hanna y Douglas estaban entrando, el resto de la familia llegaría más tarde, seguro. Los observé a todos, sabiendo que me habían escuchado, y noté que estaban más blancos que la pared. Ellas, que

tantas veces me habían escrito y habían quedado conmigo para verme, ni un leve rubor en sus mejillas tenían.

—Triana… —murmuró Douglas.

—Triana quiere estar sola —dije mientras me limpiaba las lágrimas y mostrando un poco más de fuerza y valentía de la que sentía en ese momento—. ¿Lo habéis entendido? Quiero estar sola, sin nadie aquí en la habitación, preparándome para la dulce espera, que menudas horas previas al momento final de esta etapa he tenido. —Miré a Sloan de reojo—. Porque si vosotros estuvisteis a su lado cuando decidió para su momento solo, ahora es justo que me apoyéis en mi deseo de estar sola, tal como me he sentido durante este tiempo por su parte.

—Pero…

—¡Que te calles! —corté a Sloan y todos enmudecieron— Muy bonito que aparezca andando, que haya luchado para que su hija lo viera así y todo de novela como para ser escrita, de verdad, precioso. Pero ¿alguna vez habéis pensado en mí? ¿Os habéis puesto en mi piel, aunque sea un segundo?

»Sabíais cuánto me consumía el deseo de verlo, cuánto necesitaba escuchar algo de él, lo que fuera, incluso con un simple mensaje. —Estaba dejando salir toda la rabia, y las lágrimas estaban ahí queriendo salir también—. Ninguno habéis tenido las narices de contármelo, a pesar de las promesas que le hicisteis, porque si me conocieseis de verdad, sabríais que nunca os habría traicionado.

»Me habéis visto estar en la mejor actitud, pero no tenéis ni idea del dolor que he soportado. Y para colmo, él me daba corazoncitos en las fotos, y yo me aferraba a ese gesto, porque me daba esperanzas. ¿Realmente merecía eso? No. ¡No me lo merecía! —grité— Dejadme sola un rato —pedí mientras me daba la vuelta, quejándome de otra contracción.

—No te voy a dejar sola —murmuró Sloan.

—¡Llevas haciéndolo todos estos meses! —le recriminé— Y tú —miré a Douglas—, ya te vale, me has decepcionado —dije y su rostro se transformó por completo, quedándose aún más pálido de lo que ya estaba al entrar.

—Lo siento, hija —murmuró con tristeza.

—Dejadme sola un rato, tengo el timbre para avisar a las enfermeras. —Extendí la mano y fueron saliendo todos menos Sloan—. ¡Que te vayas! —le grité enfadada y se marchó cabizbajo, pero me importaba un bledo.

Era una situación complicada, me habían tomado el pelo todos por su petición, y ahora aparecía como si nada, dispuesto a explicarme todo aquello que lo único que lograba era intensificar el sufrimiento que había cargado durante estos meses en los que él había optado por mentirme con todo el descaro.

Capítulo 33



Esto era lo que menos me habría podido imaginar para un día tan bonito como este, de verdad. Que sí, que el hecho de que Sloan hubiera reaparecido en mi vida andando de nuevo era motivo de alegría, algo bonito para un día como en el que estábamos y lo que iba a vivir, pero que se lo había cargado él, y toda su familia, incluso Douglas.

Qué dolida me sentía, traicionada por todas esas personas a las que apreciaba y que tanto valoraba, esas en las que me había apoyado estos meses desde que supe y les conté que iba a tener un bebé.

Nadie pensó en mí, nadie se preocupó de llegar a entender cómo me sentía y lo mal que estaba, porque de haberlo hecho se habrían opuesto a la petición de Sloan y me lo habrían contado.

Vale que yo me hubiera querido ir con él para estar a su lado en el proceso, pero quizás hablando con Sloan habríamos llegado a un punto de entendimiento y me habría quedado aquí en el pueblo, hablando por teléfono y videollamadas, que éramos personas adultas y como decía mi madre, hablando se entiende la gente.

Pero no, él prefirió dejarme fuera de esto, no hablarme, no escribirme, simplemente reaccionar a las fotos y que con eso me conformara.

Ni cinco minutos habían pasado desde que salieron todos de la habitación y me comenzaron a dar muy seguidas las contracciones. Ahora sí que sí, mi niña había decidido que quería ver mundo y que era hora de salir de donde estaba.

Suspiré y toqué el timbre, por suerte, no tardaron en venir las enfermeras con el doctor que, tras tocarme, me dijo que nos íbamos para el paritorio.

—Tenemos una niña lista para nacer —comentó con una leve sonrisilla que contagió a las enfermeras, y hasta a mí, a pesar de que sentía un poco más fuertes esos dolores de las contracciones y, con todo lo que había pasado minutos antes, de reírme era de lo último que tenía ganas, la verdad.

Estaban todos fuera cuando salí y Sloan hizo un intento de seguirme.

—Ni se te ocurra —le dije señalándole con el dedo muy enfadada.

—Voy a ir contigo, vida.

—¡A mí no me llames vida! —le grité delante de todos y las enfermeras me miraron preocupadas e hice un gesto de negación para decirles que estuvieran tranquilas.

No quería a nadie conmigo, a nadie, iba a dar a luz sola a mi hija, así fuera entre terribles sufrimientos, llorando y con las gotas de sudor cayéndome por la cara como cascadas, pero no necesitaba que me acompañasen.

Douglas iba a ser quien entrara conmigo, así lo habíamos hablado y así iba a ser hasta que apareció Sloan andando tan tranquilo por la puerta de mi habitación, pero ya no, ahora iba a estar yo sola en esa sala trayendo al mundo a mi hija.

O al menos eso era lo que quería yo.

Llegamos a la sala y me ayudaron para acomodarme en la camilla, con las piernas levantadas. Estaba dilatando rápidamente y no había tiempo para la epidural, esas fueron las palabras que me dijo después de volver a explorarme. En ese momento, sentía que los dolores eran tan intensos que creía que no lo iba a soportar.

—Tienes que apretar, Triana. —Escuché decir al doctor cuando me vino un dolor muy fuerte.

—Tú puedes, cariño —murmuró Sloan, indicándome que estaba a mi lado.

—¡Vete a la mierda! —grité con todas mis fuerzas y noté cómo salió una buena parte de mi hija.

No quería que estuviera aquí, no quería pasar por este momento con él al lado, quería estar sola rodeada de desconocidos porque prácticamente así sentía que había estado estos meses.

—Otro empujón, cariño —me indicó Sloan antes que el doctor, cómo se notaba que también era médico.

Le miré con rabia y los dientes apretados, y cuando me miró, vi que le brillaban los ojos.

Aparté la vista de él y me concentré en la voz del hombre que me estaba ayudando a traer a mi hija al mundo.

Y empujé con todas mis fuerzas de nuevo y la niña comenzó a llorar en los brazos del médico. Le dijeron a Sloan que cortase el cordón umbilical y estuve a punto de doblarme por completo y cortarlo yo, pero estaba tan agotada que me dediqué a llorar y coger el aire.

Lo había hecho, después de tantos meses de espera, por fin había tenido a mi hija e iba a verle la cara.

Eso era lo que me daba fuerzas en un momento como este, donde sentía que todos me habían fallado, y de qué manera.

—Ha sido un parto de lo más rápido —murmuró una de las enfermeras.

—Sí, porque el embarazo fue de lo más largo —contesté entre sollozos mientras veía cómo le ponían en los brazos de Slogan a la niña que, emocionado, vino hacia mí para ponerla en mi pecho.

—Mira, vida, aquí tienes a nuestra hija.

Le iba a soltar un disparate, pero preferí acurrucar en mi pecho a mi hija y sacar a llantos la sensación tan grande que sentía en estos momentos.

Era tan bonita y pequeña, que al verle esa carita lloré aún más. Le acaricié la mejilla y le di un besito en la frente, esa niña iba a ser la persona que más iba a querer en mi vida. Desde ese momento ya era todo mi mundo.

—Hola, mi niña —susurré sin poder parar de llorar—. No sabes las ganas que tenía de verte y poder abrazarte. No te voy a fallar nunca, ¿vale? Tú y yo siempre juntas, siempre la una para la otra, cariño. —Volví a besarla y pensé en mis padres.

Les habría encantado conocerla y se les caería la baba con ella, estaba segura.

Le toqué la cabecita y esa pelusilla que tenía, iba a ser morena como mi padre y yo, y aunque era muy pequeñita aún, podía ver algunos rasgos de Sloan en su carita.

Sin duda, mi hija iba a ser una bonita mezcla, toda una sevillana de Escocia. Sonreí al pensar en eso y la besé de nuevo sin que las lágrimas dejaran de caer por mis mejillas.

—Necesitamos saber el nombre de la pequeña —nos dijo una enfermera.

—Cariño ¿cómo se va a llamar? —me preguntó él en tono muy bajito, y la enfermera arqueó la ceja.

No sabían nada de lo que había pasado entre nosotros, así que es normal que se sorprendiera porque el padre de la criatura no tuviera ni idea de cómo se iba a llamar.

Pero claro, es que ni yo misma lo sabía, hasta ahora.

—Triana como su madre —murmuré, teniendo claro el nombre que hasta este momento ni se me había pasado por la cabeza.

Tenía esos tres nombres que me gustaban, existían infinidad de ellos en el mundo que podría haber escogido para mi hija, y al final me decanté por el que mis padres me pusieron a mí porque de algún modo sentía que les honraba y quería que mi pequeña tuviera un pedacito de lo que yo viví con mi madre, a quien le habría encantado conocer y acunar a su nieta.

—Se va a llamar Triana —le repitió Sloan, confirmando mis palabras.

Se llevaron a la niña para que la pesaran, la midieran y le hicieran algunas pruebas. Mientras tanto, a mí me llevaron a la habitación y sin siquiera un punto. Al menos, algo estaba saliendo bien en medio de todo esto.

Al salir, estaban todos y rodearon mi cama para felicitarme. Yo estaba seria, pero sonreía con ironía. Me había dolido tanto que nadie hubiera tenido el detalle de contarme la realidad de los hechos, que lo tenía ahí clavado como la mayor de las heridas.

En cuanto me dejaron en la habitación suspiré, me acomodé bien en la cama y cerré los ojos, llorando de nuevo porque me sentía sobrepasada, de verdad.

Esa mezcla de dolor y rabia que me habían provocado entre todos no era fácil de digerir, y ahora mismo necesitaba a mi niña para abrazarla y sentir ese consuelo que sabía que ella me iba a dar.

No tardaron en traérmela y sonreí al ver a la enfermera entrando con el nido, pero esa se me borró al ver a Sloan en la puerta.

—No entres —le advertí—. Este es mi momento con ella.

—Triana, también es mi hija.

—Lo sé, pero primero que nadie, estoy yo. Así que. —Hice un gesto con la mano para que no entrara, y se fue cabizbajo.

Suspiré y vi que la enfermera estaba sonriendo.

—Si puedo darte un consejo, sea lo que sea que pasó, esta niña os va a necesitar siempre a los dos.

—Eso lo sé, y es su padre y no le voy a prohibir nada, pero ahora mismo quiero estar sola con ella.

La enfermera asintió y, tras ponerla en mis brazos, me explicó cómo era mejor darle cada toma de pecho. Me dijo que, si notaba molestias, había pezoneras que podía probar para que la niña mamara sin destrozarme los pezones y que me dolieran.

Me quedé a solas con ella mientras le daba el pecho y volví a notar esas lágrimas que me

caían como si no hubiera llorado en años.

Capítulo 34



En cuanto Triana acabó su toma, le saqué los gases tal como me había dicho la enfermera, y la volví a acunar y a besar en la frente. Cogí el móvil y le hice una foto para enviársela a Eva, que no tardó en llamarme.

—Pero qué guapa es mi sobrina, por favor —dijo emocionada, se lo notaba en la voz—. ¿Cómo estás tú, cariño?

Comencé a llorar y le conté todo lo que había pasado en esos momentos antes de que me pusiera de parto. No daba crédito y, aunque en un principio se alegró de que Sloan se hubiera recuperado, se enfadó tanto como yo por el modo en el que me lo había ocultado.

—Y los demás, Eva, que no hubo nadie que me dijera una sola palabra.

—Cariño, no lo hicieron bien, pero solo cumplían la petición de Sloan. Él es quien más culpa tiene, los demás, no.

—Me duele por todos. Douglas debería haberme dicho algo, se supone que ha sido como un padre.

—Lo sé, pero insisto, los demás solo hicieron lo que él les pidió. Sloan es quien peor lo hizo, que ni siquiera te mandó un mensaje o algo.

—Eso le he dicho.

—Mira, como consejo te diría que tienes que estar mínimo un mes sin querer verle, y a la niña que la vea por foto como ha hecho durante todo el embarazo.

—Joder, Eva, que tampoco es eso.

—Era broma, a ver si te reías un poquito. Pero, oye, que como venganza…

—Eva. —Reí.

—Bueno, ¿y ahora?

—Pues, ahora me quedo sola, porque no quiero a nadie conmigo.

—De eso nada, allí me planto yo en menos que canta un gallo y te hago compañía unos días.

—Pero ¿y el trabajo?

—Me deben días, así que tranquila. Rodrigo se quedará con Carlos, no hay problema.

—No sé qué decir. —Miré a la niña que seguía dormidita.

—Que me vas a tener preparado un buen puchero.

—Vale. —Reí.

—Te quiero, cariño. Te aviso de cuándo llego.

—Vale. Adiós.

—Adiós. Y dale un beso a mi sobrina.

Sonreí mientras colgaba y dejé el móvil de nuevo en la mesita. Escuché un par de golpecitos en la puerta y suspiré antes de decir que podía pasar.

—Hola, hija —Douglas sonrió con tristeza—. ¿Puedo pasar?

—Estoy enfadada con todos —dije.

—Lo sé, y créeme que te entendemos —suspiró—. ¿Puedo?

—Pasa.

Douglas cerró la puerta y se acercó a la cama, sonrió al tiempo que se inclinaba y le acarició la mejilla a mi pequeña. Vi que se le caían unas lagrimillas y las retiró enseguida.

—Es preciosa. Sloan dice que se llama como tú.

—Sí.

—Pues tiene un nombre perfecto, el de su mamá, que es toda una luchadora. Hija, yo quería…

—No lo digas, porque me vas a hacer llorar.

—No quiero ni pretendo hacerlo, pero necesito que sepas cuánto lo lamento. No te dije nada porque todos pensamos que era lo mejor en ese momento. Le prometí a Sloan que no te lo contaría porque quería darte una sorpresa, que pudieras ver cómo él regresaba siendo el hombre que un día conociste. No te haces una idea de lo que me ha costado ocultártelo. Te considero como a una hija, Triana, y esto no ha estado bien. De verdad, lo siento mucho —me dijo, ya llorando con un dolor que era el que yo sentía.

—Al final me has hecho llorar —dije y él se acercó para secarme las mejillas y darme un beso en la frente.

—Hija, lo siento muchísimo, de verdad.

—No esperaba esto de ti, me ha dolido mucho, Douglas, pero no tengo más familia que tú. Por favor, no me vuelvas a mentir, dime las cosas que yo te prometo, por mi niña, que no contaré nada, pero no quiero que tú me mientas. Con todo lo que has hecho por mí estos meses, lo tuyo es lo que más me duele, después de lo de Sloan.

—Te prometo que no lo haré, hija. —Me dio un abrazo—. Te quiero mucho, Triana.

—¿Y a tu nieta?

—A esta la quiero desde que escuchamos su corazón.

Sonreímos y le dejé que la cogiera. Se sentó en el sillón junto a mi cama y comenzó a hablarle, le decía que era la niña más bonita que había visto nunca y que la iba a querer y malcriar porque tenía que ser su abuelo favorito. Le dio un beso y dijo que sus abuelos desde el cielo también la iban a querer y cuidar siempre.

La puso en el nido y me preguntó si podía entrar la familia de Sloan. Lo pensé un instante y al final accedí, pero solo con la condición de que la vieran en el nido, donde estaba tranquilamente dormida, y que él se quedara con ellos. La verdad es que no tenía ganas de hablar con nadie en ese momento.

Entraron por parejas, primero sus primos y después sus tíos. Los últimos en entrar fueron los padres de Sloan y su tía Hanna.

Yo estuve todo el tiempo en la cama mirando hacia la ventana, igual que Sloan estuvo conmigo durante los días que permaneció en el hospital tras el accidente.

Lloré en silencio y cuando ya se fueron todos, Douglas me dio un beso y dijo que, cualquier cosa, le llamase.

Me quedé sola con mi niña y, entre el cansancio y el llanto, acabé por dormirme.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando me desperté, y al hacerlo escuché la voz de

Sloan. No abrí los ojos y me quedé allí escuchando lo que le decía a la niña.

—Te quiero con todo mi corazón, hija, y te juro por mi vida que nunca te voy a fallar, que siempre vas a tenerme, igual que tu madre, aunque ahora esté enfadada conmigo. No sabes lo que ha sido para mí tu llegada, cuando vi esa primera ecografía, lloré como un niño —le salió una risita—. Y ver la barriguita de tu madre donde crecías…

»No se lo digas, pero esa foto la tenía en el fondo de pantalla. Ahora también la tengo, pero con la que os he hecho en la sala sin que tu madre lo sepa. Y no se lo digas, que seguro que me dice que la borre porque tiene unos pelos y una cara que no se ve guapa. —Otra risita—. Sois mi mundo, hija, y aunque ahora ella no quiera verlo, sé que lo hará.

Sentía un nudo en la garganta, quería llorar, pero no que él me viera más, así que aguanté como una campeona.

Me desperté y ahí estaba él con la niña en brazos, en cuanto me vio, sonrió.

—Creo que ya tiene hambre. Se despertó y…

—Dame, que le doy el pecho. —Extendí los brazos, quería seguir haciéndome la fuerte.

Cogí a la niña y cuando fui a darle el pecho, le miré.

—Estaré fuera, por si…

—Adiós —le corté.

Sloan asintió y salió cabizbajo de la habitación, momento en el que dejé que salieran esas lágrimas que no podía contener más tiempo.

Le di el pecho a mi pequeña y la besé, hablé con ella y le dije que seguro que con ella Sloan iba a ser un buen padre.

Pero es que yo no quería verle ahora, no podía, seguía dolida y enfadada por haberme ocultado algo tan importante como era ese proceso de recuperación para él. ¿Es que acaso no pensó que yo podría querer estar con él en esos momentos, igual que me habría gustado que él estuviera presente en el embarazo?

Cuando la niña terminó su toma, la metí en el nido y fui al baño, necesitaba refrescarme la cara y borrar esas lágrimas. Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar.

Llamé al timbre y vino una enfermera. Le pedí un zumo y sonrió al decirme que mi padre había dejado una bolsa con varios de mis favoritos, así que me los trajo poco después.

Me tomé uno y, pasado un rato, vino el médico para ver cómo me encontraba. No dudó en decirme que me daría el alta al día siguiente, así que en cuanto se fue llamé a Douglas para

decírselo y pedirle que viniera a buscarme.

—Te he dicho que no iba a tener secretos, así que, solo te aviso. Sloan quiere ser quien te lleve a casa.

—Vamos, no me fastidies —suspiré.

—Es igual de cabezón que tú, no pude decirle que no.

—Vale.

—Descansa, hija.

Colgué y avisé a Eva por mensaje de que me daban el alta al día siguiente. Dijo que ya tenía todo listo y que en un par de días llegaba.

Cené algo rápido que me trajeron y me quedé dormida, pero volví a despertarme y noté que me dolía la cabeza, normal con tanto llanto.

Me levanté y salí para estirar un poco las piernas y pedirle algo a la enfermera.
En cuanto puse un pie en el pasillo, vi a Sloan durmiendo en un sofá, ya le valía.

La enfermera me dijo que podía haber llamado, pero yo es que necesitaba andar un poco. Me dio una pastilla que podía tomar al estar ahora dándole el pecho a la niña, y volví a la habitación para dormir.

Esa mañana, en cuanto el médico me dio el alta, me preparé y arreglé a la niña para irnos a casa. Sloan llamó antes de entrar y se encargó de coger todo para ayudarme.

Salimos a la calle y fuimos hacia su coche, este era otro, porque el SUV había quedado para el desguace.

Nos acomodamos y puso rumbo de vuelta al pueblo, a mi casa, con mi hija, esa que, desde ahora, iba a ser siempre el motor de mi vida.

Capítulo 35



Durante el trayecto de regreso al pueblo íbamos en el más absoluto silencio. Sentía una felicidad muy grande de regresar a casa con mi hija, pero también tenía una sensación triste, fea y extraña de que todos se habían reído de mí, aunque hubiera sido inconscientemente, pero nadie se puso en mi lugar.

Subió conmigo a dejar las cosas, ya que yo llevaba a la niña en brazos.

—Gracias. Ahora me gustaría quedarme tranquila.

—¿Puedo venir luego?

—Ya te aviso yo cuando me encuentre mejor.

—Pero…

—Haz el favor y vete, que yo a ti no te pedí ni la más mínima explicación y tampoco me la diste.

—Está bien… —murmuró con tristeza mientras se inclinaba para darle un beso a su pequeña en la frente, que descansaba en un moisés que tenía colocado en el salón.

Me miró cabizbajo y asintió despidiéndose. Le respondí con un ligero gesto de afirmación.

Tal y como cerró la puerta, me derrumbé a llorar como no lo había hecho hasta ahora. Sentía tanto dolor dentro de mí que no podía ni respirar con normalidad.

Miré a mi pequeña que dormía plácidamente y me senté en el sofá a su ladito, metiendo la mano en el moisés y agarrando la suya para acariciarla.

Era tan pequeña y frágil que no quería que le pasara nada, siempre miraría por ella y la antepondría a todo, y a todos.

Ella era mi vida, mi mundo, lo más importante para mí en estos momentos.

—Triana, ¿sabes que vienes a una familia especial? —le pregunté como si me entendiese— Tu padre no fue muy justo conmigo, pero se ve que te quiere muchísimo, aunque por ahora le voy a hacer beber de su propia medicina. Tengo mucha rabia, hija. —Lloraba intentando sacar todo eso de mí.

»¿Por qué solo me ponía un corazón en las fotografías cuando yo lo que más necesitaba era una sola frase en la que me dijera que todo iba a estar bien? ¿Por qué no me contaron la verdad, impidiéndome aferrarme a esa esperanza de que podría volver a recuperar la movilidad? Hija, es que estoy agobiada, perdón por desahogarme contigo.

Le di un beso en la manita y la dejé dormir tranquila, era pequeña y no iba a entender nada de lo que yo le contara.

Me tumbé en el sofá bocarriba y dejé que un montón de lágrimas cayeran por mis mejillas sin control. Qué difícil era todo, especialmente al darte cuenta de que todo el mundo a tu alrededor había tenido las respuestas, menos tú.

No sé qué pensaban, ¿acaso esperaban que lo recibiera con los brazos abiertos y le dijera que me alegraba de su recuperación mientras mantenía a todos informados menos a mí? Pues no me daba la gana.

Habían sido muy injustos, yo estuve ahí en todo momento desde que Douglas vino a buscarme a casa para ir al hospital. Pasé las peores horas de mi vida llena de angustia sin saber nada hasta que salió de la operación y despertó.

Viví los días más dolorosos a su lado, mientras yo me quedaba ahí en la habitación y él simplemente me mostraba desprecio y me ignoraba, como si estuviera solo entre esas cuatro paredes hasta que me marchaba.

Me echó de su lado, pero me había ganado más que de sobra el derecho a estar presente en su recuperación, aunque fuera en la distancia.

En ese momento me vino su exmujer a la cabeza, esa que se presentó en el hospital casi llorando y preocupada por un hombre al que le fue infiel y que, en el momento del accidente, se las quiso dar de buena persona.

No iba a compararme con ella, pero era evidente que la diferencia entre ambas era más que grande, dado que yo habría dejado todo por irme con Sloan a Houston, a pesar del poco tiempo que llevaba enamorada de él. En cambio, ella lo engañó con otro, habiendo estado más años juntos.

La pequeña se quejó un poco y sabía que ya estaba pidiendo su ración de comida. La acomodé en mi pecho y comenzó a mamar como una condenada. Apreté la mandíbula hasta que se relajó un poco y me alivió ese primer apretón que me había dejado sin sentido.

Normal que hubiera pezoneras para estos casos, si como nos descuidáramos un poquito, nos

daban un bocado y se llevaban el cacho. Sonreí al pensar eso, que parecía que se me estuviera contagiando la locura de Eva.

Echaba mucho de menos a mi madre en este momento en el que me hubiera sido de gran ayuda, pero bueno, tenía la ilusión de que mañana llegaba mi amiga y llenaría, aunque fuese un poquito, ese vacío.

—¿Ya tienes la barriguita llena, cariño? —pregunté cuando acabó y me miró con esos bonitos ojos— Pues venga, los gases y —olfateé un poco—, sí, a ponerte limpita.

Le di un beso en la frente y la coloqué para ayudarla a soltarlos. Cuando lo hizo, volví a besarla y la abracé con todas mis fuerzas.

Le hablaba y se quedaba embobada mirándome, no sabía de qué color iba a tener los ojos, pero parecía que fueran a ser claros, como los de su padre.

Estaba terminando de cambiar el pañal a la pequeña después de comer y hacer sus necesidades cuando sonó la puerta, me imaginé que era Douglas y no me equivoqué.

—Hija, te he traído una empanada del obrador —dijo con tristeza.

—Pasa. —Me aparté.

—¿Me dejas darte un beso?

—Claro. —Ladeé mi cara y me lo dio.

—Me siento triste, te he fallado y no solo a ti, a tu madre también.

—No la metas a ella, Douglas, nadie te está señalando, solo que te equivocaste y me has hecho daño con eso, pero tengo mucho que agradecerte y eres parte importante en mi vida. —Mis palabras eran serenas.

—¿Puedo cogerla?

—Claro —sonreí con tristeza.

La forma de mirar a mi hija era como la de ese abuelo emocionado con el mayor tesoro en sus brazos. Le decía guapa y la piropeaba de mil maneras, mientras le sonreía con esa nobleza que siempre representaba.

Se veía que la quería, aunque no fuera su abuelo de sangre.

Sí, a mí me había fallado de alguna manera, pero no podía ser injusta con él porque para mí había representado tanto que sería egoísta condenarlo por eso. Dolía, pero sabía que un día se me

pasaría. Douglas no se merecía otra cosa.

Se sentó en un rincón del sofá con ella en brazos, momento que aproveché para sacar todo de las bolsas, poner una lavadora y ducharme para ponerme el pijama. Me había venido bien su visita para dejar todo en orden y ya descansar de toda la intensidad que había vivido estos dos días.

Le comenté que llegaba Eva al día siguiente al aeropuerto de Glasgow y, antes de pedirle el favor, ya estaba diciendo que iba a ir a por ella. Le di su teléfono y a ella le mandé el de él.

Eva dijo que en cuanto supiera la hora más o menos de llegada le pondría un mensaje para que fuera con tiempo. Douglas cuando se lo comenté, dijo que sin problema.

—Bueno, ahora te dejo descansar, luego me daré otra vueltecita por si necesitas algo, pero ya sabes que estoy a un toque. —Me enseñó el móvil.

Siempre había sido así, con una simple llamada que le hiciera, le tenía en casa en un santiamén, como decía mi madre.

—Claro, tranquilo. Gracias. —Le di esta vez yo el beso en la mejilla, que no se había esperado ni mucho menos, pero que me nacía darle porque era un hombre de lo más cariñoso, a pesar de ese fallo que había cometido.

Se marchó con una sonrisa un poco más bonita que con la que entró, que era de tristeza total. Me dolía no estar tan cercana con él, pero es que me estaba costando un mundo gestionar todo lo que había pasado.

Me pasé toda la tarde con la pequeña en mi pecho y hablándole en voz flojita, contándole con todo el amor que la había esperado desde el primer minuto que sabía que estaba creciendo dentro de mí y hablándole de su abuela, esa que estaba segura de que estaría de lo más feliz viéndonos en este momento.

No podía dejar de mirarle esa cara tan bonita que tenía, de cantarle mientras ella me observaba de lo más embobada, como si mi voz fuera algún tipo de hipnótico para ella.

Sonreía y le acariciaba la mejilla, le dejaba besos en esas manitas tan pequeñas y ella agarraba mi dedo con fuerza.

—Pero cuánto te quiero, mi vida, más de lo que podrías llegar a imaginar. Y cada día te querré más y más.

Me llegó un mensaje al móvil y pensé que era Eva, pero la sorpresa fue mayúscula al ver el nombre de quien menos me esperaba.

Sloan: *Os echo mucho de menos. Desearía poder retroceder en el tiempo y no haber tomado*

decisiones de mierda que me llevan a estar perdiéndome estos momentos tan bonitos a vuestro lado. Me da mucha tristeza no poder verla en estos momentos.

Le hice una foto a la niña y se la mandé. Ahí la llevaba para que la viera, al menos le contestaba, no como él hacía. Putos corazones que ahora odiaba tanto y que, en aquellos momentos, como gilipollas, los veía con ilusión y esperanza. Me conformé con muy poquito para que me lo pagaran de esa manera.

Obviamente, a esta foto también le puso un corazón, pero al menos tuvo la delicadeza de tomarse un tiempo para contestarme también.

Sloan: *Es preciosa, como tú. No pudiste elegir mejor nombre. ¿Sabes que siempre me imaginé que se llamaría así? Daría lo que fuera por verla, aunque solo fueran dos minutos.*

Triana: *¿Lo mismo que diste por mí, por verme cuando más te necesitaba?*

Le respondí de manera irónica porque, aunque en realidad no tenía intención de hacerlo, me había tocado la fibra ese sentimentalismo de dar y dar. Me molestaba que no hubiera dado nada en el momento en que realmente lo necesitaba.

Que sí, que estaba muy bien que por su hija quisiera volver a ser ese hombre que siempre fue, pero ¿por qué no le importó echarme de su lado y dejarme fuera de todo ese proceso? Si había algo que le reprocharía durante mucho, muchísimo tiempo, estaba claro que iba a ser eso. Yo lo necesité en ese momento y él no estuvo ahí para mí, no porque no pudiese, sino porque, simplemente, no quiso.

Capítulo 36



Eran las ocho de la mañana y llevaba levantada desde las seis, momento en el que mi hija pedía el pecho a gritos pelados. Cada vez lo hacía con más intensidad, se veía que esta venía con carácter.

Si mi madre me escuchara, me diría que, a quién le recordaba, porque lo que muchas veces me dijo es que yo de bebé era así, de ponerme a chillar como una loca muerta de hambre. Me reía en aquellos entonces, pero ahora que la que lo sufría con mi niña era yo, entendía a mi madre cuando me decía que más de una vez pensó en ponerse unos tapones en los oídos.

Nunca lo hizo, obviamente, pero cuando ya comenzó a darme leche de fórmula, decía que muchas veces era mi padre el que me cogía en brazos y me la daba para que ella descansara un poco más.

Yo estaba sola, por el momento no había padre que me ayudara, claro que tampoco lo necesitaba.

No había podido conciliar el sueño y estaba nerviosa con la llegada de Eva, a la que esperaba como si fuera ese pequeñito rayo de luz dentro de todo este caos que había en mi cabeza.

Cuando le retiré el pecho a la niña, la escuché dar un leve suspirito y sonreí.

—Ay, qué suspiro, madre. Cómo se nota que ya se le ha llenado la barriguita a mi niña, ¿verdad? Vamos, cariño, saquemos esos gases fuera.

Le hablaba y me encantaba tenerla cerca, habían sido tantos meses imaginando cómo sería, que ahora me quedaba mirándola para no perderme un solo detalle. Y fotos le hacía muchas, porque cada día que fuera pasando ella iría creciendo y, en apenas un mes, estaría muy cambiada a como la veía ahora.

Y quería hacerle uno de esos álbumes de su primer año de vida con todas las fotos que pudiera ponerle.

Me estaba tomando un café cuando me sonó una notificación en el móvil.

Sloan: *Buenos días, mi vida. ¿Cómo habéis pasado la noche? Yo no he podido pegar ojo más de media hora seguida.*

Triana: *Tu vida se despertó a las dos de la madrugada para comer y a las seis de la mañana. Ahora está durmiendo tranquilita, ajena a toda la mierda que se generó a su alrededor. Feliz día.*

Vida ni vida, si hubiera sido su vida, no me habría dejado de lado como lo hizo. Pero bueno, siempre podía ser su vida, su hija, que en eso yo no entraba en dudas, pero en lo que respecta a mí, las tenía y muy serias.

Sloan: *Déjame ir a darle un beso, por favor.*

Triana: *No eres digno de entrar en mi casa, pero si me traes pan calentito y no vas a estar más de diez minutos, puedes venir a hacerlo.*

Sloan: *Gracias. No tardo. ¿Necesitas algo más?*

Triana: *Si compras el pan en la pastelería, te agradecería que me trajeses también dos palmeras de chocolate, dos trufas y dos porciones de tarta de queso.*

Sloan: *Anotado todo.*

Después de pedirle los pasteles, pensé que este era capaz de pensar que era para compartir con él cuando la realidad es que los quería para la hora de merendar en la que ya estaría aquí mi amiga.

Tenía un amor-odio por Sloan que yo misma me mortificaba. Y no me apetecía verlo ni lo más mínimo, pero entendía que, aunque fuese un poco, tenía que ver a su hija y que tenía sus derechos como padre y que, ante todo, la niña no tenía culpa de nada, pero conmigo lo tenía crudo. Estaba de lo más resentida.

Con lo diferente que sería todo si no me hubiera apartado de él como lo hizo. Podríamos haber vivido los dos el embarazo de nuestra hija de una manera bonita y especial. En cambio, lo viví sin él, y pensando que ni siquiera eso fue suficiente para que él se acercara a mí y que todo volviera a ser como una vez fue.

Fui a abrir la puerta cuando llegó, y me quedé con una cara de gilipollas que no podía con ella. Me aparté para que pasara y lo hizo con una leve sonrisa que no devolví, porque no me salía, la verdad era esa.

Venía con dos bolsas colgando del brazo, en la que traía en una el pan y en otra la bandejita de

dulces, pero sobre sus manos un baúl de madera precioso tallado con el nombre de la marca de uno de los chocolates más famosos de Escocia.

—Es para ti —murmuró dejándolo sobre la mesa—. Dentro contiene onzas individuales de todas las gamas que tiene la casa.

—¿Y me los tengo que comer todos?

—No, solo los que quieras —murmuró, acercándose a la pequeña y agachándose para mirarla cómo dormía. Le acarició la carita y la miraba embobado.

—Puedes cogerla. Si esperas a que se despierte, vas apañado. Solo lo hace para comer.

—Vale. —Se levantó y la cogió, echándosela al pecho y besando su hombro.

Se veían bien juntos, y sentí un vuelco en el corazón en ese momento, así como unas ganas de llorar que, para no hacerlo, tuve que girarme y así no verlos.

Abrí el baúl y cogí un par de onzas de chocolate para ponérselas en el plato en el que le llevé la taza con el *espresso*. No le había preguntado si quería, pero bueno, lo daba por hecho.

—Gracias —murmuró sonriendo desde el sofá con la bebé sobre él.

—Intenta no quemar a mi hija o sales por la puerta en una caja de pino.

—Claro —sonrió—. Por cierto, te quería preguntar si puedo venir esta tarde también un ratito.

—Si te quieres enfrentar a la gorila, adelante.

—No te entiendo. —Se rio un poco.

—Hoy llega mi amiga Eva. Douglas la recoge en el aeropuerto en un rato, así que ya debe estar de camino.

—¿Viene Eva? ¿Con su marido y su hijo? —preguntó, ya que yo le hablé de ella y su familia infinidad de veces.

—No, ella sola.

—Por mi hija me enfrento al mismísimo diablo —contestó, y no lo dudaba.

—Pues bienvenido —sonreí con ironía y me metí en la cocina a preparar una pasta que iba a hacer para cuando ella llegara.

No quería echarlo porque estaba con su hija y eso era muy inhumano, pero vamos, que más inhumano era lo que hizo conmigo. Nunca lo iba a poder entender por mucho que quisiera, que mira que le había dado vueltas y vueltas, y nada, no había manera de desentrañar los motivos que me dijo por los que me había ocultado ese proceso de recuperación al que se enfrentó.

—Triana —dijo viniendo hacia el lado de la cocina después de dejar a la niña en el moisés.

—Dime.

—¿Es posible que mañana vean mis padres y mi tía Hanna a la niña? No te digo que toda la familia porque sería un caos, pero, al menos, ellos tres.

—Pueden venir cuando quieran y ya se organizará una visita para todos los demás.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Esta tarde regreso.

—Vale.

Se marchó después de haber estado dos horas. Había intentado ser justa y no romper ese momento que él necesitaba. Lo que no sabía era cómo iba a frenar a Eva de que no le soltara por la tarde cuatro cosas, porque conociendo a mi amiga se iba a tener que poner a contar hasta mil unas cuantas veces.

Ella me había dicho que a los demás no debía culparles solo porque cumplieran con esa promesa que le hicieron a Sloan, pero a él ya me había dicho, aunque fuera medio en broma, que a la niña la viera por fotos. Que no iba a ser el caso, obviamente, pero me temía que, siendo como era, le dijera alguna cosa.

Recibí un mensaje de Eva diciéndome que ya estaban de camino hacia el pueblo. Me puse de lo más nerviosa mientras escuchaba que la pequeña reclamaba mi pecho.

La cogí en brazos y nos acomodamos en el sofá para su toma, y mientras ella me miraba sin dejar de pegarme esos pellizcos hasta que se me pasaba un poco el dolor, le hablé de su tía, pues al igual que Carlos me llamaba así a mí, quería que mi pequeña llamara a Eva que, aunque no fuera su tía de verdad, lo sería de corazón.

Qué ganitas tenía de tenerla conmigo y poder expresar todo lo que tenía dentro, mientras ella, seguro, me abrazaría para intentar calmar un poquito mi dolor. Eva me conocía muchísimo y necesitaba de esos choques de realidad que solo ella sabía darme. Y es que en muchos momentos la había echado demasiado de menos y me hubiera gustado tenerla a mi lado.

Porque no era lo mismo, y nunca lo sería, hablar con alguien por mensajes o verla a través de la pantalla del móvil en una videollamada, que tenerla delante, poder abrazarla y sentir ese abrazo que te reconfortaba como nada lo hacía en el mundo.

Capítulo 37



Los nervios me podían y no era para menos, porque después de tanto tiempo, por fin iba a ver y a abrazar a mi amiga.

Sabía que ya no tardaría mucho en llegar y, en cuanto escuché el timbre, corrí como nunca.

—¡Eva! —grité cuando abrí la puerta.

—¡Triana! —Se lanzó a mis brazos emocionada—. Qué ganas tenía de verte. Estás preciosa, no parece que hayas dado a luz hace dos días —sonrió—. ¿Dónde está mi sobrina, por cierto?

—Ven, aquí. —Entró con su equipaje—. ¿Y Douglas? —pregunté al no verle tras ella.

—Fue un momento a su casa porque dice que tiene unas croquetas para nosotras y ahora las trae.

—Yo he preparado pasta, pero para acompañar están perfectas las croquetas. —Le acaricié la espalda.

—Ay, madre, ¡qué me la como! Qué bonita es mi niña —decía cogiéndola en brazos y le dio un beso en la frente.

—Y llorona, y muy protestona que nada más quiere comer, pero, aun así, me tiene loquita.

—Va a ser morena, como tú —sonrió al verle esa pelusilla que tenía en la cabecita—. Y los ojos apuntan a que van a ser claros.

—Eso me parece a mí, sí —sonreí.

—Si es que eres preciosa, chiquitina, preciosa, preciosa. —Le dio un beso—. ¿Me la puedo llevar para España conmigo? —preguntó bromeando la muy loca, mientras la abrazaba.

—Mejor llévate al gilipollas del padre. —Me reí.

—Qué fuerte todo, tía —negó—. Tengo ganas de echármelo a la cara, lo voy a poner fino.

—Vendrá luego para ver a la niña, pero no la líes, porfa, que te conozco, y eres como un lobo.

—Tranquila, se va a liar él solito. —Nos reímos.

Ella seguía con la niña en brazos y llevé su equipaje a la habitación donde se instalaría estos días, que no sabía cuántos serían porque de eso no llegamos a hablar, solo me dijo que se venía para estar conmigo y ayudarme un poco con la niña, cosa que agradecía porque, a falta de una madre en estos casos, bienvenida era una amiga, la verdad.

Douglas apareció con las croquetas y traía unos trozos de queso que había comprado de camino a recoger a Eva. Debía admitir que siempre se preocupaba por tenerme bien llena la despensa, como haría cualquier otro padre o madre.

—Es muy bueno, a él lo perdonamos —dijo mi amiga sacándole una sonrisilla.

—Sí que lo es —afirmé mirándolo.

—Aún estoy mal —suspiró con una leve sonrisa, pero de esas ligeramente tristes.

—Lo sé, Douglas, pero ya pasó. Te has ganado mi cariño y te necesito en mi vida —confesé, emocionándolo, ya que se podía ver en su cara.

—Y yo a ti, cariño. —Me acarició la mejilla—. Sois mi familia, como tú dijiste. —No lloré, pero poco me faltó, porque ese hombre conmigo era de lo más cariñoso.

—¿Quieres comer con nosotras? Tengo mucha pasta y voy a freír las croquetas.

—He quedado con Hanna.

—Ah, bueno, entonces te perdono —bromeé.

—¿Y a ella la perdonarás?

—Son la familia de mi hija, tranquilo —sonreí.

—Y te quieren, y ellas demostraron estar ahí, cielo. Y debes entender que aquí la culpa la tengo yo, que fui el que no actuó como debía pensando que no causaría este dolor. Ellas son su familia y lo estaban pasando mal por lo que pasó.

—Y yo estaba de fiesta —sonreí con ironía.

—Bueno, deseo que todo se solucione y, sobre todo, con Sloan, no es mal hombre, aunque estuvo desafortunado.

—De ese me encargo yo —dijo Eva, causando que él riera con temor y arqueara la ceja.

Estuvo con la pequeña un poquito en los brazos antes de marcharse para ir al encuentro con Hanna y dejarnos a nosotras disfrutando de nuestro momento de reencuentro.

Como dije, no era lo mismo tener a una persona en la distancia, hablar por teléfono y en alguna que otra videollamada, que así, al lado, para poder sentir el calor de un abrazo y esas palabras de aliento y consuelo que tanta falta hacían en los malos momentos.

Mientras yo le daba el pecho, Eva se puso a calentar la comida y a freír las croquetas. Le contaba más tranquila todo y cómo me sentía. A ella le había dolido mucho que tuviera que pasar por todo esto y estaba de lo más cabreada con Sloan, al que no conocía personalmente.

Decía que la había decepcionado, que no pensaba que pudiera llegar a ser así de poco empático, como él me había pedido a mí tras su accidente.

Le dolía por mí el hecho de que me mostrara tanta indiferencia en aquel entonces e incluso cuando le dije que estaba embarazada.

—Vale, podemos entender que no quisiera que te fueras a Houston con él en tu estado, pero vamos, que estabas embarazada y allí también hay médicos, ginecólogos, obstetras y buenos hospitales. Que, si te hubiera pasado algo, con ir de urgencias habría valido, igual que si te hubiera pasado aquí, en España o en Sebastopol.

—Ya lo sé, y por eso sigo molesta con todos. Que no soy una niña y podría haber tomado mi propia decisión.

—Bueno, pero ya tienes a tu niña en casa y mira, mira cómo duerme.

—Hasta que se despierte chillando como una loca porque quiere comer.

—Con lo buena que es, que se le ve en la cara. Al padre no ha salido —suspiró y me reí negando.

Después de comer nos echamos un ratito en el sofá a charlar, me puso al día de cómo le iba en el nuevo puesto que tenía en el banco, de su peque y de Rodrigo, y se nos pasaron las horas allí hasta que sonó el timbre y la muy loca se santiguó. La miré con ojos de reprimenda para que no la liase, pero me hizo una burla.

Suspiré porque, conociéndola, la que debería de santiguarse era yo, solo esperaba que me hiciera un poquito de caso y que no me montase allí una guerra entre los dos, porque yo necesitaba paz y mi niña también.

—Hola, Sloan —dije al abrir la puerta.

—Hola. Me he encontrado a Douglas y me dijo que ya está Eva aquí.

—Aquí estoy —dijo ella asomándose y moviendo su manita, pero con cara de hipocresía.

—Hola, Eva. Encantado —le dijo, acercándose, y la muy capulla le extendió la mano.

—Yo no es que esté muy encantada de conocerte, no voy a ser hipócrita, pero te voy a respetar por ser el padre de la criaturita. Solo te voy a decir una cosa sin pretensión de que suene a nada, pero, si a mi amiga la vuelves a tratar como lo hiciste, en lugar de las piernas, esta vez pierdes la boca y no habrá odontólogo que te la arregle. Solo es meramente informativo.

Soltó aquello sin que le temblara la voz ni lo más mínimo, sin despeinarse y con el rostro serio. Madre mía, menos mal que le pedí que no la liara.

—Mira, Eva. Te voy a decir una cosita. Que ella tenga derecho a reprocharme todo lo que quiera lo puedo entender, pero que tú vengas a advertirme, amenazarme o simplemente a malmeter, eso, no lo entiendo.

»Así que cuidadito, mucho cuidadito con faltarme el respeto, mucho cuidadito, que no me hace falta amenazar con daños físicos para callarte muy rapidito. No me toques las narices y olvida el saludo. No te mereces ni eso.

—Haber estado en el lugar que deberías todo este tiempo.

—¿Y tú dónde has estado? Deja de ir de gran amiga, porque otra en tu lugar hubiera venido aquí mucho antes.

—Tengo mi familia.

—Pues no te metas en la mía. Tú lo has dicho claro. Ocupa tu papel de amiga y no rebases ningún límite.

—¿Tú a mí me vas a decir lo que debo de rebasar? —gritó sin achantarse ni apartar la mirada de la de Sloan ni una sola vez.

—Yo ¿algún problema? —La miró con firmeza y el rostro aún más serio que el de ella— Mientras que tenga que ver con mi hija, delante de ella, aunque no entienda, no me vas a decir ni lo más mínimo que pueda sonar con desprecio. Así que, mejor te callas. ¿Entendido? —Se llevó el dedo a la boca.

—No me vas a callar. Es mi amiga, te joda o no.

—Y esa es mi hija. —Señaló al moisés—. Cuidado, Eva, cuidado, que no me conoces como padre.

—Encima, chulo —resopló—. ¿Qué te llamó la atención de él? —me preguntó casi gritando mientras le señalaba.

—A mí no me metáis en esto. —Di un bocado a la trufa, aunque la realidad es que no sabía ni cómo actuar, estaba flipando.

—Hola, preciosa —dijo, cogiendo a su hija e ignorando a mi amiga, que sonreía con ironía sentada en el sofá, y le hice un gesto de que por favor se aguantase.

—Preciosa es mi amiga y no la valoraste. —Volvió a buscarle y le di un rodillazo.

—¿Te vas a callar de una vez? —le preguntó este con la niña en brazos.

—No me da la gana.

—Mañana mejor que no vengan mis padres y mi tía —dijo mirándome—. Si no te importa, vendré a por la niña por la mañana cuando le hayas dado la toma de las nueve o diez. Me la llevaré un rato a mi casa.

—No sé si es buena idea.

—Tiene dos días, por favor. ¿Te vas a fiar de este? —gritó Eva.

—Este es su padre —le dijo, y luego me miró a mí—. Me la voy a llevar mañana, Triana, y voy a hacer oídos sordos a la clase de persona que has metido en la casa junto a mi hija. Así que, por favor, cuando venga mañana a buscarla, asegúrate de que esté lista. Ahora os dejo, porque no quiero decir algo de lo que me pueda arrepentir después, pero se te debería caer la cara de vergüenza por permitir que le hablen así al padre de tu hija.

»Si hubiera sido al contrario, yo no hubiese dudado en echar a quien fuera de mi casa en ese instante, eso es lo mínimo que haría. Si quieres que te respete como madre, entonces tú deberías hacer lo mismo, porque esto no tiene nada que ver con lo que sucedió entre nosotros. O vamos a una con el tema de la niña, o vamos a dos, tú eliges, pero no voy a permitir que nadie venga a humillarme delante de mi hija. Estoy seguro de que a ti no te gustaría que te trataran así como madre. Hasta mañana. —Le dio un beso a la niña en la frente y la dejó en el moisés.

Caminó hacia la puerta en silencio y salió del apartamento con un cabreo que se le notaba a leguas.

—Pues sí que le ha durado poco la visita —murmuró Eva cuando Sloan se marchó y la miré con tristeza.

—Creo que no deberías haberlo increpado.

—¿En serio, Triana? —preguntó ofendida.

—Yo jamás me hubiera metido en algo con el padre de tu hijo, y mira que lo conozco bien, pero yo no lo hubiera hecho con tu marido.

—Te estaba defendiendo. ¿Eres tonta?

—Tampoco hace falta que me insultes, Eva. Se suponía que venías a conocer a la niña y a estar en estos momentos conmigo. No me había atacado para que tuvieras que saltar de esa manera tan hiriente —contesté sintiéndome mal porque no tenía que haberse puesto así con Sloan.

—¿Y todo lo que te ha hecho?

—A mí, no a su hija.

—Su hija ya existía de mucho antes. ¿Qué te pasa? ¿No tuviste bastante con el anterior para ahora ponerte de parte del escocés?

—No lo compares, porque no hay color, Eva, y lo sabes. Lo primero, porque con el otro no me ata nada y con este, lo que más amo en el mundo.

—De verdad, que te gusta que te pisoteen…

Se levantó y fue a la cocina, preparó dos cafés y cuando vino cogió a la niña y ya paró el tema, pero me había dejado un mal rollo increíble.

El resto del día lo pasamos en el sofá, comiendo aquellos dulces que le encargué a Sloan y viendo las fotos que le había ido haciendo a la niña desde que nació. Me pidió que le enviara algunas y lo hice.

Le di el pecho, la aseé tras el cambio de pañal y la dormí mientras ella preparaba unos sándwiches vegetales para la cena, momento que aprovechó para hablar con sus chicos.

Después de cenar viendo una peli, nos fuimos a la cama. Ella necesitaba descansar porque había tenido un viaje largo, y yo porque estaba agotada y en unas horas tendría a la chillona pidiéndome que le diera comida.

Capítulo 38



Estaba en la cocina tomando un café después de haberle dado el pecho a la niña, que esta vez al menos me duró durmiendo hasta las siete, y sentí que Eva se levantaba.

—Buenos días, cariño —dijo, entrando en la cocina después de haberla observado cómo le daba un beso a la pequeña que dormía en el moisés.

—Buenos días, preciosa. —Le di un abrazo—. ¿Te vas a portar bien hoy? —pregunté, porque era lo que esperaba después de que el día anterior no me hiciera el menor caso y comenzara lo que podría haber sido el primer asalto de un combate de boxeo, vaya.

—Ya le tengo varias respuestas preparadas —respondió encogiéndose de hombros.

—Eva, por favor.

—Que no me toque las narices el tontolaba, y yo… —Hizo como que se cerraba la boca con una cremallera.

—Tampoco le insultes, que ni siquiera está delante —suspiré.

—Pues es lo más suave que le puedo decir, así que no me hagas hablar.

—Por favor te lo pido, por el amor que nos tenemos, no lo provoques cuando venga a por la niña.

—¿En serio vas a dejar que se la lleve? —preguntó casi gritando.

—Es su padre, Eva, y la niña no tiene culpa de lo que pasó entre nosotros.

—Pero que la niña tiene tres días, por Dios, Triana. ¿En qué piensas? Es muy pequeña para estar lejos de su madre.

—Vive aquí cerca y en ese sentido, confío mucho en él.

—Pues será solo en ese.

—Y en otros, no por hacer algo muy mal, tiene que haber hecho todo fatal en su vida. Conmigo tuvo muchas cosas buenas.

—Estás que te mueres por él.

—Lo amo más que a mi vida, pero no por eso voy a volver. Tengo muchas heridas que no sanarán en mucho tiempo. No es lo que hizo, que me parece de lo más valiente, es cómo lo hizo, pero por lo demás, no puedo reprocharle nada hasta ahora.

—Me cae como el culo.

—Pues disimula, por favor —le pedí, agobiándome porque veía que Eva podía volver a liarla.

—¿Ya viene?

—No, le he puesto un mensaje para que lo haga a las diez y media, porque para entonces la niña ya habrá comido.

Asintió, pero no quedándose muy convencida.

Era mi amiga y la quería con locura, de verdad que sí, pero lo que menos me apetecía era que se llevara mal con el padre de mi hija porque, si alguna vez venía a visitarme con sus chicos y ver a la niña, en algún momento podría estar Sloan también y no quería que hubiera malas caras entre ellos.

Desayunamos relajadamente con el pan que nos acababa de traer Douglas, quien se unió a nosotras en el desayuno. Eva le contó con toda su gracia el encontronazo del día anterior con Sloan.

—Hijas, que reine la armonía —murmuró él con todo su cariño.

—Pero es que ese hombre se lo busca, Douglas.

—No te dijo nada malo. —Volteé los ojos—. Fue correcto y muy educado.

—Me molesta hasta que respire. —Se encogió de hombros y esta vez el que puso los ojos en blanco y cara de resignación, fue Douglas.

Eva era así de directa y cuando tenía algo entre ceja y ceja no se podía controlar, pero era la mejor amiga del mundo y yo la quería con lo bueno y lo malo que había en ella, porque todos tenemos esas dos versiones.

El pobre le decía de nuevo que Sloan no era un mal hombre, solo que tomó una decisión

bastante poco acertada apartándome de ese proceso de recuperación, solo eso, pero que le conocía desde hacía años y era el hombre más bueno y honrado que conocía.

Pero nada, Eva seguía sin ser fan del escocés y solo con que se pronunciara su nombre, fingía que le salía sarpullido y comenzaba a rascarse por los brazos.

Douglas se marchó un rato después, justo cuando la niña comenzó a pedir el pecho. Le dio un beso a mi chiquitina en la frente y dijo que se pasaría otro ratito para verla. Me despedí de él con un beso antes de darle la toma a Triana, y, mientras lo hacía, Eva estuvo hablando con Rodrigo, pues le había puesto en un mensaje que Carlos estaba otra vez con fiebre.

Más tarde llegó Sloan y con la mirada le advertí a Eva que no dijese nada.

—Buenos días, Triana.

—Buenos días. —Me aparté.

—Ya he hecho el registro de la niña con los papeles que firmamos en el hospital y las copias que nos dieron. Toma.

—Gracias.

—Triana, revísalos y asegúrate de que la haya puesto a tu nombre también, que nunca se sabe… —soltó Eva y yo suspiré mirando al techo.

—Pero esta tía, ¿de qué va?

—Oye tú, doctorcito, que tengo nombre. Y solo estoy asesorando a mi amiga.

—Pues asesora mejor a tu familia, que la mía ya tiene quien lo haga.

—Este es tonto desde que iba en los huevos del padre.

—Cuidado con nombrar a mi padre —dijo, cogiendo a su niña en brazos y metiéndola en el coche capota.

Miré a Eva negando y molesta porque él no había hecho nada en absoluto para que se pusiera así. ¿Cómo se le ocurría pensar que no hubiera registrado a la niña también con mi nombre, como su madre que era?

Es que no tenía sentido, de verdad que no, porque a mí Sloan me habría hecho daño ocultándome su viaje a Houston, pero no era un hombre cruel como para no tenerme en cuenta como la madre de mi hija, por el amor de Dios.

Eché por encima una manta y una toca para que fuera bien abrigada, a pesar de que ya llevaba

un mono con gorro térmico y unos guantecitos.

Selló el carro con el frontal para que quedara aislada del aire y agarró el carro.

—En dos horas la traigo de vuelta.

—¿Tanto tiempo? Con una hora vas sobrado, majo —dijo Eva.

—¿Quién te crees que eres para decirme el tiempo que puedo estar con mi hija?

—Además de la mejor amiga de su madre y su tía favorita, en estos momentos, la representante legal de ambas.

—Triana, ¿me está vacilando? —me preguntó y suspiré— Soy padre y, si me da la gana llevármela todo el santo día, me la llevo. Y tú no me impedirás hacerlo, ¿te queda claro?

—Como no la traigas de vuelta en dos horas justas, no —miró su reloj—, ahora ya en una hora y cincuenta minutos. —Volvió a mirarle a él—. No la vuelves a ver hasta dentro de un mes.

—¿Qué cojones? —gritó Sloan con el ceño fruncido— Eso me lo debería decir su madre, y no lo hará. —Me miró a mí como buscando esa respuesta y negué, para que supiera que no iba a hacer tal cosa.

—Aquí en el bolso hay pañales y todo lo que puedas necesitar para cambiarla —dije mientras le acompañaba a la puerta.

—Vale. Tranquila, todo estará bien.

—Lo sé —murmuré sonriendo de manera correcta.

Se marchó y, al cerrar la puerta, me encontré a mi amiga haciéndome una burla.

—Eres una payasa —dije riendo—. Pero te has pasado un poco.

—Te ha faltado arrodillarte y pedirle que te lleve con ellos. —Volteó los ojos como con resignación.

—No me das opción a nada. Ya lo provocas tú.

—Tienes que ser más dura con él, Triana, que te dejó sola durante todo el embarazo, y no hablo de que no se hubiera ido a Houston, hablo de que pudo al menos tener contacto contigo y arroparte desde la distancia.

—No me lo recuerdes, por favor —suspiré.

—Como si se te hubiera olvidado. —Volteó los ojos.

Aproveché para ducharme y salir con ella a comprar algunas cosas de comida. La gente muy amable me felicitaba por el nacimiento de mi hija. Obviamente, el pueblo entero ya se había enterado, por decirlo de algún modo.

Pasamos por la tienda de cositas para bebés y entramos a echar un vistazo. Me enamoré de una manta con ositos preciosa que tenía bordada con un nombre y pregunté si podía encargar una, a lo que me dijo la chica que sí. La tendría en unos días, así que ya tenía planes para un nuevo paseo a la calle. Esta vez, si podía, llevaría a mi niña.

La verdad es que no me había separado de ella desde que nació y, aunque lo llevaba más o menos bien, la estaba echando de menos.

Regresamos a casa cargadas de todo lo que habíamos visto y se nos antojó en ese momento. Ella estaba loca por hacer lagrimitas de pollo con salsa de yogur que le salía riquísima, y yo la iba a hacer de alioli.

Además, habíamos comprado los ingredientes para cocinar un arroz con pollo y una sopa de pescado. Hoy nos íbamos a meter de cocinillas para los dos días.

Sloan llegó un rato después que nosotras, y justo antes de que la pequeña pidiera su comida.

—¿Todo bien?

—Sí, están encantados con ella. Mañana me la llevaré también un ratito para que la vuelvan a ver.

—Al final te la quita —contestó Eva, que estaba haciendo la comida.

—Métete en tus asuntos, pesada —le dijo este en un tono bien abrupto.

—Me meto donde me dé la gana, doctorcito.

—Pues no será en los asuntos de mi hija. ¿Te has enterado? O te lo voy a tener que decir más claro.

—Ya, por favor —pedí, viendo que el asunto se ponía de lo más caliente.

—Tengo una duda. —La escuché decir de nuevo y no sabía con qué podría salir ahora—. ¿No será que a Houston te fuiste con tu ex, que fue al hospital de lo más preocupada, y allí volvisteis a ser algo más que expareja?

No me lo podía creer, de verdad que no me podía creer que hubiera dicho aquello.

—¿Cómo? —Sloan no salía de su asombro.

—Que digo que, si te vuelves a follar a tu ex y os queréis quedar con la niña, o igual es que tienes otra novia nueva.

—Eva —la reprendí.

—No me voy a molestar ni en gastar fuerzas en contestar esa absurdez. —Se giró para mirarme—. Esta tarde volveré para ver un rato a mi hija. Procura tener a la cotorra esa callada o me voy a tener que poner serio de verdad —dijo como si ya no lo estuviera.

—Tranquilo —murmuré en un intento de que la sangre no llegase al río.

Se marchó y le reproché de nuevo a Eva su actitud, pero parecía que le entrase por un oído y le saliese por el otro.

—De verdad que lo único que pido es paz. Es el padre de mi hija y nos tenemos que llevar bien.

—También tiene que sufrir como lo hiciste tú —dijo señalándome—. A mí me hace eso Rodrigo, y no tiene vida suficiente para que le perdone.

—Por favor, Eva, no le provoques.

—No voy a prometer algo que sé que no voy a poder cumplir —contestó mientras se encogía de hombros, sin más.

Me estaban complicando la vida entre los dos, ella por provocarlo y Sloan por entrar al trapo, y al final, no era yo la que actuaba por las consecuencias mentales que me había dejado el descubrir todo. Parecía que la historia fuera de ellos. Me daba mucha rabia, pero la realidad es que estaba en medio de algo que me estaba dejando sin fuerzas, y parecía que Eva no era consciente de ello.

Capítulo 39



Le estaba dando el pecho a mi pequeña a las siete de la mañana, mientras pensaba en la que se había liado la tarde anterior entre Sloan y Eva cuando vino un ratito a ver a su hija.

El caso es que vino con una bandeja de pasteles y Eva, al verlo, le dijo que, si necesitaba compañía para merendar, se buscara otro sitio.

Se enzarzaron en tal guerra que terminó por marcharse al momento, llevándose los dulces y diciendo que mañana fuera yo quien le llevase a su hija, que aquí no venía más hasta que esa loca se marchara.

Fue un momento muy desagradable. Entendía a mi amiga, pero a él también, y esto estaba siendo todo un caos para mi vida.

Mientras estaba en la cocina preparándome el café, entró con esa sonrisa que siempre me hacía pensar que estaba a punto de soltar otra de sus ocurrencias, y es que ya sabía cómo era.

—Supongo que habrás recapacitado en lo de llevarle tú a la niña, como si te estuvieras arrastrando —dijo mientras se sentaba.

—No, no he recapacitado y la llevaré gustosamente para que esté un ratito con su padre. Eva, yo no voy a menospreciarlo en su papel y entiendo que para él no debe de ser plato de buen gusto no solo tener un frente abierto conmigo, sino también con alguien a la que ni siquiera conoce. Eres para mí más que una amiga, pero para él eres una desconocida y, como padre, debe ser incómodo enfrentarse con alguien a quien no conoce.

—¿¡Y!?

—Nada, la voy a llevar. Y no por eso siento que esté arrodillándome ni nada por el estilo. Simplemente quiero tener un trato cordial y amigable en lo que a nuestra hija se refiere. No quiero que Triana crezca viendo a unos padres en guerra.

—Haz lo que quieras, pero que luego no te joda cuando te diga que ya te lo advertí.

—Me equivoque o no, voy a poner todo de mi parte para que, como padres, intentemos velar por la tranquilidad de nuestra hija.

—Vale, Mari Trini —me dijo dándome un beso muy fuerte—. Pero yo no lo puedo ni ver. —Se encogió de hombros.

—Eso no hace falta ni que lo jures, vamos. —Reí como si fuera la primera vez que me lo decía.

Llamaron al timbre y sabía que era Douglas, ese hombre nunca faltaba a su visita matutina.

Llegó con un pan calentito y unos churros que olían que alimentaban.

—¿Cómo estás, hija? —preguntó dándome un abrazo.

—Loca, Douglas, así está. Que le va a llevar a la niña al mal hombre ese —soltó Eva, y el pobre Douglas me miró negando mientras le salía un suspiro.

Hasta él veía la guerra que tenía mi amiga con Sloan, y por más que quisiera mediar para apaciguarla y que se calmasen las aguas, no lo conseguía.

Porque Eva era mucha Eva, y eso lo estaba dejando claro.

—Es su padre, tiene derecho a verla —le dijo.

—Pero aquí, donde esté su madre.

—Eva, por favor, ya. —La miré con el ceño fruncido y se limitó a voltear los ojos.

Douglas ni se tomó el café, fue a ver a la niña un ratito y dijo que se pasaría por la tarde para traerme una empanada para la cena. Le di un beso antes de que se marchara y sonreí al ver la sonrisilla con la que salía de mi casa.

Desayunamos las dos, aquellos churros que estaban buenísimos y unas tostadas, antes de preparar a la pequeña para acercarla a casa de su padre. Eva iba a acompañarme, pero ya le había dejado claro que no iba a venir hasta la misma puerta, sino que me esperase en la esquina. Me fiaba muy poco de ella, y temía que pudiera armar un escándalo en plena calle, gritando y haciendo un lío que complicara aún más la situación.

Me abrió su tía Hanna, que me saludó con tristeza. No me la esperaba, pero parecía que Sloan no tenía intención de salir.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó con tristeza, a sabiendas de que yo con ellos estaba molesta.

—Sí, tranquila —sonreí y le di un beso—. Vengo a por ella luego —dije tras dejar el carrito dentro y me incliné para darle un beso a mi niña.

—Sabes que te queremos mucho.

—Lo sé, una cosa no quita a la otra. Tranquila. —Le froté el brazo—. Disfrutadla.

—Claro. ¿Luego vienes a por ella?

—Sí, voy a estar dando una vuelta y tomando algo con mi amiga. En dos horitas estoy aquí.

—Genial.

Se llevó a la niña para dentro y me marché. Cuando llegué a la esquina donde estaba Eva, la vi impaciente para que le contara.

—¿Que no salió él? —gritó con furia al saber que me había abierto la tía— Hijo de puta…

—No es ningún hijo de puta, Eva, por Dios. Y no chilles que se va a enterar todo el pueblo.

—Como si no lo supieran. Es un mal hombre, qué pocos valores tiene —decía de lo más enfadada—. Dejar a su mujer sola en el embarazo. Y ahora encima ni te abre él. Pero si ni siquiera os ven juntos. Es padre a ratos, Triana, y así no se es padre. Espabila.

—Pues nos verán, pero no lo insultes, por favor te lo pido, porque no lo merece.

—¿Acaso no lo merece? Te dejó sola, embarazada, sin que fueras parte de su proceso. Mira, cada vez estoy más convencida de que ese —señaló hacia la casa—, se está follando a su ex y a cualquier otra que se le haya abierto de piernas. No me sorprendería que ahora esté llenando Escocia de hijos, y si salen igual de imbéciles que él, las pobres que, como tú, y sus madres van a tener que lidiar con ellos, van a estar en un buen lío.

—¿Quieres parar? Por favor, estás hablando del padre de mi hija. A mí jamás se me habría ocurrido hablar así de Rodrigo, si hubiera hecho algo que te perjudicara.

Ni me respondió. Se limitó a mirar un escaparate y a decirme lo mono que era un pantalón que tenía puesto uno de los maniquíes.

La adoraba y me hacía mucha ilusión que estuviera aquí, pero me dolía que nadie se pusiera en mi lugar y las cosas se tornaran más complicadas, de ese modo nunca acabaría con esa sensación que me dejaba completamente agotada.

Esta guerra debía de ser mía, pero al final yo era la única que estaba en todo momento intentando que hubiera paz. Estaba desgastada y por momentos sentía que necesitaba estar sola y romper a llorar.

¿No existiría la posibilidad de volver a un punto concreto de nuestra vida y evitar según qué cosas? Porque tenía claro que, si de mí dependiera, evitaría a toda costa que Sloan tuviera ese accidente.

Aprovechamos para tomar un chocolate calentito y hacer algunas compras. Eva se marchaba al día siguiente, ya que sus responsabilidades le esperaban. Me daba mucha tristeza que se marchase llevándose esa percepción de Sloan. Tenía hablado con Douglas que al día siguiente la recogería para llevarla al aeropuerto a las siete de la mañana.

Entramos en una tienda de niños y le compré algunas cosas a Carlos. Ella dijo que no era necesario, pero se acercaba su quinto cumpleaños y no estaría allí para celebrarlo. Echaba de menos a mi sobrino postizo, y esos abrazos que me daba y los besos con los que me llenaba la cara cuando me veía.

El pobre seguía malito y Eva hizo una videollamada a Rodrigo para que le viéramos. Preguntó cuándo iba a ir a verle y le dije que no podía por el momento, pero que no se preocupase, que en cuanto pudiera, lo haría.

Ojalá, mi mejor amiga, y el padre de mi hija se llevaran mejor, porque me encantaría que tuvieran una relación cordial, como yo quería tener con él por ser quien era. Pero estaba claro que, al menos por el momento, no estaba en los planes de ninguno tolerar al otro, y mucho menos en los de Eva, que seguía rascándose los brazos al hablar de él como si de verdad tuviera un sarpullido de alergia.

Cuando recogí a la pequeña, la madre de Sloan salió a saludarme y entregármela.

—Tengo una nieta preciosa, Triana —me dijo con una leve sonrisa.

—Sí que lo es.

—Y tú también. —Me acarició el brazo—. No lo hicimos bien, pero no dudes nunca que todos te queremos. Megan no deja de preguntar por ti.

—Ya le dije a Sloan de organizar algo para que todos la vean.

—Eso estaría bien. Que nosotros le hacemos fotos y vídeos y se los mandamos, pero no es lo mismo.

—Lo sé, Helen.

Iba a decirle que avisara a Sloan de que al día siguiente no la iba a traer, ya que Eva se iba temprano, pero lo pensé mejor y decidí que sería yo la que se lo transmitiría a través de un mensaje, ya que no quería convertir esto en un dimes y diretes.

Eva me esperaba en casa, ya que se fue con las bolsas de las compras. Paseé hasta allí con mi

pequeña pensando en que todo se nos había ido de las manos un poco, en cierto modo me sentía culpable.

Amaba a mi amiga y la entendía, pero la historia la conocía yo y la que la había vivido era yo también, de ahí a que sintiera esa tristeza de haberme sentido en medio. A los dos los quería; a ella, por ser lo que era para mí desde siempre y a él, por haberme dado lo más bonito de mi vida, además de momentos que nunca iba a olvidar.

El puto accidente nos pasó factura a los dos. A mí, porque me dijo una frase que se quedó grabada en el corazón, algo así como que no pintaba nada en el hospital, lo cual me dolió profundamente. Y a él, porque no logró entender lo que significaba para mí este embarazo, un momento único en la vida, ya que Triana no podía nacer dos veces, obviamente. Y no era solo eso, a mí me hubiera gustado estar apoyándole en esos momentos, porque yo estaba embarazada, pero me valía por mí misma, que no estaba enferma.

Douglas se pasó por la tarde tal como dijo con una de esas empanadas que tanto me gustaban. Se tomó un café con nosotras y ya aprovecharon para quedar al día siguiente.

Me dijo que cuando la dejara a ella, vendría con el desayuno para mí y sonreí, porque conociéndole, seguro que me traería algún bollo recién horneado o cruasanes. O de todo un poco, porque él a mí también me conocía y de sobra sabía que yo era una golosa de manual.

Cuando se fue, le di el pecho a la niña, le cambié el pañal y le puse el pijama para dormirla, mientras Eva hacía el equipaje antes de que nos cenáramos la empanada.

Cuando acabamos, charlamos un poco, le dije que no debería haber sido así con Sloan y ella dijo que era mi vida y podía hacer lo que quisiera, pero ojalá no tuviera que arrepentirme nunca de ninguna decisión precipitada que pudiera tomar.

Suspiré resignada porque ya no podía hacer más, a Eva se le había atravesado Sloan y no le soportaba por mucho que le viera como un buen padre.

Por la noche escribí a Sloan para decirle lo del día siguiente y que viniera a verla o a llevársela.

Triana: *Buenas noches. A las siete de la mañana se marcha Eva. Te lo comento para que vengas aquí a ver a la niña o seas tú el que la recoja si te viene mejor.*

¿Su respuesta? Darle un corazón al comentario y no poner ni media palabra.

Capítulo 40



Me despedí de Eva en un efusivo abrazo y agradeciéndole que hubiera venido a estar conmigo.

—Nos hablamos, cariño —dijo acariciándome la mejilla.

—Dale un beso a Carlos y un buen achuchón.

—De tu parte —sonrió.

—Le llamaré el día de su cumple, ¿vale?

—Lo esperará con nervios, como siempre. Cuídate, y a esa pequeñaja también, ¿vale? —Volvió a abrazarme, y me dieron ganas de llorar, pero me controlé todo lo que pude.

Se marchó con Douglas, que había pasado un momentito para darle un beso a la niña. Se notaba lo que quería a mi hija y lo pendiente que estaba siempre de nosotras.

Le había dado el pecho un rato antes y estaba dormidita, apenas eran las siete de la mañana, pero yo ya tenía los ojos como un búho y necesitaba un segundo café.

Sloan me había causado mucho daño con ese corazón sin respuesta a mi mensaje. No debería pagar conmigo lo que había pasado con Eva, pero parecía que así era, ya que ni había salido a recoger a la niña, ni tampoco a entregármela.

Pero eso solo iba a ser el principio de todos mis males, ya que a las diez y media sonó el timbre y no era precisamente él, era su tía Hanna, que venía a recoger a la niña para llevársela.

—Hola, Triana —sonrió con tristeza.

—Hola, Hanna. ¿Le ha pasado algo a Sloan? —pregunté muy asustada y noté que el corazón me latía con fuerza.

—¿Puedo pasar y hablamos?

—Sí, sí, claro, por favor, pasa. —Me hice a un lado y entró tras de mí.

Se sentó conmigo a tomar un café y me dijo que por favor no dijera nada, pero que esta vez no iba a volver a tenerme al margen de ninguna situación que tuviera que ver conmigo y la niña.

Me comentó que Sloan estaba realmente furioso, afirmando que como padre de su hija lo había dejado en el peor lugar del mundo. Se quejaba de que había permitido que alguien ajeno a nosotros se metiera en nuestras vidas y que, a pesar de todos los ataques que había recibido, nunca dije nada para defenderlo. Según él, yo había sido parte de ese intento de humillación hacia su persona. Lo peor de todo es que no quería ni verme y había dicho que si yo interfería en que le pudieran llevar y traer a su hija o en algo a lo que tuviera derecho como padre, pediría medidas cautelares porque no se fiaba del ambiente en el que yo tenía a la niña y en el que podrían interferir para que creciera con una idea inequívoca y mala de él.

Le agradecí que se hubiera sincerado conmigo y me tuviera al tanto. Por supuesto que no iba a decir nada…

Se marchó y yo me quedé derrumbada por completo, estaba en *shock*, no me salían ni las lágrimas. Era incapaz de moverme. Permanecí sentada en el sofá en silencio y mirando hacia la televisión que estaba apagada, ni sabía el tiempo.

No me imaginé que pudiera llegar al extremo de querer tomar medidas y que, de algún modo, me quisiera quitar a la niña.

Es que ni siquiera quería pensar en eso porque me ponía aún peor de lo que ya estaba, que sentía el corazón latiendo en mi pecho con tanta fuerza, que bien podría acabar saliéndoseme.

Me costó un buen rato salir de este estado y darme cuenta de que ahora sí que se había jodido toda esa cordialidad que yo había querido.

En el fondo tenía razón. Yo no debería haberle permitido que se ensañase con él de esa manera porque ahora me ponía en su lugar y me preguntaba por el qué hubiera sentido yo si fuese un amigo suyo el que me dijera todas esas cosas y él se mantuviese impasible. Pues pensaría que era un bicho, lo mismo que debía de estar pensando ahora mismo él de mí.

Estaba claro que iba a evitar verme a toda costa y que siempre mandaría a alguien a recoger a su hija, pero eso no quitaba que en algún momento también tendríamos que hablar entre nosotros de los temas relacionados con la niña. ¿O también iba a nombrar a un intermediario? Me dolía mucho el tema.

Estuve las dos horas sin hacer nada hasta que apareció Douglas con la niña, ya que a la vuelta del aeropuerto pasó a ver a Hanna.

—Hija, yo sé que estás mal, pero esa amiga tuya no actuó bien —dijo con un suspiro, y no pude no darle la razón porque la tenía.

—Lo sé —murmuré con tristeza.

—Y te llevó a ti a estar en un segundo plano cuando tú tenías un lugar que a ella no le pertenecía arrebatarte. No era nadie para juzgarlo de la manera que lo hizo.

—Soy consciente de todo, Douglas. Yo sé que ella lo hizo desde su punto de vista pensando que así me protegería de algún modo, pero la cagué en permitirlo por no querer terminar mal con ella.

—Ahora, ante todo, te aconsejo que mires por el bien de tu hija. Pasa por encima de quien sea, Triana, de quien sea, pero recuerda que tu hija tiene un padre, y quizás por él daría la vida.

—Lo sé. —Le di un abrazo y rompí a llorar.

Estaba de nuevo en ese punto en el que me sentí perdida una vez más, como cuando él me hizo el vacío al apartarme de su lado tras el accidente, y ahora me daba la espalda de nuevo por algo que no debí permitir.

Si hubiera puesto límites, si le hubiera parado los pies a Eva desde el principio, pero joder, que le decía que parara y ella seguía.

Ya no fue solo que le dijera de todo, sino que encima insinuó que se acostaba con la que se le pusiera por delante.

—De verdad, yo quería que entre nosotros hubiera cordialidad como padres que somos, de verdad que sí, que por nuestra hija lo hacía, Douglas. —le decía llorando, mientras él me frotaba la espalda—. Y ahora…

—Está la situación muy fea —confesó sin dejar de consolarme—, pero confío en que pase algo que haga que volváis a tener la posibilidad de hablar como padres.

—Ojalá algún día quiera.

Douglas había vivido todo e iba a casa de él, obviamente no necesitaba que me dijera más, ya que con la información de Hanna me había quedado claro el hecho de que él no me quería ver ni de lejos.

Y todo porque permití lo que no debí haber permitido. Ahora, de nada me servía mirar hacia atrás porque allí no podía volver por mucho que lo quisiera.

Eso fue apenas el comienzo de unas semanas realmente duras para mí, ya que era Douglas quien se encargaba de llevar y traer a la niña para que pasara tiempo con su padre, mientras que

mí ni siquiera me dirigía la palabra.

Puse a Eva al tanto desde el principio, la seguía queriendo como mi amiga que era, pero le dije que por no haber actuado bien ahora no iba a tener una relación cordial con Sloan como quise, y ella dijo que me volvía a demostrar de nuevo la clase de hombre que era.

Insistió de nuevo en que, seguro que tenía a otra a la que follarse y que yo le había valido solo para un rato, que posiblemente incluso el accidente le vino bien para poder darme la patada, lo que pasó es que el embarazo le pilló tan de sorpresa que tuvo que reaccionar para no perder sus derechos como padre.

No podía creer lo que mi amiga me decía de Sloan, era como si de algún modo quisiera que me alejara de él definitivamente, y así lo único que conseguía es que nuestras conversaciones cada vez fueran menos frecuentes.

Para más inri, a las dos semanas de vida de mi hija, dejó de querer coger el pecho, así que tuve que hacer un cambio total a biberones. A mí me dieron una pastilla para que dejara de producir leche y fue genial, ya que solo me la tuve que sacar un par de veces.

Las visitas al pediatra del pueblo, con el que fue un compañero de Sloan fueron dos: una vez fui yo y otra vez fue él. Así estaban las cosas a principios de diciembre, justo cuando mi hija cumplía tres meses y nosotros seguíamos sin mirarnos a la cara.

No sabía cómo iba a soportar más tiempo el que me siguiera haciendo el vacío. Quise hablar con él, pero Douglas me aconsejó no hacerlo porque me vio tan mal, llorando tanto y tan molesta por todo, que temía que le pudiera decir algo de lo que después me acabara arrepintiendo.

Al menos me quedaba mi niña, esa que me sacaba una sonrisa cada día, y que al mirarla a los ojos me recordaba tanto a los de su padre, porque sí, tenía toda la pinta de que Triana iba a tener los ojos azules de la familia de Sloan.

Estaba claro que mi niña era una mezcla perfecta de ambos, que tenía mucho de mí, pero también de él, porque, aunque era muy pequeña aún, había visto algún gesto que solía hacer Sloan y que ella también lo hacía.

Como el modo en el que fruncía el ceño si se enfadaba cuando me llamaba a gritos y tardaba en ir, o al quedarse dormida, que lo hacía dejando los labios ligeramente abiertos y llevando el brazo izquierdo hacia arriba.

Sloan lo ponía sobre su cabeza, pero ella era tan chiquitina todavía que no podía aún, la cosa cambiaría cuando fuera más mayor.

Y me imaginaba cómo sería verlos a los dos juntos durmiendo de esa manera.

Sí, durante mi embarazo me imaginé a los tres juntos, unidos y felices, algo que no iba a poder

ser porque Sloan me apartó de su vida.

Y con la cordialidad entre nosotros que yo estaba empezando a tener, pensé que el poder hacer cosas los tres juntos sería un hecho.

Pero ahora volvía a ese punto de partida de cuando le contaba cosas de nuestra bebé y él, no se molestaba ni en escribirme.

Con el hecho de que la niña ya no necesitaba alimentarse de mi pecho, solía pasar mucho más tiempo con su padre, mucho más que las dos horas con las que comenzamos al principio.

Me repateaba darme cuenta de que estábamos a solo tres semanas de Navidad y todos estábamos divididos. Para colmo, Douglas iba viento en popa con su relación con Hanna y, obviamente, también querría pasar las fiestas con ella. A mí realmente no me importaba, pero sabía que para él iba a ser un dolor de cabeza.

Capítulo 41



El pueblo lucía de lo más bonito, lleno de luces navideñas por todos lados. Este año lo habían elegido como uno de los pueblos más encantadores para visitar su mercado navideño. La verdad es que se lo habían currado mucho y habían conseguido crear un ambiente mágico, a pesar de que yo estaba de lo más apagada para enfrentar esos días que aún faltaban para la celebración.

Tenía el libro terminado y corregido a falta de tomar una decisión, pero ahora no me veía preparada para meterme en ningún embrollo.

Eva se estaba distanciando de mí, al haber intentado mil veces hablarme mal de Sloan, aun habiéndole dicho cómo estaba la situación, y se molestaba cuando yo la cortaba por completo para que no lo hiciera.

Me daba igual que él no estuviera presente y no me viera hacerlo, pero era lo correcto, lo que debía hacer y tenía que haber hecho desde el primer momento en el que ella le habló mal a él cuando se conocieron.

Incluso la última vez que pasó eso, dos semanas atrás, le colgué. Desde entonces no tenía noticias de ella y yo no le había escrito y ni ganas tenía de hacerlo. Y lo sentía por Carlos, porque adoraba a ese niño y me gustaba verle y que me hablara de sus cosas.

Era penoso, pero me daba cuenta de que con Sloan había tenido una inquina más fuerte que con mi anterior pareja. No lo entendía, pero de todas maneras yo no estaba para que me metieran mierda constantemente.

Douglas estaba para mí al igual que la familia de Sloan, que venían a mi casa a verme y a traerme algún detalle. Todos se volcaban, no solo con la niña, sino también conmigo.

La más loquita de toda la familia seguía siendo Ingrid, que venía con todo ese desparpajo tan suyo cuando Sloan tenía a la niña y me sacaba por el pueblo a dar una vuelta. Día de primas lo llamaba y yo me tenía que reír, porque ella decía que, ya podía venir cualquier otra para ser la pareja de su primo, que ella seguiría hablando de su prima Triana, algo que ni siquiera hacía con la ex de Sloan.

La verdad es que agradecía esos ratitos con Ingrid, y debía admitir que entre las dos se había creado un vínculo de amigas que me encantaba. Incluso Douglas decía que se alegraba de que tuviera a alguien con quien salir de vez en cuando.

Aún faltaba para la boda de esa loquita y guapa escocesa con su amado, como ella le llamaba, pero los dos ya se consideraban casados y, como vivían juntos desde hacía unos meses, más aún.

Estaba deseando que llegara ese día, que sería al verano siguiente, pues se tomaron lo de la boda con calma. Me contó que habían estado cinco años de novios antes de comprometerse y que, aun así, esperarían un año más para la boda porque querían vivir esta etapa de comprometidos también.

Hacían una bonita pareja, y yo les deseaba toda la felicidad del mundo.

Quiso leer mi novela, así que le mandé por correo el archivo y la leyó.

Me dijo que era preciosa y que debía publicarla, que algo tan bonito y emotivo no merecía quedarse en el cajón del olvido.

Era un amor, Ingrid era un amor y una de esas amistades sanas que quería tener en mi vida para siempre.

Miraba por la ventana mientras notaba cómo las lágrimas caían por mis mejillas, como tantas veces a lo largo de los días.

Esperaba a que viniera Douglas con la niña. Eran ya las cinco de la tarde y debía estar al caer, ya que se la llevó a Sloan a las doce.

No me importaba que pasara tiempo con ella porque era su padre y lo merecía, tenía todo el derecho a verla, a acunarla, a disfrutar de ella y de esos momentos entre padre e hija que tan importantes eran. Yo la echaba de menos y me mortificaba siempre pensando en cómo habría sido todo si no hubiera tenido el accidente.

Porque vale que las cosas pasaran por algo, pero nadie merecía sufrir un accidente así que le mantuviera postrado en una cama durante días para acabar en una silla el resto de su vida.

Me sequé las lágrimas al ver el reloj y comprobar que sí, que pronto llegaría Douglas con mi niña, y no quería que me viera llorando porque eso solo haría que me volviera a mirar con esa tristeza que no soportaba verle, y menos cuando debía estar feliz por la bonita relación que tenía con Hanna, ese segundo gran amor que le llegó sin esperarlo.

Justo lo estaba pensando cuando llamaron a la puerta. Abrí y me encontré con la inesperada presencia de Sloan con la niña.

—Hola, Sloan —dije temblorosa.

—Hola. ¿Tienes cinco minutos? —preguntó serio, pero hablando de buenas maneras.

—Claro. —Me aparté para que pasara.

Fuimos al salón, sacó a la niña del cochecito y sonreí sin que me viera porque me gustaba verle así, como el padre que era con nuestra pequeña.

—Vienen días complicados y mi familia no está bien, Douglas tampoco y todo es muy desagradable.

—Sí —murmuré con tristeza mientras se sentaba con la niña en brazos, que no tardó en entregarme para que yo pudiera abrazarla y darle un beso.

—Mis padres dicen que este año o pasamos allí todos el veinticuatro y veinticinco, o no harán nada.

—Puedes llevarte a la niña, Sloan, tranquilo. No me voy a oponer. Son fechas para que estéis en familia.

—Todos es todos. —Le miré y fruncí el ceño, porque no entendía lo que me quería decir—. Tú entras también en ese término. Si no estás, en mi familia no habrá por primera vez en años celebraciones de ningún tipo en estas fiestas. Si no supiera lo que significa para ellos, no estaría aquí hablando contigo —dijo, terminándome de destrozar por completo.

—No, no voy a estar, Sloan, lo siento —dije, motivada por esas últimas palabras que decía que, si no fuera porque su familia había impuesto eso, no estaría aquí—. Pero te repito, puedes quedarte a la niña para cenar, comer o dormir, no hay problema. Para mí esos días ahora mismo no tienen sentido, al menos hasta que la pequeña ya comprenda qué significan esos días.

—No te voy a volver a pedir nada más en la vida —murmuró mirándome más serio de lo que ya venía.

—No te defendí esos días y me arrepiento de mi actitud. Estoy pagando un precio muy alto por no haber sabido estar a la altura de las circunstancias. Me culpo por muchas cosas, pero no nací para que solo se acuerden de mí para hacer felices a otros.

—Al menos nadie te trató como lo hicieron conmigo y tú fuiste cómplice de eso. Muy bien. —Sacó los morros y casi los ojos—. Que no se te olvide, que en algún momento necesitarás que yo esté, que no se te olvide —dijo marchándose tras darle un beso a la pequeña.

Volví a poner a la niña en el carrito y me dejé caer en el sofá que estaba justo al lado, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a brotar de nuevo, incluso más que antes. Entendía que, para la familia de Sloan, la Navidad era un momento importante, y no me oponía a que la pasaran con mi niña, porque, siendo sincera, no se me había pasado por la cabeza que contaran conmigo en esos momentos tan familiares, especialmente cuando su hijo no quería verme ni en

pintura.

Estuve allí en el sofá llorando un rato hasta que bañé a mi niña, le di el biberón y la acosté en el moisés.

Aquellas iban a ser sus primeras Navidades y, ya que yo no tenía ánimos para celebrarlas y que no permitiría que Douglas las pasara lejos de Hanna, por mucho que mi niña no se enterase de nada, quería que estuviera con su padre y el resto de los primos. Por eso le dije que podía llevarla con él a la casa de sus padres.

Por un lado, sentía rabia de no haberme callado la boca y aceptar su petición, pero, por otro, estaba fuera de lugar la manera en que me lo había dicho, pero ahora en frío ¿acaso él no tuvo que aguantar peores cosas de Eva en mi presencia?

Sí que las aguantó, sí, y las que no escuchó porque ella las dijo sin que estuviera él delante.

Cogí el móvil y, a lágrimas tendidas, me dispuse a escribirle un mensaje.

Triana: *Buenas noches, Sloan. Lo primero, pedirte perdón por no haber estado acertada contigo. No lo pensé y tuve que parar a hacerlo para darme cuenta de que no había actuado bien. Estaré esos días con vosotros en la casa de tus padres. Siento mucho haber actuado de esa manera. Espero que me perdones y aún aceptes que vaya.*

Lo leyó y pasaron cinco minutos hasta que le dio un corazón al mensaje. No sabía ya ni cómo interpretarlo, pero al menos había dado algo y de nuevo me volvía a conformar, aunque fuese con ese poquito.

Me acosté temprano, tal y como le di el biberón a la niña. Necesitaba cerrar los ojos y dormir. Claro que eso era lo que quería, otra cosa es las dos veces que me tuve que levantar de madrugada para darle el biberón, que Triana no me perdonaba ni una.

Ya por la mañana y con todo listo, estaba esperando a que viniera Douglas a por la niña y yo pensaba irme a dar una vuelta y comprar unos regalos de Navidad.

Llamaron al timbre y abrí la puerta pensando que era él, pero de nuevo me encontré con Sloan.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó y me aparté para que pasara.

—¿Quieres un café?

—De eso te iba a hablar. Tengo que ir a Inverness a hacer unas compras y pensaba llevarme a la niña, pero no sé a la hora que regresaré.

—¿Y qué tiene que ver eso con el café? —pregunté sonriendo porque pensé que estaba despistado— Claro que puedes llevártela y no te preocupes por la hora de regreso. Tienes todo en la bolsa para que la cambies o le des de comer cuando chille como una loca.

—Lo del café es porque, como lo mismo paso allí todo el día, he pensado si te apetece venirte con nosotros, y ya si quieres lo tomamos allí.

—Yo iba a salir ahora a comprar unas cositas por el pueblo —dije sorprendida—, pero es obvio que allí hay más variedad —sonreí—. Si no te importa…

—No, no, quiero ir entrenando para cuando tengamos que estar los dos días de Navidad junto con la familia.

¿Entrenar? ¿En serio? Aguanté el reírme, pero es que todo lo que decía era igual, parecía que no hiciese nada porque él lo sintiese, sino de cara a la galería. Era frustrante para mí, pero es que yo deseaba ganarme el que de alguna forma hubiera un entendimiento entre nosotros. Al menos quería intentarlo.

Capítulo 42



El camino a Inverness fue tranquilo y de lo más silencioso. Sloan y yo no hablamos apenas, más que las pocas veces que me preguntó si la niña iba cómoda.

Y ella iba de maravilla viendo a través de la ventanilla el cielo y las nubes que la hacían distraerse.

Una vez llegamos, se notaba que todo estaba listo para esas fiestas que teníamos a la vuelta de la esquina.

El viento soplaba con fuerza en las estrechas calles de Inverness. Las luces navideñas iluminaban la ciudad con un brillo de lo más cálido y acogedor, pero el aire frío de este último mes del año se colaba por cada rincón. La ciudad estaba más que preparada para la Navidad, con los escaparates de las tiendas del centro adornados con coronas de pino, luces parpadeantes y muñecos de nieve. Por no hablar del inconfundible olor a chocolate caliente, dulces y castañas asadas que había en el ambiente.

Sloan y yo caminábamos uno al lado del otro, él llevaba el carrito de Triana y la gente nos miraba como si fuéramos una pareja más que paseaba por allí en una mañana de diciembre para hacer las últimas compras que se habían olvidado.

Triana, que iba envuelta en un montón de ropa de abrigo, no dejaba de hacer ruiditos con la nariz, mientras miraba con curiosidad a través del plástico que cubría la capota todas las luces que decoraban los escaparates de las tiendas.

—Parece que le gustan las luces— dije, colocándome bien la bufanda alrededor del cuello para cubrirme del viento.

—Es una pequeña curiosa —contestó con una leve sonrisilla al mirar hacia la niña.

Después de tanto tiempo sin hablar ni vernos, estar ahí con él y que cruzáramos más de cuatro palabras, era toda una proeza. Por no hablar de que le había vuelto a ver sonreír y eso sí que era un logro.

Pero claro, sonrió al ver a su hija, a quien sabía que la quería con locura.

Qué equivocada estuvo siempre Eva en que Sloan no sería un buen padre, y qué tonta fui yo por no ponerla en su sitio y darle a él el lugar que le correspondía.

Entramos en una cafetería donde el calor que os recibió invitaba a quedarse allí un buen rato, y, tras despojarnos de la ropa de abrigo y dejar que Triana también respirara un poco quitándole el cobertor de la capota, nos acomodamos mientras Sloan llamó a la camarera.

Pedimos café para los dos, con zumo y un par de tostadas.

Él estaba pendiente de la niña en todo momento y, en ese instante que ella dio un gritito como diciendo que, qué hacíamos parados, Sloan sonrió y la cogió en brazos.

—Nos vamos a tomar un café, hija, no protestes que en un ratito seguimos con el paseo. —Le dio un beso en la frente.

—También es un poquito impaciente —dije sonriendo.

—Lo es, sí.

Me parecía mentira poder estar ahí con él hablando con esa calma, pero como había dicho, quería que estuviéramos cerca para entrenar para los días de Navidad en casa de sus padres con toda la familia. Lo que básicamente yo podría traducir como «ensayamos el llevarnos bien y no tirarnos de los pelos ni mirarnos como si nos lanzáramos dagas con los ojos».

Nos sirvieron lo que habíamos pedido y Sloan seguía con la niña en brazos. La verdad es que daba gusto verle cómo se manejaba para comer teniéndola a ella encima.

Y yo tenía esa cosita dentro que me pedía que hablara con él de lo que había pasado, pero no quería que las cosas entre nosotros empeoraran más de lo que ya estaban.

Pero claro, mi madre decía que, lo que no se dice se queda ahí haciendo bola y es peor, así que…

—Sloan, lamento mucho todo —dije—. Debí poner límites en su momento, y no lo hice.

—Triana, no quiero hablar de eso ahora.

—Eva ya no está en mi vida —dije en un leve susurro y él me miró con el ceño fruncido—. Sin entrar en detalles, ella seguía hablando de lo que no debía y nos acabamos distanciando después de que le pidiera que no hablara mal de ti, así que, ni ella escribe o llama, y yo tampoco. —Me encogí de hombros—. Lo primero para mí siempre será el bienestar de mi hija, y eso comienza por llevarme de manera cordial con su padre.

No podía mirarle, así que estaba de lo más concentrada en el café humeante que tenía en la mesa.

Sloan no dijo nada, y seguimos desayunando mientras la niña miraba toda la decoración navideña que había en la cafetería.

En casa ni siquiera había puesto el árbol, no tenía ganas y, por primera vez, el espíritu navideño no me había poseído, como diría Ingrid.

Terminamos el desayuno y volvimos a abrigar a la niña y a nosotros mismos para salir de nuevo a recorrer las calles.

Paseábamos por allí para ir a las tiendas concretas que queríamos visitar, y al pasar por la plaza, vi que en una esquina había un músico tocando con su gaita una melodía melancólica de Navidad que llenaba el ambiente.

Mucha gente le rodeaba y había quienes le dejaban unas monedas.

Busqué en mi monedero y saqué algunas que tenía, me acerqué a él y las dejé con el resto, a lo que el hombre me miró con una amable sonrisa de agradecimiento al tiempo que asentía.

No era mucho lo que había dejado, pero para tomar algo caliente, tendría.

El paisaje nevado que había al fondo hacía que Inverness se viera precioso en esa época del año.

—Este lugar es increíble —dije contemplándolo mientras pensaba que Escocia ahora era mi hogar, pues a Sevilla no iba a volver puesto que no tenía a nadie allí—. Es de postal, ¿no te parece? —pregunté mirándole, y vi que sonreía, pero cambió el gesto y asintió.

Seguimos caminando y me sentí afortunada de estar ahí con él, aunque fuera por la niña y su familia, pero al menos estábamos siendo cordiales y no había malas palabras. Sloan siempre fue un hombre correcto, y ni siquiera cuando Eva le hablaba de aquel modo perdió la compostura, ni se alteró ni nada.

Entramos en una perfumería y cada uno fue por su lado para hacer esas compras de regalos que necesitábamos. Fui la primera en acabar, así que una vez pagué, pedí que me lo envolvieran todo y me pusieran una pegatina con el nombre. Este año no es que me apeteciera envolver los regalos como hice en la primera Navidad que pasé en casa de los padres Sloan.

Cogí el carrito y dejé que él hiciera las suyas más tranquilo mientras le esperábamos fuera.

Me detuve en el escaparate de al lado y no pude evitar fijarme en algo que llamó mucho mi atención.

Sonreí al pensar en que ese era el regalo perfecto para él, y entré con mi pequeña para comprarlo. No es que entrara en mis planes comprarle nada a Sloan, pero al verlo supe que debía ser para él.

Cuando salimos, no tardó en hacerlo él de la perfumería con un par de bolsas. Sonreí cuando se acercó y no dudó en coger el carrito de la niña.

Era un gran padre, de eso no tenía la menor duda.

Entramos en varias tiendas más y, para mi sorpresa, Sloan se mostraba más hablador conmigo. Incluso me pidió consejo en varias ocasiones sobre lo que iba a comprarles a todas las mujeres de su familia.

También compramos algunas cositas para Triana, por lo que los paseos al coche cargados de bolsas fueron varios.

Y le notaba más cercano conmigo, me miraba más y no lo hacía tan serio como las últimas veces, vi alguna sonrisilla en su rostro cuando le enseñaba algo para la niña o para las hijas de sus primos, y no se podía hacer una idea de lo bien que eso me hacía sentir.

Habían sido unos meses de lo más difíciles de soportar por su indiferencia hacia mí por segunda vez, y que ahora volviéramos a ser ese par de personas que se mostraban cordiales por su hija, como siempre quise, era algo que no iba a permitir que nada ni nadie alterase de nuevo.

Al final, hasta comimos en Inverness dado que las compras se nos habían ido un poquito de las manos. Él quiso darle el biberón a Triana y a mí es que se me caía la baba en verle ejerciendo de padre.

Ojalá, todo hubiera sido diferente desde el principio y esto es lo que habría visto cada día desde que nació nuestra hija, el modo y el amor con el que la trataba.

Después de comer, salimos de nuevo a la calle y al pasar por delante de una joyería me detuve. Había unos pendientes preciosos de oro con forma de flor en color rosa que me gustaron para Triana, así que entré y se los compré como regalo de Navidad.

—Creo que esta canija va a tener más regalos que ninguno de la familia —dijo Sloan con una leve sonrisa.

—Sí, yo también lo creo. —Reí.

Entramos a tomarnos un café caliente y, mientras Sloan iba al baño, cogí a la niña en brazos y vi que se quedaba mirando hacia la ventana en la que estábamos, observando de nuevo las luces de Navidad que decoraban las calles, así como todos los demás adornos.

Me quedé pensando en lo bonito que era vivir lo cotidiano, como el simple hecho de salir a hacer esas compras de regalos de última hora en la compañía de las personas a las que amabas.

Porque sí, no iba a negar que mi corazón seguía latiendo con fuerza porque aún amaba a Sloan, y esto era lo que me gustaría tener en mi vida para siempre.

Ojalá todo hubiera ido bien entre nosotros, ojalá ese accidente no se hubiera producido para truncar nuestras vidas como lo había hecho, y ojalá pudiera tener el valor de decirle que aún le amaba y que le quería en mi vida.

—¿Qué hay tan interesante ahí fuera que estáis las dos mirando? —preguntó Sloan cuando volvió y se sentó a mi lado.

—Las luces, que a esta chiquitina la tienen de lo más embobada —sonreí.

—¿Deberíamos comprarle unas luces de Navidad para que se entretenga en casa?

—No, no, que entonces no duerme. —Reí.

—Si aquí está así, no quiero imaginar en casa de mis padres. —Dio un sorbo al café.

—Ni yo, con toda la decoración que ponen.

Tras acabarnos el café, regresamos al coche para volver al pueblo, y en el camino en coche, mi niña se quedó dormida.

Una vez llegamos, Sloan me ayudó a subir las bolsas y a la niña, que se despertó dado que pronto le tocaba el baño y el biberón.

La cogió en brazos y le dio un beso en la frente y otro en la mejilla antes de entregármela.

—Nos vemos en dos días, hija —le dijo, pues habíamos acordado que al siguiente no iría a recogerla para preparar su equipaje y que la niña estuviera aquí calentita en casa—. Te aviso cuando venga a recogeros.

—Vale —sonreí, y le vi ir hacia la puerta—. Sloan —le llamé cuando tenía el pomo en la mano, antes de que abriera y se marchara. Se giró para mirarme—. Gracias, ha sido un día muy bonito. Y me alegro de que podamos tener una relación sana por la niña, ella es lo primero para mí y sé que también lo es para ti. Han pasado muchas cosas, lo sé, pero quiero que nos llevemos bien, por ella.

—Mi hija siempre será mi prioridad, eso no lo dudes nunca, Triana.

Abrió la puerta y se fue.

Se lo agradecía, sí, porque, aunque no lo supiera, aquel había sido uno de los mejores días de mi vida, en mucho tiempo.

Capítulo 43



Aquella mañana del veinticuatro de diciembre estaba de los nervios al saber que pasaría esas Navidades en casa de los padres de Sloan con toda su familia, como ya hicimos el año anterior.

Solo que ahora no veníamos como ese par de enamorados que una vez fuimos, sino como padres de una hija en común que iban a pasar estas fiestas allí para que su familia pudiera celebrarlas.

Douglas ya estaba en la casa desde hacía un par de días, su relación con Hanna ya era algo más formal y, por lo que me había dicho a primeros de diciembre, estaban hablando de vivir juntos, algo a lo que le animé sin pensárselo. Pero él decía que todavía tenían mucho que hablar porque no quería venirse al pueblo y dejarme sola con la niña.

Como siempre he dicho, este hombre era un amor, todo un padrazo para mí y un abuelo para mi hija.

Al llegar a la casa de los padres de Sloan, me vinieron a la mente todos los recuerdos de las Navidades pasadas al ver aquel manto blanco y brillante que se veía de fondo a la casa.

Aparcamos el coche donde estaban los demás y sacamos todo el equipaje, así como las bolsas donde iban los regalos y el carrito de la niña para ir llevándolo a la casa.

Sus padres, Douglas y Hanna, salieron a recibirnos y nos ayudaron con todo.

—Ay, hija, no sabes la alegría que me da tenerte aquí —me dijo Helen con un fuerte abrazo.

—Gracias —sonreí.

—Voy llevando todo a la habitación —dijo Douglas tras darme un beso en la mejilla, y por mi cara todos debieron entender que estaba confundida, hasta que Sloan me sacó de dudas.

—La niña y tú os quedáis en mi habitación, Ingrid me ha cedido la suya —dijo, y asentí.

Qué tonta. ¿Cómo iba a quedarse Sloan a dormir conmigo?

Helen cogió a la niña y fuimos hacia el salón, desde donde se escuchaban las voces de todos.

—Hay que poner más luces, papá, y más adornos. —Escuché que decía Megan.

—Hija, si le ponemos muchas luces, el árbol acabará pareciendo un faro —le dijo Steven.

—Mejor, muchas luces lo hacen más bonito. Y también hay que ponerle más cintas de colores, tiene muy pocas.

—¿Pocas? —Ese era Mike—. Si casi no se ve el árbol debajo de todo lo que tiene.

—Y todavía falta la estrella, ¿dónde está? Porque no la veo en la caja de los adornos —dijo Ingrid.

—¿Seguro que has mirado bien, amor? —le preguntó Max.

—A ver, cariño, que es una caja de adornos, no el sarcófago de un faraón embalsamado —resopló, y me tuve que reír, lo que hizo que todos miraran hacia la entrada donde estábamos parados.

—¡¡Triana!! —gritó Megan, que salió corriendo hacia mí, y la cogí en brazos.

—Hola, preciosa.

—Has venido. —Me abrazó con fuerza y me salió una sonrisilla.

—Claro que he venido, el pavo asado no me lo pierdo.

—Otra de buen comer, pero ¿dónde lo echas? Porque estás igual de bien que antes de tener a la niña —me dijo Mia, la madre de Megan.

—Espera a que tenga otro, cuñada. —Rio Lorie, y noté que me sonrojaba.

Todos me abrazaron y recibieron con cariño, ese que yo también les tenía a pesar de que me ocultaron lo de Sloan, pero había entendido que lo hicieron porque él era su primo y quería pasar solo por eso, a pesar de que me seguía doliendo que ni él mismo me lo contara.

Mi pequeña pasó de mano en mano para que todos se la comieran a besos y le dieran sus achuchones correspondientes, hasta que se quedó embobada con el árbol.

—En Inverness el otro día estuvo igual —dije sonriendo.

—¿Fuiste a Inverness? Te podía haber llevado. —Miré a Douglas y no me dio tiempo a decir nada, cuando ya lo estaba haciendo Sloan.

—Le pedí que viniera con la niña y conmigo.

Y todos nos miraron con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios, señal de que también mantenían la esperanza de que algún día nosotros retomáramos lo que teníamos.

El resto de la mañana lo pasamos todos ayudando en la cocina a preparar la comida y la cena. Douglas se encargó de la niña en más de una ocasión y hasta le dio el biberón cuando llegó su hora.

Por no decir que se quedó dormida en sus brazos mucho antes de lo que solía dormirse conmigo o Sloan, por lo que él mismo me dijo.

Comimos y, tras tomarnos el café, todos ayudamos para poner la mesa y dejarla lista para la cena. En alguna que otra ocasión Sloan y yo nos chocamos y noté mis mejillas sonrojarse cuando me agarró con ambas manos por los brazos. Sentí un escalofrío como en aquellos inicios de cuando empezamos a ser algo más que simples conocidos.

Nos fuimos a descansar un rato para estar bien por la noche, y aunque me metí en la cama, no podía dormir.

Di varias vueltas y nada, así que acabé por levantarme, dejé el intercomunicador de la niña encendido y me bajé el otro para escuchar si lloraba.

La casa estaba de lo más silenciosa y, dado que en el salón se habían quedado Ingrid y Max echados en el sofá, me preparé un café y fui a la biblioteca donde también se estaba la mar de a gusto.

Al abrir la puerta no me di cuenta de que hubiera nadie, hasta que fui a sentarme en el sofá y vi allí a Sloan con un café en la mano y viendo fotos en el móvil.

Y no eran unas fotos cualesquiera, no, sino las que nos habíamos hecho juntos la Navidad anterior.

—No sabía que estabas aquí —dije y se giró para mirarme.

—No podía dormir.

—Ya somos dos —sonreí—. ¿Puedo? —Señalé el sofá.

—Claro.

Mientras me sentaba, él bloqueaba el móvil, cogió la manta que había en el respaldo y nos

cubrió con ella. Estábamos bastante cerca el uno del otro y podía notar su pierna rozando la mía. Di un sorbo al café y él hizo lo mismo.

—Quería darte las gracias por venir —dijo.

—Lo he hecho por la niña, merece tener unas primeras Navidades en familia.

—Triana, sé que sigues molesta porque te oculté lo de Houston…

—Sloan, no quiero que acabemos discutiendo, así que, por favor, dejemos el tema —le pedí y él asintió, pero dijo unas últimas palabras que me dejaron en *shock*.

—No lo hice solo por la niña, como siempre has pensado, también lo hice por ti.

Iba a contestarle, pero escuchamos a la niña hacer ruidos y no tardó en despertarse. Me dijo que iba él, se levantó y se fue dejándome sola.

No sabía a qué se refería con lo de que también lo hizo por mí, si estaba claro por sus palabras el día que apareció en el hospital cuando nació nuestra hija que, al ver la primera ecografía que le mandé, tomó la decisión.

—Hola, preciosa. —Le escuché decir por el intercomunicador—. ¿Tienes hambre, o es que echas de menos a tu mami? —Y por cómo protestaba, estaba claro que era hambre— Muy bien, vamos a por un biberón entonces.

Cerró la puerta y ya no escuché nada. Me tomé el café allí sentada, y acabé por cubrirme con la manta para ir al ventanal y contemplar el paisaje.

No pude evitar que se me escaparan algunas lágrimas pensando en lo que pudo ser y no fue, y en lo mucho que aún quería a Sloan.

La puerta se abrió y retiré las lágrimas para que no me viera llorar, al girarme, vi a Sloan allí ante mí con la niña en brazos.

—¿Has llorado? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla y cerré los ojos ante esa caricia — Triana…

—Estoy bien, de verdad. ¿Ha comido ya? —pregunté, cambiando de tema.

—Sí.

—Pues, voy a ir preparándola y a vestirme. —La cogí en brazos y salí de la biblioteca.

Quería a Sloan y había esperado por un acercamiento entre ambos durante estos últimos meses, pero también me daba cuenta de que tenerle durante estos días tan cerca y no poder ser yo

misma con él iba a ser de lo más doloroso.

A la hora prevista para bajar a cenar, llamaron a mi puerta y era él. Estaba guapísimo, como siempre, con aquel pantalón negro y un jersey en color *beige* que, casualmente, hacía juego con mi vestido de punto que llevaba con las botas negras.

Cogió a la niña en brazos y bajamos los tres hacia el comedor, donde ya se escuchaban las voces y risas de todos.

—¡Quietos ahí! —gritó Ingrid señalándonos a los dos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sloan.

—¿No habéis visto el muérdago, o qué? —Su prima frunció el ceño, y los dos miramos hacia arriba, comprobando que justo en la parte alta del marco de la puerta estaba colgado un adorno de muérdago— Tenéis que daros un beso, es la tradición.

—El año pasado no había muérdago —dije recordándolo.

—Claro que había, pero no os fijasteis —comentó Steven de manera despreocupada.

—¿Y todos habéis…? —No me dejaron terminar, puesto que todos respondieron al unísono.

—Sí, todos.

Miré a Douglas, que sonreía al lado de Hanna con un brazo sobre sus hombros. Los padres de Sloan también tenían una sonrisa en el rostro, al igual que todos los demás adultos que estaban allí.

Suspiré, porque aquello no podía estar pasando, pero así era, tocaba beso bajo el muérdago con un hombre que ya no sentía nada por mí.

—Vamos, ¿a qué esperáis? —preguntó Lorie.

—Si no hay beso, no hay cena, que nos lo ha dicho tu madre a todos —dijo Mia.

Yo tragué saliva, miré a Sloan y en ese momento él me miró a mí. Le brillaban los ojos y, por un momento, me quedé enganchada a ellos.

Hasta que le vi inclinarse hacia mí, noté su mano en la cintura y, entonces…

Me besó.

Sus labios se posaron en los míos despacio, en un tierno y dulce gesto que tantos recuerdos

me traía en ese momento. Cerré los ojos y noté que Sloan me daba un leve apretón en la cintura, y segundos después volvía a alejarse.

—Podéis sentaros a cenar —dijo Ingrid con una sonrisa de lo más pícara.

Yo no sabía por qué, pero me daba en la nariz que aquello había sido una treta de toda la familia.

Cenamos todos esos deliciosos platos que habían preparado Helen y las tías Hanna y Lucy, el pavo estaba delicioso tal como recordaba, y el postre hizo las delicias de todos.

Sloan estuvo mucho más pendiente de mí, hablábamos más, sonreíamos e incluso nos reíamos al ver a la niña queriendo quitarse los leotardos.

Tras el postre y una copa de champán, volvimos a enfrentarnos a esa guerra de bombones en la que Megan y yo llenamos varios platos. Y cuando por fin llegó la hora de acostarnos, los más pequeños se fueron despidiendo de todos con un beso y un abrazo.

Sloan me acompañó a la habitación y dijo que él se encargaba de bajar los regalos y colocarlos, así que se los di todos, menos el suyo, ese lo pondría yo cuando todos durmieran.

Cambié a mi niña, la fui meciendo para que se durmiera y Sloan volvió a venir para darle las buenas noches a la niña con un beso en la frente que, a ella, que ya estaba casi dormida, le hizo dibujar una sonrisilla en los labios.

—Descansa, Triana —me dijo al tiempo que se inclinaba y me daba un beso en la mejilla que no esperaba.

—Igualmente, Sloan.

Cuando se fue, sonreí como una boba por ese simple beso, que no era nada del otro mundo, pero que, para mí, era mucho.

En esa mañana de Navidad que todos esperábamos, fui la primera en bajar con la niña para darle el biberón.

No tardé en escuchar a Megan anunciando a chillidos que era hora de abrir los regalos.

Sonreí mientras iba al salón y la vi allí parada, delante del árbol.

—¿Has visto qué de regalos, Triana? —me dijo con los ojos muy abiertos.

—Sí, ya veo. Pero no son todos para ti, ¿no?

—No, no. —Rio—. Hay para todos.

—Hija mía, qué pulmones tienes —le dijo Steven entrando en ese momento.

Todos fueron llegando y una vez que nos acomodamos junto al árbol, Megan comenzó a abrir todos sus regalos. Después fue Kimberly, a quien siguieron los hermanos de cada una de ellas, Tom y Hans.

Cada adulto cogió los suyos para abrirlos y no había nadie que se hubiera quedado sin regalo. Había ropa para todos, tanto para los pequeños como para los mayores, zapatos, perfumes y algunos complementos.

Y entonces Sloan abrió el que yo le había comprado en último lugar.

—¿Quién le ha encargado esto a Santa Claus? —preguntó, pues Megan aún era la más pequeña y no quería fastidiarle las Navidades diciéndole la verdad.

Había abierto la caja y solo veía la parte frontal de aquel marco digital de sobremesa que le había comprado.

—Nosotras —dije y me miró con el ceño fruncido.

—Es un marco digital para fotos, Sloan —comentó Ingrid—. Yo tengo uno y es una pasada.

—Enciéndelo —sonreí, y él me hizo caso.

Al encenderlo, lo primero que se veía era una imagen que había hecho con un texto en el que puse «Las fotos de mi princesa».

Sonrió y fue viendo una a una todas las fotos que había cargado el día anterior, empezando con esa primera ecografía que le mandé, hasta la última que les hice juntos el día que fuimos a Inverness.

Le vi los ojos vidriosos y comprobé que se había emocionado al ver todas esas fotos.

—Es precioso, Triana, muchas gracias —me dijo con la voz ligeramente tomada por la emoción, y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Ese es mío. —Señaló una caja que yo había dejado para el final de manera inconsciente, como había hecho él.

Lo cogí y notaba que me temblaban las manos.

Al abrirlo, me llevé una mano a la boca a punto de llorar, era precioso y eso sí que no me lo esperaba.

Se trataba de una cadena de oro con un medallón que se abría y en el que había dos pequeñas

fotos, una de mi niña muy sonriente y otra nuestra del día que nació, cuando yo ya estaba un poco más visible, podríamos decir.

Y no pude, por más que quise no pude contener las lágrimas de emoción porque estaba claro que los dos habíamos pensado en el regalo perfecto para el otro, ese en el que nuestra hija siempre estaría presente.

—Es precioso, muchas gracias. —Le di un beso en la mejilla y le dio a la niña a Douglas para ponérmelo.

La verdad, que no esperaba aquello, pero había sido todo un detalle por su parte.

Para nuestra pequeña también había regalos. Teníamos un montón de ropa, peluches, mordedores para cuando le salieran los dientecitos y algunas joyas.

Sin duda, las primeras Navidades de mi niña, seríamos su padre y yo quienes no las olvidaríamos.

Capítulo 44



Los días habían ido pasando en la casa de los padres de Sloan y, al igual que las primeras Navidades que viví con ellos, ni una sola vez faltaron risas o bromas.

Aunque lo más sorprendente de todo, al menos para mí, era ese acercamiento que estaba surgiendo entre Sloan y yo.

Y todo fue por aquel beso bajo el muérdago, que parecía haber encendido una especie de interruptor para que esos días él estuviera mucho más pendiente de mí.

No solo eso, sino que una de las noches antes de que se fuera de mi habitación, noté que se pegaba a mi espalda mientras acunaba a la niña para dormirla, se quedó allí tan cerca de mí que me puse un poco nerviosa. Y tras darle un beso a nuestra hija cuando estaba quedándose dormida en mis brazos, se despidió de mí con un beso en el cuello que me erizó la piel por completo.

Desde ese momento los roces furtivos, como si fueran de manera casual, se fueron sucediendo unos tras otros, al igual que esos besos que me daba en la mejilla y que hacían que todo mi cuerpo reaccionara.

Ya quedaba poco para acabar el año y yo solo deseaba que el nuevo llegara mucho mejor para nosotros, que nos lleváramos bien por nuestra hija y que nunca más nos enfrentásemos.

Esa tarde los pequeños querían salir a hacer muñecos de nieve, así que todos bien abrigados nos fuimos al jardín. Bueno, yo me quedé en el porche con la niña en brazos que se reía al ver a unos y otros corriendo porque, como era de esperar, lo de hacer muñecos de nieve quedó en un segundo plano y se convirtió en toda una batalla campal de bolas de nieve.

Veía a Sloan sonreír con los hijos de sus primos y deseaba que mi niña creciera para que fuera parte de esos juegos, que viera por sí misma el buen hombre que era su padre, por mucho que la que una vez fue mi amiga dijera lo contrario.

Como si supiera que estaba pensando en él en ese momento, Sloan me miró y se le dibujó una sonrisilla en los labios que hizo que a mí me diera un vuelco el corazón.

Hasta que una bola de nieve le dio en toda la cabeza, y al mirar vimos que había sido Ingrid la que había dado de lleno en la diana.

—Te vas a enterar, enana —le dijo Sloan, que comenzó a correr hacia ella.

—No, no, Sloan, que no quería darte a ti —decía ella corriendo como podía, porque acabó cayendo al suelo por culpa de la nieve en un par de ocasiones.

—Pues le has dado, hermana, y con qué puntería. —Rio Steven.

—¡¡Esa bola era para ti, idiota!! —le chilló mientras seguía corriendo.

Pero no llegó muy lejos, ya que Sloan cogió una bola y se la lanzó, dándole de lleno en el culo y haciendo que perdiera el equilibrio.

—Ay, qué bolazo —se quejó la pobre, frotándose el culo, que debía escocerle lo suyo—. Morado, me lo has dejado morado, seguro.

—Mala suerte. —Sloan se encogió de hombros y puso hasta cara de bueno.

Se vino al porche con nosotras y, tras quitarse el abrigo y los guantes mojados, se sentó a mi lado para coger a la niña en brazos.

—Hija, aprende, que algún día tendrás que ayudarme en estas guerras de bolas de nieve —le dijo dándole un beso.

—No, no, mi niña, tú me ayudas a mí, que fui la que te tuvo nueve meses dentro, sufrí las dolorosas contracciones y te traje al mundo en dos apretones fuertes.

—Vaya, veo que seréis dos contra uno —suspiró—. Creo que voy a tener que pedirte que hagamos un niño, entonces, para que sea mi compañero —soltó aquello de la manera más natural, tranquila y despreocupada del mundo, y me quedé en *shock*.

Por no hablar del beso que me dio en la mejilla sin que lo esperara, una vez más.

—Quería hablar contigo —me dijo y entré un poquito en pánico, la verdad.

—¿Sobre qué?

—He pensado que deberíamos irnos.

—Oh, vale, sí. O sea, ya no hay vuelta atrás para que no celebren las fiestas, y en dos días se acaba el año, así que… Sí, puedes llevarnos a casa.

—No me has entendido, preciosa —me dijo con una sonrisa de esas que me dejaban loca, pero loca de verdad, y más aún con el modo en el que me había llamado.

—Pues, va a ser que no. ¿Me lo explicas?

—Me gustaría que nos fuéramos los tres solos a pasar el fin de año a una cabaña. Quiero a mi familia, pero he estado dándole vueltas y me apetece estar esa noche los tres solos. Quiero acabar y empezar el año con mi hija y su madre los tres, sin tanta gente.

»Quiero algo tranquilo, porque, aunque se ve que esta señorita tiene mucho aguante, al final aquí somos muchos y algo se debe aturdir. Aunque se lo pasa en grande con todos, porque dormir, duerme bien poco.

—¿Y qué pensarán tus padres? Hemos venido para estar con ellos, para que pasen con la niña sus primeras Navidades.

—Lo hablé ayer con ellos, y me animaron a decírtelo. No les importa que nos vayamos, ni a mis tíos tampoco. Al contrario, entienden que quiera pasar esos días un poco más tranquilos.

—Entonces, vete con ella, que no tengo problema. Me dejas en casa y esos días los pasáis donde quieras, Sloan. Tienes todo el derecho, es tu hija y siempre te dije que nunca iba a impedirte verla cuando quisieras y llevarla contigo a cualquier parte.

—¿Sigues sin entenderme? —preguntó con la ceja arqueada.

—No, te he entendido perfectamente. Quieres pasar esos días tranquilos con la niña.

—Y contigo, que también lo he dicho.

—Pero yo sí que no pinto nada ahí, Sloan, de verdad. Puedes llevarla donde quieras, que no me importa —sonreí, me puse en pie y entré en la casa.

Decir que no me había hecho ilusión que quisiera contar conmigo también para pasar esa última noche del año solos con nuestra hija, era una mentira como el castillo de Edimburgo, vamos. Pero no quería ir para hacerme falsas ilusiones de nada, porque esos besos que me daba y esas muestras de acercamiento eran solo por el bien de la niña que nos mantendría unidos de por vida.

Entré en la cocina y me preparé un café, sentí un nudo en la garganta y noté que me caían algunas lágrimas. Ojalá todo hubiera sido diferente entre nosotros, y ahora mismo seríamos una familia de verdad, y no un puzle de tres piezas que se mantenían unidas por la del centro.

Acababa de retirarme unas lágrimas de las mejillas cuando noté sus brazos rodeándome desde atrás. En ese momento cerré los ojos y mi mente volvió a aquellos días, mucho antes de que todo se fuera al traste por su accidente.

El aroma de Sloan, el calor que desprendía su cuerpo, el modo en el que cogía y soltaba el aire, todo me traía tantos recuerdos de lo más dolorosos.

—¿Por qué lloras? —preguntó en un susurro con la frente apoyada en mi cabeza.

—No lloro.

—Sabes que te conozco, Triana, y sé cuándo lloras, aunque no te vea. —Me abrazó más fuerte.

—No es nada, estoy bien, de verdad.

—No lo estás, y yo tampoco —confesó—. No estamos bien porque los dos sabemos que hay algo más que nos une además de la niña.

—Por favor, no sigas por ahí.

—Vámonos a pasar el fin de año solos, los tres, sin nadie más. Necesito esto, Triana, y sé que tú también.

—¿Para qué, Sloan? ¿Para que te des cuenta de que hiciste bien en alejarme de tu vida dos veces? Lo siento, pero no, vete con la niña, que no me importa.

—Lo necesito porque sé que fui un gilipollas por apartarte de mi lado la primera vez. Porque sí, me he puesto en tu lugar y me odio por no haberte hecho saber lo que iba a hacer, por no apoyarte en el embarazo y dejar que tú me apoyaras a mí, aunque hubiera sido estando tú en Escocia y yo en Houston. No debí alejarte, y después con lo de tu amiga…

—Creo que ya no somos amigas, te dije que no hablamos.

—Ese no es el caso, sino que se interpuso en lo que no debía y me jodió mucho que me tachara de aquellas cosas.

—Lo sé, y lo siento. —Me atreví a darle un apretón en la mano.

—Vámonos, por favor, Triana, necesito estar con vosotras a solas. No te pido más que dos días.

Lo pensé y…

Acabé aceptando.

Capítulo 45



Habíamos llegado esa misma mañana a aquella pequeña, pero acogedora cabaña, comimos una sopa y unos filetes que nos había dado Helen, y las tías Hanna y Lucy se encargaron de llenarnos táperes de lo mismo que iban a cenar ellos esta última noche del año, porque decían que así no tendríamos que preocuparnos por cocinar nada, solo de ponerlo a calentar un poco antes de sentarnos a la mesa.

No se olvidaron tampoco de las uvas, una botella de vino, otra de champán y sí, hasta encontré entre las bolsas una botella pequeña con licor de la tía Lucy.

Me tuve que reír al verlo, pero es que no era normal que aquellas tres mujeres hubieran metido aquello. Que sí, que era una noche para celebrar y tomar alguna copa, pero teníamos una niña pequeña a la que cuidar, porque los dos éramos unos padres de lo más responsables.

Después de comer, nos tomamos un café y la niña se quedó dormida en mis brazos, donde aún seguía estando.

Lo que menos me podía imaginar era que despediríamos el año viendo nevar, pero así era.

La nieve caía en copos grandes y suaves, cubriendo el exterior con un bonito manto blanco. La cabaña, alejada del bullicio, era un refugio acogedor en medio de las montañas, con la chimenea chisporroteando, las luces tenues y un aire impregnado del olor a madera y piñas. Había algo mágico en la tranquilidad de la noche, especialmente en esta última del año.

En la cabaña había dos habitaciones, y el salón quedaba unido con la cocina de modo que podía ver a Sloan preparando todo para la cena.

Los dos estábamos en pijama y eso ya era un aliciente para el haber dejado a toda la familia en casa de sus padres.

Me acomodé en el sofá, abrazando a mi niña, que dormía profundamente acurrucada en la manta que le compré con su nombre bordado.

Miré por la ventana y, a través de esta, el paisaje nevado parecía un cuadro pintado a mano, mientras las luces de la cabaña iluminaban suavemente la oscuridad que rodeaba el lugar.

Escuché a Sloan acercándose y vino con una copa de vino tinto en la mano y una sonrisa traviesa en los labios.

—Más te vale que no pretendas emborracharme, porque tengo una hija a la que cuidar —le advertí, cogiendo la copa.

—¿Es que no puedo cuidarla yo? Porque creo que ha quedado claro que no soy tan mal padre como decían. —Carraspeó y dio un sorbo a su copa.

—No hablemos de esa etapa, por favor, que me voy a arrepentir toda la vida de no haberle parado los pies —suspiré.

En ese momento la niña comenzó a despertarse, por lo que Sloan, que al igual que yo ya la conocía y teníamos sus horarios más que aprendidos, volvió a la cocina para coger el biberón que había dejado preparado.

Cuando regresó, cargó a la niña en brazos y se acomodó con ella en el sofá para dárselo.

Me encantaba verle así con ella, y le daba la razón en que no era un mal padre, pero no quería remover más ese tema porque lo quería olvidar.

La cena olía que alimentaba y estaba deseando poder comerme esa carne asada con puré de patatas que nos habían dado.

En cuanto la pequeña se acabó el biberón, Sloan la ayudó con los gases y fue a cambiarle el pañal para meterla en la cuna que dejamos junto a la mesa, donde no tardamos en sentarnos para disfrutar de aquella cena.

Con cada bocado que daba, gemía, y es que la madre y las tías de Sloan cocinaban que daba gusto.

Sloan sonreía de medio lado, pero no me decía nada, aunque sí que me observaba, que en más de una ocasión le pillé mirándome y yo me ponía de lo más nerviosa.

Triana dormía plácidamente en la cuna, ajena a los nervios de su madre por estar sola con su padre, nervios que no debería sentir, pero que me resultaba imposible controlar.

Tras acabar la cena y tomarnos el pudin de postre, recogimos todo y preparé las uvas en los platitos. Nos sentamos en el sofá junto a la chimenea y encendimos la televisión para ver ese momento en el que diríamos adiós a un año que quería dejar atrás y ver si, con el nuevo, empezaba una etapa mejor.

Cuando comenzaron a sonar las campanadas, Sloan y yo nos comimos una a una esas uvas hasta llegar a las doce, momento en el que nos miramos y, de manera inconsciente y por inercia, nos acercamos para darnos un beso en los labios.

—Feliz Año Nuevo, preciosa —me dijo acariciándome la mejilla, con los ojos fijos en los míos, y sentí que todo mi cuerpo se estremecía.

—Feliz Año Nuevo, Sloan —sonreí.

No tardó en sonar su móvil y vio que era una videollamada de su prima Ingrid. En cuanto descolgó, se desató la locura pues vimos que estaban todos allí delante del teléfono para desearnos un feliz año.

Sonreí y hasta me emocioné mientras me caían algunas lágrimas, porque estaba claro que aquella era mi verdadera familia, por mucho que me sintiera dolida con ellos un tiempo atrás.

Después de que nos despidiéramos, Sloan me dio un beso en la mejilla y fue a por el champán, que sirvió en dos copas y me dio una, tras acomodarse de nuevo en el sofá.

—Por un mejor año —dije, chocado mi copa con la suya.

—Yo tengo algunos propósitos para el nuevo año —dijo después de que ambos diéramos un sorbo.

—¿Y puedo saber cuáles son? —Curioseé.

—Quiero asegurarme de que cada día, cada momento, valga la pena —contestó.

—Seguro que lo lograrás, Sloan —sonreí sin apartar la mirada, observando sus bonitos ojos azules que también estabas fijos en los míos.

Nos acabamos la copa hablando de la niña, de lo rápido que estaba creciendo y lo cambiada que se la veía ya en las fotos.

Cuando nos acabamos el champán, fue a por el licor de la tía Lucy, me salió una risilla al verle aparecer con la botella y llenó las copas.

Lo tomamos mientras seguíamos hablando de los planes que teníamos para ese nuevo año, y así se nos fueron pasando los minutos. Volvimos a tener un cruce de miradas y sentí que algo se veía diferente en la suya.

Y como si aquello estuviera destinado a pasar, Sloan se acercó, llevó la mano a mi nuca y me atrajo hacia él para besarme.

Aquel beso se sintió tan bien y tan natural como esos que tantas veces antes nos dimos. Hasta

que se apartó y me sentí por un momento avergonzada.

—No deberíamos, Sloan —dije, y tras dejar la copa, cogí la cuna y me la llevé a la habitación.

Me quedé allí mirando a mi niña dormir, llorando porque amaba a ese hombre y no le había tenido a mi lado cuando más le necesité.

Y entonces él me rodeó por la espalda, le miré por encima del hombro y secó mis lágrimas antes de volver a besarme con esa intensidad de antaño que había echado de menos.

Cuando el beso acabó, nos perdimos en la mirada del otro, esa que nos decía que había chispas y destellos en el aire, que la química que siempre hubo entre nosotros estaba ahí.

Me cargó en brazos y salió llevándome así hasta su habitación, donde no dudó ni por un segundo en recostarme en la cama y volver a besarme.

Nos desnudamos el uno al otro despacio, sin prisa y entre besos, nos acariciamos como si exploráramos nuestros cuerpos por primera vez. Estábamos los dos entregados el uno al otro, al momento, al deseo, a lo que una vez tuvimos y yo estaba dispuesta a recuperar.

Sloan me fue llevando poco a poco al orgasmo con su lengua y sus manos en mi zona íntima, y tras esa oleada de placer que hacía meses que no sentía, me miró fijamente mientras acercaba su miembro erecto a la entrada de mi vagina.

Nos besamos mientras se abría paso penetrándome poco a poco, y al sentirle dentro de mí por completo fue como si todo volviera a ser como antes, como si nada hubiera pasado.

Siguió entrando y saliendo de mí mientras nos besábamos y tocábamos cada rincón de piel que podíamos abarcar en ese instante, y dejando que fueran nuestros cuerpos los que hablaran en ese momento.

Sentí de nuevo que llegaba al clímax y Sloan se acercaba también al suyo, volvimos a besarnos y nos dejamos llevar, alcanzando el clímax al unísono.

Cuando todo acabó, empecé a llorar pensando en que aquello había sido un error, que no debíamos haberlo hecho, no debimos traspasar la barrera que nos habíamos marcado para ser solo los padres de nuestra hija.

—¿Por qué lloras, vida? —preguntó acariciándome la mejilla y esa palabra hizo que se me removieran todos mis sentimientos.

—Porque no tendríamos que haber hecho esto, Sloan. Solo somos los padres de Triana.

—Ahí te equivocas. No eres solo la madre de mi hija, sino la mujer que más he amado y amo en mi vida.

—No me mientas, por favor —dije sin poder dejar de llorar.

—No te estoy mintiendo, Triana. Te amo, preciosa, os amo a las dos y no puedo estar más tiempo separado de vosotras. Sé que lo hice mal, y también que tú admites tus errores. Pero quiero que volvamos a tener lo que una vez tuvimos.

»Quiero que os vengáis a vivir a casa conmigo. Somos una familia, vida, y vuestro lugar es a mi lado, igual que el mío, al lado vuestro. Dime que no sientes lo mismo, y nos limitamos a ser padres de la niña sin más. Incluso nos olvidamos de esta noche.

—Es que no puedo decirte eso, Sloan —seguía llorando—, porque he querido estar contigo siempre, desde el momento en el que me echaste del hospital.

—Entonces dime que sí, que os venís a vivir conmigo. Te he dicho que mi propósito para el nuevo año es asegurarme de que cada día y cada momento valgan la pena, y eso es a vuestro lado.

—Sí —dije sin pensarlo más y sin poder dejar de llorar—. Nos vamos a vivir contigo.

—Gracias, vida, gracias. —Me besó y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

Tal vez era una locura, pero en esos días había tenido un acercamiento conmigo que ahora entendía que era sincero. Y también comprendía por qué había querido que estuviéramos solos estos días.

Sobra decir que pasamos la noche entre besos, caricias y haciéndonos el amor mutuamente, hasta que nuestra hija se despertó con hambre y Sloan fue a darle el biberón.

Aquel primer día del año lo pasamos en la cabaña, acurrucados en el sofá con nuestra hija, compartiendo besos y sonrisas, miradas que lo decían todo sin necesidad de palabras, y con la sensación de que, desde ese momento, empezaba para los tres una nueva oportunidad para ser felices.

Capítulo 46



Habían pasado seis meses desde que Sloan y yo tomáramos la decisión de dar el paso de irnos a vivir a su casa con nuestra hija.

Seis meses en los que todo estaba yendo muy bien, y hasta habíamos ampliado la familia, porque sí, entre el licor de la tía Lucy y esas ganas que nos teníamos, aquella noche de fin de año concebimos a nuestro segundo hijo sin que lo esperáramos.

Y resultó que era un niño, por lo que cuando Sloan hizo el comentario tras la guerra de bolas de nieve en casa de sus padres de que iba a tener que pedirme que hiciéramos un niño…

En fin, era evidente que todo en la vida tenía su razón de ser, y que cuando llegara al mundo nuestro segundo hijo, Triana ya habría cumplido un añito.

Pero no era esa la única sorpresa que nos dio el nuevo año, sino que finalmente me atreví a publicar mi novela y en estos cuatro últimos meses había sido todo un éxito.

Decidí lanzarla por mi cuenta, autopublicándola. Para la campaña de publicidad, conté con la ayuda de una chica que conocí a través de las redes sociales. Ella ya trabajaba con otros autores como yo, de los que llaman independientes, y se había convertido en una buena amiga.

Además, resultó que vivía en Inverness y solíamos quedar una vez a la semana para coordinar y planificar todo lo relacionado con la publicidad.

Me lancé a publicarla porque le pedí a Sloan que la leyera y me diera su más sincera opinión. Él me dijo que su prima Ingrid le comentó que la había leído y que quedó enamorada de ella, y tras leerla, me animó a publicarla.

Eso también hizo que, al tener nuevas redes sociales, recibiera a través de ellas un mensaje que nunca pensé que recibiría, y es que Rodrigo, al ver que había escrito una novela, se puso en contacto conmigo.

Al principio, no quise hablar con él porque pensé que Eva le había pedido que intercediera por

ella, ni siquiera podía imaginar lo equivocada que estaba en mi suposición.

Cuando al fin le contesté, me dio su número de teléfono, pues lo había cambiado hacía unos meses, quería que le hiciera una videollamada y así lo hice.

Carlos me había extrañado un montón y yo a él también, porque ese niño significaba para mí mucho más que solo ser el hijo de quien una vez fuera mi amiga.

Lloramos al vernos a través de la pantalla y, al fin, pudo conocer a mi hija, de quien dijo que era la niña más bonita del mundo y que, algún día, iba a ser su novia.

Lo que nos reímos Rodrigo y yo en ese momento no estaba pagado.

La situación fue que se había divorciado de Eva, que cuando nació mi hija, se marchó con la excusa de ayudarme, pero en realidad lo que buscaba era evitar el momento de firmar los papeles del divorcio.

Al parecer, Rodrigo la pilló en un renuncio y descubrió que hacía unos meses que tenía una aventura, lo que jamás me imaginé fue que me dijera que se trataba de mi ex, Raúl, con quien mi amiga se estaba acostando.

Según me contó Rodrigo, con eso de que él iba mucho por el banco, alguna que otra vez tomaban café y hablaban de mí, mi por aquel entonces novio le decía que estaba en un punto de monotonía conmigo y a ella al parecer le pasaba lo mismo con su marido.

Cuando Rodrigo descubrió todo, ya llevaban casi un año juntos, y en ese momento comprendí por qué ella insistía tanto en que lo dejara, porque de alguna manera, lo deseaba solo para ella. ahí entendí que ella insistiera tanto en que le dejara, porque de algún modo, le quería para ella.

Esto me hizo reflexionar, y también a Rodrigo, sobre si la forma en que atacaba a Sloan era una señal de que le atraía y que, de alguna manera, intentaba enfrentarnos para seducirlo, y así él se alejara de mí.

Rodrigo pensaba que cualquier cosa era posible, pero como él había sufrido en sus propias carnes el temperamento de mi amiga, especialmente en el divorcio, consiguió que un juez le diera a él la custodia del niño sin concederle a ella ni una sola visita. Su principal preocupación era que su hijo no creciera en un ambiente donde esa mujer, que podía perder los estribos por cualquier tontería en un mal día, pudiera influir en su vida.

Rodrigo era un chico encantador que ya no tenía familia, pues, al haber sido hijo único como yo y perderlos hacía algunos años, en Sevilla no le quedaba nada y se había planteado hacer como yo, empezar de cero en otro lugar.

Cuando me lo comentó, no dudé en decirle que, si quería, podía venirse a vivir al apartamento que me compró mi madre. Al igual que ella, no me había decidido a alquilarlo porque aún tenía

ese miedo de que, si con Sloan no me salía bien, necesitaría un lugar al que poder volver.

Y ahora, con el niño ya sin colegio y con todo aquí arreglado para comenzar de cero, me encontraba en el aeropuerto junto a Sloan y mi niña, esperando a que llegaran.

Por el trabajo, me dijo Mike, el primo de Sloan, que mi amigo ni se preocupase, que él le metía en su empresa como contable. Y en lo que concernía a Carlos, yo podía ir a recogerle al colegio y que comiera en casa con nosotros hasta que él llegase.

Así que, así lo iba a hacer porque decía que no quería volver a cruzarse a Eva en la vida. La había amado profundamente, pero el dolor que le quedaba en el alma al darse cuenta de que no solo él no era suficiente, sino que también parecía que su hijo no significaba nada para ella, fue lo que le llevó a tomar la decisión de dejar todo atrás.

Estaba distraída mirando a mi niña, que estaba en brazos de su padre, cuando…

—¡¡Tía Triana!! —gritó Carlos, ese niño que estaba a punto de cumplir seis años en unos meses, y a quien había echado tanto de menos.

—¡Mi niño! —Abrí los brazos y él llegó a mí para abrazarme, pero lo hizo con cuidado porque sabía que había otro bebé en camino.

—Te echaba de menos, tía Triana —me dijo el pobre llorando—. Ella me dijo que ya no me querías. —No me echaría a la cara a esa bruja para darle una bofetada.

—Nunca, ¿me oyes, cariño? —Me puse a su altura, llorando igual que él, para mirarle—. Nunca dejaría de quererte porque eres mi sobrino favorito. —Me lo comí a besos.

—Yo también te quiero mucho.

—¿Y a tus primos los vas a querer?

—¿Qué primos? —Frunció el ceño.

—Pues, a Triana y al bebé, que todavía no sabemos cómo llamarle —sonreí.

—Pero si ya os dije que Triana algún día iba a ser mi novia.

En ese momento Sloan carraspeó y cuando Carlos le miró, tenía la ceja arqueada.

—Hola, papá de mi novia.

—Carlos, creo que antes de que eso pase, tú y yo tendremos varias charlas —le dijo.

—Carlos, hijo, ¿qué comes para correr tanto? —preguntó Rodrigo, que llegaba en ese

momento cargado de maletas.

—Entre que el niño corre mucho, y que tú te has traído la casa a cuestas como los caracoles. —Reí—. Hola, Rodrigo. —Le di un abrazo.

—Triana, estás guapísima. Te sienta bien el embarazo.

—Gracias. Él es Sloan, mi prometido —le presenté.

Ah, sí, perdón, perdón, que me olvidaba de otro gran acontecimiento en nuestras vidas de los últimos seis meses…

En cuanto Sloan y yo nos enteramos de que estábamos de nuevo embarazados, me pidió que me casara con él y celebramos esa fiesta de compromiso como la de Ingrid y Max en casa de sus padres, quienes, por cierto, estaban ya a solo un mes de casarse.

—Encantado, y gracias por lo que habéis hecho y vais a hacer por mí —le dijo Rodrigo a Sloan mientras se daban un apretón de manos.

—Te voy a ser sincero —comentó Sloan—. Lamento que pasaras por lo de la infidelidad, pero si me permites, debo decir que me alegro de que esa cotorra no esté en tu vida y mucho menos en la de mi familia. Esos días que vino me hizo la vida imposible, así que, si me lo permites, vamos a ir este sábado a casa de mis padres con toda mi familia y quiero invitaros a ti y al niño, porque vamos a brindar con el licor de mi tía Lucy, que es un quitapenas perfecto.

—Pues os tomo la palabra, además que creo que no me incorporo al trabajo hasta dentro de una semana —sonrió.

—Triana. —Me giré al escuchar la voz de Keila, mi amiga y quien se encargaba de la publicidad de mi novela—. Ya está el coche bien aparcado —sonrió.

—Gracias, cariño —dije, y le presenté a Rodrigo y a Carlos, quien no tuvo pelos en la lengua.

—Qué guapa es ¿verdad, papá?

—Sí, hijo, es muy guapa —respondió él con una sonrisa mientras Keila se sonrojaba.

Sí que lo era, pues tenía el cabello de un rojo brillante precioso, los ojos eran verdes y muy expresivos, y lo que más llamaba la atención en ese rostro angelical de mi amiga, que tenía veintiocho años, era la sonrisa, pues era de esas no solo bonitas, sino que se contagiaba al instante.

Salimos del aeropuerto y pusimos rumbo al pueblo para que Rodrigo y Carlos se instalaran cómodamente, y quedamos en vernos esa noche en nuestra casa para cenar, pues Keila y yo íbamos a pasar la tarde trabajando en una nueva publicidad para mi novela, esa que seguía siendo

un éxito y que me estaba dando el impulso necesario para comenzar una segunda historia que, pronto, vería la luz.

Epílogo



Seis años después…

Podía decir que mi vida no era como la había imaginado años atrás, era mucho mejor.

Desde que dejé Sevilla por el repentino fallecimiento de mi madre hasta hoy, habían pasado muchas cosas.

No siempre habían sido buenas y lo que peor llevaba era el haber perdido al hombre al que amaba en dos ocasiones.

Esa espinita la seguía teniendo clavada en mi alma, pero afortunadamente ahora le tenía conmigo y éramos una familia con todo lo que esa palabra conlleva.

Y no es que el matrimonio fuera un camino de rosas, pues en el mío con Sloan, ese que celebramos cuando nuestra hija Triana tenía dos años y nuestro hijo Douglas uno, había tenido sus altibajos como cualquier otro, pero nunca nos volvimos a separar como ocurriera en aquellas dos ocasiones.

Sí, habéis leído bien, nuestro segundo hijo se llamaba Douglas, porque no había otro nombre en el mundo que quisiera ponerle.

Decir que el hombre al que consideraba un padre se emocionó mucho cuando Sloan le puso al niño en brazos y le dijo el nombre, era quedarme muy pero que muy corta.

Mi querido Douglas, ese ángel de la guarda que mi madre puso en mi camino, lloró sentado con su nieto en brazos mientras una emocionada Hanna trataba de calmarle.

Hanna, esa mujer que siempre nos ayudó a todos y que finalmente se casó con su segundo gran amor un año después de que yo me casara.

El pobre Douglas me decía que, si yo no quería que se casara, no lo haría para no sentir que le estaba fallando a mi madre, a lo que respondí que más le valía casarse porque yo quería

acompañarle al altar. Se echó a reír, y me dijo que no podía tener mejor hija que yo, aunque no llevara su sangre.

Los padres de Sloan estaban locos de contentos con sus nietos, y la gran familia que teníamos se amplió con la llegada de Alistar, el hijo de Ingrid y Max.

Aunque también formaban parte de ella Rodrigo y mi niño Carlos, que fueron acogidos con los brazos abiertos y no había fiesta a la que no vinieran, igual que mi amiga Keila.

Y sí, como suele suceder en la vida, todo tenía su razón de ser. Estaba claro que Eva tenía que venir a Escocia cuando lo hizo, que Rodrigo se divorciara de ella y decidiera mudarse al pueblo, ocupando mi apartamento. Además, el día que él y el niño llegaban, nuestro coche se averió justo cuando Douglas estaba con Hanna en Inverness. Pero, aprovechando que Keila estaba conmigo en casa, ella se ofreció a llevarnos en su coche para recogerlos.

Allí se conocieron, y fue suficiente una mirada para que ambos se enamoraran.

¿Sabéis en quién estaba inspirada mi segunda novela? Justo en ellos, en sus vidas, en sus decisiones para dejar todo atrás y comenzar de cero en otro lugar, en ese amor que fue cocinándose a fuego lento y el que Keila sentía por Carlos, pues era un niño que se hacía querer.

Hacía tres años que se habían casado y dos desde que naciera su hija, Mia, quien era la consentida de su hermano mayor.

La vida, dicen que es eso que a veces pasa ante nuestros ojos sin que nos demos cuenta, y es cierto, porque una mala decisión puede hacer que todo lo que estábamos construyendo se fuera al traste.

Las fiestas de Navidad las seguimos celebrando en casa de mis suegros, y con eso de que la familia había crecido considerablemente, hicieron obras para añadir un edificio anexo en el que habían hecho varias habitaciones para los niños, de modo que todas las de la planta de arriba eran exclusivamente para los adultos.

Tom, el mayor de los hijos de los primos de Sloan, ya estaba en la universidad, y se iba a formar como médico, igual que su abuelo.

Hans decía que quería ser abogado, Kimberly dijo que de mayor iba a estudiar enfermería, y la pequeña Megan, que aún era niña, quería seguir los pasos de su prima.

Sloan volvió a pasar consulta, sí, porque, aunque su padre le había tramitado el tema de la pensión y demás tras el accidente, con su recuperación dijo que quería seguir trabajando, pero que se tomaba un año de excedencia para estar con la niña, dado que la teníamos con custodia compartida, por así decirlo.

Y cuando llegó Douglas, amplió esa excedencia hasta que cumplió un año, justo después se

incorporó de nuevo al trabajo y en él seguía, pasando consulta en el pueblo.

Yo continuaba dando vida a esos personajes cuya historia muchas veces me llegaba mientras dormía, por lo que a la mañana siguiente me apuntaba todo sobre esa idea y comenzaba a darle forma.

Tenía muchos seguidores en redes y un gran número de lectoras que me apoyaban y estaban siempre esperando una nueva novela.

Sí, mi vida era mucho mejor de lo que había imaginado tiempo atrás, y me sentía feliz de todo lo que había conseguido.

Aún hoy en día, seguía hablando con mi madre, esa mujer que tanta falta me hacía, pero que seguro nos cuidaba a todos desde donde estuviera junto a mi padre, su primer gran amor.

Y precisamente de ella era la última novela que había publicado, inspirada en mi madre, contando cómo una sevillana de nombre María, se enamoró cuando menos lo esperaba de un *Highlander* que le robó el corazón y se convirtió en su tentación.

Pero eso mismo me había ocurrido a mí con Sloan, ese hombre fue la mayor tentación que me puso la vida por delante, y aún recordaba la noche que se lo confesé, pues dijo que yo para él también lo fui.

Estábamos en casa de mis suegros para celebrar el cumpleaños de Mia, la hija de Rodrigo y Keila, y podía escuchar los gritos de los niños correteando por el jardín.

Fui hacia el porche donde estaban todos, y mi marido, mi guapo y atractivo médico *Highlander*, sonrió al verme y me cogió de la mano para que me sentara en su regazo.

—¿Todo bien, vida? —preguntó frotándome la espalda.

—Sí. —Le di un beso.

—A ver, parejita, los arrumacos, en la habitación —nos dijo Steven.

—Me huele a envidia por aquí —comentó Ingrid, que estaba a su lado, y nos echamos a reír.

—Envidia no, que yo también tengo mis noches de pasión con mi mujer, hermana.

—¿A tu edad? Cuidado, a ver si vais a acabar en urgencias.

—Serás bruja. Solo tengo cuarenta años, Mike y Sloan son más mayores que yo.

—Sloan es médico, sabe qué hacer para que no le dé un chungo mientras está en la cama.

—Y no nos olvidemos que el licor de Lucy hace maravillas —dijo la tía Hanna, con una sonrisilla que también tenía Douglas y les delató.

—¿En serio a vuestra edad todavía…?

—Ingrid, mira que eres cotilla. —Rio Lucy, su madre.

—Mamá, si es solo para saber si Max va a ser igual de machote cuando sea mayor.

—Menos mal que has dicho mayor y no viejo, hija —sonrió Greg.

—Mami, ¿vamos a comer ya la tarta? —me preguntó mi niña, que me miraba con esos mismos ojos azules que tenía su padre.

—Sí, cariño, ya vamos a por ella —sonreí dándole un beso.

Keila y yo fuimos a la cocina a por la tarta y cuando regresamos, ya estaban todos los niños y adolescentes sentados.

Rodrigó cogió a su hija en brazos y le vi esa cara de feliz que siempre tenía mi marido cuando estaba con sus hijos.

Después de cantarle a la pequeña y que soplara las velas, hasta ella empezó a aplaudir feliz.

Cuando terminamos de comernos la tarta y tomar café, Sloan y yo recogimos la mesa mientras los demás le iban dando los regalos a Mia.

Iba a salir de la cocina y me agarró de la mano, tirando de mí hasta que me apretó contra su pecho.

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo? —preguntó mirándome fijamente con esos ojos que me tenían de lo más enamorada.

—Ajá. Más que ayer, pero menos que mañana —sonreí.

—Exacto, y que no se te olvide nunca, porque siempre te amaré más que ayer, pero menos que mañana.

Me dio un beso para hacer ciertas esas palabras y sentí, como cada día, que con él estaba en casa y en el lugar correcto.

Porque él siempre sería mi médico favorito, y yo, una tentación para el *Highlander*.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu